JON HERNÁNDEZ QUINTANA

Las hermanas Holt

FANTASMAS

© Jon Hernández Quintana
Parte 3: Primera edición, 2020
Parte 4: Primera edición, 2020
Partes 3&4: Segunda edición, 2023
Lectura profesional: Adella Brac
Corrección: L. M. Mateo
Maquetación: David Generoso Gil
Ilustración de cubierta: Lucía V. Cano
Diseño de cubierta: Rachel's Design
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las herma

– Partes 3
FANTAS

JON HERNÁNDE

¿Quién es quién en *Las hermanas Holt*?

• La familia Holt:

VICKY HOLT: la mayor de las hermanas. Periodista. Terminó hospitalizada a causa de la agresión de Mark, su futuro cuñado, al averiguar que lo había estado investigando.

LAURA HOLT: la segunda de las hermanas. El día de su boda se convirtió en un infierno al descubrir, momentos antes de perder a su prometido en un inesperado tiroteo, que su padre seguía vivo.

THERESSA HOLT: la tercera de las hermanas. En cuanto decidió dejar de buscar el amor y apostó por centrarse en ella, Enver, un chico que parecía encajarle a la perfección, apareció en su vida. Por desgracia, al igual que Mark con Laura, él también formaba parte de los planes de una misteriosa organización.

NITA HOLT: la hermana más pequeña. Aunque la muerte de su padre destrozó su realidad, el apoyo de sus hermanas, el cariño de Norine y la llegada de Charlie la ayudaron a seguir adelante. Tras lo ocurrido en la boda, todo podría venirse abajo de nuevo.

ANGELA VERNON: la madre de las hermanas. Logró engañar a Laura haciéndole creer que las fotos que había recibido eran falsas y que Richard no estaba vivo. Recibió la visita de Rita, la secretaria de Mark, que la alertó sobre él. En la boda, se comunicó con alguien a quien le dio el visto bueno para que siguiera adelante con lo acordado.

RICHARD HOLT: el padre de las hermanas. Después de fingir su muerte y permanecer oculto, fue descubierto por Laura en la boda e interceptado por varios miembros de la organización liderada por Uno.

• La organización:

UNO: la líder que persigue a Richard y vigila a las hermanas. Ellas la

conocen como Elena, una reciente amiga de Theressa, pero su verdadera identidad es la de Violet, la primera hija de Richard.

DOS: colaborador de confianza de Uno.

TRES: seudónimo con el que se conocía a Mark en la organización.

CUATRO: de estrecha confianza de Uno y principal responsable de atrapar a Richard.

CINCO Y SEIS: otros dos colaboradores de la organización. Conocidos por Vicky y Theressa como Ben y Jimmy. Ayudantes de Cuatro en la captura de Richard.

SIETE: la última incorporación de la organización. Su objetivo: repetir la estrategia seguida por Mark con Laura, en su caso, con Theressa. Ella lo conoció como Enver, un atractivo y simpático camarero.

TOM HASSLER: el informático que bloqueó las comunicaciones de la organización al ser despedido. Recuperó su puesto a cambio de deshacer los efectos provocados por su virus.

JERRY KANE: responsable del área informática de la organización.

• Otros personajes (ordenados alfabéticamente):

ADAM EARLE: compañero de redacción de Vicky. Se sumó a la investigación tras la desaparición de Sonia.

CHARLIE BRYK: el nuevo jardinero de la familia Holt. Apoyo fundamental de Nita e interés amoroso inicial de Theressa.

CYNTHIA BECKER: la hermana de Silvia Becker, anterior mujer de Mark en su antigua vida en San Francisco. Acogió a Vicky en su casa, en su visita a esa ciudad.

ELENA DAVENPORT: identidad que usa Uno para relacionarse con Laura y Theressa, las dos únicas hermanas que la conocen hasta el momento.

ENVER AYDIN: el camarero de la despedida de soltera de Laura con el

que Theressa inició una relación. Conocido como Siete en la organización.

JACOB STEWART JR.: el investigador que le enviaba a Laura los mensajes asegurando que su padre estaba vivo. Fue secuestrado por Tres (Mark) en el intercambio del *parking* y asesinado por Uno (Violet) posteriormente.

JEFF TYRRELL: jefe de Vicky en el periódico. Se sumó a la investigación tras la desaparición de Sonia. Recibió un disparo por parte de Mark cuando acudió a ayudar a Vicky.

JOSH CAVANAGH: amante de Vicky, es como un hermano para Mark. Recibió uno de los disparos que iban destinados a este último en la boda.

MARK DEWITT: el prometido de Laura. Fue asesinado el día de la boda. Conocido como Tres en la organización.

MARY MARGARET MARSHALL: la primera esposa de Richard.

NORINE GLADWELL: la criada de la familia Holt.

RITA FELLOWES: amante y secretaria de Mark. Responsable de la paliza a Sonia, con quien creyó que él la engañaba.

SEAN COLLINS: un mendigo que siente una conexión especial con Josh.

SILVIA BECKER: la anterior mujer de Mark, muerta en extrañas circunstancias.

SONIA LARSON: compañera de redacción de Vicky que se sumó a la investigación sobre Mark. Tras desaparecer unos días, la encontraron hospitalizada y en coma.

VIOLET HOLT: la primera hija de Richard, nacida de su relación con Mary.

Parte 3

Capítulo 1:
Unidos por la muerte (I)

Tras su trágica despedida de Violet, de la que solo conservó su pequeño colgante y aquella horrible imagen de su cuerpo en la orilla del pantano, Richard se vio obligado a pasar página. Mary no dudó en culparlo de lo ocurrido y cortó lazos con él una vez se celebró el funeral, al que ni siquiera le permitió acudir. Él, dispuesto a cumplir la penitencia, lo aceptó sin cuestionarlo.

Al mismo tiempo que procesaba lo vivido con su primera familia, se centró en construir una vida próspera junto a Angela. Después de Vicky, cuyo nacimiento no pudo celebrar como habría querido, a causa del duelo por Violet, la vida le ofreció dos grandes regalos a los pocos años: Laura y Theressa. Finalmente, y para sorpresa de todos, llegó Nita: el ser más especial que nunca conocería.

Pese a que su relación con Angela se deterioró poco a poco, Richard consiguió asentarse en un trabajo en el que aprendió a delegar y que le permitió tener más recursos y tiempo libre del que acostumbraba. Todo parecía ir sobre ruedas en esa nueva vida creada con Angela, pero lo que para otros significaba éxito y paz, para él se convirtió en una insoportable rutina.

Cuando el tedio lo abrumaba, sus pensamientos lo arrastraban al casino en el que se había criado y una sonrisa se dibujaba en su boca de inmediato. Lo primero que acudían a él eran imágenes de su padre y del tiempo que habían compartido en aquel mágico lugar, pero enseguida irrumpían otros recuerdos no tan lejanos y más estimulantes: la adrenalina que recorría su cuerpo al escuchar el tintineo de las bolas que rodaban por las ruletas, el placer que le generaba el sonido de las cartas al rozar los tapetes… Nunca había vuelto a sentirse tan vivo como en aquel lugar.

Una mañana, se sorprendió al encontrar una noticia en la que se relataba que aquella sala de juegos, de la que años atrás había sido expulsado por ganar demasiado dinero, había cambiado de dueños y ahora pertenecía a una cadena extranjera. Aunque se resistió a interpretarlo así en un principio, para el final del día lo tuvo claro: había sido bendecido con una nueva oportunidad.

Regresó a aquel lugar que tanta fortuna le había dado con su ficha de mil dólares en el bolsillo, seguro de que pasaría desapercibido y con la promesa a sí mismo de que solo continuaría jugando si salía victorioso en el primer intento.

Optó por el *blackjack,* un juego de cartas que consistía en sumar un valor lo más próximo a veintiuno, pero sin pasarse, y en el que cada jugador competía únicamente contra el crupier. Sentado a una mesa semicircular en la que lo acompañaban otros tres hombres de edad similar a la suya, visualizó la jugada perfecta mientras el empleado del casino repartía las cartas y las descubría. La emoción se evidenció en su mirada al ver en su casilla el as de corazones junto a la reina de diamantes. Había conseguido un «21 natural» y, por suerte, el crupier no fue capaz de igualarlo.

Aquella fue la primera de una nueva racha de éxitos que Richard no dudó en compartir con su familia, alegando que le iba mejor que nunca en el trabajo. Angela sospechó que podía haber gato encerrado, pero dejó que sus dudas se disiparan igual de rápido que las burbujas del caro champán que disfrutaba en los lujosos restaurantes a los que acudían. Era más fácil dejarse hipnotizar por el brillo de los maravillosos collares con los que él la sorprendía que cuestionarse el origen de estos.

Una noche en la que tuvo un traspié de los grandes por primera vez, Richard regresó a casa dispuesto a acabar con aquella locura que comenzaba a poner en peligro la estabilidad económica de la familia, pero decidió seguir confiando en su suerte al encontrarse, enganchada entre sus llaves, la ficha de mil dólares que tan feliz lo había hecho el día que la ganó. Absorto en sus pensamientos, un inesperado saludo reclamó su atención.

—Hola, papá —dijo una voz femenina cerca de él.

Richard se giró para ver de cuál de sus hijas se trataba, pero se sorprendió al encontrarse a una mujer desconocida.

—Disculpe, pero creo que se ha confundido —señaló con una amable sonrisa que, sin embargo, no ocultaba su cansancio.

—¿Estás seguro? —le planteó ella.

Richard asintió, convencido, pero cuando aquella mujer se quitó las lentillas y le mostró unos extraordinarios ojos violetas, un escalofrío destempló su cuerpo.

—Vi… Vi… ¿Violet? Pero ¿cómo…? —fue lo único capaz de decir.

—O estás viendo un fantasma o aquel día, en el pantano, cometiste el mayor error de tu vida —le dijo ella con una extraña sonrisa que heló, más si cabe, el frío cuerpo de Richard.

Capítulo 2:
¿Es acaso posible?

-1-

A pocos minutos de que Laura y Mark sellaran su amor, los invitados a la boda ocuparon los asientos de manera ordenada. Entre ellos, y en primera fila, Angela, Nita, Charlie y Norine.

Angela, al ver llegar a Mark y a Josh, dejó su bolso en la silla y se dirigió hacia ellos.

—¿Tienes un momento? —le pidió al prometido de su hija, cortante.

Mark, que siempre había recibido un trato muy dulce por parte de Angela, miró desconcertado a Josh.

—Claro que lo tiene —contestó el padrino con una sonrisa—. Yo me voy a por la novia, y a decirle a Theressa que la deje en paz y venga a ejercer de madrina.

«¿Qué habrá liado?», se preguntó mientras se alejaba de ellos.

De camino a la recepción del club de campo, lugar en el que había quedado con Laura, se encontró con Theressa. Parecía muy inquieta a causa de los detalles que supervisaba de la boda. Josh no pudo evitar hacer una de las suyas.

—¡Oh, no! ¡Qué horror! ¡Pero ¿cómo no se han dado cuenta?! ¡¿Cómo se van a casar con esto así?! —gritó cerca de ella.

Theressa buscó la fuente del problema hasta que se encontró con la enorme sonrisa de Josh.

—¡Relax, madrina! ¡Que todo está perfecto!

—¡Ya te vale! ¡Eso espero! ¡Pensaba que lo tenía controlado, pero está surgiendo un imprevisto tras otro!

—No te agobies. Si no pasara eso, no sería una boda como Dios manda. Tienes la tensión justa y necesaria para que todo salga bien. —Le guiñó un ojo y buscó entre los invitados; no había ni rastro de ella —. ¿Y Vicky? No la he visto todavía.

—Ni la vas a ver. No viene a la boda.

—¿Y eso?

—Mira, prefiero no hablar. Hace lo que le da la gana. Como siempre. —Josh decidió no insistir. Theressa miró su reloj—. ¿No deberías estar en recepción para cuando baje Laura? No sé si lo sabes, pero eres el padrino —le recordó antes de que uno de los trabajadores reclamara su atención. Se despidió de Josh con un resoplido de hartazgo.

—¡A eso iba! —Levantó las manos en señal de rendición.

Al no recibir respuesta, se encogió de hombros y avanzó hacia el

vestíbulo, pero, al poco de echar a caminar, se tropezó y se dio cuenta de que llevaba suelto el cordón de uno de los zapatos. En cuanto se agachó para atárselo, una sombra apareció frente a él.

—Querías hablar, ¿no? Pues hablemos —le dijo una voz de mujer.

Él, que no reconoció la voz en un primer momento, miró hacia arriba para ver de quién se trataba.

—¡Josh! Perdona… Pensaba que eras Mark —le confesó Rita—. Lleváis un traje muy parecido —se justificó, ya que ella había ayudado a su amante a elegirlo.

Josh sonrió. Mark también se había quejado sobre el parecido entre ambos un rato antes. Rita buscó a su jefe hasta que lo localizó discutiendo con Angela. Su mirada se perdió en ellos durante unos instantes y una media sonrisa apareció en su rostro. Después, se tornó muy rígido.

—¿Va todo bien? —reclamó Josh.

—Sí, sí, solo venía a darle la enhorabuena —le explicó con una sonrisa impostada—, pero he recordado que tengo otro compromiso a esta hora y no me puedo quedar.

—¿Quieres que le diga algo?

El temor se apoderó del rostro de Rita. Josh miró a su alrededor, pero no encontró nada fuera de lugar.

—No, no te preocupes, ya lo llamaré. —Se marchó apresurada y sin decir adiós.

—¡Que tengas un buen día tú también, sí! —le gritó él. Al retomar su camino, Josh pensó en que algo no iba bien con aquella chica. Primero lo había dejado tirado con la despedida de soltero de Mark y ahora interpretaba esa extraña escena.

Un rato después, la boda avanzaba a buen ritmo.

—Si hay alguien que crea que esta unión no se debe celebrar, que hable ahora o que calle para siempre —indicó el funcionario. Tras unos segundos de incómodo silencio, volvió a intervenir—. ¡Parece que nadie se atreve! —señaló, haciendo reír al público.

—¡Papá! —soltó, de pronto, Laura, con la atención puesta en un grupo de clientes del club de campo.

Aquel grito hizo que los invitados se giraran, pero al mismo tiempo se produjo un suceso que acaparó la atención de todos hacia otro lugar.

—¡Tiene un arma! —advirtió uno de los asistentes al ver a alguien con el rostro oculto bajo un pasamontañas, vestido de negro y con una pistola en sus manos.

Antes de que los invitados pudieran reaccionar, tres disparos resonaron en el complejo. El primero alcanzó a Josh y lo hizo caer

sobre la hierba. Los dos siguientes impactaron contra Mark, el verdadero objetivo de aquel atentado. Se desplomó contra el arco y la estructura se vino abajo.

Josh trató de incorporarse e identificar a la persona que les había disparado, pero el dolor era demasiado intenso y perdió la consciencia.

Volvió a despertar al escuchar la voz de Theressa, que pedía ayuda por teléfono mientras trataba de taponar su herida. Más tarde, se dio cuenta de que estaba alucinando al comprobar que la escritora se transformaba en otra de sus hermanas.

—¡Aguanta, Josh! ¡La ambulancia está a punto de llegar! —le dijo Vicky, con la voz de Theressa, entre lágrimas y muy nerviosa.

—¿Mark…? ¿Está…? —consiguió preguntar él antes de caer en una espesa oscuridad.

-2-

A varios kilómetros del club de campo, tras haber completado su misión en tiempo récord, Dos recibió una llamada de Cuatro en la que le comunicaba dos noticias que le impactaron de manera muy diferente. La primera lo hizo sonreír, pues Richard había sido capturado. La segunda borró su sonrisa de satisfacción de golpe: Cuatro y sus ayudantes habían oído disparos dentro del recinto. No sabían de qué se trataba, ya que habían abandonado el lugar lo más rápido posible, conscientes de que la policía no tardaría en aparecer.

—De acuerdo. Intentaré confirmar qué ha pasado.

Detuvo su vehículo y llamó a Jerry de inmediato, ya que, pese a lo ocurrido con Tom, seguía siendo el informático de referencia en aquella misión. Había monitoreado el enlace a través de varias cámaras instaladas por la organización en el club de campo y le confirmó que había habido un atentado y que Tres (como se referían a Mark) había muerto.

Al escucharlo, Dos sintió una extraña mezcla de preocupación y placer, pero se enfocó en conocer el resto de información que Jerry había recopilado.

—Llevo revisando las imágenes desde que he sabido del tiroteo. El asesino ha ocultado su rostro, pero apostaría a que ha sido Rita —le explicó el informático—. Ha aparecido por allí poco antes de que Tres activase un código negro para ella. Ha tenido una breve charla con Josh y se ha dirigido hacia la salida. No os habréis cruzado de milagro —apuntó, pues Dos había estado en el complejo apoyando la operación anterior al enlace.

—¿No se ha acercado a Tres? Algo ha tenido que ocurrir para

que él solicitara algo así.

—No, no ha interactuado con nadie más. Puede que él se haya sentido amenazado por algo que desconocemos. Ya sabe todo lo que Rita hizo los días previos —le recordó Jerry, pues él mismo le comunicó que había encontrado imágenes en las que se veía a la secretaria pegándole una paliza a una mujer y, después, colándose en el bufete de Mark—. Quizá se nos haya escapado algo más.

Dos pensó en que aún no había visto aquellos vídeos debido a que el ataque de Tom había bloqueado el sistema hasta unas horas antes de la boda. Confiaba plenamente en Jerry, pero no estaba de más que les echara un vistazo cuando las cosas estuvieran más calmadas.

—Céntrate en averiguar qué ha hecho Rita después de marcharse y si puede ser quien haya disparado a Tres minutos después. En un rato me paso por allí —le pidió al informático.

Antes de volver a la carretera, Dos dedicó unos instantes a analizar lo ocurrido esa mañana y cambió el plan que tenía previsto: en lugar de ir a la organización directamente, haría una pequeña parada en su casa. De camino, llamaría a Uno para contarle lo ocurrido.

Ya en la organización, una vez dejó atrás el nuevo despacho de Tom, que se esmeraba en crear una nueva y reforzada versión del sistema informático, llegó a la sala en la que Jerry continuaba a cargo de la mayor parte del trabajo.

—¿Novedades?

El informático asintió.

—Me ha costado un poco situarla, porque se ha presentado cuando todavía estaban entrando muchos de los invitados, pero, como puedes ver, Rita ha llegado en un taxi. —Le mostró varias capturas de imagen en su ordenador—. Pero, tras hablar con Josh, no la he visto salir del recinto y teniendo en cuenta lo ocurrido…

—Ha podido cambiarse de ropa, disparar, volver a ponerse un atuendo normal y aprovechar la estampida de invitados para escapar colándose entre ellos —completó Dos—. Sí, encajaría a la perfección, pero prefiero no dar nada por sentado.

Jerry asintió.

—Aunque es probable que se haya ocultado la cara con algo, estoy escaneando uno por uno el rostro de las personas que salen en las imágenes para ver si alguno coincide en un porcentaje significativo con el de Rita. Luego me pondré con los vehículos para comprobar si se subió a alguno y, si dispone de GPS, intentaré hackearlo para ver qué recorrido ha hecho. Me llevará bastante tiempo, pero, si no llega a ser por el sistema de vídeo que montamos para atrapar al viejo, sería

imposible. Las cámaras del club de campo tienen una definición pésima.

—Envíame las imágenes que recojan el tramo de tiempo entre que Rita se despide de Josh y Tres es asesinado. Intentaré encontrar algo que nos sirva —se ofreció Dos—. Y avísame si activa el teléfono o usa alguna de sus tarjetas —le pidió—. Nunca se sabe. Yo intentaré localizarla por otros medios. Si ha matado a Mark, habrá huido de la ciudad, pero no es tan lista como se cree. Seguro que ha dejado algún fleco suelto.

En cuanto Dos se marchó, Jerry volvió a centrarse en aquella multitud de invitados.

—¿Dónde te escondes, Rita? —dijo para sí.

-3-

Impactada por el estado en el que Laura había quedado al ver morir a Mark entre sus brazos, Angela estuvo junto a ella hasta que la policía les permitió regresar a casa. Una vez allí, los sedantes que ella misma diluyó en un vaso de agua, a espaldas de su hija, la arrastraron hacia un necesario descanso que silenció el doloroso llanto que la había acompañado hasta entonces.

Con Laura dormida en su habitación, Angela se dirigió al piso inferior para encontrarse con otra de sus afectadas hijas. De camino, su mente regresó al único instante en el que recordaba haber visto a Laura tan devastada como aquel día.

Vestida de negro y con unas ojeras pronunciadas debido al imparable llanto que la acompañaba desde que supo que su padre había muerto, Laura insistió en mirarse fijamente en el espejo del baño. Quería demostrarse a sí misma que era capaz de aguantar, pero, pese a sus intentos por contenerse, no pudo evitarlo: sus ojos, llenos de dolor, rompieron a llorar de nuevo.

Angela, que había sido testigo de ello desde la rendija que aquella puerta sin cerrar le ofrecía, entró para consolarla. Laura intentó disimular, pero, en cuanto su madre se acercó a ella y la acarició, las lágrimas volvieron a inundar su rostro.

—Cariño, sé que es duro, pero es hora de irnos.

Laura se secó las lágrimas con un pañuelo.

—No sé si seré capaz —le dijo con un hilo de voz.

Angela la rodeó con sus brazos.

—Claro que sí —le susurró—. Estaremos juntas en todo momento.

Laura se apartó de ella y volvió a fijarse en el espejo. Dejó que su mirada se perdiera en el infinito.

—¿Así es como funciona esto? —preguntó en un arrebato—.

¿Tengo que vivir resignada? ¿Aceptar que alguien a quien quiero con todo mi corazón puede desaparecer como si nada? ¿Como si fuéramos juguetes que un despiadado Dios desecha porque se ha aburrido de ellos?

Angela, sobrecogida por aquellas palabras, no supo qué decir. Laura negó con la cabeza, convencida.

—Si es así, yo me planto. Y espero ser la siguiente. ¡No es justo! ¡Es cruel! ¡Es…! —Rompió a llorar de nuevo.

Angela suspiró. Con delicadeza, animó a su hija a que saliera del baño.

—Tenemos que decirle adiós, cariño. Ha llegado la hora.

Laura se apoyó en su madre y salieron de la estancia. Bajar al piso inferior fue una tarea sencilla. Tampoco fue demasiado complicado salir de casa y montarse en el coche que su madre condujo y en el que también se encontraban Theressa, Nita y Norine. Pero, al llegar al cementerio de Edmonton, sintió que no iba a ser capaz de soportarlo.

Agarrada del brazo de Theressa y con Nita apoyada en ella, lloraron hasta que alcanzaron sus asientos. Junto a ellas se sentaron Angela, muy seria y contenida, y Norine, que sufría al ver a las hermanas en ese estado.

Vicky fue la última en llegar. Era la hermana que menos afectada parecía a simple vista, pero, en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Laura, se emocionó y no dudó en acercarse a ella y consolarla.

Angela se inquietó al observar el color, cada vez más grisáceo, del cielo, pero, por suerte, el funeral se desarrolló sin contratiempos. Ya solo quedaban unas palabras de despedida antes de enterrar el cuerpo del padre de las hermanas.

—Lo recordaremos por sus aciertos, pero también por sus errores. Al fin y al cabo, eso es lo que nos hace humanos —señaló el funcionario que oficiaba el acto—. Esperamos que tengas un feliz viaje a donde quiera que vayas —dijo en dirección al ataúd—. Descansa en paz —terminó, desatando las lágrimas de las hermanas y varios de los invitados.

Dos empleados del cementerio se acercaron al ataúd y lo introdujeron en la fosa. A continuación, familiares e invitados lanzaron rosas y puñados de tierra sobre la caja y abandonaron el lugar. Se marcharon todos, menos Angela, que, con una excusa que nadie quiso cuestionar, consiguió quedarse sola frente a la lápida recién puesta.

Una vez se aseguró de que no había nadie a su alrededor, sacó un teléfono móvil del bolso y realizó una llamada que había pactado pocas semanas antes.

—¿Ya ha terminado? —preguntó una voz masculina al otro lado del auricular.

—Sí. Ya está. Dame un segundo.

Angela activó la cámara de aquel teléfono desechable, sacó una foto a la inscripción de la lápida y se la envió. En ella aparecían un nombre que todavía le estremecía leer y un epitafio que había elegido junto a él semanas antes.

RICHARD HOLT (1954-2018)
TE FUISTE, PERO NUNCA
TE DIREMOS ADIÓS.
SIEMPRE ESTARÁS EN
NUESTROS CORAZONES.

El estridente sonido que generó Theressa al golpear la cucharilla contra su taza de té, para que no goteara al dejarla sobre la mesa, desvaneció el recuerdo de Angela. Odiaba esa manía de su tercera hija, pero ese día estaba tan destrozada que ni siquiera se planteó decirle algo al respecto.

Todavía vestidas con la ropa que habían llevado a una boda que había terminado convirtiéndose en una cacería, trataron de aclimatar sus destemplados cuerpos con una infusión que Norine les había dejado en la mesa de la cocina. La había preparado antes de subir y acostarse junto a Nita, que seguía aterrorizada por lo ocurrido en el club de campo.

Tomaron pequeños sorbos en medio de un silencio ensordecedor que Angela se encargó de romper al darse cuenta de que no podía esperar más.

—¿Crees que estarás bien si me marcho? —Theressa, con el rostro serio, asintió—. ¿Estarás pendiente de Laura? —Su hija asintió de nuevo. Llevaba un rato sin llorar y temía volver a hacerlo si decía algo—. De acuerdo. En ese caso, subiré a cambiarme y me marcharé al hospital un rato. Vicky sigue sedada, pero quiero hablar con los médicos y asegurarme de que están esforzándose al máximo.

Theressa fue incapaz de articular palabra alguna. Tal y como se temía, la angustia le bloqueó la garganta y comenzó a llorar. Angela le apretó la mano con el fin de transmitirle parte de la poca fuerza que guardaba.

—Todo se solucionará.

—¿Es acaso eso posible? —preguntó su hija entre sollozos.

Angela decidió no prometer algo de lo que no tenía ninguna certeza. Le dio un suave beso en la mejilla y la dejó sola. Poco después, el humo de las infusiones se hizo con el protagonismo de una mesa que quedó vacía.

Capítulo 3:
Unidos por la muerte (II)

-1-

—¿Qué es todo esto? ¿Qué pretendes haciéndome creer que eres Violet? Abracé su cuerpo inerte en el pantano, vi su bañador, el colgante…

Violet sonrió. Había imaginado aquella reacción tantas veces que le parecía increíble ser testigo de ella al fin. Se aproximó a Richard y agachó la cabeza.

—Arráncame un pelo —le pidió.

—Pero ¿para qué? —preguntó él, cada vez más descolocado.

—Tú hazlo, necesitarás pruebas de que no te miento.

Richard pensó en negarse, pero un impulso lo llevó a rebuscar en el cabello de la chica. Tiró de uno de los pelos y lo introdujo en una pequeña bolsa de plástico que ella le ofreció al instante. La sostuvo mientras miraba desconcertado a aquella mujer, cuyos rasgos se parecían enormemente a los de su pequeña Violet.

—Elige el centro que quieras y, cuando tengas los resultados, nos volvemos a ver. —Le ofreció una tarjeta de contacto y un gran fajo de billetes que él rechazó—. Suelen trabajar más rápido si se los incentiva.

Richard, que sentía como si lo hubieran arrastrado a una dimensión desconocida, aceptó el dinero, aunque poco convencido de lo que estaba haciendo.

—¿De verdad eres tú? ¿De verdad eres Violet?

—Llámame en cuanto veas que lo que te digo es cierto. Y, tranquilo, por el momento, esto queda entre nosotros —le prometió ella antes de marcharse de allí a paso ligero.

-2-

Richard fue incapaz de dormir aquella noche. El rostro y, sobre todo, los ojos de aquella mujer que había aparecido en medio de la noche habían conseguido impactarlo de una manera que solo podía compararse con el día en que Violet murió en el pantano. Esa conexión lo hizo pensar en qué podría haber pasado para que aquello fuera real, pero tampoco quiso deshacerse de la idea de que fuera una estafa. Lo del pelo le descuadró y pensó en que tenía que ser algún tipo de engaño, pero él mismo se lo había arrancado y elegiría la empresa que lo analizara, por lo que, si los resultados decían que era su hija, no sabía cómo sería capaz de encajarlo.

Aferrado al colgante que, desesperadamente, había pedido quedarse a la policía cuando descubrió que Violet había muerto en el pantano, y con el que había recordado a su pequeña a lo largo de los años, buscó el centro de análisis genético que le ofreciera las mayores garantías y, por encima de todo, la mayor rapidez. Veinticuatro horas después de entregar las muestras, recibió unos resultados concluyentes: estaban emparentados al noventa y nueve por ciento.

Con las pruebas en su poder, Richard y Violet acordaron quedar en Hermitage Park, un bello y plácido parque situado en las afueras de Edmonton al que él acudía cada vez que necesitaba tener una reunión discreta o, simplemente, disfrutar de la naturaleza sin alejarse demasiado. Era un lugar que le ofrecía intimidad y perspectiva, por lo que resultaba perfecto para un encuentro como aquel.

Mientras esperaba, Richard se volvió a fijar en el colgante. A punto de recibir una explicación de por qué todo lo relacionado con aquel día parecía haber sido una ilusión, recordó que él mismo había creado una para Nita con ese mismo objeto. No se sentía orgulloso de haber engañado a su pequeña, pero le resultaba imposible ver a Nita corriendo por la casa con aquel doloroso recuerdo en su cuello.

Había sucedido el día en el que la riñó por primera vez al descubrir que había husmeado entre sus cosas. Nita, incapaz de asimilar que su padre la tratara así, se escapó de casa. Las horas en las que estuvo desaparecida hicieron que Richard rememorara sus peores experiencias con Violet, así que, cuando la encontraron y la llevaron de vuelta, supo que tenía que arreglarlo.

—Cariño, lo siento mucho. Sé que no debería haberte gritado así, pero… —intentó justificarse una vez se quedaron solos en el salón y se acomodaron en el sofá. Nita lo miró con recelo; no quería hablar de eso—. Pero tienes que pedir permiso, no está bien hurgar en las cosas de los demás… —le recordó, enfurruñando a su hija—. ¿Qué te parece si mañana vamos a una joyería y buscamos un colgante de tu gusto?

Nita negó con la cabeza; a ella le gustaba el que había encontrado. Richard sacó de su bolsillo el colgante de la discordia.

—Mira. Este ya es muy viejo y… ¿No crees que te gustaría más uno nuevo? Seguro que hay muchos entre los que elegir.

Acercó su mano a la de su padre, le pidió permiso con un gesto y se hizo con él. Al volver a tenerlo entre sus manos, no lo dudó; le encantaba y no quería otro que no fuera aquel.

Richard lo recuperó con mucho tacto y lo observó unos instantes.

—Por lo menos me dejarás arreglar la cadena, ¿no? Ya ves que aquí tiene una parte oxidada, aquí otra un poco rota… —le indicó.

Nita no dudó en aceptar. Si lo que su padre le planteaba era que,

además de quedarse aquel collar, lo dejaría más bonito, no tenía nada que perder. Richard sonrió tranquilo y la abrazó con cariño.

Al día siguiente, Nita recibió con ilusión una copia muy similar al colgante que había encontrado en el cuarto de sus padres. Aunque a él le seguía impresionando ver aquel diseño en el cuello de su hija, saber que no era el de Violet se lo hizo más llevadero.

Aquel truco funcionó a la perfección con Nita, pero, como comprobó siete años más tarde, ella no fue la primera persona a la que habían engañado con aquel colgante. Lo descubrió al ver que Violet llegaba a su encuentro con uno idéntico sobre su oscuro y ajustado jersey.

-3-

—Pero ¡¿cómo es posible?! ¡Abracé tu cuerpo en el pantano! —le contó a Violet, angustiado—. Entonces, ¿no eras tú?

Richard se sobrecogió al escuchar, en palabras de Violet, cómo se había organizado todo para que aquella ilusión funcionara tal y como se pretendía. Después negó con la cabeza; no conseguía entender por qué alguien haría una cosa así.

—Creo que todavía no eres consciente del daño que hiciste a Mary y, mucho menos, de lo enamorada que estaba de ti. Solo alguien tan desesperado como ella sería capaz de hacer algo semejante.

Richard, que continuaba negándose a aceptar aquella explicación, se aferró a un pequeño detalle para intentar desmontarla.

—¿Y el colgante que me llevé? —Dejó sobre la mesa el que él había guardado hasta entonces.

Violet se quitó el suyo y lo colocó junto al de Richard. A simple vista parecían idénticos, pero había pequeñas diferencias si se miraban con detenimiento. Llevada por un impulso que asustó a su padre, Violet golpeó sus manos contra aquellos colgantes. El de Richard se deshizo en pequeñas piedras arenosas; el que ella había llevado permaneció entero.

—Era tan falso como mi propia muerte —le explicó—. Mary intentó quitármelo, supongo que para usarlo en aquella farsa, pero no cedí. No sabía si volvería a verte y era lo único que me quedaba de ti.

Aquella confesión conmovió a Richard, que cada vez se sentía más culpable por lo ocurrido.

—Nunca dejé de quererte. Si hubiera sabido que seguías viva, habríamos continuado viéndonos. ¡No tenía ninguna intención de abandonarte!

—Lo sé. Lo descubrí con el tiempo y por eso estoy aquí. Mereces una oportunidad para enmendar tus errores.

—¡¿Mis errores?! Fui engañado por tu madre. ¿Qué hice yo para

provocar que Mary hiciera algo tan retorcido?

—Lo mismo que tendrás que deshacer si quieres que te perdone.

Richard la miró, absorto. Errores, perdones… ¿Había regresado de entre los muertos para recuperar el tiempo perdido o para castigarlo?

—Solo quiero tener lo que ellas han disfrutado todo este tiempo —reclamó Violet—. Es lo que la vida tenía reservado para nosotros y Mary nos arrebató. Ha llegado el momento de que volvamos a ser una familia.

Capítulo 4:
Los restos del naufragio

-1-

La primera vez que el inspector Thompson escuchó el nombre de Victoria Holt fue el día en el que le hablaron de un suceso extraño: una mujer había aparecido inconsciente, pero viva, en las orillas del río North Saskatchewan, en las afueras de Edmonton. Según le contaron los dos agentes de policía que había enviado al hospital cuando le asignaron el caso, ella insistió en que había sido un accidente, pero al revisar la declaración sintió que algo no cuadraba y no tardó en desconfiar. Horas después, lo informaron de que el cuñado de la joven había sido asesinado en su propia boda y tuvo claro que había gato encerrado, por lo que pidió hacerse cargo de esa investigación al mismo tiempo: no tenía ninguna duda de que ambos casos estaban relacionados.

Su superior se mostró de acuerdo, pero le impuso un ayudante en lugar de permitirle que lo escogiera él. Se trataba del agente Wells, un metódico policía que enfrentaba el trato con los acusados con una amabilidad y empatía que permitían que confiaran en él, desvelándole más de lo que en un principio se habían comprometido consigo mismos. A Thompson, mucho más impulsivo y autoritario, le irritaba esa manera de trabajar, pero decidió pagar el peaje con tal de asumir el mando.

A la espera de poder interrogar a Vicky, que había sido sedada mientras trataba de huir y detener la boda de su hermana, Thompson se centró en recabar la máxima información posible. Tras el tiroteo, tomó una primera declaración a los asistentes al enlace con ayuda de su adjunto y otros policías. Al día siguiente, se dedicó a repasarlas y elaboró varios listados de personas relacionadas tanto con Mark como con Vicky.

En la lista dedicada a la periodista, apuntó a Angela, a las hermanas y a sus compañeros de trabajo, incluyendo a Sonia, la única amistad que se le conocía y que había acabado hospitalizada y en coma. Otro inquietante dato que parecía confirmar su sospecha de que algo oscuro se escondía detrás del comportamiento de aquella mujer.

-2-

Un sinfín de regalos de boda sin abrir se amontonó en el salón de una casa que el día anterior había amanecido repleta de ilusión y que, veinticuatro horas más tarde, trataba de reconfortar a cuatro

desconcertadas mujeres que no entendían cómo podía haber salido todo tan mal.

Laura, la más afectada por lo ocurrido, convirtió su habitación en un templo, fuera del tiempo y el espacio, al que llegó después de sufrir un ataque de ansiedad en el club de campo. Desde entonces, solo había salido de allí para ir al baño y la poca comida que ingería la obtenía de las bandejas que Angela, Norine y Theressa le subían de vez en cuando.

Pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en la cama, rodeada de tranquilizantes, pañuelos usados y recuerdos de Mark que la hacían sonreír y llorar casi al mismo tiempo. Prefería refugiarse en lo que había compartido con él para no tener que afrontar que nunca más volvería a verlo.

Una de las escenas que más recreaba en su mente había tenido lugar solo unos meses antes, en una de las pocas ocasiones en las que Mark accedió a almorzar al aire libre, en un parque cercano a su oficina. Disfrutaban de sándwiches que Laura había llevado preparados de casa, para exprimir aquel receso del trabajo lo máximo posible.

—Es una propuesta muy interesante y tendría un sueldo generoso. La verdad es que me siento muy valorado —le contó Mark, que a continuación le dio un sorbo a su botellín de agua al notar que su boca se secaba.

—Sabía que lo conseguirías, porque logras todo lo que te propones. ¡Enhorabuena, cielo! —Le dio un beso en la mejilla que Mark no correspondió.

—Espera, espera, que no he terminado —aclaró él—. El puesto de trabajo es en Brasil.

La poca hambre que de por sí tenía Laura ese día desapareció de un plumazo al escuchar el nombre de aquel país. Dejó su parte del almuerzo en el recipiente de plástico del que lo había sacado y trató de asimilarlo.

—¿Brasil? Madre mía, ¿y no había algún otro destino más cercano? —fue lo primero que le salió.

—¡Eso les he dicho yo! —exclamó Mark con una sonrisa que Laura intentó imitar, al ver que él no parecía molesto con aquella propuesta—. Todavía no he aceptado, tengo unos días para pensarlo.

—Sé que es una oportunidad maravillosa y te apoyaré en lo que decidas, pero, si te soy sincera… No quiero que te vayas —soltó al ver que todavía no era algo irreversible, aunque después se angustió, pues tampoco quería ser un obstáculo en los planes de su pareja.

—Eh, eh, que creo que no me has entendido. —Mark la agarró de las manos—. Si me marcho, no será solo. O vienes conmigo, o no voy.

—¿A Brasil? ¿Yo?

—Claro, ¿y por qué no? —Laura no supo qué contestar. En realidad, no había nada de lo que hiciera en Edmonton que no pudiera hacer en otro lugar—. Podría ser una oportunidad para cambiar de aires, conocer otras costumbres, otras formas de hacer las cosas, de vivir… Y es algo temporal, unos cinco años máximo.

Aquellas palabras hicieron que Laura comenzara a considerarlo. Mark era tan seguro de sí mismo que no le costaba contagiarse de aquella energía.

—De todos modos, no sería algo repentino. Desde que acepte pasarán unas semanas, nos daría tiempo a hacernos a la idea y a alguna cosa más —le dijo, pícaro, creando cierta confusión en Laura —. Sé que no llevamos más que unos meses juntos, pero tengo tan claro lo que siento por ti que…

El cuerpo de Laura se estremeció al intuir lo que estaba a punto de pasar. En cuanto vio a Mark ponerse de rodillas, se llevó las manos a la boca.

—Laura Holt, te quise desde el primer momento en que te vi. Te quise, te quiero y quiero seguir haciéndolo el resto de mi vida. —Sacó un anillo de compromiso de su chaqueta.

—¡Dios mío, Mark! Pero ¡¿qué haces?! —gritó ella, sobrepasada.

—Mi querida y amada Laura, ¿quieres casarte conmigo?

Laura se bloqueó por unos instantes en los que no fue capaz de decir nada. Después, reaccionó y se dio cuenta de que solo había una respuesta posible.

—Sí. ¡Sí! ¡¡Claro que sí!! —exclamó cada vez más alto.

Mark, pletórico, le puso el anillo y se levantó. Emocionados, se besaron con amor. Laura se separó de él para compartir con el mundo lo feliz que era.

—¡Me caso! ¡Me caso! ¡¡Me casooo!! —gritó a los cuatro vientos mientras corría por el parque.

Mark fue tras ella al ver que se estaban convirtiendo en el centro de atención.

—¡Vas a hacer que me arrepienta de la pedida! —le gritó antes de soltar una carcajada.

Laura sonrió y corrió hacia él, pero no tenía ninguna intención de deshacerse del estado de euforia que recorría su cuerpo.

—¡¡¡Me casooo!!! —repitió, llena de emoción.

Mark negó con la cabeza y sonrió, pero cuando Laura llegó hasta él, en lugar de reprimirla, la cogió en brazos y decidió seguir los pasos de su prometida.

—¡Y yooo! —gritó con toda la potencia que su voz le permitió.

Con Laura apoyada en él, Mark fijó su mirada en ella, la besó y comenzó a girar sobre sí mismo. No paró hasta que, fruto del

agotamiento y del mareo, ambos cayeron sobre la hierba de una zona arbolada de aquel parque.

Rieron hasta que no pudieron más. Mark fingió sus emociones a la perfección, pero Laura, al ver lo que la vida le había regalado, se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Unos golpecitos en la puerta devolvieron a Laura a la oscura realidad de la que trataba de huir desde el día de la boda. Theressa entró en su habitación con un pequeño sándwich, muy similar al que Laura había preparado para su chico el día de la pedida, envuelto en una servilleta.

—Te he traído algo de comer. ¿Te apetece? Seguro que no está tan rico como los que tú preparas, pero creo que te sentará bien —le ofreció con cariño.

Laura hizo un amago de sonrisa, pues su hermana no tenía ninguna culpa de que aquello le provocara de todo menos hambre.

—Gracias. Quizá más tarde. —Se recostó en dirección a la ventana para que no la viera llorar de nuevo.

—¿Necesitas alguna otra cosa? ¿Quieres que me quede un rato contigo?

—Descansando estoy bien, no te preocupes —le explicó Laura, pues era lo único que se veía capaz de hacer.

Theressa, que se sentía impotente, no dudó en acostarse junto a ella y abrazarla con todas sus fuerzas.

—Vamos a salir de esta, ¿vale? ¡Juntas! —le prometió antes de darle un beso en la nuca y emocionarse.

Laura, al oír el lamento de su hermana, decidió no contenerse más y se dejó consolar. Abrazada a Theressa, pensó en lo ocurrido y en cómo estarían gestionándolo el resto de las habitantes de esa casa.

Su madre no le preocupaba, pues tenía una fortaleza titánica y no parecía haber nada que la derrumbara, pero había otro sensible ser que, sin haber superado la pérdida de la persona a la que más había querido, se había visto sacudida por otra desgracia.

Al pensarlo fue como si, por primera vez, pudiera conectar con Nita mejor que con ninguna otra. Ahora entendía por qué su hermana prefería refugiarse en cualquier realidad que no fuera en la que vivía. Ahora sentía el mismo dolor con el que Nita lidiaba desde que había muerto su padre.

-3-

El intento de Vicky por huir del hospital solo alargó un proceso de recuperación que ya se esperaba complicado si se tenían en cuenta las horas que pasó inconsciente en la orilla del río al que Mark la había lanzado dándola por muerta.

Hipnotizada por el rostro inconsciente de su hija, Angela repartía sus pensamientos entre un pasado lleno de secretos que mantenía bajo control a duras penas y un futuro cuyas incógnitas revolvían su cuerpo de un modo desconocido hasta entonces. Con los repetitivos sonidos que las máquinas a las que Vicky permanecía conectada emitían de fondo, su mente viajó hasta dos días antes de la boda.

Con Laura y Theressa de despedida de soltera y Vicky en San Francisco, Angela decidió relajarse y compartir un trozo de lasaña casera con Nita y Charlie. Sin embargo, la inesperada visita de Rita le dejó claro que no debía bajar la guardia. No había recibido ninguna respuesta por parte de Richard respecto al tema de las fotos que le habían mandado a Laura, y aquella mujer que había irrumpido en su casa, acusando a su futuro yerno de toda clase de barbaridades, parecía muy desequilibrada. Estaba claro que debía tomar medidas para protegerse.

Aunque hasta entonces ni siquiera se había atrevido a tocarla, supo que había llegado la hora. Con Nita en la cama, se sintió lo bastante cómoda como para hacerlo. Después, al considerar que con su hija pequeña era mejor no confiarse, cerró el pestillo de su habitación.

Colocó una silla frente a su armario y, de pie sobre ella, movió varias cajas situadas en lo más alto del mueble hasta que encontró la que buscaba. Devolvió la silla a su lugar, apoyó la caja sobre la cama y sacó un estuche cerrado con un candado de combinación. Consiguió liberar el cerrojo tras un par de intentos y deslizó la tapa. En su interior escondía un arma.

Impactada por lo que aquel objeto le producía solo con mirarlo, tardó en encontrar el valor necesario para sujetarlo entre sus manos. En cuanto dio el paso, sintió que eso no iba con ella y devolvió la pistola a su lugar con rapidez. Luego se obligó a sostenerla de nuevo durante un largo e incómodo minuto.

Se sorprendió al darse cuenta de que no era para tanto y sus miedos se desvanecieron poco a poco. Con el arma junto a ella, buscó, en su teléfono móvil, algún lugar donde aprender a usarla. Unos segundos más tarde, la página web de una galería de tiro, situada no muy lejos de Edmonton, apareció entre los resultados.

Angela regresó de sus recuerdos al observar que los ojos de su hija se habían vuelto a abrir.

Tras adaptar su vista a la luz de la habitación y conseguir enfocar, Vicky identificó a su madre, que la miraba con cariño. A continuación, el rostro de Angela se distorsionó y creyó ver a otra de sus hermanas.

—Lau… ¿Laura? —consiguió decir, en medio de aquel momento

de lucidez.

Angela sonrió emocionada.

—Shhh. Tranquila. Laura está bien. Descansa. Estaré aquí contigo.

Vicky se angustió al ser incapaz de mantenerse despierta y una lágrima recorrió su rostro. Después, regresó a su habitual descanso.

-4-

Tras enterarse de que Vicky seguía viva y que se había puesto en marcha una investigación para esclarecer su extraño accidente, Dos acudió al despacho de Jerry en busca de novedades.

—Parece que han relacionado ambos eventos, porque será el mismo inspector quien investigue lo ocurrido en la boda —le explicó el informático, que tuvo que hacer sus propias cábalas sobre lo ocurrido con Vicky en el río, pues la única información que recibía era la relacionada con las tareas que le asignaban en cada momento.

—¿Y Rita? ¿Alguna pista nueva? —preguntó Dos—. Yo no he conseguido nada por ahora.

Jerry asintió.

—No he encontrado nada sobre cómo se marchó de la boda, así que me he centrado en un punto anterior: el de su llegada. He identificado la matrícula del taxi que la llevó hasta allí y localizado, en la base de datos de la empresa a la que pertenece, el recorrido que hizo el vehículo. Por lo visto, la recogió en el aeropuerto.

—¿Dices que regresaba de algún sitio el día de la boda? —quiso aclarar Dos.

Jerry negó con la cabeza.

—Estuvo a punto de coger un vuelo a Vancouver, pero decidió dar marcha atrás —le contó al mismo tiempo que buscaba unas imágenes. En ellas, Dos vio que Rita miraba el móvil y tomaba un café cerca del servicio postal del aeropuerto. Después, acudía a la zona de embarque y, al final, huía de allí.

—Que no se fuera en ese avión no significa que no tomara otro vuelo más tarde. Tendrás que verificarlo.

—Eso haré, pero no entiendo cómo alguien tan aparentemente chapucera como ella ha conseguido desvanecerse sin rastro.

—Lo de Sonia fue una salida de tono evidente y lo del despacho de Tres, un despropósito, pero hablamos de matar a alguien —le explicó Dos—. Es evidente que, si fue ella, esta vez se lo montó mucho mejor.

—¿Y si lo hizo con ayuda de alguien? —se preguntó Jerry.

Dos recordó algo.

—¿Has identificado a la persona que se coló en el bufete

minutos antes que ella? Intuyo que tiene algo que ver con cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriores.

—No he tenido tiempo —se justificó Jerry—. Conseguí las imágenes un día antes de la boda y después pasó lo de Tom. Con lo del asesinato, lo dejé aparcado.

—Tengo mis sospechas de quién puede ser, pero necesito evidencias —le reclamó Dos—. No descarto que tengamos que usarlas más adelante.

-5-

A escasos metros de la habitación en la que Vicky trataba de reponerse, Sean había conseguido ver a Josh haciéndose pasar por su pareja, pues sabía que no le permitirían entrar, salvo que fuera alguien allegado. Como nadie más había acudido a visitarlo, no le pusieron impedimento alguno.

Al entrar en la habitación, se estremeció. Josh era tan dicharachero y simpático que verlo sedado y rodeado de cables y máquinas lo hacía parecer una persona diferente.

En su visita, Sean descubrió que, aunque el estado de Josh era grave, estaba fuera de peligro. Requeriría de varias intervenciones y de mucho descanso, pero, con algo de rehabilitación, no le quedarían apenas secuelas.

Tras pasarse casi todo el día observándolo, tuvo que despedirse de él cuando el horario de visitas llegó a su fin.

—Eh, tú… Recupérate pronto, que tenemos que averiguar de qué nos conocemos —le recordó con una sonrisa al mismo tiempo que apretaba su mano—. Te veo mañana.

Josh, sedado, no reaccionó a sus palabras; su cuerpo estaba centrado en descansar y recuperarse.

-6-

Aunque la elegida para el primer interrogatorio del inspector Thompson había sido Laura, tuvo que esperar debido al estado en el que se encontraba. Tras descartar a Nita, y ver que Theressa estaba más unida a su apenada hermana que a Vicky, se centró en Angela.

Ella le reveló un dato que lo traería de cabeza en las siguientes semanas: una mujer, que por la descripción parecía ser Rita, la secretaria de Mark, se había presentado en su casa dos días antes de la boda para hablar con Laura, pero como estaba de despedida de soltera, terminó conversando con ella. Aunque en un principio optó por marcharse sin decir nada, regresó para advertirle de que Mark era un peligro para su hija.

Thompson tomó con cautela aquella información, ya que lo primero que le vino a la cabeza fue que Vicky podría haberle pedido a su madre que relatara aquello para ayudarla. Una de las mejores estrategias para quitarse a la policía de encima era poner a otra persona en el punto de mira, y Rita, que, por algún motivo, permanecía ilocalizable, podía servirle para ese fin.

Aquella teoría del inspector ganó enteros cuando acudió al lugar de trabajo de Vicky. Le sorprendió conocer que no interactuaba prácticamente con nadie de la redacción y enseguida encontró muchos cotilleos sobre su relación con los hombres. También se topó con alguien que, aunque al principio parecía dispuesto a mentir por ella, terminó confesándole todo lo que sabía.

A través de Adam descubrió que Vicky había estado investigando a Mark, que tenía un interés especial en su anterior vida en San Francisco y que temía que le hiciera daño a su hermana. También que el jefe de la redacción llevaba ausente desde el día siguiente al que Vicky afirmaba haber sido agredida.

En ese sentido, y solo unas pocas horas después, el agente Wells, al que Thompson había enredado en burocracia y en tareas menores para que no supusiera una molestia, le comunicó que, tras recibir la autorización, habían accedido en la nube al contenido del teléfono de Jeff. De él habían extraído un mensaje de socorro enviado por Vicky, además de una foto de la matrícula del coche de Mark tomada en una ubicación cercana al lugar en el que el piragüista había encontrado el cuerpo inconsciente de la mayor de las hermanas.

Al revisar el GPS del coche de Mark, ya habían descubierto que también había estado por allí esa misma noche, por lo que la primera declaración de Vicky, en la que relacionaba su accidente con un tropezón debido a la repentina aparición de un animal, tenía pinta de ser una patraña.

Tras aquella toma de contacto inicial, y con Rita como única nota discordante, todo parecía cerrarse en torno a la periodista. Estaba cada vez más convencido de que la agresión a Vicky y el asesinato de Mark estaban estrechamente ligados y que Angela, respecto a lo que le había contado sobre Rita, o la estaba encubriendo o el propio testimonio de la secretaria había añadido más leña al fuego, provocando que la obsesión que Vicky parecía tener con Mark hubiera alcanzado un punto límite en el que se planteara asesinarlo.

Por otra parte, estaba lo de su jefe. Varios empleados de la redacción le dejaron bien claro que había un tonteo constante entre ellos desde el principio, por lo que, ya fuera por iniciativa propia o porque Vicky lo convenciera para hacerlo, Jeff podría haber matado a Mark para complacerla, vengarse por la agresión o para protegerla. Después, se habría esfumado para que la policía no lo atrapara.

Wells escuchó, con paciencia, las teorías de su superior. Sin embargo, él tenía las suyas propias.

—Aunque es evidente que nos ha mentido, no termino de ver a Victoria Holt asesinando a su futuro cuñado. Es periodista, por lo que no me parece extraño que lo investigara hasta la extenuación si tenía el más mínimo indicio de que la pareja de su hermana no era de fiar, pero, con tanto husmear, se habría expuesto demasiado como para arriesgarse a hacer algo así sin levantar sospechas.

—Si descartamos a Vicky, ¿a quién propones tú? —preguntó Thompson más por cortesía que por curiosidad.

—No descartaría a algún compañero de trabajo de Mark, a alguien de su pasado, o incluso a la misma secretaria. Quizá no tuvo suficiente con hablar mal de él y, en un ataque de locura, terminó matándolo —señaló—. O la señora Holt —planteó después, al leer su nombre en una de las fichas—. ¡Puede que nos haya contado lo de Rita no tanto para proteger a su hija, sino a sí misma! La secretaria la alertó sobre el peligro que corría su segunda hija y, si Vicky ya le había advertido, tal vez pensara que debía hacer algo para mantenerlas a salvo.

—No sé, me parece algo rebuscado. Por ahora seguiré poniendo el foco en Vicky. A medida que encontremos más indicios, sabremos si vamos en la buena dirección.

Wells se lamentó de que sus teorías fueran desechadas con tanta rapidez, pero confiaba en encontrar las pruebas necesarias para demostrar que no estaba equivocado. Thompson, por su parte, tenía claro cuál sería su siguiente paso. Esta vez, cuando Vicky despertara, no se encontraría con dos inocentes agentes que creerían lo primero que les contara. Tendría que enfrentarse a él y a su certeza de que había tenido algo que ver en la muerte de Mark.

-7-

Tras pasar varios días navegando entre un profundo sueño y pequeños instantes de claridad en los que volvió a ver a Angela, pero también a Theressa, a Nita y a Norine, a varios doctores y enfermeras, e incluso a una pareja de policías, Vicky consiguió despertar.

—Mamá… —dijo con la voz tomada al verla mirando por la ventana.

Angela se giró y le regaló una sonrisa. Se acercó a ella y pulsó el botón para avisar a las enfermeras.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Lo siento mucho.

—¿Sentir el qué? Ha sido un accidente.

Una enfermera, a la que Vicky conocía muy bien, irrumpió en la

habitación.

—Te he puesto algo para el dolor, aunque tardará un poco en hacer efecto. En cuanto el médico esté disponible, vendremos a verte —le explicó—. Asegúrese de que no salga de la cama, por favor, ya tuvimos bastante la otra vez —le pidió a Angela antes de marcharse.

—¿Laura? ¿Está…? —quiso saber Vicky, pues temía que algo le hubiera pasado a su hermana.

Angela la miró extrañada. No había parado de preguntar por ella cada vez que se despertaba e incluso parecía decir su nombre en sueños.

—Laura está bien, ¿por qué te preocupa tanto? ¿Sabías lo que le hacía Mark? —preguntó, para enseguida arrepentirse de haberlo planteado.

Vicky se sorprendió de que su madre lo supiera. Dispuesta a explicarse, un pinchazo en la cabeza la hizo retorcerse de dolor.

—¿Te lo ha contado la policía? ¿Dónde está Mark? ¿Lo han detenido? —Angela, que no estaba muy segura de si debía contarle la verdad, negó con la cabeza.

—No te preocupes por Mark, todo está bien ahora. Todavía estás muy débil. Ya hablaremos de eso —le propuso con el objetivo de retrasar aquella incómoda conversación unos días. Sin embargo, los intentos de Angela no tardaron en irse al traste.

—¿Señorita Holt? —las interrumpió una voz—. Soy el inspector Thompson. —Le mostró su placa—. Me gustaría hablar con usted.

Angela torció el gesto. Pese a que lo había visto merodeando por el hospital casi a diario era imposible que hubiera sabido con tanta rapidez que Vicky acababa de despertar. Estaba claro que las enfermeras aún desconfiaban de su hija.

—No tienes que decir nada hasta que hablemos con el médico —le indicó Angela a Vicky mientras se preparaba para salir de la habitación—. Si me disculpa, voy a buscarlo —se excusó con el inspector.

-8-

Theressa no se lo podía creer. Pese a todo lo que estaba ocurriendo y las obligaciones que se le habían ido sumando, su ánimo no decaía y se encontraba con más energía que nunca. Ni siquiera necesitaba la medicación que su antigua psicóloga le había recomendado para momentos altos de estrés. Era como si su cuerpo se hubiera puesto en modo de supervivencia. Como si su mente hubiera evolucionado y se hubiera unido a ella en lugar de lo que solía hacer: ponerle trabas y enredarla con inseguridades por las que cualquier tarea le parecía un mundo.

En los días posteriores a la fallida boda, no dio abasto. Además de ser el principal apoyo de Laura, estuvo pendiente de Nita, visitó a Vicky en el hospital, ayudó a Norine con las tareas de la casa cuando su hermana pequeña la reclamaba y, aunque fuera por teléfono, consiguió mantener un contacto fluido con Enver y Elena. Al final del día acababa hecha polvo, pero eso mismo tenía un lado muy positivo: descansaba como nunca.

Aquella tarde, con todas sus nuevas responsabilidades bajo control, decidió dedicarle un tiempo a su faceta laboral. Sentada en la silla de su escritorio, frente al ordenador, revisó el correo electrónico esperando encontrar alguna buena noticia respecto al segundo borrador de la novela que, por suerte, había enviado a la editorial antes de que todo se desmoronara. Lamentablemente, no había nada nuevo.

Su primera reacción fue torcer el gesto, pero después le quitó importancia. La editorial le confirmó que lo habían recibido, pero que tardarían un poco más de lo normal, pues tenían bastante trabajo acumulado, y no hacía ni una semana de eso. Tenía sentido.

Con ese asunto en pausa, su siguiente impulso fue acercarse a la estantería en la que tenía aquella fila de cuadernos de colores perfectamente ordenados. Si el proyecto en el que había estado trabajando debía estar parado por un tiempo, lo lógico era elegir otra de sus historias y comenzar a darle forma. Pero, a medio camino, algo en lo que había decidido no pensar más, pues siempre lo había considerado como un fracaso o una rendición, apareció en su mente como una nueva posibilidad.

Aunque su sueño era ser escritora, debía ser honesta consigo misma. Estaba claro que no conseguía fluir como ella quería y, por mucho que a su madre no le importara, no quería vivir a su costa el resto de la vida. Necesitaba tener ingresos suficientes para tener la independencia con la que soñaba, por lo que… ¿por qué no se permitía ampliar sus horizontes? Tenía formación en corrección de textos y en traducción al francés y al español, y ya había hecho sus pinitos en esos campos al poco de terminar la universidad. Además, si aquello tampoco le iba demasiado bien, siempre podía volver a escribir. No, era todavía más fácil. Incluso si salía bien, siempre podría seguir escribiendo y, con suerte, ganarse la vida con ambas cosas.

Ilusionada por aquella constructiva revelación, regresó a su escritorio dispuesta a revisar antiguos contactos relacionados con aquellos trabajos, pero sus ojos se abrieron como platos al leer, en la aplicación de mensajería, el asunto de un correo electrónico que ni siquiera habría considerado abrir solo unas semanas antes.

¡URGENTE!

NECESITAMOS TRADUCTORES
PARA PROYECTO FINANCIADO
POR EL GOBIERNO DE CANADÁ.

Alucinada por aquella casualidad, abrió el mensaje y comprobó con sorpresa que cumplía con la mayor parte de los requisitos de la oferta y que las condiciones económicas eran muy atractivas.

Un *email* y dos llamadas de teléfono después, comenzó a reírse sola. No sabía si era cuestión de magia, del destino o un regalo del universo, pero había conseguido un trabajo estupendo casi sin proponérselo. La nueva Theressa era imparable.

-9-

Pese al intento de Angela, y aun cuando el médico que realizaba su seguimiento le aconsejó esperar un poco, Vicky, sedienta de respuestas, insistió en hablar con el inspector Thompson.

En aquella charla se enteró de todo lo sucedido mientras había estado inconsciente, además de ciertos acontecimientos ocurridos unos pocos días antes de la boda. Entre ellos, que Rita había contactado con su madre, que Josh estaba herido y en ese mismo hospital y que Mark había muerto.

—Sabemos que lo estuvo investigando los días previos y que estaba obsesionada con una teoría sobre que había asesinado a su anterior mujer —le contó el inspector—. Por otro lado, el GPS del coche del fallecido indica que el señor Dewitt estuvo en la misma zona en la que usted apareció inconsciente solo unas pocas horas antes de que la encontraran. Supongo que tendrá alguna explicación para eso, ¿no? ¿O va a seguir manteniendo la loca historia del animal con el que tropezó?

Ante aquella encerrona, a Vicky no le quedó otra que confesar la verdad: Mark se había enterado de que estaba husmeando en sus asuntos y había decidido pararle los pies. A continuación, enumeró los indicios que le habían hecho sospechar de él y, tras pensárselo unos segundos, pues no quería perjudicarla después de lo bien que la había tratado, le habló de Cynthia Becker y de los documentos que esta le había entregado con el fin de demostrar que no era el hombre perfecto que aparentaba. Si Mark no se había desecho de su maleta (lo último que supo era que la había metido en el maletero de su coche), en su interior encontraría toda la información de la que le hablaba. Finalmente, a través de una aplicación de mapas del móvil de Angela, pues había perdido el suyo la noche de la agresión, trató de señalar la ubicación exacta en la que esta se había producido.

Con aquella declaración, parecía que Vicky había decidido

colaborar con la policía, sin embargo, se reservó otra serie de cuestiones para preservar su propia seguridad y la de los que habían confiado en ella. Sonia, Adam, Jeff… «Hay muchas personas a las que puedo salpicar si no mido bien lo que cuento», pensó, ajena a que uno de ellos ya había hablado más de la cuenta.

—Sé que no me ha contado todo lo que sabe, pero le daré un poco de margen para que se recupere —le dijo el inspector—. Aproveche estos días para pensar bien cuáles serán sus próximos pasos. Según cómo juegue sus cartas, puede terminar provocando lo que intenta evitar —le avisó—. Le dejo mi tarjeta. Puede llamarme a cualquier hora del día.

—Claro, si recuerdo algo más, me pondré en contacto con usted —le aseguró ella intentando sonar convincente.

En cuanto el inspector Thompson dejó la habitación, Vicky respiró aliviada. Después, se inquietó al pensar en lo que estaba por venir.

Capítulo 5:
Unidos por la muerte (III)

-1-

En su exitosa vuelta al casino, Richard pensó que había encontrado el revulsivo perfecto para combatir una rutina que no dejaba de consumirlo. Sin embargo, el regreso de Violet a su vida alteró ese equilibrio de forma instantánea. Sus rachas de suerte desaparecieron casi por completo y cada vez eran más las ocasiones en las que no solo perdía lo que había ganado en anteriores jugadas, sino que acababa empeñando parte de lo ahorrado en los últimos años.

El día que, desquiciado, tiró a un contenedor cercano al casino aquella ficha de mil dólares que siempre lo acompañaba, para después arrepentirse y terminar rebuscando entre los desechos, se dio cuenta de que había tocado fondo y que era hora de dejarlo. No sería nada fácil, pero al menos era una solución que dependía exclusivamente de él. Todo lo contrario que los quebraderos de cabeza que su resucitada hija comenzaba a crearle.

Las citas a dos que él le proponía empezaron a parecerle insuficientes a Violet, que no tardó en insistir para que hablara con Angela y las hermanas de su existencia, de cara a conocerlas más adelante. Richard se justificaba explicándole que eran una familia muy unida, que nadie sabía que había tenido una hija antes y que no estaban preparadas para algo así, pero a Violet solo le parecían excusas de un hombre cobarde que no había estado a la altura cuando era pequeña ni tampoco parecía estarlo treinta años más tarde.

Se planteó aparecer en casa de las hermanas y presentarse ella misma, pero después lo pensó mejor y concluyó que Richard tal vez tuviera razón. Intentar encajarla en aquella familia podría resultar complicado y, en el caso de que no la aceptaran, se vería limitada a esos encuentros puntuales en los que tampoco avanzarían como ella deseaba.

Fue entonces cuando tuvo claro que el dicho de «No hay mal que por bien no venga» se aplicaba a la perfección a su situación con Richard y lo vio mucho más claro: lo que ella había identificado como un problema suponía una estupenda oportunidad.

-2-

Aquel sábado por la mañana Richard permanecía pensativo en la cama, mientras Angela, de pie, con una sonrisa irónica y negando con la cabeza, revisaba una lista de regalos de boda.

—¿Te puedes creer que solo les va a regalar el jarrón chino? ¡Y es que encima sé de buena tinta que ha esperado a que lo pusieran en oferta! —le contó a su marido, que prefirió no hacer ningún comentario al respecto—. Creo que la vajilla artesanal estaría bien. ¿Cómo lo ves?

Él, absorto en sus pensamientos, no dijo nada.

—¿Richard? ¡Richard!

—Creo que no es muy buena idea —reaccionó él, que no sabía exactamente qué le había dicho, pero sí que tenía que ver con gastar mucho dinero.

—¿Y eso? ¿Qué prefieres? ¿El juego de cama de seda natural? No sé, ahora me dejas con la duda.

—Angela, no me estás entendiendo. Creo que no es muy buena idea hacer ningún regalo.

—¿No quieres ir a la boda? Porque no podemos ir sin hacerles ningún regalo. —Richard intentó decir algo, pero no sabía cómo enfocarlo. Angela lo notó y se sentó junto a él—. Vamos, suéltalo.

—Es temporal y no quiero que te asustes, pero…

—Empezamos bien.

Richard suspiró y tomó impulso.

—Tenemos algunas dificultades económicas y estaría bien recortar gastos.

Angela se preocupó al escuchar eso, pero el desasosiego no tardó en convertirse en enfado al identificar la posible causa de aquel apuro económico.

—¡Dime que no has vuelto a jugar! ¡Dime que no has vuelto a poner nuestro bienestar en manos del azar! ¡Me dijiste que había sido la última vez! ¡Que habías acabado con eso!

—Tenía el presentimiento de que era el día y jugué más de la cuenta, pero lo perdí todo —le confesó él.

—¿De cuánto estamos hablando? ¿Cuánto tiempo tendremos que recortar gastos? —Richard intentó explicarse, pero Angela no se lo permitió—. Y ahora, ¿qué quieres que le diga a Amelia? ¿Que no podemos ir a una boda a la que nos comprometimos asistir hace meses? ¿Así? ¿De repente?

Él se encogió de hombros. Aquel compromiso era lo que menos le preocupaba con todo lo que tenía encima.

—Tú sabrás cómo lo vas a hacer, pero acudiremos con uno de los mejores regalos de la lista. ¿Está claro?

Richard asintió, aunque sabía que sería difícil restablecer su maltrecha situación, salvo que tuviera un golpe de suerte. Angela se acercó al teléfono que había sobre la mesilla y marcó entre resoplidos un número que encontró en su agenda.

—Sí, buenos días, quería cancelar la reserva para esta noche —

solicitó, lo más educada que pudo, apartando su furiosa mirada de su marido—. Sí, siento avisar con tan poca antelación, pero se trata de un imprevisto. Sí, habíamos esperado mucho tiempo, pero ya sabe cómo son estas cosas. Sí. Muchas gracias.

Colgó con mayor calma de la que Richard esperaba, pero, al girarse hacia él, observó que solo se trataba de un pobre intento de contener su rabia.

—¡¿Contento?! —le gritó antes de abandonar la estancia, cuya puerta se quedó abierta de par en par.

Laura, que salía de su habitación, se fijó en el rostro alicaído de su padre y se preocupó, pero él le guiñó un ojo intentando disimular. Ella le correspondió, pero algo le decía que no estaba bien.

-3-

Violet necesitaba una excusa con la que poner su juego en marcha y conseguir su ansiado trofeo. Por suerte para ella, Richard se la puso en bandeja.

Aunque tardó un tiempo en hacerlo, al ver que sus dificultades económicas cada vez lo ahogaban más, terminó por confesarle el lío en el que se encontraba. Los exiguos ahorros que le habían quedado, debido a sus malas rachas en el casino, se reducían drásticamente por una serie de gastos que no dejaban de crecer y su situación financiera era crítica.

Violet intentó mostrarse empática y se esforzó en que no se le notara la inmensa alegría que le producían aquellas palabras. Después, manipulando lo que él le decía para que pareciera una idea del propio Richard, dirigió la conversación hacia un punto en el que terminaron coqueteando con la idea de estafar alguna de las pólizas de seguros que su padre tenía contratadas.

Ella le reconoció que algunos de los clientes con los que trabajaba en su empresa —nunca le dejó claro en qué, pero Richard imaginó que era una especie de bufete de abogados con pocos escrúpulos— se habían visto obligados, fruto de la desesperación, a usar estrategias de ese tipo. Incluso sabía de casos en los que habían llegado a fingir su muerte para cobrar la cantidad máxima.

A Richard, en principio, se le hizo impensable, pero, a medida que pasaba el tiempo y las deudas se acumulaban, empezó a interesarse por los pasos que tendría que dar en el hipotético caso de que algún día se planteara algo así. Al ver que, pese a que iba familiarizándose con aquella idea, no terminaba por decidirse, Violet le despejó el camino.

—¿Y si yo te echara una mano?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, digamos que no me va mal en el trabajo y podría prestarte lo necesario para deshacerte de las obligaciones de pago que te urjan más. Y desde mi empresa podríamos ayudarte con lo del seguro. Con el dinero que yo te dé, te libraremos de sospechas sobre posibles fraudes y con la indemnización de la póliza cubrirías el resto de la deuda y los gastos de organizarlo todo —le explicó—. Te permitiría mantenerte oculto y asegurar el futuro de tu familia. Sé que esto último es lo que más te preocupa y lo entiendo; por eso quiero ayudarte.

—Pero, Violet, nunca podría devolverte ese dinero y, además, ¿qué margen tendría después? ¿A dónde iría? ¿Cómo gestionaría mi vida posterior sin ningún tipo de ingreso? Por no hablar de mi familia. Explicarles esto, vernos en secreto… ¡Lo veo imposible!

—No digo que no tengas que hacer sacrificios y renunciar a algunas cosas, pero, si tú quieres, me aseguraría de que tus problemas quedaran solucionados en unas pocas semanas.

Richard alucinó con aquella propuesta, pero enseguida se dio cuenta de que apenas había hecho uso de su capacidad de sorpresa.

—Mira. Te lo voy a poner más fácil todavía. Me encargaré de todo yo misma: de las deudas, de simular tu muerte, de lo del seguro y de darte una nueva vida. Solo hay una condición.

—¿Una condición? ¿Qué quieres decir?

Violet se tomó unos segundos antes de dar el paso y contarlo. Lo que estaba a punto de decirle podía causar el efecto contrario al que pretendía y quería estar preparada para ello.

—Haré que todo se solucione, pero tendrás que dejar a tu familia atrás. Quiero recuperar el tiempo perdido y tenerte solo para mí.

—¡Pero eso es una completa locura! ¡No puedes pedirme que haga algo así! —gritó Richard, llamando la atención de las pocas personas que los acompañaban en aquel paraje.

—Tú decides el camino que quieres tomar, pero, por lo que me cuentas, la situación es insostenible —le planteó ella con mucha calma.

Richard no supo qué decir; era demasiado para él.

—No creo que mis exigencias sean desproporcionadas teniendo en cuenta lo que voy a hacer por ti —argumentó ella—. Solo te pido que cumplas con lo que tú mismo sabes que me debes desde aquel día en el pantano. Ellas han disfrutado de ti todos estos años. ¿No crees que ha llegado la hora de que yo también pueda hacerlo?

Capítulo 6: Conexiones

-1-

El inspector Thompson no dudó en presionar al equipo médico que trataba a Vicky para que, en cuanto recobrara la conciencia, lo informaran. Aunque por lo general encontraba resistencia ante peticiones de ese tipo, pues los interrogatorios solían alterar a los pacientes y ellos primaban su recuperación, se mostraron receptivos. Al parecer, la actitud de Vicky el día de la boda había generado tal desconfianza en el personal del hospital que preferían dejar su caso en manos de la justicia lo antes posible.

Al llegar a su habitación, se decepcionó al toparse con una mujer mucho más atractiva y agradable de lo que se había imaginado. Pero pese a aquella hermosa envoltura y su aparente disposición a colaborar, el instinto de Thompson le decía que ocultaba algo. No dudó en hacérselo saber. Confiaba en que con ese toque de atención se animara a hacer algún movimiento que la delatase.

Con el objeto de contrastar lo que la periodista le había contado sobre Cynthia Becker, concertó una videoconferencia con ella. La empresaria le confirmó que lo que Vicky le había contado era cierto y le envió una copia digital de los documentos que le había entregado en San Francisco, tal y como habían pactado. Así mismo, le trasladó que, aunque también había sospechado de sus intenciones cuando la conoció en la fiesta, estaba convencida de que no había tenido nada que ver con la muerte de Mark y que solo pretendía entender el alcance del peligro que corría su hermana.

Al revisar los documentos, el inspector cuestionó la actitud de la empresaria, pues consideraba que con aquellos papeles no había hecho otra cosa que alimentar la obsesión de Vicky. Una mujer tan influyente como ella podría haber generado un impacto enorme en alguien desesperado por tener razón. Cynthia se derrumbó al pensar que Vicky hubiera actuado así por su culpa, pero el inspector no se entretuvo en consolarla y finalizó la conversación una vez corroboró lo que necesitaba.

En los días posteriores, sin novedades significativas, Thompson comprobó que Jeff no era el único que permanecía desaparecido, pues, tras varios intentos, había sido imposible localizar a Rita. Teniendo en cuenta su ausencia, y que lo que Angela le había contado podía ser cierto, la secretaria comenzó a subir puestos en el *ranking* de sospechosos en el que, de todos modos, Vicky seguía ocupando el primero.

Precisamente, hablar con alguien relacionado con la periodista

era el siguiente paso. La cortesía que le había mostrado para que llorara la muerte de su pareja ya había durado demasiado: tocaba interrogar a Laura.

-2-

En los siguientes días de su estancia en el hospital, Vicky recibió todas las visitas que esperaba, salvo dos: las de Jeff y Laura. En el caso de su jefe, dio por hecho que sería por falta de tiempo. Entre el trabajo habitual y la policía merodeando por allí seguro que no daba abasto.

Respecto a su hermana, aunque primero pensó en que estaría enfadada con ella por no haber asistido a la boda o por haber investigado a Mark, pronto lo descartó al saber que todavía no había hablado con la policía, pues seguía deprimida y medicada. Sí, ese debía ser el verdadero motivo de que no apareciera por allí.

Las ganas de salir del hospital para intentar poner orden en su vida ayudaron a Vicky a recuperarse más rápido de lo que el equipo médico esperaba. Cumplía con creces las pautas que le marcaban, se alimentaba bien y descansaba cuanto podía. Pero cuando tuvo la fuerza y la estabilidad suficientes para ponerse en marcha, decidió que ya era hora de transgredir un poco las normas.

Aprovechando uno de los pequeños paseos que daba cada mañana a petición del doctor, se alejó más de la cuenta y abandonó su planta para localizar en la que se encontraba Josh. Los rótulos que veía a medida que caminaba la guiaron hasta la zona indicada. Un chico incapaz de sacar una lata de una máquina dispensadora de bebidas fue su mejor pista.

—A veces se ponen un poco tercas —le explicó Vicky antes de golpear en varios sitios simultáneamente, para después lamentarse, pues todavía no contaba con la fuerza habitual y se había hecho daño.

Sean se sorprendió al ver que, gracias a su intervención, la lata caía de inmediato.

—Gracias. Te debo una. Bueno, si quieres te la puedo devolver ya, ¿tienes permitido beber algo? —le preguntó al darse cuenta de que era una paciente.

Vicky negó con la cabeza.

—No hace falta. —Se dejó caer en un asiento cercano debido a la repentina fatiga que sentía—. ¿Algún familiar? —le preguntó, ajena a las conexiones que los unían.

—No. Un amigo.

—¿Algo grave?

—Le dispararon en una boda. Supongo que sí —le contó él, provocando que los ojos de Vicky se abrieran como platos.

—¿En qué boda? Tu amigo no se llamará Josh, ¿verdad?

Sean se sorprendió.

—Sí, ¿lo conoces?

Vicky asintió.

—¿Has venido desde Vancouver?

Sean se extrañó por aquella pregunta. Después recordó que la noche en la que habían compartido la hamburguesa Josh le contó que era de allí.

—No, vivo en… Me llamo Sean. Nos conocimos en Edmonton.

Vicky relacionó aquella frase con la visita al hotel de Josh en la que encontró envoltorios de condones y lubricantes usados en el suelo de la habitación, y no tuvo ninguna duda de que había acertado.

—Yo me llamo Vicky, no sé si te suena de algo.

—¿Vicky Holt?

Asintió, satisfecha de que la conociera.

—¡Oh, claro, estás aquí por lo de la boda!

—No, no pude llegar.

—¿Y eso?

—Nada grave. Mala suerte. ¿Y Josh? ¿Cómo está?

—Bueno, poco a poco —contestó Sean, cabizbajo—. La bala le ha provocado algunas complicaciones y lo han operado un par de veces. Descansa la mayor parte del día.

—¿Le dejan recibir visitas?

—Supongo… A mí me dejan —confesó él con una sonrisa que cautivó a Vicky tanto como lo hacía con Josh.

—¿Qué habitación es? —Se puso de pie de nuevo—. Si te dicen algo, yo me encargo.

Él le señaló una habitación cercana. Vicky le guiñó un ojo, le hizo un gesto de que no tardaría mucho y se acercó hasta ella. Al asomarse por la puerta, sufrió el mismo impacto que Sean el día que lo vio y decidió regresar.

—Espero que salga de esta, no se merece pagar las consecuencias de lo que hiciera ese psicópata.

—¿De qué hablas?

—Tengo bastante claro que Josh recibió un disparo por equivocación. El objetivo era Mark, la pareja de mi hermana. No tienes ni idea de lo que te hablo, ¿verdad? —intuyó al ver la cara de Sean, que negaba con la cabeza.

Vicky se lo pensó por un instante.

—¿Puedo cobrarme el favor por haberte conseguido esa bebida? —le preguntó señalándole la lata.

—Claro —asintió Sean—. ¿De qué se trata?

—Es fácil. Solo quiero que me escuches. Creo que voy a necesitar tu ayuda cuando Josh despierte.

Con el fin de calmar los nervios que la devoraban desde la boda, Angela decidió poner orden en un armario que la propia Marie Kondo hubiera considerado en excelente estado, pero que, según su criterio, era bastante mejorable.

Trajes, camisas, bolsos, zapatos… Un huracán de moda de alta costura inundó la cama y parte de la habitación mientras hurgaba en sus recuerdos para asegurarse de que los pasos que había dado eran los correctos.

Sí. Ni su vida ni las de sus hijas corrían ya peligro. Solo era cuestión de tener paciencia y dejar pasar el tiempo. «¿Estás segura?», se preguntó antes de que su mente volviera a viajar en el tiempo.

Un día antes de la boda, nada más despertarse, llegó a la conclusión de que lo de la pistola y la galería de tiro era una completa locura, pero la visita a la zapatería, en la que creyó ver a Rita de nuevo, provocó que sus temores resurgieran y lo reconsideró. Así, en cuanto tuvieron unos zapatos con los que sustituir los que Nita había pintado de amarillo, no dudó en librarse de sus acompañantes y pasar a la acción.

—Se me había olvidado, pero tengo algo que hacer. Nos vemos en casa más tarde —les dijo a Nita y Norine antes de dejarlas solas en la tienda.

En el exterior, marcó en su móvil el número de contacto de la galería de tiro que había encontrado en internet el día anterior.

—Hola, buenos días. Me preguntaba si habría algún hueco para hoy —quiso saber con un timbre de voz menos firme del habitual—. Sí, tengo todo en regla.

Concertó una cita para esa misma tarde, aunque antes tuvo que pasar por casa para recoger el arma. Con ella en el bolso, se dispuso a marcharse al local de tiro, pero al salir al jardín se encontró con Charlie, que, por desgracia, quiso aprovechar para aclarar algunos temas referentes a su trabajo.

Angela se lo quitó de encima enseguida, pero tuvo que ser brusca. Luego, mientras se dirigía hacia su coche, pensó en que Charlie podría haberse sentido molesto, pero le quitó importancia: ya estaba acostumbrado a su carácter.

Ya en las afueras de la ciudad, aparcó cerca de la galería y salió del coche lo más camuflada posible. Dentro del local, entregó la documentación que le habían solicitado, incluyendo la falsificada licencia para portar armas de fuego que Richard le había conseguido años atrás, después de una oleada de robos en barrios similares al suyo.

Tras recibir las indicaciones del instructor y practicar algún tiro con él, probó a hacerlo sola, pero cada intento era peor que el anterior

y llamó la atención de los dos hombres que tenía a cada lado. Uno de ellos la esperó a la salida.

—Si busca sentirse segura, puedo ayudarla —le dijo, incomodando a Angela, que sintió que estaban a punto de atracarla.

—No, gracias. Estoy bien. —Aceleró el paso hacia su coche.

—Solo pretendo ayudar. Sé lo mal que se pasa cuando sientes que has perdido el control. —El hombre le mostró una tarjeta—. Me dedico a la seguridad privada y a la investigación. Solo quería entregarle mi número, por si cree que puede venirle bien. Estaba a su lado en la galería y no la he visto muy segura con el arma.

Angela se sintió molesta por aquella apreciación, pero no le decía nada que no fuera cierto. Al observarlo con detenimiento, se dio cuenta de que, en efecto, habían coincidido en la galería de tiro. De hecho, le había sorprendido su precisión a la hora de disparar.

—En el caso de que me interesara, ¿de qué servicios y tarifas estaríamos hablando? Aunque te aviso: si pretendes estafarme, vas listo.

Aquel hombre, conocido como Stanton por su parecido con un jugador de béisbol profesional, sonrió al ver la actitud desconfiada de Angela.

—No cobro hasta que el trabajo está hecho. Y tampoco juzgo lo que se me solicita. Las peticiones de cada cliente son muy distintas y tengo experiencia en muchas cosas.

—¿También en quitar a alguien de en medio? —le lanzó ella.

—¿Es eso lo que usted necesita? —le devolvió él.

-4-

Aunque Thompson había preparado el interrogatorio de Laura a conciencia y estaba deseando entrar en acción, pocos minutos antes de su encuentro con ella, el agente Wells le comunicó que habían recibido unas grabaciones de seguridad cercanas al domicilio de Mark. En ellas, Rita Fellows, su secretaria, se ensañaba con Sonia Larson hasta dejarla inconsciente. Esa había sido la causa de que la amiga y compañera de Vicky acabara en el hospital.

Pero las novedades no terminaban ahí. Los de la científica le acababan de contar que el móvil de Vicky (que, según ella, había perdido el día de la agresión) había estado operativo, por unos minutos en una ubicación que volvía a poner el foco sobre la joven: el hospital en el que estaba ingresada. Parecía que seguía jugando con ellos.

Thompson contrastó la información para comprobar, con sus propios ojos, que era cierto. Mientras pensaba en ello, una llamada lo informó de que la persona convocada había llegado.

Theressa, Charlie y Norine acordaron no perder de vista a Nita, temerosos de que lo ocurrido en la boda pudiera desencadenarle algún episodio traumático. Al principio se turnaron para echarle un vistazo de vez en cuando, pero con el paso de los días se dieron cuenta de que era mejor sacarla de esa casa llena de tristeza y desesperanza. La primera vez tuvieron que pensar en un plan. Las siguientes fue la propia joven quien les propuso algo.

Nita se había enterado de la actividad de aquel día a través de un anuncio que había visto en uno de sus paseos con Charlie. Se trataba de una exposición sobre realidad virtual que llamó su atención por el colorido de los carteles, pero, una vez allí, comprobó que eso era lo de menos: lo que aquellas máquinas creaban era fantástico.

Theressa, su acompañante en esa ocasión, apartó la mirada de la aplicación de alquiler de pisos que consultaba y sonrió al ver a Nita centrada en tratar de descubrir cómo funcionaba un diminuto proyector que creaba hipnóticas figuras repletas de formas y colores. Después, se alejó unos metros de ella al darse cuenta de que tenía una videollamada de su amiga Elena.

—Yo estoy bien —le explicó Theressa, tras contarle cómo evolucionaban Laura y Vicky—. Enver está siendo un gran apoyo y, sobre todo, muy comprensivo.

—¿Así que la cosa va en serio? —quiso confirmar Violet, al otro lado de la pantalla.

—Diría que sí. Estoy muy a gusto, pero no quiero estropearlo poniéndole un nombre. Ya surgirá —le contestó mientras se convencía a sí misma.

—Me parece estupendo, tú disfruta; con todo lo que ha pasado, ha sido una suerte que alguien así apareciera en tu vida.

Theressa sonrió. Ella también lo pensaba y eso la hacía sentirse muy afortunada. Apartó la mirada del móvil por un instante para buscar a Nita. No tardó en situarla, con unas gafas enormes y dentro de un simulador con forma de nave espacial.

—¿Y tú, ¿qué tal, Elena? ¿Alguna novedad? Sé que te dije que quedaríamos después de la boda, pero…

—Todo bien. Es normal, no te preocupes, tu familia es lo primero —señaló Violet—. Por cierto, hablando de familia, el otro día me dijiste que Vicky se había quedado sin móvil por aquella agresión que sufrió y ayer recordé que tengo uno de sobra. Me tocó en un sorteo, que ni siquiera recordaba, un día más tarde de que se acabara el límite de devolución del que acababa de comprar. Sí —asintió, resignada, al ver la cara que ponía Theressa—, parece hecho a mala hostia, pero así fue. Así que he pensado que podría desquitarme si por lo menos alguien lo aprovecha. Dile que es un regalo de tu parte si

quieres. Mira, es este. Como ves, sin abrir.

Theressa observó la caja del teléfono que Violet le mostraba a través de la pantalla.

—Pero… ¿y por qué no lo vendes? Tiene pinta de ser de gama alta. Seguro que te sacas una pasta.

—Antes que malvenderlo, prefiero que lo aproveche alguien que lo necesite de verdad. No sé, después de todo lo que ha sufrido tu hermana, me parecía un bonito detalle —insistió Violet.

Theressa sonrió por la generosidad de su reciente amiga.

—Me da cosa, pero, si lo ves así, estoy segura de que Vicky te lo agradecerá un montón, porque no pienso llevarme el crédito de nada de esto.

—Si en el fondo me haces un favor. ¡Ya no me sentiré mal al verlo estorbando en casa! ¡De verdad! Me quitas un peso de encima.

Theressa asintió, convencida. Enver, Elena… El universo estaba premiándola con gente maravillosa y eso la emocionaba profundamente, pero no tardó en sentirse mal: le costaba asumir que su vida cada vez fuera mejor cuando las de sus hermanas parecían estar en uno de sus peores momentos.

-6-

Sean no falló ni un solo día. Josh era una de las pocas personas que se habían preocupado por él desde que había llegado a Canadá y sintió que la vida le ofrecía una oportunidad para devolvérselo. Como su amigo permanecía sedado, se limitaba a estar en silencio junto a él, pensando en sus cosas mientras jugaba con su pelota, leyendo algún libro de los que el hospital ponía a disposición de los visitantes o dibujando en un pequeño cuaderno que encontró en el piso de Josh. Cuando coincidían, charlaba un rato con la simpática enfermera que se pasaba a hacerle las curas.

Josh se despertó en uno de los ratos en que su visitante se había dormido del aburrimiento. Enseguida identificó que estaba en un hospital, por lo que buscó una explicación y recordó lo sucedido en la boda. Sonrió al ver a Sean dormido, agarrado a aquella pelota de la que no se separaba nunca. Dispuesto a decir algo, aclaró la voz. Fue suficiente para que Sean reaccionara.

—¡Josh! ¡Estás despierto! —Presionó el botón que avisaba a la centralita—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho? —se preocupó al notarlo incómodo.

—Por lo que veo… He estado mejor —señaló él, con la voz algo tomada, al ver los cables y aparatos médicos que había a su alrededor.

Sean sonrió, Josh no perdía su sentido del humor ni en ese estado.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—Me entretuve con la tele mientras esperaba al repartidor. El tiroteo salió en todos los informativos locales.

—¡¿En serio?!

Sean asintió. Luego se puso serio.

—Josh, hay algo que… —comenzó a explicarle, pero justo entró la enfermera y desvió su atención hacia ella.

—¡Ya era hora! ¡Menuda siesta te has echado!

—Parece que la necesitaba… —le siguió el juego él.

—¿Nivel de dolor?

Josh se aclaró la voz.

—¿Ocho?

La enfermera sonrió y le ajustó la medicación.

—Enseguida vuelvo con el doctor.

Josh asintió. Sean se interesó por él.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? Has hablado más de una vez, pero creo que en sueños. No sé si has estado consciente en alguno de esos ratos.

Josh se encogió de hombros.

—Creo que no. Me he sorprendido al despertar aquí. —Se dio cuenta de algo importante—. ¿Y Mark? ¿Está en este hospital? ¿Se sabe quién nos disparó?

—Precisamente de eso venía a hablar con usted —dijo un hombre que se identificó enseguida como el agente Wells.

-7-

—He tardado porque no quería adelantarme hasta que Jerry estuviera seguro del todo, pero mi instinto no se equivocaba. La persona que coincidió con Rita en la oficina de Mark era Vicky. Parece que hemos hecho bien en seguir confiando en él a pesar de lo del virus.

—Por el momento, eso parece —matizó Violet.

—¿Qué quiere que hagamos con este descubrimiento? Implica a Vicky, pero, si identifican a Rita, nos arriesgamos a que pongan el foco sobre ella y el propio bufete.

—La escurridiza Rita, de quien seguimos sin tener ningún indicio de dónde se ha metido, ¿no?

—De eso venía a hablarle. Creo que mis investigaciones están dando sus frutos.

Violet se sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—Al conocer que no se había marchado en aquel avión, le pedí a Jerry que buscara en otros horarios y aeropuertos, pero fue en vano. Mientras tanto, vigilé su casa por si le daba por aparecer, pero

tampoco hubo suerte, así que pensé que quizá nos la había jugado y sí que se había marchado ese mismo día, pero no en avión. He investigado en distintas compañías de tren y autobús y tengo varias pistas, pero necesitaré algunos días para comprobarlas.

—Ya era hora de que te pusieras las pilas. Me estaba empezando a plantear seriamente aquella propuesta tuya de jubilarte. He estado a punto de pedírtelo yo misma.

Dos forzó una sonrisa, pero no sabía si lo decía en serio o estaba bromeando. Violet se dio cuenta y soltó una carcajada.

—Me sorprende que después de tantos años sigas teniéndome miedo.

—No es miedo. No quiero defraudarla.

—Pues más te vale que la próxima vez que te vea sea sujetando la cabeza de esa malnacida —le dijo, esta vez, sin ningún atisbo de broma—. No, mejor no la mates. Tenemos que interrogarla. Eso y quizá algo más. Se acerca la Navidad y estoy planteándome montar una fiesta. Rita podría ser el plato fuerte del evento.

Dos tragó saliva. Había presenciado varias de esas fiestas a lo largo de los años y no quería formar parte del cartel de una de ellas. Se la estaba jugando y, al contrario que a Mark, Violet no le pasaría por alto ninguna metedura de pata.

-8-

En los días posteriores a la muerte de Mark, Laura permaneció sumergida en un cóctel de medicamentos, lágrimas y pañuelos de papel que, en ocasiones, se veía salpicado por los maravillosos sueños en los que volvía a verlo y las horribles pesadillas en las que moría sin que ella pudiera hacer nada. Entremedias, una imagen de su padre corriendo por el jardín de la casa de campo vino a su mente, pero fue incapaz de procesarla y la devolvió al inconsciente de inmediato.

A sabiendas de que no podía vivir enterrada en su cama para siempre, se mostró más receptiva a los intentos de Theressa para que comiera y a las sugerencias audiovisuales que Nita le proponía, pues si a ella le funcionaban, ¡cómo no le iban a servir a su hermana! Así, pese al inmenso dolor que sufría por la ausencia de Mark, cada vez se sentía más cómoda con ellas y su día a día dejaba de ser horrible para convertirse en algo más soportable.

Sin embargo, se le revolvía el estómago al pensar en Angela y Vicky. Había algo en su madre que había comenzado a molestarla la misma noche de la boda y cualquier encuentro con ella la irritaba sin que terminara de entender por qué. Pero cuando su cuerpo fue capaz de gestionar el dolor por la pérdida de Mark y la medicación dejó de nublarle el juicio, su subconsciente volvió a enfrentarla con aquel

recuerdo de su padre y esta vez consiguió identificar algo más. El gesto desencajado de su madre al verlo aparecer por allí.

Tal y como sospechaba, al confrontarlo con ella, no dudó en desmentirlo: «Cariño, el médico dice que es por efecto del *shock* que sufriste, tu mente busca maneras de huir del dolor e imagina cosas que no son reales para protegerse», por lo que se juró a sí misma que haría lo imposible por destrozar aquella mentira en cuanto tuviera las pruebas y la fuerza necesarias para hacerlo.

Respecto a Vicky, pese a que supo que estaba hospitalizada desde la primera vez que preguntó por ella, nunca tuvo claro los verdaderos motivos del ingreso. Las versiones que le llegaban sonaban contradictorias y Theressa, aunque parecía querer contarle algo más, terminaba echándose atrás.

Una conversación entre Norine y Charlie la perturbó sobremanera. ¿A qué se refería el jardinero cuando decía que «Vicky llevaba tiempo investigando a Mark»? ¿Qué quería decir Norine con aquello de que «Nunca creí que Mark fuera capaz de hacerle eso a la pobre Vicky?». Trató de encontrar respuestas repasando una y otra vez los días previos a la boda, pero llegó a la conclusión de que o le faltaba información o su oído le había jugado una mala pasada.

Con el cuerpo de su pareja retenido en la morgue debido a la investigación, Laura tuvo que pasar por el trago de hablar con la policía. Aunque encontró muchas respuestas, también tuvo que lidiar con preguntas que no esperaba.

—¿Está insinuando que Mark me era infiel? —le preguntó molesta al inspector Thompson—. Porque no puede estar más equivocado.

El inspector intentó no sonreír al pensar en lo estúpida que se sentiría en cuanto los hechos le confirmaran, sin lugar a duda, lo que ella se empeñaba en negar.

—De acuerdo. Dejaremos ese tema a un lado por ahora. ¿Qué nos puede decir de su hermana Vicky? ¿Le confesó en algún momento algo relacionado con lo que hacía?

—¿A qué se refiere?

—Sabe que estuvo investigando a su pareja en los días anteriores a su muerte, ¿no?

—Me he enterado hace poco. No supe nada de eso antes de la boda.

Thompson apuntó lo que ella le dijo. Luego intentó calibrar el vínculo que la unía con su hermana mayor.

—¿Le sorprendería si le dijese que creemos que su hermana pudo tener algo que ver en la muerte de Mark?

—¿De qué me está hablando? —preguntó ella como si nunca se hubiera planteado algo así.

—Lo investiga, tienen una pelea en la que ella sale malherida y, al día siguiente, él acaba muerto. ¿No le parece sospechoso?

—¿Creen, de verdad, que fue mi hermana?

—Está entre las sospechosas. Tampoco descartamos a Rita, su secretaria.

Laura negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué querría su secretaria verlo muerto?

—Por celos —le desveló—. Siento tener que decírselo, pero Mark y ella eran amantes. Aunque no parecía ser la única. Unos días antes de su muerte tuvo un encuentro con otra mujer que acabó hospitalizada debido a una paliza. Acabamos de saber que fue Rita quien la agredió.

Laura negó con la cabeza.

—¡Que no! ¡Que no puede ser! —Desvió la mirada hacia sus uñas y comenzó a levantar parte del esmalte—. Hablaba con él a todas horas. Si no era en el trabajo, estaba descansando o conmigo. Es imposible que hiciera algo así. Íbamos a casarnos y a mudarnos a Brasil. ¡Él me quería!

—Entiendo que, entonces, no creyó a su madre cuando le dijo que Rita la había visitado para alertarla sobre el peligro que corría al casarse con él, ¿verdad?

—No sé de qué me habla. Mi madre no me ha dicho nada de eso —contestó algo brusca, harta de tanta acusación sobre Mark.

Thompson buscó entre sus documentos hasta encontrar la hoja que necesitaba. Leyó:

—«Mark se acuesta conmigo y también con otras. Le va a hacer daño, mucho daño. Está avisada». —Hizo una pausa—. Eso es lo que su madre declaró sobre aquella noche. O se lo ha ocultado a usted o nos ha mentido a nosotros, ¿qué opción le cuadra más?

Laura insistió en negar con la cabeza hasta que, al final, se decantó por una.

—Diría que les ha mentido. Se le da muy bien.

—¿A qué se refiere?

—No puedo demostrarlo, así que prefiero no decir nada más —se retractó, al pensar en Nita y Theressa—. No estoy hablando de nada ilegal —añadió con voz temblorosa.

Devorada por la tensión de aquel encuentro, Laura rompió a llorar con angustia. Thompson se sintió conmovido.

—Sé que no es fácil por lo que está pasando y, mucho menos, tener que escuchar cosas así sobre alguien a quien creía conocer a la perfección, pero con el tiempo lo agradecerá. Si no lo desea, no tendrá que regresar a comisaría, salvo que surja algo importante. Siento si he sido poco respetuoso con su dolor.

—¡El asesino tiene que pagar por lo que ha hecho! —gritó entre

sollozos—. ¡Solo así podré empezar a superarlo!

—Le prometo que estamos haciendo lo que está en nuestra mano.

—¡Entonces, ¿por qué no hay nadie detenido?!

—Necesitamos pruebas concluyentes y todavía no las tenemos. Hay que tener paciencia.

Laura se secó las lágrimas y se puso de pie en un arranque de rabia.

—Si necesita pruebas, yo se las daré. Lo comenzó a investigar para vengarse de él. No sé si fue porque me tenía envidia o porque se le insinuó y él la rechazó, pero así fue. Cuando Mark se enteró de que estaba hurgando en sus cosas se enfrentó a ella, pero se puso agresiva y la pelea terminó mal. Furiosa y resentida, lo organizó todo para que acabara muerto. ¿Qué más quiere? Ya la tiene. ¡Mi hermana Vicky es la asesina! —gritó, dejando boquiabierto a Thompson.

—Pensaba que no creía que su hermana tuviera algo que ver. ¿A qué viene eso? ¿Sabe algo más que no nos haya contado?

—Usted necesita una historia con la que detener a alguien y yo se la he dado. Ahora, haga su trabajo y enciérrenla —le pidió antes de salir de aquella sala.

Una vez fuera de la comisaría, mientras se dirigía a la parada de autobús, Laura se llevó las manos a la boca al darse cuenta de lo que acababa de hacer y se planteó regresar y desdecirse, pero optó por dejarlo como estaba. Necesitaba que alguien pagara por lo que había pasado y Vicky se había ganado a pulso el castigo mintiéndole y provocando, con su imprudencia, que Mark acabara muerto. Quizá ella no había apretado el gatillo o elaborado el plan para asesinarlo, pero estaba segura de que todo era por su culpa.

Capítulo 7:
Unidos por la muerte (IV)

-1-

Los siguientes días a la rocambolesca propuesta que Violet le había hecho en su último encuentro fueron una tortura para Richard. Sueños en los que se veía en un ataúd, ensoñaciones en las que sus hijas descubrían el engaño y lo denunciaban a la policía, y toda clase de pensamientos que discurrían por un mar de contradicciones lo hicieron llegar a la conclusión de que era mejor dejar de lado aquel loco plan y enfrentar las consecuencias tal y como vinieran.

Pero cuando el mejor cliente que tenían en su empresa decidió cambiar de proveedor gracias a una jugarreta de la competencia, el nerviosismo se apoderó del resto de los socios y tuvo claro que aquello solo tenía un previsible final: que lo relevaran de su puesto, sin descartar que lo invitaran a marcharse.

Además, había alguien que no dudaría en aprovechar aquella situación. Patrick Creighton, hijo y sucesor natural del fundador de aquel negocio, nunca había aceptado que su padre eligiera a Richard y no había cejado en su empeño por desacreditarlo.

Sus peores sospechas no tardaron en confirmarse. De hecho, todo se desarrolló más rápido de lo que él había imaginado. Patrick había conseguido un nuevo e importante cliente dispuesto a convertir a Creighton & Co. en su proveedor exclusivo, siempre y cuando él mismo fuera quien gestionara el trato y la propia empresa. Ante semejante órdago, los socios lo tuvieron claro y Richard no tuvo que esperar demasiado para recibir, de manos del nuevo jefe, la carta de despido.

Pocos días después, tal y como se temía, pudo comprobar que su carrera profesional había acabado, pues ninguna otra empresa se planteaba contratar los servicios de alguien de su edad, y menos teniendo en cuenta los rumores que el propio Patrick se había encargado de difundir entre los profesionales del sector.

Con un futuro laboral incierto y unas deudas cuyos intereses engordaban el problema a un ritmo vertiginoso, Richard se enredó en una espiral de temor en la que, finalmente, encontró argumentos para replantearse lo hablado con Violet. Por muy duro que fuera a ser para él y para las hermanas, en especial para Nita, sus hijas no se merecían sufrir las consecuencias de sus inaceptables errores. No las había traído al mundo para darles lo mejor y terminar arrebatándoselo cuando menos lo esperaran.

Pero también estaba la propia Violet. Que el destino lo hubiese

puesto en una situación así, justo cuando ella acababa de reaparecer en su vida, parecía una llamada de atención evidente. Había sufrido tanto por culpa de lo que había hecho Mary que ya era hora de que la recompensara. No luchó por ella en su momento y tenía una oportunidad única para arreglarlo.

-2-

Violet tuvo que esforzarse en disimular su enorme satisfacción cuando Richard le confesó que estaba replanteándose su retorcido plan. Sin embargo, no tardó en molestarla terriblemente con una petición que tenía que ver con sus hermanastras.

—No te hablo de verlas en persona. Ni siquiera de que sepan que sigo vivo, pero no imagino no volver a saber nada de ellas. Solo pido tener algo de información de vez en cuando. Fotos, vídeos, no sé. Seguro que se te ocurre algo, eres una mujer con recursos —le explicó, intentando complacerla, pero logrando el efecto contrario.

—Cualquier conexión con tu antigua vida siempre será un peligro para la nueva que intentes crear. Lo siento mucho, pero las condiciones son las que son. Sé que es difícil, pero lo que estoy dispuesta a hacer por ti también. Necesito garantías de que no se vendrá abajo a la mínima. No he trabajado tan duro durante tanto tiempo para terminar entre rejas.

Richard intentó convencerla con todos los argumentos que se le ocurrieron, pero Violet no cedió ni un ápice. O dejaba atrás su vida, o no había trato. Él terminó por aceptarlo y solo le pidió algo de tiempo para hacerse a la idea.

Sin embargo, no dudó en traicionarla a la primera de cambio. Se aseguraría de seguir sabiendo de las hermanas y para ello compartiría parte de su plan con alguien en quien confiaba plenamente. No tuvo que esperar mucho antes de tener la oportunidad de planteárselo. Las enormes deudas con las que cargaban no tardaron en llegar a los oídos de Angela.

—Tengo todo bajo control —intentó calmarla Richard.

—¿Bajo control? ¡Estamos a punto de que nos embarguen! —le contestó ella a pleno pulmón.

Richard dudó, pero al final decidió contárselo.

—He pensado en algo. Creo que no nos queda otra opción.

—¡No pienso vender esta casa! —Richard negó con la cabeza. No se refería a eso—. ¡¿Sabes en el lío en el que nos has metido?! —gritó ella con mayor intensidad.

La puerta de la habitación se abrió y apareció Nita, alertada por la discusión.

—Tranquila, cariño, no pasa nada. Baja al jardín, he visto a Gato

por allí —le dijo Richard.

Nita obedeció y cerró la puerta al salir.

—Estás en tu derecho de no querer pagar mis meteduras de pata —explicó Richard a Angela—. Y por eso he llegado a la conclusión de que solo hay una cosa que podemos hacer. Sé que pensarás que es imposible, pero lo he estudiado a fondo.

Angela lo miró como si estuviera loco.

—¿Crees que voy a confiar en alguno de tus planes después de lo que nos has hecho?

—Si con él conservas lo que tienes y te libras de las deudas… —le planteó Richard, acaparando su atención.

—¡Pero ¿de qué narices hablas?! —explotó ella, aunque se arrepintió enseguida al pensar que podía volver a llamar la atención de alguna otra de sus hijas o de Norine—. ¿Qué sugieres? —le preguntó en un tono más bajo.

Richard respiró hondo.

—Tendremos que fingir mi muerte —dejó caer como una bomba —. El dinero del seguro nos servirá para cubrir las deudas y podrás vivir holgadamente con la pensión que os quede.

Angela sonrió al pensar que se trataba de una broma, pero al ver que el gesto de su marido se mantenía serio, se puso como una furia.

—¡Es una completa locura!

—Es la única opción que tenemos para resolver nuestros problemas —aseguró Richard.

—Problemas que tú has creado.

—Lo sé, y por eso voy a ser yo quien se sacrifique para arreglarlo.

—Sí, y yo me quedo sin marido; y mis hijas, sin padre.

—Nosotros hace tiempo que dejamos de ser una pareja —le recordó él.

Angela caminó por la habitación, pensando en lo que le acababa de proponer.

—Pero ¿te has planteado lo que implicaría?

—Sí, y, por desgracia, no encuentro otra solución mejor.

Superada por la situación, empezó a hiperventilar. Richard intentó ayudarla, pero ella lo empujó.

—¡Lárgate de aquí! ¡Largo! —le gritó en cuanto recuperó algo de aire.

-3-

Las horas que siguieron a aquella discusión fueron determinantes para lo que sucedería meses después.

Richard, de nuevo en aquel lugar en el que mantenía sus

encuentros secretos con Violet, pero esta vez a solas y con la intención de pensar y tomar algo de aire, repasó una y otra vez la reacción de Angela al escuchar su propuesta y llegó a la conclusión de que tenía razón: era una absoluta locura. Sin embargo, las consecuencias de no hacer nada tampoco eran fáciles de digerir: embargo, cárcel y una deuda de la que tendrían que hacerse cargo sus hijas, probablemente, el resto de sus vidas.

En cuanto recuperó la calma, Angela le envió un mensaje.

> Hablemos, pero fuera de casa. Ven a recogerme.
> Les diremos que hemos quedado para cenar.

Una hora más tarde, Richard y Angela retomaron aquella conversación en un lugar deshabitado de las afueras de Edmonton.

—¿Y de qué conoces a esa gente? —preguntó ella al saber por su marido que tenía un contacto que se encargaría de todo—. Hablamos de hacer algo ilegal, por lo que muy de fiar no creo que sean. ¿Estás seguro de que no será peor el remedio que la enfermedad?

Para no desvelar la identidad de su verdadero benefactor, Richard se inventó una trama en la que aquel contacto (un influyente hombre de un país extranjero que había conocido a través de su último trabajo) estaba dispuesto a organizar lo necesario para simular su muerte y ofrecerle una nueva identidad a cambio de que trabajara para él en un conglomerado de empresas cuyos fines no eran del todo lícitos.

—Pero ¿no me puedes contar más? ¿A qué país tendrías que marcharte?

—Yo tengo conocimientos que ellos necesitan para expandir su negocio. Ellos, el dinero para hacer lo que haga falta. No puedo contarte más. Te pondría en peligro innecesariamente.

Angela no podía creer lo que estaba escuchando. Estaba claro que casarse con Richard había sido el mayor error de su vida.

—Yo haré lo que tú decidas, pero solo veo dos opciones —insistió él—: o nos la jugamos y nos arriesgamos a que pueda terminar en la cárcel y vosotras en la calle, o confiamos en que este plan saldrá bien y solucionamos todo de un plumazo.

Angela resopló, agobiada; estaba hecha un mar de dudas.

Capítulo 8: Colisión

-1-

Días después de su encuentro con Sean, y sin que Laura la hubiera visitado en el hospital, Vicky regresó a casa ignorando con qué se encontraría. Sabía que su hermana había accedido a hablar con la policía y que conocía que había investigado a Mark a sus espaldas, por lo que estaba segura de que estaría molesta con ella. Aun así, confiaba en que la entendiera y sintiera algo de compasión teniendo en cuenta que él la había agredido.

Al volver a pisar el suelo de aquella casa se sintió reconfortada. Seguía bastante débil físicamente e intuía que la policía iba a darle más de un quebradero de cabeza, pero solo por dejar atrás aquel olor a desinfectante valía la pena cualquier esfuerzo. Además, su estancia en el hospital había influido de manera muy positiva en la relación con su madre y eso hacía que el lugar le pareciera más acogedor que nunca.

Un cálido recibimiento por parte de Theressa, Nita, Charlie y Norine la hizo sonreír nada más llegar al salón. La escritora la sorprendió con un regalo de bienvenida.

Vicky se lo agradeció con una sonrisa.

—No hacía falta… —les dijo mientras rasgaba el papel.

—Si te digo la verdad, no nos hemos gastado ni un duro —le confesó Theressa—. Le conté a Elena que te habías quedado sin móvil y justo tenía uno sin estrenar. Has tenido suerte.

—Pero… Este modelo vale una pasta, ¿eh?

Theressa asintió, orgullosa de su amiga.

—Lo sé, pero ha insistido. Dice que se va a quedar anticuado de no usarlo y que, por lo menos, eso que te ahorras. ¿A que es supermaja?

Vicky asintió, aunque estaba algo descolocada por el gesto de aquella desconocida. Se dispuso a encender el móvil, pero se dio cuenta de que ya lo estaba. Entonces recordó algo.

—¿Para eso me pediste que firmara aquella documentación? ¿Has hecho un duplicado de la tarjeta y todo?

Theressa asintió, orgullosa.

—Hemos intentado que tu vuelta sea lo más cómoda posible.

Vicky se emocionó con aquel gesto de su hermana y se lanzó a abrazarla. Nita las miró con cariño, pero, de pronto, su rostro se tensó.

—Hola, Vicky —saludó una voz que la mayor de las hermanas esperaba escuchar antes o después.

—¡Laura! ¡No sabes lo que me alegro de verte!

—exclamó con una sonrisa sincera.

—Tenemos que hablar —contestó su hermana con el rostro serio.

-2-

Aunque físicamente todo iba según lo previsto Josh se alteró al descubrir, a través del agente Wells, que Mark había muerto y que Vicky había estado investigándolo las semanas previas a la boda. Él, por su parte, entregó al policía una pieza que aún no conocía: Rita se había presentado en el club de campo unos minutos antes de que comenzara la ceremonia.

La presencia de Sean aliviaba gran parte de su dolor, pero al enterarse de que lo había visitado dos semanas seguidas, Josh consideró que quizá estuviera abusando de su buena voluntad.

—Espera, espera, ya te lo acerco —se ofreció Sean al ver que trataba de alcanzar con dificultad un vaso de agua.

Josh bebió con ganas. Cuando terminó, su amigo se hizo con el vaso.

—Te agradezco mucho que vengas y lo pendiente que estás de mí, pero no quiero que te sientas obligado. Es un tostón estar aquí. A mí no me queda otra, pero tú puedes disfrutar de la casa o de lo que quieras. No me va a molestar.

—Si no quisiera venir, sabes de sobra que no lo haría. No es para tanto, no te preocupes.

Josh asintió; después, recordó algo.

—¿Sabes que hablas en sueños?

—¿Qué dices? —se sorprendió Sean, algo nervioso—. No lo hago, bueno, no lo sé. ¿Y qué digo?

—Pues… Así, que recuerde… Aparte de que estás enamorado de mí, poco más —le reveló Josh.

Sean alucinó en un primer momento, pero luego se dio cuenta de que era una broma.

—Ya te gustaría —le dijo con una sonrisa.

—La verdad es que sí —soltó Josh, dejándolo sin palabras—. Parecía que tenías una pesadilla, creo que hablabas con tu madre —le contó, volviendo al sueño—. Por lo menos, decías «Mamá, mamá…».

—Es posible. Sueño mucho con ella.

—¿Qué pasó? ¿Tenéis algún tipo de relación o contacto? —quiso saber Josh, que no conocía gran cosa sobre los motivos que habían llevado a Sean a vivir en la calle.

—Prefiero no hablar de eso.

—Perdona, parece que he metido la pata.

—Tranquilo, no pasa nada. Es doloroso para mí hablar de ello,

nada más. Quizá otro día.

Josh asintió, comprensivo. Después, sus miradas se quedaron fijas durante unos segundos.

—Bueno, el médico ha dicho que hay que estirar, por lo que… —le recordó Sean, incómodo por aquella inesperada complicidad.

Josh, que habría preferido mirarlo embobado a hacer esfuerzos físicos, se quejó, pero Sean estaba decidido.

—¡Vamos! ¡A mover el culo! —insistió apartando las sábanas.

-3-

Tras una fría bienvenida, Laura echó abajo cada una de las justificaciones que Vicky le ofreció. Nada de lo que le pudiera decir tenía la fuerza suficiente como para desenmascarar al perfecto galán del que ella seguía enamorada hasta las trancas y que por su culpa había perdido para siempre.

—¡Joder, Laura! Sé que estás destrozada, pero nunca me inventaría algo así. ¡Intentó matarme! ¡Provocó la muerte de su antigua mujer! Y… ¡quién sabe lo que pretendía hacer contigo!

Laura, que había hecho un esfuerzo sobrehumano para contenerse, no aguantó más y se lanzó contra Vicky. Ella trató de evitar los golpes, pero no estaba totalmente recuperada y la fuerza que tenía era ínfima en comparación con la que la decoradora obtenía de su rabia.

Theressa, Angela y Nita corrieron al salón, alertadas por los gritos. Laura golpeaba a Vicky sin control mientras esta intentaba proteger su cabeza por miedo a que aquello la llevara de vuelta al hospital.

La escritora y su madre intentaron detener a Laura, pero ella había encontrado el antídoto perfecto para aliviar su dolor.

—¡Charlie! ¡Norine! ¡Ayudadnos! —gritó Theressa al ver que no lo conseguían.

Nita, escondida detrás de uno de los sofás, intentó evadirse tapándose los oídos y cerrando los ojos con la mayor fuerza que pudo.

En cuanto Charlie entró en escena, consiguieron separarlas. Con él apareció Norine, que no dudó en correr junto a Nita para ver si se encontraba bien.

Vicky se apartó de Laura con rapidez y trató de recomponerse. Alisó su ropa y se arregló el cabello, en el que encontró algo pegajoso que enseguida identificó como sangre. Una de las heridas que Mark le había causado en el rostro había vuelto a abrirse.

Angela se dio cuenta y le entregó un pañuelo de papel mientras se tomaba un instante para pensar cómo gestionar aquello, pero Laura, retenida por Charlie, seguía expulsando parte de su odio.

—¡Lárgate! ¡¡Fuera de aquí!! ¡¡Te juro que como no te vayas…!! —No dudó en amenazarla.

Vicky, alucinada con la actitud de Laura, no pudo evitar mirarla fijamente, pero aquello la cabreó todavía más.

—¡¡Que te largueeees!! —gritó la decoradora con todas sus fuerzas—. ¡Ha muerto por tu culpa! ¡Él no hizo nada! ¡Tus mentiras de mierda lo han matado!

Theressa se llevó las manos a la boca al escuchar aquello. Angela pensó que era momento de actuar, pero Vicky se le adelantó.

—Yo no fui quién le disparó, pero era peligroso y estoy segura de que pretendía hacerte daño. Con el tiempo te darás cuenta —le dijo más dolida por que la tratara así que por los golpes que había recibido.

—¡¡¡Que te vayaaaaaas!!! —volvió a gritar Laura.

Angela decidió que aquello ya había ido demasiado lejos y tiró de Vicky para que abandonara el salón, pero ella se resistió.

—Está muy alterada y tú, terminando de recuperarte —le pidió su madre en voz baja—. Sal hasta que se calme, por favor.

Vicky se marchó al jardín a regañadientes. Nita corrió tras ella. En cuanto ambas salieron de allí, Charlie soltó a Laura.

Tras unos instantes en silencio, y a petición de Theressa, la decoradora aceptó sentarse junto a ella en uno de los sofás. La intención de su hermana era rebajar la tensión y hablar con calma de lo ocurrido, por lo que se tomó unos segundos para pensar en cómo abordar aquello. Laura, que no parecía haber tenido suficiente, siguió repartiendo leña.

—Tú también te puedes marchar —le lanzó a Angela, que todavía permanecía allí, junto a Charlie y Norine—. No sé cuál de las dos es más mentirosa.

Angela tragó saliva. Theressa se sorprendió.

—Laura, pero ¿por qué dices eso ahora?

—Será mejor que nos vayamos —les pidió Angela a Norine y Charlie, que no tardaron en despejar la estancia—. Te dejo que te relajes, estás muy alterada —le dijo a Laura antes de dirigirse hacia la cocina.

—¡Eso, vete y no vuelvas más! ¡O mejor, muérete, así te reencuentras con papá! ¡Ah, no, que no está muerto! —Su madre se detuvo. Theressa la miró, alucinada—. ¿No lo sabías? Papá sigue vivo y mamá nos lo ha estado ocultando.

Angela disimuló sus nervios mirando con desprecio a Laura. Theressa pensó que su hermana estaba peor de lo que ella imaginaba y su respiración se agitó.

—¡Estuvo hasta en la boda! ¿Te lo puedes creer? —insistió Laura.

Su madre, dominada por el enfado, se acercó y le levantó la mano. Laura, orgullosa, se puso de pie.

—¿A qué esperas? Vamos, atrévete.

Angela le pegó una bofetada de la que se arrepintió nada más ver el gesto de asombro de Theressa. Laura sonrió, irónica, mientras se acariciaba el rostro con una sensación contradictoria. Aunque le ardía de dolor, era diferente al que sentía por la muerte de Mark y le resultó hasta estimulante. Theressa, incapaz de seguir aguantando aquella tensión, se marchó entre lágrimas.

—¡Esto sí que no te lo voy a permitir! ¡Con la muerte de tu padre no se juega! —gritó Angela para que el resto de la casa lo oyera.

Laura se rio.

—Pero ¡¿cómo eres tan falsa?! ¡Sabes que estuvo allí; lo viste, igual que yo!

Consciente de que aquello solo podía empeorar, Angela desistió y abandonó el salón. Laura sonrió al sentirse la ganadora de aquella batalla, pero, en cuanto la adrenalina la dejó pensar con claridad, recordó por qué la había empezado y rompió a llorar.

-4-

—Nita, no tienes por qué estar aquí. Estoy bien. Vuelve a entrar, anda —le pidió Vicky, que estaba sentada en el escalón de entrada a la casa. Se acariciaba uno de los brazos que había salido mal parado en su pelea con Laura.

Nita la ignoró. Después de la bronca que habían tenido, estaba preocupada por ella.

—De verdad. Que no pasa nada —insistió Vicky antes de desbloquear su nuevo móvil.

Nita la observó con atención y se apresuró a entrar en la casa. Vicky repasó sus contactos y, al llegar a Jeff, le sorprendió no haber tenido noticias de él todavía, así que lo llamó. Su teléfono no daba señal, por lo que probó con el de Adam, pero tampoco tuvo éxito.

Mientras pensaba en con quién más podría contactar, Nita regresó con un botiquín y, mediante un gesto, le demandó que se quedara quieta para curarle las heridas que habían vuelto a sangrar. Su puesto como enfermera no duró mucho, pues una llamada en el nuevo móvil de Vicky las interrumpió.

—Un segundo, ¿vale? —Se alejó unos metros de ella.

Nita se encogió de hombros y se dedicó a ordenar el botiquín. Enseguida recibió la compañía y la infinita curiosidad de Gato.

—Hola, Adam. ¿Cómo va todo? —preguntó Vicky, nerviosa—. Sí, ya estoy en casa. No te preocupes, tampoco esperaba que nadie del trabajo se pasara a verme, aunque sí alguna llamada de Jeff —le

explicó después de que Adam se disculpara por no haber ido al hospital—. Sí, hablé con un inspector, pero ¿qué tiene que ver Jeff con la policía? —preguntó al no entender por qué su compañero mezclaba ambas cosas.

Adam le contó que Jeff había desaparecido la misma noche en la que ella había sufrido la agresión y que, a través de un contacto en la policía, se había enterado de que habían accedido a los contenidos en la nube de su jefe. Entre ellos, habían encontrado el mensaje de socorro que ella le había enviado, además de una fotografía de la matrícula del coche de Mark realizada en una ubicación cercana a donde ella apareció, según los metadatos del archivo. Por último, le explicó que la había estado llamando para contárselo y acordar qué decir y qué no, pero que, al no obtener respuesta y con la policía presionándolo, les había soltado lo que sabía y que lo sentía mucho.

Lo primero que Vicky experimentó fue satisfacción, pues ahora todo encajaba: habían sabido por Adam que había estado investigando a Mark. Pero después se le vino el mundo encima al darse cuenta de otra cosa: si Jeff había estado cerca del lugar en el que Mark la agredió, y nadie sabía nada de él desde entonces, había podido sufrir un destino similar o peor que el de ella.

Vicky deseó con todas sus fuerzas estar equivocada, pero, de nuevo, al igual que cuando comenzó a sospechar de Mark, algo vibró dentro de ella. Su intuición le acababa de confirmar lo que su cerebro se negaba a dar por cierto.

Capítulo 9:
Unidos por la muerte (V)

-1-

Angela siempre supo más de lo que Richard pensaba, por lo menos en lo que se refería a la situación económica de la familia. Aun así, nunca fue consciente de la verdadera gravedad de lo que ocurría. Confiaba en la gestión de su marido, que siempre se las arreglaba para que pudieran seguir manteniendo aquel desahogado estilo de vida.

Pero, en esa ocasión, estaba claro que era diferente. Llevaban varios meses arrastrando descubiertos que Richard salvaba con dificultad, por lo que, el día que le explicó que quizá había llegado el momento de recortar gastos, le vio las orejas al lobo. Con la mayor discreción que pudo, para que su círculo de amistades no sospechara, se inventó excusas para ausentarse de eventos a los que había que destinar cantidades importantes de dinero, ya fuera en su preparación (adquiriendo trajes de diseño y alguna nueva joya con la que destacar) o en el propio lugar (el cubierto de la cena o una generosa donación en el caso de un acto benéfico).

Ni siquiera se podía permitir compras que no fueran imprescindibles. Por primera vez en su vida se había visto obligada a rebañar los botes de sus caras cremas, las facturas sin abonar de los servicios básicos de la casa se acumulaban y el siguiente pago a Norine estaba a la vuelta de la esquina.

Al revisar el correo electrónico, un sudor frío recorrió su cuerpo al darse cuenta de que estaba a punto de que la descubrieran. Los mensajes en los que le preguntaban si estaba bien, extrañados de que llevara un tiempo ausentándose de aquellos compromisos, se amontonaban en su bandeja de entrada y ya no sabía qué decir. Optó por no contestar, pero temía que aquello generara más preocupación o, peor aún, habladurías sobre lo que de verdad pasaba en su familia.

Superada por todo aquello, se obligó a considerar la retorcida propuesta que Richard le había planteado unos días antes. Sabía lo que supondría para sus hijas, pero, de seguir así, perderían a su padre igualmente si terminaba en la cárcel y encima tendrían que buscarse la vida al quedarse sin nada, ya que el embargo era cuestión de tiempo.

Le irritaba tener que pasar por algo así, pues ella había cumplido a la perfección con el papel que le había tocado al casarse con Richard; sin embargo, él había sido incapaz de controlar sus impulsos. Habían primado sus imprudencias, su avaricia y su nula capacidad de contención. Se había centrado en sus intereses sin pensar en cómo les

afectaría y ahora dejaba en sus manos el futuro de la familia.

Mientras valoraba qué joyas de las que le había regalado Richard estaba dispuesta a empeñar para pagarle a Norine y que no sospechara nada, él regresó a casa con una cara larga que evidenciaba que sus intentos por conseguir otro trabajo seguían siendo infructuosos. Angela tuvo claro en aquel instante que no había otra opción si no quería perder todo por lo que había luchado.

—He pensado en lo que hablamos y he tomado una decisión —le explicó a su marido—. No estoy dispuesta a pagar por tus errores. Es hora de poner en marcha el plan.

-2-

Richard le dio su palabra a Violet cada vez que ella le preguntó: no había hablado con nadie de lo que estaban a punto de hacer, y menos con su familia. Pero lo cierto era que, casi desde el primer momento, y también a medida que se organizaba todo, Richard había confiado a Angela la información que él consideraba imprescindible para que aquel plan saliera bien. También otro tipo de datos con los que pretendía protegerse en el caso de que ocurriera algo inesperado con Violet y necesitara contactar con ella.

Angela pensó en dar marcha atrás en más de una ocasión, pero cuando, a punto de empeñar parte de sus joyas, Richard le informó de que con el primer préstamo que le habían hecho había cancelado las facturas pendientes y había ingresado la nómina de Norine, todo comenzó a parecerle más llevadero y menos peligroso de lo que se había planteado. No sabía a qué se tendría que dedicar su marido para pagar la deuda, pero confiaba en que hubiera alcanzado un acuerdo razonable.

Después de que Richard le explicara el protocolo que tendrían que seguir, sus reticencias volvieron a ganar peso.

—¿Ningún tipo de contacto? Entonces, ¿cómo sabré que todo va bien?

—Si queremos que el plan salga según lo previsto, una vez que nos despidamos, no podremos mantener el contacto —le explicó Richard, sin rodeos—. Tendrás que confiar en mí.

Angela se sobrecogió al pensar en que no volvería a saber de él, pero al recordar que estaban en aquel lío por su culpa no le pareció tan duro.

—Vamos, que me va a resultar muy fácil creer que has muerto de verdad.

—Si no te hubiera contado nada de esto, es lo que habrías pensado tú también, ¿no?

—Pero necesitas a alguien aquí que se asegure de que todo sigue

como debe.

-3-

Con muchas similitudes respecto al plan que Mary había ejecutado en el pasado, un cuerpo sin reclamar en el depósito de cadáveres terminó formando parte de la farsa que hizo creer a la policía que Richard Holt, un vecino de Lakewood, había fallecido en un accidente de coche en las afueras de Edmonton.

El coche, la ropa, la documentación que llevaba encima… Nada los hizo sospechar de que aquel hombre no fuera el padre de las hermanas, por lo que el proceso se puso en marcha. El forense, que había facilitado aquel cadáver a cambio de una suculenta suma de dinero, se encargó de declarar que la muerte se había debido al impacto del accidente y Angela optó por la cremación del cuerpo alegando que era lo idóneo si se tenía en cuenta cómo había quedado. Las cenizas se enterraron en un panteón familiar que Richard había adquirido años antes para tener los restos de sus padres cerca de él y que, a su vez, debía servir para acoger los suyos llegado el momento.

Todo discurrió según lo pactado hasta el día del funeral. Tras la ceremonia y que los invitados se marcharan, Angela cumplió con el último paso que había acordado con Richard: la llamada con la que se despedirían para siempre.

—¿Ya ha terminado? —preguntó él al otro lado del auricular.

—Sí. Ya está. Dame un segundo.

Angela activó la cámara de un teléfono desechable, sacó una foto a la inscripción de la lápida y se la envió.

—Nunca pensé que vería mi propia tumba antes de morir —reconoció Richard.

—Nunca pensé que sería la viuda de alguien que sigue vivo —contestó ella sin apartar la mirada del nombre de su marido, labrado en aquella lápida.

—Ha llegado la hora. Vendrán a recogerme en breve y tengo que deshacerme del móvil antes. Ya sabes que tú debes hacer lo mismo —le recordó Richard—. Sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero no me arrepiento de haber creado una familia contigo. Gracias por todo lo que has hecho y por lo que vas a hacer en mi ausencia. —Intentó no emocionarse.

Angela no tuvo tanta suerte como él y su garganta se bloqueó, por lo que solo consiguió emitir un pequeño gemido.

—No hace falta que digas nada. Cuídame a las cuatro y ten paciencia con Vicky y Nita; lo único que necesitan es que se las quiera tal y como son. Espero que seáis muy felices.

Angela intentó calmarse para decir algo.

—¿Y… tú?

—Yo estaré bien —contestó él, sin poder evitar que su voz se quebrara—. Te tengo que dejar. Mucha suerte con todo. Te quiero.

Angela se disponía a decir algo, pero no le dio tiempo. Nerviosa, se peleó con el teclado hasta que consiguió darle a la rellamada, pero el teléfono ya no se encontraba disponible. Rompió a llorar y se dejó caer sobre la lápida de Richard, a la que se abrazó como si hubiera muerto de verdad. A lo lejos, las hermanas, que habían decidido buscar a su madre al ver que tardaba en reunirse con ellas, la observaron desconsoladas. Angela, con su sincero llanto, había despejado cualquier duda posible sobre aquella farsa.

Capítulo 10: Estrategias

-1-

Aunque la repentina activación de su teléfono y el desgarrador testimonio de Laura reforzaron su convencimiento de que Vicky era la principal responsable de la muerte de Mark, el inspector Thompson no tardó en volver a escuchar el nombre de Rita. En esta ocasión, fue después del encuentro que el agente Wells había tenido con Josh, a quien visitó nada más despertar.

Josh relató con el mayor detalle posible lo que había ocurrido el día de la boda: Mark estaba más nervioso de lo normal y tenía una herida en el rostro que, según le contó, se debía a un resbalón en la ducha; Rita apareció allí de la nada y se comportó de una manera muy extraña. También mencionó el tenso encuentro entre Mark y Angela, de cuyo inicio fue testigo él mismo.

Tras aquel interrogatorio, Thompson y Wells repasaron los testimonios que habían recopilado hasta ese día y los cotejaron con las pruebas y datos que habían aparecido. De ahí, sacaron una lista de principales sospechosos y las razones por las que lo eran:

- Victoria Holt: investigó a Mark los días previos a su muerte, fue agredida al ser descubierta y ha sido acusada por su hermana, Laura Holt, en declaración oficial. Su versión ha cambiado en varias ocasiones y muestra inconsistencias. Posible cómplice: Jeff Tyrrell, quien recibió un mensaje en el que Victoria solicitó su ayuda la noche de su agresión. Pudo colaborar con ella para protegerla o en represalia por la agresión.
- Rita Fellowes: por el vídeo de la paliza a Sonia Larson. Supuestamente, charló con Angela Holt para advertirle del peligro que su hija Laura corría con Mark. Fue vista en el recinto de la boda en los minutos previos a la muerte de la víctima. Continúa en paradero desconocido.
- Angela Vernon: además de ser alertada por Rita Fellowes sobre el peligro que corría Laura, pudo enterarse de la agresión a Vicky y tuvo una discusión con Mark antes de su asesinato.

A punto de cerrar la oficina y marcharse a casa, el policía encargado de recepción avisó a Thompson de que tenía una llamada de alguien que quería volver a hablar con él: se trataba de Vicky.

Angela se preparó para batallar desde primera hora, pero se encontró con una casa inusualmente tranquila. Theressa se había centrado en temas de trabajo, Charlie se había ofrecido voluntario para acompañar a Nita a aquella exposición por segunda vez y Vicky había acudido a comisaría para declarar, por lo que su preocupación se centró en Laura. Parecía haberse tranquilizado tras el lamentable espectáculo del día anterior en el que había llegado a mencionar a Richard. Aunque nadie le había dado credibilidad alguna, tenía que estar alerta: podía volver a explotar en cualquier momento.

Al ver que la mañana se desarrollaba sin tener noticias de ella, Angela se entregó a una buena sesión de música, que reprodujo en el tocadiscos del salón, y a disfrutar de una taza de leche caliente con miel. Al poco rato, al notarse inquieta, cambió la música por la lectura, pero fue en vano. Cuando su mente notaba que su cuerpo se relajaba y se dejaba llevar, una sacudida nerviosa le recordaba que había bajado la guardia.

Al ver que no conseguía relajarse, rellenó su taza, se puso algo de abrigo y salió al jardín con la intención de disfrutar de uno de los últimos días de otoño en el que, a pesar del frío, todavía era posible permanecer fuera. Caminó sobre la hierba, observando el trabajo que Charlie había realizado en el mes que llevaba con ellas y asintió, encantada.

Alertado por el paseo de la matriarca, Gato se acercó a ella. Angela tuvo un primer impulso de espantarlo, pero echó un poco del contenido de su taza en una de las piedras del jardín para ver qué ocurría. El felino dudó si aproximarse a aquel manjar, pues Angela nunca se había mostrado amable con él, pero al final triunfó el apetito. Una sonrisa se despertó en ella al verlo lamer entusiasmado.

—¿Haciendo nuevas amistades? —preguntó una voz.

Angela dio un pequeño brinco y parte de la leche de su taza cayó encima de Gato, que, asustado, corrió hacia otro lado del jardín.

—¡Norine! ¡¿Cuántas veces tengo que decirte que no me hables cuando no te veo?! —le gritó al girarse hacia ella—. ¡No te olvides de la crema que te apunté! —añadió, pues la criada salía a hacer recados.

—¿Por qué lo aguanta tanto? —le preguntó ella—. Al gato —matizó al notar que no la entendía.

—Por Nita, la entretiene y… Porque la entretiene y punto —zanjó.

—¿No será que ha empezado a cogerle cariño? He visto cómo le daba un poco de leche.

—Pues igual después de los recados vas a tener que ir a que te revisen la vista. Me ha asustado, igual que tú, y de ahí la leche derramada que el gato lamía. —A Norine se le escapó una pequeña

sonrisa que irritó aún más a Angela—. Y, por cierto, no eres la única que ve cosas —la acusó—. Te vi besándote con otra mujer el día de la boda. Sorpresas que se lleva una.

La criada frunció el ceño en un principio, aunque enseguida cayó en la cuenta.

—¿Y? ¿Hay algún problema? Porque creo que tengo derecho a tener una vida privada sin dar explicaciones, ¿no? —Angela apartó la mirada e hizo como si aquello no fuera con ella—. Vuelvo en una hora. Y, tranquila, no le contaré a nadie lo del gato —la pinchó Norine —. Pero ha sido muy tierno.

Angela se enrabietó de nuevo, pero se reprimió para no llamar la atención de los vecinos. Como tampoco había encontrado en el jardín la paz que no conseguía en el salón, decidió regresar a la casa y refugiarse en su habitación.

Tras su marcha, Gato reapareció y se encontró con un charco de leche más grande que el que había visto la primera vez. Con el terreno despejado de humanos, se entregó a él.

-3-

Tal y como le había prometido a Adam antes de colgar, Vicky contactó con el inspector Thompson para acudir a comisaría y contarle toda la verdad. Bueno, por lo menos, toda la que su compañero les había mencionado. La irrupción en el despacho de Mark podía acarrearle pena de prisión y, aparte de Sonia (que seguía en coma) y Jeff (desaparecido), nadie más sabía de aquello.

Al terminar su declaración, Vicky preguntó si habían encontrado, entre las pertenencias de Mark, su móvil o la maleta con la que regresó de San Francisco y, aunque la respuesta fue negativa, la informaron de que el móvil sí había sido usado unos días antes. Al ver que el inspector esperaba alguna aclaración, ella insistió en lo que ya les había dicho: lo había perdido el día de la agresión y, aunque sospechaba que Mark podría habérselo llevado, desconocía su paradero.

Thompson esbozó una tímida sonrisa que Vicky identificó como desconfianza, pero compartió con ella dos novedades más: por un lado, que habían encontrado muestras de sangre suyas y de Mark donde ella situaba la agresión; por otro, que, aunque su maleta no había aparecido, habían hablado con Cynthia Becker y, además de confirmar su versión, les había entregado una copia digital de los documentos de los que ella le había hablado en el hospital.

Vicky se sintió esperanzada, pero el inspector Thompson no tardó en frustrarla de nuevo: en aquellos papeles no había nada que le sirviera para iniciar una nueva investigación contra Mark. A

continuación, le advirtió de los cargos a los que podría enfrentarse si seguía ocultándoles información, pero Vicky aseguró que ya les había contado todo. Finalmente, el inspector le comunicó que tenía que estar localizable y el porqué de aquella medida: pese al cable que le había echado Cynthia, debido a la desconfianza generada con sus declaraciones anteriores, la habían incluido en la lista de sospechosos de la muerte de Mark.

—¿Intenta matarme y me convierto en sospechosa? —reaccionó Vicky con una risa nerviosa—. ¡Pero si estaba en el hospital y sedada! ¡¿Es que no os dais cuenta?!

—Puede formar parte de su estrategia para despistarnos. Simula una agresión, declara lo que le conviene para ganar tiempo… —teorizó el inspector—. Quizá lo acordó con otra persona. O con más de una. Me llama la atención que antes y después del asesinato del señor Dewitt desaparecieran tanto su jefe como la secretaria de la víctima.

—¿Rita ha desaparecido?

—Sí. Minutos más tarde de que la vieran en el recinto de la boda. Curioso, ¿no?

A Vicky le sorprendió aquella revelación. ¿Tendría Rita algo que ver con la muerte de Mark?

Aquella duda la acompañó hasta una casa dominada por un incómodo silencio. Una vez en su habitación, revisó el móvil y se encontró con una de las pocas buenas noticias que había recibido hasta el momento: Adam había dicho que sí. Dos horas después, lista para marcharse, revisó su cuarto para asegurarse de que no se dejaba nada importante. Theressa llamó a la puerta.

—¿Te vas? Pensaba que solo lo estabas considerando.

—Adam me ha hecho un hueco. Será temporal, hasta que me organice. Creo que me vendrá bien.

—¿Adam? —preguntó Theressa con curiosidad.

—Sí, un compañero de la redacción. Y no te montes películas: es gay y, sobre todo, muy buena persona por acogerme.

—No sé. Acababas de llegar, ¿estás segura? Tal vez con el tiempo…

Vicky suspiró.

—Es lo mejor. Para Laura soy un recordatorio permanente de que Mark ha muerto y a mí me hace sentir muy culpable. Necesito estar tranquila para recuperarme y ella también. Y el resto agradeceréis no tener que lidiar con tanta tensión.

Theressa se angustió.

—Yo os quiero a las dos, pero tanto lo que cuenta una como la otra… No sé, es que es una locura. ¿Cómo nos hemos visto metidas en algo así? No lo entiendo.

Vicky sonrió con timidez.

—No te pido que me creas. Los hechos están ahí y haré lo que esté en mi mano para demostrarlo.

—A ver, que… que claro que te creo. Sé que no te inventarías algo así, pero hay tanto que asimilar… Si es casi imposible para mí, imagínate para Laura.

—Ella fue quien me pidió, nada más llegar a casa, que le contara lo que había pasado. Empezando por el mensaje que le mandé para que no se casara y, después, el que supongo que mandó Mark haciéndose pasar por mí. Tuve que contarle el resto.

—Visto lo visto, no creo que haya sido una buena idea.

—Ya. No creas que no lo he pensado. Quizá tendría que haber mentido o haberle dado pequeñas dosis de información, puede ser. Aun así, tarde o temprano tendrá que asumir la verdad.

Theressa asintió, sabía que su hermana mayor tenía razón. Vicky se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Te escribo en cuanto me instale.

A punto de que su hermana abandonara la habitación, la escritora la detuvo.

—¿Y Josh? ¿Sabes algo de él?

—Estoy en contacto con Sean, el chico que lo visita a diario. Con lentitud, pero se va recuperando.

—¿Pero es su amigo o…? —cotilleó Theressa.

—Eso queda entre ellos. Mientras sean felices, yo también. —Le guiñó un ojo—. Despídeme del resto, ¿vale? —pidió, ya que había aprovechado que la casa estaba prácticamente vacía para salir de allí sin montar un drama—. Un día os llamo y venís a verme, ¿te parece?

—¡Claro! —se emocionó Theressa—. Ni que te fueras al otro lado del mundo. ¡Nos seguiremos viendo!

Vicky asintió y, con una sonrisa tímida y un gesto de la mano, le dijo adiós. Contuvo su llanto hasta que cerró la verja que separaba el jardín de la calle.

-4-

Sean siempre llamaba antes de entrar, pero en esa ocasión se saltó el paso y entró en la habitación directamente. Al fin y al cabo, ya sabía lo que se iba a encontrar: a Josh solo, viendo la tele o jugando en su móvil hasta que, al verlo, dejase todo de lado, y le regalara una de sus sonrisas y una de sus bromas para terminar quejándose de alguna de sus heridas.

Sin embargo, aquel día, Sean se topó con una escena distinta. En silencio, con los ojos cerrados y sentado en una de las sillas que a veces ocupaba él mientras le hacía compañía, Josh repetía algo en voz baja. Dudó entre marcharse o esperar a que terminara, pero él no

tardó en reaccionar.

—Hola, Sean, ¿cómo estás? —le dijo con una sonrisa más calmada de lo habitual.

—Yo bien —contestó, todavía algo sorprendido—. ¿Y tú? Parecías hablar con alguien…

Josh asintió.

—Hoy me he levantado bastante espiritual y me he dejado llevar. Estaba rezando un poco. —A Sean aquello le sonó muy raro; nunca se lo hubiera esperado de él—. Sí, ya sé que no me pega y que últimamente decir que eres católico no es muy popular, pero es que la gente tiene una idea muy estereotipada de lo que es la fe.

Sean pensó en que le estaba gastando una broma y se planteó seguirle el juego, pero el gesto de Josh seguía tan relajado como al principio; hablaba en serio.

—A mí me parece un autoengaño, pero, si te ayuda, estupendo.

—Me ayuda, sí. Y más después de lo que pasó. Siento que se me ha dado otra oportunidad y quería dar las gracias. —Sean asintió, algo incómodo—. No rezo a diario y tampoco me fascina el tinglado que tienen montado para acaparar poder y dinero aprovechándose del miedo de la gente, pero sí creo en algo superior. Yo lo llamo Dios, hay quien lo llama universo o energía, pero todos hablamos de lo mismo.

Sean asintió, pero aquello le produjo un rechazo instantáneo, por lo que se inventó una excusa para salir de allí.

—¿Quieres algo? Voy a pasarme por la máquina.

—No, gracias, estoy bien —le dijo Josh, sostenido por esa calma que cada vez irritaba más a Sean.

Mientras esperaba el café con leche, pensó en lo que acababa de pasar y en por qué le había molestado tanto. Después, en lo poco que conocía a Josh y en cómo se había ido enredando todo hasta hacerlo sentir que debía cuidar de él.

En el fondo, no era más que un simpático y generoso desconocido con el que había coincidido un par de veces y por el que había sentido una curiosidad que no sabía explicar. Era absurdo seguir manteniendo ese vínculo, pues no habían aclarado de qué se conocían y era evidente que no tenían tantas cosas en común como les gustaría. Además, en unas semanas, Josh saldría del hospital y él tendría que volver a buscarse la vida. Estaba convencido de que no le iba a poner ninguna traba para que siguiera en su piso, ya que era evidente que le había pedido que se lo cuidara para que pudiera permanecer allí sin sentir que se aprovechaba de su generosidad, pero no quería vivir a costa de nadie. Si ya le costaba aceptar las ayudas públicas que le habían ofrecido en más de una ocasión, le resultaba todavía más difícil si venía de alguien que se había esforzado mucho para ganar lo poco con lo que contaba.

Los días en casa de Josh lo habían hecho replantearse muchas cosas. Entre ellas, que ya era hora de abandonar la calle de una vez y centrarse en construir un futuro a medio plazo. Vivir al margen del sistema le había permitido decidir por sí mismo en todo momento al tiempo que curaba parte de sus heridas y se sentía a salvo, pero, a su vez, lo mantenía dentro de una frágil burbuja que nunca quiso para él. Había llegado la hora de madurar y de trabajar para lograr esa vida que siempre imaginó. O una nueva, daba igual, siempre que fuera una realidad en la que se sintiera seguro, realizado y en paz.

La cuestión era: ¿por dónde debía empezar?

-5-

Después de un necesario descanso, y sin que nadie se hubiera dirigido a ella tras su pelea con Vicky, Laura, acomodada en su cama, decidió enfrentarse a las comunicaciones que había recibido en sus dispositivos y que había evitado hasta entonces. La mayoría eran mensajes de pésame, pero también había felicitaciones de boda de gente que no se había enterado de lo ocurrido y frías facturas de los proveedores que habían hecho su trabajo y esperaban cobrar.

Se extrañó al escuchar que la puerta de la casa se cerraba y que alguien arrastraba una maleta por el jardín. Theressa despejó el misterio.

—Vicky ha decidido marcharse. Después de lo ocurrido ayer, cree que es lo mejor.

—Me alegro, por mí como si se muere. Me ha destrozado la vida.

Theressa suspiró, resignada. Vicky había hecho muchas cosas mal, entre ellas investigar a Mark y no contarles nada, pero estaba segura de que lo había hecho con buena intención y Laura estaba siendo demasiado dura con ella. Se sentó junto a su hermana, sobre la cama.

—Mira, entiendo que estés enfadada, pero… ¡Es que me parece tan increíble lo que ha pasado!

—¡Nada de lo que dice tiene sentido! ¿Por qué haría Mark algo así? —apuntó Laura, incapaz de imaginar algún escenario en el que el amor de su vida hubiera hecho algo tan horrible como lo que planteaba su hermana mayor.

—Dice que estaba metido en algo muy gordo y que no va a parar hasta demostrarlo.

—¡Ah, qué cosas! ¡Que todavía no lo puede demostrar! ¿No te das cuenta de que solo lo hace para llamar la atención? ¡Es una mentirosa compulsiva!

Theressa decidió cambiar de estrategia.

—Yo lo único que quiero es que estés tranquila, sé que es muy

doloroso, pero ayer dijiste unas cosas que…

—Si te refieres a lo de papá, me reafirmo. Es duro de escuchar, pero es cierto. Sigue vivo, mamá lo sabe y se han estado viendo todo este tiempo.

La escritora negó con la cabeza. ¿Cómo era capaz de insistir en semejante locura?

—Pero, Laura, estuvimos en su funeral, la policía dijo…

—¿Te crees lo de Mark y esto no? Te doy mi palabra de que lo vi en la boda y, además… —Detuvo su discurso para buscar en su teléfono móvil—. ¡Mierda! ¡Las borré! ¿Pero qué ha pasado con los mensajes que recibí? —se preguntó a sí misma, muy nerviosa, al ver que no encontraba nada sobre su padre en la aplicación de fotos ni tampoco en el buscador del correo o en el de los mensajes.

—¿Qué? —preguntó Theressa, que no tenía ni idea de lo que hablaba.

—Tenía unas fotos de papá, pero Mark me dijo que las borrara —le explicó—; bueno, quiero decir que decidí borrarlas yo —matizó al pensar que aquello podía jugar en contra de él—, pero… ¡Joder! ¿No se pueden recuperar los archivos borrados? Alguna manera habrá, ¿no? —preguntó, cada vez más agobiada.

—Laura, no entiendo nada de lo que dices. Me estás asustando.

—Me avisaron de que papá seguía vivo e incluso recibí unas fotos, pero no les creí y ahora… —le intentó explicar antes de darse por vencida y permanecer pensativa unos segundos—. Sígueme —le pidió de pronto a Theressa, que no tuvo mucho margen de maniobra al ver que su hermana salía disparada hacia la habitación de su madre.

La encontraron inusualmente cerrada con pestillo, por lo que Laura no dudó en llamar a la puerta para que le abrieran. Primero con calma, después con insistencia.

—Lo siento mucho, pero su madre no quiere hablar con usted. Sigue disgustada por lo de ayer —le comunicó Norine, que llegó hasta allí alertada por los golpes en la puerta.

Laura se detuvo unos instantes, pero decidió ignorar el mensaje de la criada y siguió aporreando la puerta sin descanso. Theressa y Norine se miraron y acordaron detenerla con un gesto, pero en ese instante el pestillo giró y Angela apareció tras la puerta con un libro en la mano y actitud altiva.

—¿No tuviste suficiente con una bofetada?

—Lo siento, señora Holt, pero… —se intentó excusar Norine.

—Vamos, no hay ninguna necesidad de discutir de nuevo —medió Theressa, animando a su hermana a marcharse de allí.

—No vengo a discutir, solo quiero hacerle unas preguntas. Después la dejo tranquila —le prometió Laura a su hermana, que

encontró en la mirada de Angela la confirmación de que no pasaba nada—. Mamá, ¿es cierto o no que papá estuvo en la boda? —lanzó, dispuesta a aclarar aquello de una vez.

—Papá está muerto, por lo tanto, no es cierto —explicó Angela.

Laura sonrió. Sabía que su madre iba a mentir, pero confiaba en que cayera en alguna contradicción antes o después. Solo era cuestión de insistir.

—De acuerdo. ¿Es cierto o no que hace unos días te enseñé unas fotos de papá en la actualidad que había recibido de forma anónima?

Norine miró a Theressa intentando encontrar alguna respuesta a aquella locura, pero la escritora no se dio cuenta: estaba masajeándose las sienes con insistencia, pues aquella situación le había ocasionado una jaqueca enorme.

—Una vez más, no es cierto y no pienso seguirte el juego. Quiero seguir leyendo. ¿Me dejas? —intentó zanjar Angela.

—¿De verdad vas a negar esa conversación en la que te conté lo de las fotos? —insistió Laura.

Angela dejó el libro sobre el tocador.

—No, no lo niego —contestó para sorpresa de todas—. Me contaste que alguien te había mandado unas fotos, pero no me enseñaste nada y lo dejé pasar. Pensé que el estrés de la boda te estaba afectando.

—¡Pero ¿cómo puedes mentir así?!

—Vamos, Laura, olvidémonos de esto —le pidió Theressa—. Lo único que conseguimos es hacernos daño.

—¡Te lo juro, Theressa! ¡Es verdad! —insistió Laura, inundada por lágrimas de frustración.

La escritora no supo qué decir. Laura, rendida, se dejó caer en el suelo del pasillo. Angela le hizo un gesto a Norine.

—¿Está segura? Quizá con el paso de los días…

—Es absurdo alargarlo. Cuanto antes, mejor —afirmó Angela. Norine, resignada, asintió.

—Mamá, ¿qué pasa? —quiso saber Theressa al advertir que tramaban algo.

—Lleva a tu hermana a su habitación. Luego hablamos —le pidió ella antes de volver a encerrarse en la suya.

Theressa asintió y miró a Laura. Sentada en el suelo, su rostro permanecía inmóvil y su mirada, perdida en el infinito.

-6-

Tras varios días sin saber nada de él, Violet recibió la noticia que llevaba esperando desde que supo que Mark había muerto: aunque

había tardado más de la cuenta, Dos había encontrado a Rita.

A punto de iniciar el viaje de vuelta, Dos le explicó cómo lo había hecho. Con los datos que había obtenido de sus charlas con varios conductores, y al revisar los vídeos de las estaciones de autobús y tren que Jerry le había facilitado, acotó la búsqueda a cuatro perfiles que encajaban físicamente con Rita. Analizó los destinos a los que habían llegado cada una de ellas y los cotejó con la información de la que disponían en la organización sobre la secretaria: partida de nacimiento, anuarios del colegio… Tenía la intuición de que, aunque Rita había dejado atrás su antigua vida al unirse a ellos, había mantenido algún vínculo del que tirar en caso de necesidad.

Al rebuscar en su pasado y analizar a las personas con las que más se relacionaba en la etapa previa a trabajar para ellos, se encontró con que una de sus amigas del instituto vivía en Vancouver, a seis minutos en coche de la Pacific Central Station, destino en el que se había bajado una de las cuatro chicas. No tardó en localizar la casa y montar guardia cerca de ella. Esa misma noche, aprovechando que su amiga dormía y que Rita había salido a fumarse un cigarrillo, la inmovilizó con un sedante, la metió en su coche y se coló en la casa para recoger su bolso y dejar una nota en la que le explicaba a su amiga que había tenido que marcharse por una urgencia.

—Viajaré toda la noche. Espero estar allí por la mañana —le explicó Dos antes de enviarle una foto. En ella, su jefa vio a Rita, sedada y amordazada, dentro de un maletero.

Violet asintió satisfecha antes de colgar. Después, sonrió al imaginar la tortura que infligiría a la secretaria por haberse atrevido a asesinar a la única persona con la que había sentido una conexión real desde que su padre la había abandonado. Su falta de empatía le había permitido matar sin piedad en muchas ocasiones, pero la muerte de Rita iba a ser épica.

Capítulo 11:
Unidos por la muerte (VI)

Tal y como Violet le había prometido, Richard tuvo lo necesario para iniciar una nueva vida junto a ella, así que, en un primer momento, todo fue más llevadero de lo que imaginaba. Un gimnasio solo para él; una extensa biblioteca llena de libros y discos de vinilo; un cocinero a su disposición las veinticuatro horas… Era fácil adaptarse a aquellas comodidades. Sin embargo, con el paso de las semanas, el tiempo dedicado a su primera hija, que se ausentaba constantemente por motivos de trabajo, empezó a no ser suficiente para aliviar la culpa que sentía por haber abandonado a las que vinieron después y aquella jaula de oro comenzó a asfixiarlo.

Pese a que tenía libertad de movimiento, siempre que no traspasara el perímetro en el que se ubicaba la lujosa casa en la que habitaba, el resto estaba vetado, según Violet, por su propia seguridad. Tampoco tenía con quién charlar o relacionarse. Aunque no le quitaban el ojo de encima, nadie se dirigía a él ni respondía a las preguntas con las que intentaba iniciar una conversación. Unos pocos folios de periódico, con una selección de noticias genéricas, que recibía cada mañana eran su único apego a una realidad de la que cada vez se sentía más desconectado.

A la culpa que albergaba por haber abandonado a sus hijas, pronto se le sumó el temor de que Violet les pudiera hacer algo. Pese a que él no hablaba con nadie, permanecía atento a cualquier comunicación o encuentro que allí se celebrara y no tardó mucho en conocer escalofriantes datos sobre algunas de las actividades que desarrollaba la empresa de su hija mayor.

No era ingenuo, pues él mismo había formado parte de una de sus estafas, pero comentarios sobre cuerpos que habían desaparecido o gente que había que quitarse de en medio lo llevaron a hablar con Violet en cuanto tuvo ocasión. Ella le quitó importancia e incluso le aseguró que había malinterpretado alguna de las conversaciones, pero algo inquietó a Richard profundamente en una de esas charlas.

—Sé que ya lo hablamos en su momento y no estabas de acuerdo, pero he pensado que, ahora que todo ha salido bien, podrías verlo de otra manera —planteó a su hija.

—¿A qué te refieres?

—Me ayudaría mucho con esta transición recibir alguna foto de mis otras hijas de vez en cuando. Solo para saber que están bien. No

pido mucho, ¿verdad?

Ella sonrió; verlo tan desesperado la enternecía.

—Sé que paso aquí menos tiempo del que te prometí, pero intentaré cambiar eso —le dio su palabra Violet, centrando aquella conversación en ella—. Respecto a tu antigua familia, fui muy clara: al llegar aquí, quedaba atrás. Créeme, ya no tendrás que preocuparte por ellas nunca más.

Aquella frase con la que Violet terminó la charla lo tranquilizó al entender que el asunto de las deudas estaba liquidado y que sus hijas no corrían peligro alguno, pero, con el paso de los días y, sobre todo, debido una conversación entre varios miembros del equipo en la que comentaban que «Tendrá que deshacerse de ellas antes o después, no parecen un problema ahora, pero la jefa considera que es mejor evitar tentaciones», una serie de conexiones se desataron en su cabeza.

No tardó en sumergirse en un estado de paranoia que alcanzó su punto máximo al pasar aquella noche despierto e imaginándose lo peor, aferrado a una foto de sus cuatro hijas que había llevado a escondidas de Violet.

Tuvo claro que aquel retorcido plan no había funcionado y que era hora de poner en marcha otro: tenía que escapar de Violet y regresar a casa. Una vez allí, dejaría su destino en manos de la justicia.

Capítulo 12: Fuera de juego

-1-

Tal y como estaba previsto, Dos llegó a las instalaciones de la organización al amanecer. Con la ayuda de Cuatro, trasladó a Rita hasta una celda que habían preparado para ella, lejos de donde aún permanecía encerrado Richard.

Violet se acercó a observar el estado de su nueva presa, que dormía plácidamente por los efectos de los sedantes que Dos le había administrado.

—En cuanto se despierte, hidratadla y alimentadla bien —ordenó, sorprendiendo a Cuatro—. Cuanto más fuerte esté, más dolor aguantará —añadió, aclarando así las dudas de su ayudante más joven.

—No he tenido tiempo de interrogarla, pues prioricé traerla de vuelta, pero, si quiere, puedo hacerlo mañana mismo —sugirió Dos—. Le pediré a Jerry que active el sistema de vídeo por si quiere verlo. —Señaló una de las cámaras que había en aquella celda. Violet asintió.

—¿Algún otro detalle del que deba estar al tanto? Tengo asuntos que atender.

—En su bolso he encontrado el móvil con el que se ha estado comunicando con su amiga —encendió la pantalla y les mostró la conversación—, además del billete de avión que descartó. Y, aunque no he encontrado el *ticket* del autobús, me he topado con una llave que no es la de su apartamento, pero que tiene un número impreso en ella.

—¿De alguna habitación de hotel? —planteó Cuatro.

Violet la miró con detenimiento.

—Tiene pinta de ser de algún depósito o almacén. Dile a Jerry que te eche una mano con esto —le pidió a Cuatro—. En cuanto sepas de qué se trata, averigua si esconde algo que la incrimine; pero, cuidado, gracias a la declaración de Josh, Rita está en busca y captura y puede que la policía esté vigilando el lugar por si aparece por allí. Son inútiles, pero no tanto.

-2-

Vicky quería demostrarle a Sean que lo que le había contado era verídico, por lo que se instaló en casa de Adam y empleó parte de esa misma noche, y casi toda la mañana del día siguiente, en recabar la máxima información posible. Sin embargo, no le pareció suficiente.

Al pensar en los documentos que Cynthia le había facilitado en

San Francisco, decidió ponerse en contacto con ella para pedirle que se los hiciera llegar de nuevo, al igual que lo había hecho con la policía. Estaba deseando saber cómo habría afrontado tanto la muerte de Mark como el interrogatorio del inspector Thompson, pero sus anhelos se fueron al traste cuando le comunicaron que había salido de viaje de negocios y no se la podía molestar con nada que no fuera urgente. Vicky intentó justificar que lo suyo sí lo era, pero lo máximo que consiguió fue que prometieran avisarla en cuanto regresara de que la había contactado.

Horas después de aquella infructuosa llamada, y al mismo tiempo que Josh estrenaba terapia con un psicólogo propuesto por su médico, tuvo un segundo encuentro con Sean en la cafetería del hospital.

La agresión sufrida por ella, lo de la antigua mujer de Mark y su supuesta participación en una trama de empresas pantalla, las advertencias de Rita a Angela… Cuanto más escuchaba Sean, más le costaba creerse que lo que le contaba fuera cierto.

—Te juro que no tengo tanta imaginación como para inventármelo. No me la he jugado tanto por algo a lo que no le dé una credibilidad absoluta.

—Josh todavía está digiriendo la muerte de Mark, no sé cómo podría plantearle todo esto sin hundirlo más —le confesó Sean.

—Lo haré yo. Solo quiero que apoyes lo que le cuente. Por eso quería que lo vieras y lo entendieras por ti mismo.

—¿Me das un par de días para asimilar la información? —Ordenó los documentos que Vicky había colocado sobre la mesa.

—Por supuesto. Gracias por darme la oportunidad —le dijo esperanzada, pues, con Laura en su contra, necesitaba algún aliado desesperadamente.

—¿La policía sabe algo de todo esto? Tendrán algún sospechoso de su muerte ya, ¿no? —le planteó Sean.

—Sí, sí. Yo misma se lo conté, pero no han detenido a nadie por ahora. Parece que siguen varias líneas de investigación —añadió sin mencionar las sospechas que recaían sobre ella—. Confiemos en que todo salga bien —deseó para sí misma.

-3-

Debido a sus enfrentamientos con Vicky y Angela, y al especial cuidado que tenían con Nita para que sus discusiones sobre Richard no la desestabilizaran más, Laura pasó la mayor parte de su tiempo con Theressa, cuya vida personal había quedado en pausa justo cuando comenzaba su bonita historia de amor con Enver. Sin embargo, sus hermanas siempre estarían por encima de cualquier otra

cosa y, más si cabe, en el caso de la decoradora.

Un día después del enfrentamiento con su madre, Laura intentó distraerse uniéndose a Theressa, que disfrutaba de volver a ver episodios sueltos de *Ally McBeal*, una de sus series favoritas, en el salón. Aunque a ella no le hacía tanta gracia como a su hermana, verla sonreír le sentaba bien.

Todo apuntaba a que pasarían una mañana tranquila ante el televisor hasta que el ruido de unas maletas bajando por las escaleras y el sonido del timbre interrumpió su visionado.

—¿Qué pasa, Norine? —preguntó Theressa al verla dejar el equipaje en un rincón y dirigirse a abrir la puerta.

La criada torció el gesto, pero no le contestó. Estaba claro que no le parecía bien, pero tampoco iba a llevar la contraria a Angela, que no tardó en aparecer por allí para recibir a unos inesperados visitantes. En cuanto Theressa los vio entrar y leyó en sus uniformes que eran de un hospital psiquiátrico, tuvo claro que el mayor de los enfrentamientos estaba a punto de suceder.

—Mamá, ¿qué está pasando?

Los empleados entraron en el salón en busca de Laura. Angela le hizo un gesto a Theressa para que les prestara atención.

—Buenos días, señorita Holt. Venimos del hospital El Descanso —le explicó uno de los chicos a Laura—. Su madre ha solicitado nuestros servicios para ayudarla a superar el duelo en el que está inmersa.

Laura sonrió y negó con la cabeza: había subestimado a Angela. Theressa alucinó al escuchar aquellas palabras.

—Pero ¡¿qué dicen, mamá?!

—Tu hermana no puede seguir en ese estado, necesita ayuda profesional.

Laura, cada vez más sonriente, miró a Angela con rostro desafiante, pero su madre no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Ya veo que estás dispuesta a todo para seguir protegiendo tus mentiras.

—Estará bien allí —intervino otro de los empleados—. A veces es necesario cambiar de contexto para ver las cosas desde otro punto de vista y sanar.

—¡Aquí está bien! —gritó Theressa—. ¡Mamá, por favor, diles que se vayan!

Laura se acercó a su hermana y la abrazó con cariño antes de tomar sus manos.

—No pasa nada. Tienen razón. Es mejor que me marche —le explicó para su sorpresa y la de Angela—. Solo con perderte de vista merecerá la pena —le dijo a su madre con los ojos rebosantes de odio.

—¿Lo dices en serio? —se preocupó Theressa—. Podemos pensar

en alguna otra opción.

—Estaré bien —asintió Laura—. Ya me has aguantado bastante y necesitas tiempo para ti —argumentó en uno de los pocos momentos de sensatez que había mostrado en aquellos días.

Theressa suspiró; algo le decía que era una pésima idea.

-4-

Tras el encuentro con Vicky, y con aquel malestar que había sentido por el tema de la religión prácticamente olvidado, Sean regresó a la habitación de Josh para ver qué tal le había ido en su sesión con el terapeuta. Por segundo día, volvió a sorprenderse, pero esta vez fue por algo mucho más superficial.

—¿Y esa camiseta? ¿Nuevo uniforme hospitalario? —le preguntó al ver que llevaba puesta una camiseta de un equipo de fútbol cuyo nombre no fue capaz de leer por lo desgastada que estaba.

—Ha sido idea del psicólogo. Es una herramienta para estar más cómodo en este proceso y, por suerte, tengo una enfermera muy maja que ha convencido al doctor de que me lo permita.

—¿Pero te gusta el *soccer*? —preguntó Sean usando el término con el que se referían al fútbol en Canadá.

—No soy un forofo, pero a esta camiseta le tengo un cariño especial. Es como un amuleto de la suerte —le explicó—. Y sí, si ahora me queda tan bien, imagínate cuando era un chaval —le dijo con picardía.

Sean negó con la cabeza: de autoestima iba sobrado.

—¿Me pasas el móvil? —Josh señaló el armario en el que lo tenía guardado.

Sean dudó.

—¿El psicólogo te lo permite?

—Claro. No tengo ninguna prohibición en ese sentido. Pero no te preocupes, es solo para hacer una foto.

Sean se lo acercó. Josh aprovechó para que se sentara junto a él.

—¿Un selfi? —le propuso. Sean no lo vio claro—. Esta experiencia formará parte de mi vida y tú pasas muchas horas aquí, conmigo. No estaría mal tener un pequeño recuerdo, ¿no?

Sean aceptó por complacerlo, pero solo le permitió un par de tomas.

—Bueno… Y, entonces ¿qué tal? ¿Ha sido una charla dura? —A simple vista parecía estar bien, pero no quería dar nada por sentado.

—No ha sido como me lo imaginaba, pero ha estado bien. Va con cuidado. Solo hablamos de lo que yo esté dispuesto.

—Seguro que, aunque sea para desahogarte, te vendrá bien.

Josh asintió, convencido.

—También hemos hablado de ti.

—Ah… ¿Y eso?

—Le he contado que me siento muy afortunado de tenerte. —Sean se incomodó—. De tener una amistad contigo, vamos —matizó —. Así que… eso. Gracias por todo lo que haces.

—Pues no sé si vas a seguir tan agradecido cuando escuches lo que te voy a contar… —Josh lo miró extrañado—. He estado hablando con Vicky.

—¿Vicky? ¿Cuándo? —quiso saber, molesto.

—Solo te pido que me escuches hasta el final. Después haremos lo que tú decidas.

Josh asintió, pero aquello le daba muy mala espina.

-5-

Tras recibir una llamada de Cuatro en la que la informó de los hallazgos que había encontrado en el escondite de Rita, Violet, a través de una pantalla instalada en su despacho, no se perdió ni un detalle del interrogatorio que había dejado en manos de Dos en una sala cercana. Aunque en algunos momentos se lamentó de que no actuara tal y como ella le había enseñado, sonrió al ver que Rita les confirmaba punto por punto lo que la organización había descubierto en los últimos días. Como lo único que le quedaba era confesar que había matado a Mark, abandonó su despacho.

—Después de hablar con Josh mi intención era marcharme, pero… —le explicaba Rita a Dos.

—Pero no pudiste aceptar que para Mark solo eras una putita más y lo mataste, ¿no? —le lanzó Violet, interrumpiendo el interrogatorio.

—¿Matarlo? ¿Mark está muerto?

Violet alternó una sonrisa con un gesto de rabia.

—¿En serio? ¡¿Vas a tener las santas narices de negarlo?! —Tiró de su pelo con brusquedad—. Hay imágenes tuyas en el club de campo, incluso Josh te ha delatado a la policía. Vas a desear que te hubieran atrapado ellos primero.

—¡Os lo juro! ¡Si está muerto, no he tenido nada que ver!

Violet soltó su cabello en cuanto Cuatro se presentó en la sala con una pistola y el traje que Rita había usado para colarse en el despacho de Mark.

—El arma del crimen y el modelito de unos días antes —señaló Violet—. Si has sido tan estúpida de dejarlos en un trastero y ni siquiera se te ocurrió esconder bien la llave, por lo menos podrías tener un poco de amor propio y no seguir poniéndote en evidencia.

—Sí, vale, los dejé allí —reconoció, angustiada—, pero os juro

que no tuve nada que ver con la muerte de Mark. Fui al club de campo para enfrentarlo, no quería marcharme con la sensación de que tenía que huir por su culpa, pero, una vez allí, me arrepentí, y luego fui reducida por Dos. ¿Es que no os dais cuenta de que no pude hacerlo?

Dos se sorprendió ante aquella declaración.

—Pero ¿de qué hablas? Yo te encontré anoche, no el día de la boda.

—Alguien me puso un trapo en la cara cuando me marchaba del club de campo, y lo siguiente que recuerdo es haber aparecido aquí —les dijo Rita, cada vez más angustiada.

Dos negó con la cabeza.

—El del trapo he sido yo, pero ha sido hace unas horas, en el portal de la casa de tu amiga Sheila, en Vancouver, ¿no lo recuerdas? —le preguntó, confuso.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Yo estaba…! ¡No sé, todo es muy raro! —gritó, incapaz de situar aquella información en su mente—. ¡Algo ha cambiado! ¡No soy la misma de antes! —se justificó, llena de lágrimas.

Dos y Cuatro se miraron extrañados. A Violet no la sorprendió.

—No es la primera vez que soy testigo de una oportuna amnesia repentina, pero, bonita —sujetó su rostro—, no cuela.

—¡De verdad! ¡Os estáis equivocando! ¡Yo no maté a Mark! —gritó, desesperada, antes de gemir de dolor debido al puñetazo con el que Violet le ofreció un adelanto de lo que recibiría en los próximos días.

-6-

Los empleados del hospital psiquiátrico acompañaron a Laura hasta el exterior de la casa, donde los esperaba una furgoneta medicalizada en la que tenían previsto trasladarla. Mientras uno se aseguraba de que no cambiaba de opinión, el otro metió las maletas en un compartimento del vehículo.

A punto de que Laura se despidiera de Theressa y Norine, uno de los planes que Angela había organizado para aquella mañana se vino abajo al ver que Charlie y Nita regresaban a casa antes de lo previsto. Quería evitar que la pequeña fuera testigo de aquello y había convencido al jardinero para que la sacara de casa unas horas, pero la joven había insistido en regresar al poco rato: su intuición le decía que algo no iba bien. Al llegar a casa y leer en la furgoneta el nombre de aquel hospital, al que más de una vez habían amenazado con llevarla, lo confirmó.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien? —preguntó Charlie, que había recibido el encargo de entretener a Nita, pero no la información de lo

que iba a pasar allí entre tanto.

Laura, con una calma inusual, pidió permiso a los empleados del hospital y se acercó a ellos.

—Todo está bien. Mi madre ha decidido internarme, y creo que es una idea estupenda porque así no tendré que soportar su presencia ni un día más —le contó a Charlie.

Angela, que no estaba dispuesta a aguantar más insultos, regresó al interior de la casa. Laura se dio cuenta y sonrió, irónica. Nita, que no entendía muy bien por qué habían llegado hasta ese punto, se abrazó a su hermana.

—No te preocupes. Voy a vivir un tiempo en otro sitio, pero podrás venir a visitarme, ¿vale? —le prometió antes de confirmarlo con los empleados, que asintieron tímidamente—. Será por poco tiempo y, cuando vuelva, si quieres, podemos marcharnos juntas y vivir lejos de Angela.

Theressa no se sintió cómoda con aquella propuesta.

—Laura, por favor, no… —le rogó a su hermana, pues temía que aquello provocara tensiones entre Nita y Angela mientras ella estuviera fuera.

Pero a Laura no le importó.

—¿Quieres? —insistió acariciando el rostro de Nita, que asintió efusiva y se abrazó a ella con fuerza.

Los empleados del hospital indicaron a Laura que era hora de marcharse, por lo que se acercó a Theressa y Norine y les dio un sentido abrazo. A Charlie le pidió que cuidara de Nita, y a ella le recordó su promesa antes de besar sus mejillas con cariño.

Una vez dentro del vehículo, les dijo adiós con la mano, provocando que Nita rompiera a llorar. Cuando el motor se puso en marcha, Theressa y Norine entraron en casa muy afectadas. Charlie tuvo que salir detrás de Nita, que persiguió la furgoneta hasta que su cuerpo no pudo más.

Capítulo 13:
Unidos por la muerte (VII)

-1-

La primera vez que Richard intentó huir lo hizo aprovechando un cambio de turno y llevado por un impulso, por lo que todo salió mal y terminó encerrado en su habitación hasta que dejó de patalear.

Más tarde, una videoconferencia con Violet, en la que ella lo avisó de que podía intentar escapar, e incluso lograrlo, pero que no pararía hasta traerlo de vuelta, le sirvió para darse cuenta de que había cometido un terrible error: al descubrir sus intenciones la había cabreado como nunca antes. Lo supo al ver en su rostro una maldad de la que sospechaba, pero que nunca había querido dar por cierta.

Al finalizar aquella charla, golpeó su colchón hasta quedar exhausto y se dejó llevar por un necesario sueño. Al despertar, tuvo claro que debía tener la mente fría y armarse de paciencia. En cuanto volvieran a confiar en él, lo intentaría de nuevo. Y, esa vez, ni siquiera Violet pensaría en salir a buscarlo.

-2-

Aunque tenía claro que no estaban en Canadá, pues todavía permanecía despierto cuando revisaron su falsificado pasaporte en la frontera con Estados Unidos, sedaron a Richard poco después, por lo que nunca supo con exactitud cuánto había durado aquel viaje y, por tanto, en qué punto del planeta se encontraba.

Gracias a los pequeños detalles que se desprendían de las conversaciones de los trabajadores, y en los restos de basura entre los que no dudaba en rebuscar, supo que no habían viajado mucho, pues seguían en algún lugar del país más poderoso del mundo. Aquello lo animó: si tenía en cuenta su plan de huida, cuanto más cerca estuviera de casa, más posibilidades de éxito tendría. Pero entonces se dio cuenta de que había algo imprescindible que no estaba a su alcance si quería pasar legalmente por la frontera.

Al despertar del borroso viaje que lo había llevado hasta la ostentosa casa en la que se encontraba, Richard recuperó la consciencia en la que sería su nueva habitación. Tenía lo necesario para estar cómodo, pero no había rastro de la documentación con la que habían cambiado de país.

Descartado el plan de recuperar su pasaporte y cruzar a Canadá, pues, aunque encontrara el documento, Violet se aseguraría de revisar cada una de las cámaras de la frontera en cuanto huyese, tuvo claro

que tendría que regresar de otra manera. Los fajos de billetes que los trabajadores manejaban con descaro y dejaban despreocupados a su alcance le parecieron una excelente opción. Con unos ahorros, cuya cuantía incrementó progresivamente, pues tampoco quería levantar sospechas, se centró en la segunda parte de su plan, en el que las montañas que rodeaban aquel lujoso complejo fueron su pieza maestra.

La idea se le ocurrió al escuchar una conversación entre dos de los cocineros. Hablaban de la casa y de si era segura o no, teniendo en cuenta los sustos que habían provocado varios ejemplares de osos que, al parecer, habían sorprendido a algunos vecinos de la zona al acercarse de noche en busca de comida.

Lo comentaron en tono de broma e incluso se rieron pensando en qué harían en el caso de encontrárselos de frente, pero a Richard le pareció una excelente idea para su fuga. Si conseguía convencerlos de que le era imprescindible dar una caminata por el monte para no volverse loco, estaría más cerca de que le permitieran caminar a distancia de ellos. Después de varias semanas en las que les habría demostrado que podían confiar en él, un rastro de sangre y restos de la ropa que vestiría siempre que fueran a caminar les confirmaría la peor de las tragedias: tras perderse en su travesía por el monte, habría sido devorado por los osos de los que todos los vecinos hablaban.

Capítulo 14:
Creando nuestra Navidad

-1-

Lo ocurrido el día de la boda, las discusiones entre sus hermanas y su madre, y las posteriores marchas de Vicky y Laura de la casa, supusieron un duro golpe para alguien tan sensible como ella. Sin embargo, tras unos días en los que necesitó sentirse protegida, Nita los sorprendió mostrándose más fuerte de lo esperado. Su natural independencia reclamó el protagonismo habitual y, poco a poco, comenzó a pasar más tiempo entretenida con sus cosas, lo que permitió que Theressa, su principal apoyo durante esos días, pudiera centrarse en su nuevo trabajo como traductora y en disfrutar de Enver, al que había dejado a un lado por sus hermanas. Además, Nita siempre podía contar con Charlie, Norine y Gato, sus incondicionales aliados, pasara lo que pasara.

A una semana de Navidad, y sin ser consciente de la cercanía, Nita observó, a través de la ventana de su cuarto, que su entorno se había transformado. Las casas estaban decoradas con luces de colores y tenían más adornos de lo habitual y, si permanecía en silencio, unos familiares cánticos se filtraban en su habitación. Lo primero que pensó fue que eran parte de sus ensoñaciones, pero cuando, en el desayuno, Norine la sorprendió con unas galletas de temática navideña, Nita se dio cuenta: ¡la Navidad había llegado!

Sentada a la mesa del salón, mientras devoraba un dulce con forma de abeto, se convenció de que era el momento idóneo para celebrar aquella fiesta. Laura estaba recibiendo la ayuda que necesitaba, Vicky parecía contenta en casa de su amigo y Theressa estaba en racha, así que era hora de que ella también disfrutara. La Navidad le daría el impulso definitivo para estar bien.

Tras engullir tres galletas más, esta vez con formas de estrella, bastón y muñeco de nieve, decidió que decorar aquella casa, que seguía igual de sosa que siempre, era la mejor forma de empezar a festejar su descubrimiento. Así, confiando en que la amabilidad con la que Angela la había premiado durante aquellos días siguiera presente, subió al desván y entró usando la llave que había dejado en un lateral de las escaleras el día de la boda.

Encontró un gorro de Papá Noel que no tardó en ponerse en la cabeza, se decoró el pijama con varios espumillones de colores y no dudó en hacer sonar una matraca, un regalo que su padre le había traído de uno de sus viajes de invierno y que desde entonces asociaba a la Navidad. Pese a que a ella le encantaba el ruido que hacía, las

demás habitantes de esa casa agradecían con toda su alma que se olvidara de su existencia el resto del año.

En medio de su desenfreno navideño, un grito que parecía haberse perdido en el pasado regresó con su habitual ferocidad.

—¡¿Qué te crees que estás haciendo?! —gritó Angela, que se había acostumbrado a que la casa estuviera tranquila.

Nita le enseñó una bola de Navidad. ¿No le parecía preciosa?

—Olvídate de eso. Con lo que nos ha pasado, ¿crees que alguien tiene ganas de celebraciones? Tendrás que esperar al año que viene.

Nita negó con la cabeza. Precisamente, tras lo ocurrido, no había nada más curativo que dejarse impregnar por la magia de la Navidad.

Angela suspiró y siguió con su discurso, provocando que su hija torciera el gesto. Sin embargo, enseguida volvió a sonreír al imaginar que el rostro de su madre se volvía de color verde. Sí, estaba claro: Angela era el *grinch* de aquella casa.

-2-

Norine subió al desván, alertada por los gritos que provenían de él. Se encontró a Nita peleándose con su madre a causa de unos adornos de Navidad que ella trataba de guardar y que la pequeña se resistía a ceder. Al verla, Angela decidió repartir culpas.

—¿Recuerdas lo que te he dicho esta mañana?
—le recriminó a la criada—. «Solo son unas galletas, solo son unas galletas» —imitó a Norine en tono burlón—. ¡Sabía que nos la iba a liar!

Norine asintió, resignada. Le daba pena que Nita se quedara sin celebrar la Navidad, pero estaba claro que lo único que había conseguido era alterarla.

—¡Encárgate de esto! ¡No pienso solucionar tus meteduras de pata! —le ordenó su jefa antes de dejar la estancia. Al poco, Theressa se unió a la fiesta.

—¿Qué es este escándalo? —Se frotó los ojos y ahogó un bostezo.

La matraca que Nita hacía girar se escapó de sus manos y aterrizó contra varias perchas causando un gran estruendo. La escritora suspiró.

—Nita, no creo que este año sea buena idea —le explicó Theressa, pese a que su hermana la ignoraba, pues estaba centrada en recuperar el instrumento—. Sin Laura, sin Vicky…, ¿no crees que sería un poco triste? —le planteó al mismo tiempo que Nita se hacía con la matraca y la volvía a hacer sonar.

Al ver que su hermana pasaba de ella, Theressa negó con la cabeza y esta vez no contuvo el bostezo. Angela, preparada para salir,

apareció por allí de nuevo.

—Me marcho. Hoy no tengo ni ganas ni paciencia para tratar con esta cría. Ahí os la dejo —le explicó a la escritora antes de despedirse con la mano y salir.

Theressa, alucinada por la actitud de su madre, se acercó a Norine, que recogía lo que Nita había sacado de las cajas. Ella, por su parte, seguía dando la matraca, literalmente.

—¿Has visto a mi madre? ¿De qué va? —se quejó la escritora. Norine se cerró la boca como si fuera una cremallera—. En fin, voy a ver si me preparo algo para desayunar, que he quedado con Enver y ya veo que vas a tener jaleo.

Norine, molesta por la actitud de ambas y harta del ruido de Nita, le quitó la matraca en un agarrón y se la guardó. Ella, sorprendida por aquel arrebato, decidió explorar otras cajas cercanas. Las dos escucharon que alguien acababa de llegar a casa.

—¿Charlie? ¿Eres tú? —gritó Norine desde el desván.

—¡Sí! ¡Buenos días! —le llegó desde la planta inferior.

La criada sonrió, aliviada.

—¿Puedes subir al desván? —le preguntó mientras trataba de evitar que Nita sacara más adornos de otro paquete.

En medio de aquella lucha por mantener las cajas cerradas, apareció Charlie.

—Qué pronto, ¿no? —señaló Norine.

Él, con la cabeza agachada para no golpearse con la parte más baja del techo, se acercó y asintió.

—Es que hoy saldré un poco antes. Tengo un… compromiso —le contó, algo cortado.

—¿Compromiso o cita? —preguntó Norine con naturalidad—. Perdona, Charlie, no es cosa mía.

—No, no es cosa tuya, pero, sí, es una cita —le confesó con una sonrisa.

Norine asintió, avergonzada, y Nita aprovechó que había bajado la guardia para recuperar su matraca y hacerla sonar otra vez. La criada se la volvió a quitar y la guardó mejor.

—¿Y qué hacéis aquí? —quiso saber Charlie.

—Conteniendo la Navidad. Nita ya no aguanta más, pero Angela no quiere celebrarla este año. —Su rostro se contrajo al mirar la hora y ver que se había retrasado más de la cuenta—. Charlie, sé que es mucho pedir, pero… —Señaló a Nita—. A mí no me hace caso y tengo mucho trabajo hoy. Si pudieras… —El jardinero asumió que le tocaba deshacer el lío—. Tú la entiendes, tienes una mano especial… Eres el que mejor cuida de ella —insistió Norine.

Aquella frase resonó en Charlie como un eco enorme que lo hizo viajar al pasado.

—Sé que es un favor muy grande, pero ya sabes que eres el que mejor cuida de ella. Solo será hoy, ¿vale? —le pidió su madre al pequeño Charlie de ocho años mientras se ponía su uniforme de enfermera con el tiempo justo para marcharse a trabajar.

Él miró a Hanna pensando en que eran demasiado pequeños como para quedarse solos. Ella, ajena a la preocupación de su hermano, le regaló una sonrisa con la que parecía querer tranquilizarlo.

—Os he dejado la comida preparada y podéis decorar el árbol. —Su madre señaló un ejemplar de plástico ya montado junto a una caja de adornos—. También he alquilado unas películas.

—Pero hoy tenía una excursión con el cole. Me esperan —le recordó Charlie.

—No te preocupes, ya le he dicho a tu profesora que no podrás ir. Te esperan ya después de las vacaciones.

Charlie asintió, decepcionado. Parecía que esta vez no se iba a librar. A punto de marcharse, su madre le recordó varias cosas importantes.

—Cuidado cuando calientes la comida, ¿vale? Ya sabes, como te he enseñado, hay que cerrar bien el fogón. ¡Ah! ¡Y no le des muchas galletas! Aunque llore.

Charlie afirmó con resignación y se dejó besar por su madre.

—¡Volveré lo antes que pueda!

En cuanto la puerta se cerró, Hanna fue consciente de que se habían quedado solos y comenzó a sollozar.

—¿Decoramos el árbol? —le propuso él con una sonrisa.

El montón de bolas y adornos navideños que enseguida le mostró llamaron la atención de su hermana, fascinada por aquellos brillos y colores.

Los emocionados ojos de Hanna en el pasado se fundieron con la ilusionada mirada que Nita tenía en el presente, pues imaginaba cómo quedarían los adornos que se escondían en aquellas cajas del desván una vez los desplegara por la casa.

Al contemplar aquella cálida y añorada felicidad en su rostro, Charlie le sonrió, emocionado. Una vez más, había encontrado en Nita el recuerdo de su querida hermana pequeña a la que tanto echaba de menos, sobre todo en una época del año tan señalada como aquella.

-3-

Vicky suspiró al ver aquel interminable número entre sus llamadas perdidas. Enseguida confirmó sus sospechas: se trataba de la policía de Edmonton.

—Hola, me llamo Victoria Holt, he recibido un aviso para que

viniera. Supongo que será con relación al caso de Mark Dewitt —explicó una vez llegó a la comisaría.

El responsable de la centralita se extrañó, pero le pidió unos segundos para confirmarlo.

—Se han puesto en contacto con usted, pero no tiene nada que ver con ese caso. Pase a la sala número seis, enseguida acudirá el agente.

Vicky asintió y, algo sorprendida, se sentó en una de las sillas de aquella sala. Minutos más tarde, un rostro que nunca olvidaría apareció ante ella. Era el policía que se había encargado de tomarle declaración por la agresión en la discoteca.

—La he llamado porque prefería hablar con usted en persona —comentó el agente en un tono que preocupó a Vicky—. No, no son buenas noticias.

-4-

El pequeño Charlie siguió a rajatabla las instrucciones de su madre y se manejó bastante bien para su edad. Con paciencia, acercó una cucharada tras otra hasta que Hanna terminó el puré y, tal y como se le había pedido, solo le dio una galleta de postre. Pese a que su hermana insistió en reclamar más de aquellos dulces que tanto le gustaban con una de sus pataletas, no cedió. Para quitarlas de su vista, se subió sobre una pequeña banqueta y las dejó en una balda del armario que la pequeña no alcanzaba. Hanna intensificó su lloro al ver frustrado su deseo, pero su hermano logró sacarle más de una sonrisa jugando con ella.

Un humo de color grisáceo interrumpió aquel entretenimiento. Un sudor frío recorrió el cuerpo de Charlie al percatarse de que la llama del gas seguía encendida y los restos que quedaban en el cazo en el que había calentado la crema se estaban quemando. Debido a los reclamos de su hermana, en lugar de cerrar el gas por completo había girado la rueda hacia el lado contrario, dejando la llama al mínimo.

Hanna observó atenta los rápidos movimientos de su hermano, que, sin pensárselo, apagó el gas, apartó el cazo, abrió la ventana de la cocina y la sacó de allí antes de cerrar la puerta. Para olvidarse del susto, la entretuvo con una película de dibujos animados que visionaron en el salón, arropados bajo una manta.

Al verla disfrutar, Charlie sonrió, aliviado; pese a lo ocurrido, la situación estaba bajo control.

—Te tendrían que pagar más por todo lo que haces con ella —señaló Norine, trayéndolo de vuelta al presente—. Venía a ver cómo lo llevabas.

—Ya ves que estupendamente —afirmó él.

Había acordado con Nita que ella recogería los adornos a cambio de hacer alguna actividad de temática navideña los siguientes días, y ella había cumplido con su palabra. La sonrisa de satisfacción que se dibujaba en el rostro de la joven lo emocionó.

—¿Estás bien? —se preocupó Norine.

—Sí, sí… Es este rollo de la Navidad que, aunque pasen los años, me sigue removiendo.

—¿Y eso? ¿No te gusta?

Nita miró atenta a Charlie.

—No, no, qué va. Me encanta, pero… Mejor otro día —le propuso con la voz entrecortada.

Norine respetó su deseo y se dispuso a seguir con sus planes.

—Tengo que salir a hacer unos recados y no hay nadie más en la casa, así que me la llevo para que puedas ponerte con lo tuyo. ¡Vamos, a vestirse!
—ordenó.

Nita se levantó, pero en lugar de caminar en dirección a la salida, se aferró a Charlie.

—¡Ya ha perdido mucho tiempo ayudándola a recoger el desastre que ha montado! —le recordó la criada—. ¡No se aproveche!

Nita se enfurruñó. Charlie pensó en algo.

—No me importa que te quedes conmigo siempre que me dejes trabajar y no me líes ninguna. ¿Crees que será posible?

Nita se lo pensó. No le pedía cualquier cosa.

—Tengo una idea mejor. ¿Te apetece ser mi ayudante? Como cuando cocinamos, pero, hoy, con el jardín.

Nita pensó en que podría ser divertido y asintió.

—¿Estás seguro? Ya la conoces… —dejó caer Norine, que imaginó a Nita llena de tierra y el jardín hecho un desastre.

—Me ha dado su palabra, estoy seguro de que se portará bien. —Buscó la complicidad de su futura ayudante, que agitó la cabeza con efusividad para confirmarlo.

Norine no terminó de verlo claro, pero dejó que el jardinero se hiciera cargo.

—¡Volveré lo antes que pueda! —escuchó Charlie decir a su madre. Desconcertado, la buscó con su mirada, pero se dio cuenta de que no era ella, sino Norine, quien le hablaba.

—Perdona, ¿qué?

—Que volveré lo antes que pueda… De los recados, digo —aclaró la criada—. Hay una lista con nuestros teléfonos en la nevera. Añádeme a tus contactos, yo haré lo mismo —le informó con una sonrisa—. En esta casa nunca se sabe.

Charlie, todavía algo descolocado por aquella confusión, asintió.

—Sí… Claro… En cuanto bajemos.

—¿Seguro que estás bien?

—¡Por supuesto! ¡Vamos, Nita! ¡Hay mucho que hacer!

Ambos salieron del desván agachando la cabeza para no golpearse. Norine los observó marcharse, pero se quedó unos segundos pensando en qué podía pasarle a Charlie. Al ver que aquel día el tiempo avanzaba más rápido de lo que ella deseaba, salió corriendo. Por desgracia, se llevó un coscorrón por no medir bien la altura.

-5-

Theressa por fin consiguió dedicarle algo de tiempo a su chico. Como en cualquier inicio de relación, su encuentro con él fue amoroso e intenso y, por mucho que hubieran quedado para pasear por el parque, terminaban parando y besándose cada dos por tres, por lo que no avanzaban demasiado. Al ver que comenzaban a llamar la atención, Theressa se avergonzó y se separó de él.

—Creo que tenemos que moderarnos un poco, que parecemos adolescentes y todo el mundo nos mira.

—Será que nos tienen envidia… —dedujo Enver con una sonrisa.

A Theressa se le escapó la risa por las cosquillas que él le hacía en el cuello al intentar besarla de nuevo, pero se puso firme y Enver tuvo que parar.

—Vale… Te doy un poco de tregua —le prometió él. Le ofreció su mano para seguir con el paseo.

—Gracias, sé que tratas de hacer que me sienta bien. —Lo premió con una sonrisa y un beso en la cara.

—Lo hago porque me gustas —confesó él—. Creo que he tenido mucha suerte.

—¿Y eso?

—Al encontrarte. —Theressa negó con la cabeza, se estaba pasando de pelota—. Lo digo en serio. Además de lo evidente —señaló su físico—, eres una tía muy fuerte. Yo no estaría tan entero si me hubiera pasado lo mismo que a ti. ¿Hay algo que desconozca o eres perfecta?

Theressa suspiró. Si él supiera…

—Eres un sol, pero no me queda otra. Con Laura y Vicky fuera de casa, y mi madre más rara que de costumbre, no puedo venirme abajo.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, ¿verdad?

Theressa lo miró con cariño y asintió. Después, lo hizo detenerse y lo besó con pasión.

—Pensaba que te preocupaba que nos mirara la gente.

—Bueno, a veces cambio de opinión. Ya ves, no soy perfecta —le devolvió ella con una sonrisa pícara.

Enver le correspondió con un nuevo beso que se alargó unos segundos. A los que pasaban por allí no les quedó otra que rodearles para seguir avanzando.

-6-

Pese al frío de aquellos últimos días de otoño, Nita, abrigada hasta las orejas, no se quejó en ningún momento y ayudó a Charlie en todo lo que le pidió. Sin embargo, en cuanto el jardinero apartó su vista de ella, desapareció.

Él pensó que se habría aburrido o que Gato la habría retado a jugar, pero enseguida la vio regresar con un saco de tierra en los brazos: se había dado cuenta de que necesitaban más. Orgulloso, le hizo un gesto de aprobación con el pulgar y su mirada se perdió en ella por unos instantes.

El pequeño Charlie se despertó sobresaltado. La película había terminado y él se había quedado dormido. Al ver que Hanna no se encontraba allí, se levantó de golpe y salió a buscarla, pero no la encontró en ninguna habitación, por lo que se dirigió a la cocina.

Nada más entrar, se asustó al ver que había dejado la ventana abierta, pero eso no fue lo que más lo inquietó. Hanna estaba tirada en el suelo, junto a una banqueta volcada y un sinfín de trozos de galleta esparcidos por el suelo.

Corrió a socorrerla, pero se horrorizó al ver que un charco de sangre se abría paso desde su cabeza y tintaba de rojo los azulejos de la cocina. Alcanzó el teléfono inalámbrico y marcó entre sollozos el número del hospital en el que trabajaba su madre.

—Soy Charlie. Necesito hablar con mi madre —pidió, agarrado a la mano de su hermana—. Creo que a Hanna le ha pasado algo.

-7-

—Siento comunicarle que no tenemos ninguna pista del paradero de los dos sospechosos —le informó el agente a Vicky—. Y al analizar el vídeo, tampoco hemos encontrado nada de lo que usted alegó para justificar la agresión.

—¿Perdone? ¿Cómo que no han encontrado nada? Se ve cómo me drogan, cómo… —relató angustiada.

—Lo tengo aquí. —El policía señaló uno de los ordenadores—. Si lo desea, podemos verlo juntos. Creo que en el momento que lo reprodujo seguía en estado de *shock* y creyó ver cosas que no aparecían en él. Es comprensible y nunca la juzgaría por eso.

—Pero ¿qué cree?, ¡¿Qué me lo he inventado?!

—En absoluto. Creo en su versión; que los dos sospechosos hayan desaparecido es un indicio claro, pero tuvo que ocurrir de otra manera. El vídeo no muestra lo que usted nos contó.

En cuanto el agente reprodujo las imágenes, Vicky las avanzó hasta el instante en el que ella había encontrado los indicios del abuso, pero, al no localizarlo, solicitó verlo desde el principio; seguramente no recordaba bien el minutaje o lo había montado de diferente manera en su cabeza.

Tras ver cómo llegaban al reservado y disfrutaban de los primeros brindis, observó a Sonia darlo todo con su ligue, a ella marchándose al baño, y a Ben y Jimmy dejando sola a Theressa, que no tardó en beberse los cuatro chupitos de golpe y largarse. Después, el vídeo mostró que Sonia abandonaba el reservado para regresar minutos más tarde haciendo aspavientos y pidiéndole a James, su acompañante, que se fuera con ella. No hubo nada más durante buena parte del vídeo. Ella no volvía a aparecer. Tampoco había nada más de Ben y Jimmy. Las imágenes terminaban, tal y como ella recordaba, con uno de los camareros recogiendo los restos de la fiesta.

—¡Han editado una parte del vídeo! —le recriminó Vicky—. ¡Es evidente! ¡Ha tenido que haber algún fallo en la cadena de custodia!

El agente le aseguró que aquel dispositivo se había manipulado siguiendo los protocolos establecidos y le mostró actas que lo confirmaban. Como intuía que no lo iba a creer, también le enseñó capturas de pantalla de diferentes momentos en los que se veía el dispositivo en los lugares en los que aquellas actas señalaban.

Vicky negó con la cabeza, incrédula, pero las marcas temporales de las capturas que le acababa de enseñar le dieron una idea.

—Volvamos a verlo. Deténgalo en cuanto me marcho al baño con ellos.

El agente adelantó el vídeo hasta ese punto. Vicky observó, atenta, tratando de identificar alguna marca o salto temporal en la hora del vídeo, pero solo se frustró más. No se apreciaba ningún corte y el tiempo mantenía continuidad. Pensó en usar un último cartucho, pero el agente se le adelantó.

—Aquí tiene el certificado informático de que el vídeo no ha sido manipulado —Se lo acercó, destruyendo su última esperanza.

Lo cierto era que Vicky nunca había tenido la más mínima oportunidad con aquel *pen drive* diseñado para mostrar una segunda versión en cuanto se conectara al sistema de la policía. Así, ella sufriría al ver lo que realmente ocurrió y volvería a hacerlo al sentir la frustración por no poder demostrarlo.

El plan de Violet había salido tal y como lo había diseñado. Ahora tocaba dejar que Vicky se enredara en sus propios traumas y dilemas. Cuando estuviera aún más vulnerable, recibiría su próximo

regalo.

-8-

De camino a casa, en uno de los autobuses del Edmonton Transit Service, un servicio público de transporte que Norine usaba con frecuencia, disfrutaba de lo lindo de la lista de canciones que Nita había incluido en su reproductor de música cuando un repentino frenazo hizo que sus auriculares cayeran sobre sus piernas. Se llevó la mano al pecho, respiró hondo y miró por el cristal, pero no parecía tener nada que ver con aquel autobús.

«Atención, por favor. Desde la central nos comunican que ha habido un accidente al inicio de esta misma calle. La policía y los bomberos ya han recibido el aviso, pero tardarán un tiempo en despejar la carretera. Les rogamos paciencia y que permanezcan en el vehículo. Disculpen las molestias».

-9-

Con varias prendas de abrigo menos y llena de tierra y restos de hierba, Nita se tumbó sobre el jardín para descansar de lo que a ella le habían parecido duras horas de trabajo. Gato, que había permanecido observándolos, no dudó en acercarse y tumbarse sobre ella. Nita lo acarició y cerró los ojos. Charlie, que seguía con sus trabajos, sonrió al ver aquella escena. Su teléfono móvil empezó a sonar.

—¿Sí? Ah… Hola, Norine. Ah… Sí, aquí todo bien… —le contó —. ¿Atrapada? Pero ¿estás bien?

En medio de aquella conversación, una pareja de niños pasó cerca de la valla que separaba la calle del jardín de la casa. Al ver a Nita tirada sobre la hierba, cuchichearon y contuvieron una carcajada.

—Vale… Espero que no sea mucho tiempo… No te preocupes, nos arreglaremos —le explicó Charlie a la criada—. He hecho que se canse y ahora está muy tranquila —le confesó en voz baja—. Cruzaremos los dedos… Sí… Hasta luego.

En cuanto Charlie colgó el teléfono, un ruido ensordecedor invadió el jardín. Nita se sobresaltó, provocando que Gato huyera. A continuación, el ruido volvió a repetirse y ella cerró los ojos y los apretó con fuerza.

Al volver a abrirlos, Nita observó que permanecía en un jardín, pero no era el de su casa, sino el del club de campo en el que Laura se iba a casar. Aunque en un principio no escuchó nada, de pronto la inundó el ruido de los invitados, que gritaban y corrían aterrorizados de un lado al otro. Al fondo, bajo el arco en el que los dos amantes se iban a unir para siempre, vio a Josh y Mark heridos y desangrándose.

Intentó entender qué pasaba, pero notó algo pesado en las manos. Al mirárselas, vio que sujetaba una pistola. Asustada, la tiró al suelo.

—¡Ha sido ella! —gritó alguien.

Nita salió huyendo, pero tropezó con una de las sillas dispuestas para los invitados y cayó al suelo. Tanto ella como la escena en la que estaba atrapada se desvanecieron por completo.

—No pasa nada, estoy aquí contigo. Tranquila. Todo irá bien —escuchó decir a Charlie, que la protegía entre sus brazos.

Al oír su voz, Nita se dio cuenta de que había sido una de sus ensoñaciones y rompió a llorar. Pero en cuanto se calmó, observó que Charlie también lloraba. Se sorprendió al ver que detenía su llanto y su gesto cambiaba, como si se hubiera bloqueado.

Nita lo sacudió para que reaccionara, pero el jardinero permaneció en ese estado hasta que, de pronto, y como si fuera un robot, volvió a hablar.

—Tranquila. Todo irá bien —repitió con la mirada perdida.

El pequeño Charlie se aferró al cuerpo de su hermana, que seguía perdiendo sangre mientras él, con la ropa cada vez más humedecida, esperaba a que alguien los socorriera. La acariciaba y no dejaba de repetir lo mismo una y otra vez, al tiempo que balanceaba su cuerpo.

—Tranquila, todo irá bien. Tranquila, todo irá bien. Tranquila, todo irá bien.

Unos minutos más tarde, la madre de Charlie y un equipo médico entraron con urgencia en la cocina. Al ver lo ocurrido con Hanna, su madre gritó desesperada y se agachó para ayudar a su hija. Charlie detuvo su mantra y permaneció callado y con la mirada perdida.

Un gran chorro de agua sobre la cabeza devolvió a Charlie al presente. Nita tiró el cubo a un lado al ver que por fin había conseguido hacerlo reaccionar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me has hecho esto? —se quejó, muerto de frío.

Nita corrió hasta la casa y regresó con una toalla que encontró en el baño de la planta baja. Mientras se secaba, Charlie se fijó en que en el jardín había dos cartuchos de petardos usados y recordó lo que había ocurrido antes de que aquella pieza de su pasado lo hubiera dejado sin capacidad de reacción: Nita se había angustiado por el ruido y él había acudido a consolarla.

—Perdóname. No te quería asustar. ¿Estás bien?

Nita se cruzó de brazos y hundió su rostro en ellos. Luego le pegó un empujón y se marchó corriendo.

Él se terminó de secar y completó en su mente aquel horrible día que nunca podría olvidar.

—¿Se va a poner bien? —preguntó a su madre mientras observaban a Hanna desde un cristal de la unidad de cuidados intensivos.

Ella, con unas ojeras muy pronunciadas, lo acarició, pero no fue capaz de contestar. Todos sus esfuerzos se concentraban en que su hijo no la viera venirse abajo.

Charlie, que vio cómo las lágrimas caían por su rostro a través del reflejo del cristal, no volvió a preguntarlo. No hacía falta que dijera nada, ya sabía lo que iba a pasar.

-10-

Theressa y Enver regresaron al mismo punto en el que se habían encontrado aquella tarde. En esta ocasión, les servía de despedida.

—Sé que tienes que trabajar, así que no voy a retenerte más —le dijo ella, con cierta pena, pues no habían podido disfrutar de una tarde como esa desde que se conocieron.

Enver le dio un sentido abrazo.

—Gracias por lo de hoy —insistió ella—. Espero que, a partir de ahora, con las cosas más tranquilas, podamos quedar más.

—Eso está hecho —afirmó él con una amplia sonrisa.

Theressa le correspondió, pero después torció el gesto al dudar sobre si debía contarle algo. Enver se dio cuenta.

—Vamos, suéltalo.

—¿Qué? —Se hizo la despistada.

—Eso que me quieres decir pero que no te atreves.

A Theressa se le escapó una sonrisa pícara al ver que la había pillado. Luego se angustió.

—Es que no quiero fastidiarla ni que te agobies.

Enver se puso serio y la cogió de las manos.

—Eh, que soy yo. Puedes contarme lo que sea.

Theressa pensó en que tenía razón. Su actitud desde que se conocían había sido abierta y receptiva y, además, tampoco era para tanto; si no quería, podía decir que no.

—Aunque todavía queda mucho, ya sabes que estoy pensando en cómo organizar lo de Nita. Qué hacer, a quién invitar… —le recordó, pues ya habían hablado de ello durante el paseo—. Y he pensado que, si quieres… Bueno, si puedes…

—Dime el día y la hora, y allí estaré —contestó Enver, aclarando las dudas de su chica de un plumazo.

—¿En serio? —quiso confirmar ella, muy sorprendida por su rapidez en contestar.

—¡Todavía no te has dado cuenta de que, para mí, cualquier excusa es buena para estar contigo! —le dijo él con una sonrisa

sincera—. No ves que…

Theressa abrió los ojos, esperando algo gordo, pero no sabía si quería que lo dijera o no; era demasiado pronto. Aunque después lo reconsideró: por eso mismo podía ser todavía más bonito.

—¿No ves que te quiero? —soltó Enver finalmente—. Y no hace falta que tú también me lo digas, no te lo digo por eso.

—¡Y yo a ti! —soltó, emocionada.

—¡Te he dicho que no tenías que decir nada!

—¡Ya lo sé! ¡Pero al oírtelo me he dado cuenta de que siento lo mismo! —le explicó ella, muy nerviosa.

Enver sonrió, la rodeó con sus brazos y le dio un último pero apasionado beso.

—Te escribo cuando termine, ¿vale? —le dijo alejándose de ella.

Theressa asintió y comenzó a caminar en dirección a casa, incapaz de creer lo feliz que era. Enver caminó hacia el lado contrario, en dirección a un supuesto trabajo que en realidad no existía y recordando lo que acababa de decir.

«¡No ves que te quiero!», resonó en sus adentros.

Cada vez más lejos de Theressa, pensó en aquella frase y en lo que habría significado para ella, pues tenía claro que estaba enamorada de él. A continuación, recordó por qué lo había dicho y lo que realmente significaba para él. Y, entonces, en lugar de alegrarse de que la estrategia de Violet se estuviera cumpliendo a la perfección, se preocupó al darse cuenta de algo: lo que Theressa sentía por él no se alejaba mucho de lo que él comenzaba a sentir por ella.

-11-

Charlie intentó ganarse el perdón de Nita con una buena taza de chocolate caliente. Suponía el complemento perfecto para acompañar a las galletas que Norine había horneado aquella mañana y que habían desatado la fiebre navideña de la joven.

Mientras removía la mezcla para que el chocolate se fundiera con la leche especiada, la entretuvo hablándole de un fenómeno de la naturaleza muy curioso que tendrían la suerte de ver al día siguiente en gran parte de Canadá. Ella intentó mostrarse desinteresada, pero la forma en la que el jardinero le habló de aquella fascinante historia la mantuvo enganchada de principio a fin.

—¿Estás mejor? ¿Ya me has perdonado? —le preguntó Charlie al mismo tiempo que rellenaba su taza favorita de aquel dulce manjar.

Nita, que al oler aquel rico aroma se había olvidado de su disgusto, se hizo la indignada y se centró en soplar la taza. Volvió a hacerlo al ver que se quemaba la lengua por beber antes de tiempo.

Charlie le ofreció un vaso de agua y le señaló la cucharilla que

había dejado cerca de la taza. Nita asintió con timidez y removió su chocolate una vez más.

—Sabes, cuando era pequeño esta era una de las cosas que más me gustaba hacer. Sobre todo, los días que no paraba de llover o hacía mucho frío. Y en Navidad… ¡En Navidad siempre hacía frío! Así que tomábamos chocolate caliente mientras veíamos películas, decorábamos el árbol, recorríamos el barrio para ver qué casa tenía el mayor número de luces, visitábamos el mercado navideño… Te entiendo tan bien… ¿Cómo alguien no querría celebrar la Navidad?

Nita, ajena a su discurso, se preparó para beber de su taza. Le pareció que ya no quemaba, por lo que le dio un buen trago, pero bebió tanta cantidad que el calor que aún desprendía volvió a irritar su lengua.

—Luego pasaron algunas cosas, me hice mayor y…, bueno, eso. Hoy, gracias a ti, he desempolvado muchos recuerdos. Algunos malos, pero otros maravillosos.

Nita trató de prestarle atención, pero, al no entender muy bien qué trataba de decirle, centró sus esfuerzos en su experiencia chocolatera. Charlie rompió a reír al ver que su morro no podía estar más sucio. La miró, pensativo.

—Se me ha ocurrido una cosa.

Nita, que había terminado de tomarse el chocolate, intentó hacerle caso, pero un eructo se le atravesó por el camino. Aunque trató de limitarlo, salió más ruidoso de lo que esperaba.

—Solo si me prometes que me harás caso y te limpiarás esa cara antes. —Tiró del rollo de cocina y le acercó un trozo. Nita se limpió con rapidez y Charlie le confirmó que ya no quedaba nada.

—Con tu ayuda he hecho casi todo el trabajo que tenía previsto, y tu madre parece que no tiene intención de aparecer pronto por casa, así que… ¿Qué te parece si la adelantamos y celebramos nuestra propia Navidad hoy? —Los ojos de Nita se abrieron como platos—. Solo en el salón y con mucho cuidado de no ensuciar demasiado ni romper nada. ¿Trato hecho?

Nita asintió y le ofreció su mano. Tras un fuerte apretón y una mirada cómplice, ambos corrieron en dirección al desván.

-12-

A causa del varapalo que había recibido con el asunto de la discoteca, Vicky salió de aquella sala de la comisaría con ganas de gritar y muy descolocada. ¿Tenía razón el agente y todo había sido fruto de su imaginación? No, en el vídeo se veía claramente que Sonia agitaba los brazos en busca de ayuda. Alguien tenía que haber comprado a la policía o haberles colado un vídeo editado. Pero ¿quién se tomaría

tantas molestias en hacer algo así? La única respuesta que no se le había ocurrido hasta el momento sacudió su mente: ¿tendría algo que ver con lo ocurrido con Mark?

Motivada por aquella conexión, se propuso no marcharse de allí sin alguna respuesta e insistió tanto como hizo falta para que el inspector Thompson la atendiera. Pese a que la desafió haciéndola esperar hasta hartarse, esta vez sí que consiguió algo.

—No me han detenido ni hay pruebas de que yo asesinara a Mark, así que tengo derecho a saber cómo van las investigaciones. Por lo menos, en lo que respecta a mi agresión.

El inspector torció el gesto. Por mucho que los hubiera mareado, no dejaba de tener razón. No había motivos de peso para detenerla, por lo que tampoco para no informarle. Aun así, mantener cierta cautela tampoco estaba de más.

—Sobre el asesinato no le puedo comunicar nada, pero hay novedades sobre su jefe —le adelantó, sacudiendo el estómago de Vicky—. Cuando inspeccionamos el lugar que usted nos señaló encontramos varias muestras de sangre…

—Sí, ya me lo comentó, de Mark y mía —lo interrumpió ella, ansiosa.

—Pero gracias a un análisis más completo hemos encontrado la de una tercera persona —le desveló él.

—¿Jeff?

—Está por confirmar, pero coincide en un alto porcentaje con las muestras que varios familiares nos han cedido para la investigación. —A Vicky le dio un vuelco el corazón—. Eso no significa que haya muerto. Puede que se haya desorientado y esté perdido en algún lugar. Estamos rastreando la zona.

—¿De verdad cree que, tras tantos días, hay alguna posibilidad de que siga vivo? —le planteó ella, rota de dolor.

—Hasta que no lo encontremos, todos los escenarios están abiertos. Por ejemplo, uno en el que él mismo pusiera algo de su sangre allí para despistarnos.

Vicky puso los ojos en blanco; Jeff nunca haría algo así. Su instinto seguía apuntando a un fatal encuentro con Mark en el que él había tenido que hacerle algo al darse cuenta de que estaba allí para ayudarla. Cada vez estaba más segura de eso. Tanto como de que ella era la principal responsable de lo que le hubiera ocurrido.

-13-

Charlie y Nita llevaron al salón todos los objetos relacionados con la Navidad que había en el desván. Con una variada lista de villancicos de fondo, decoraron parte de la estancia y se retaron a adornarse uno

al otro antes de correr al espejo y partirse de risa al ver las pintas que llevaban. No se dieron cuenta de que el teléfono de Charlie había recibido más de un mensaje de texto. Tampoco de que alguien había regresado a casa.

—Pero… ¿qué estáis haciendo? —preguntó una voz de mujer.

Nita, que en ese instante llevaba puestas unas gafas de colores que no le permitían ver con claridad, contuvo el aliento al pensar que Angela los había pillado. Por suerte, se trataba de Norine.

—Celebrando nuestra propia Navidad —le contó Charlie, con naturalidad, mientras ajustaba el volumen de la música.

—Pero si todavía queda una semana —se extrañó Norine, alucinada con aquel despliegue navideño.

Charlie se encogió de hombros y le sonrió. Nita le ofreció una de las pocas galletas que no se habían comido.

—También hay chocolate a la taza, ¿te apuntas? —le propuso el jardinero.

Norine asintió con media sonrisa. Luego compartió con ellos algo que, sobre todo a Nita, le encantó.

—Angela me ha llamado. No os lo vais a creer, pero va a pasar la noche en un hotel —les desveló—. Que necesita desconectar, dice…

Nita y Charlie se miraron, sorprendidos.

—Teniendo en cuenta eso y que yo acabo de estar encerrada dos horas en un autobús con gente que ni imaginaríais… ¡A la porra! —gritó, dejándolos boquiabiertos—. ¿Dónde está ese chocolate? ¿Y la música? —les preguntó con la boca llena de la galleta que Nita le había ofrecido.

Nita alucinó con la actitud de Norine, pero no tardó en sonreír, ayudarla con el abrigo y el bolso y seleccionar algo de música movida con la que celebrar que la fiesta continuaba. Al ritmo de *Christmas Wrapping*, de la banda estadounidense The Waitresses, improvisaron divertidas coreografías con las que más de una vez terminaban tropezando y cayendo sobre el sofá, muertas de risa.

Apartado de ellas, Charlie vio cómo aquellas escenas se mezclaban con otras en las que Nita y Norine se intercambiaban por su madre y su hermana, un año antes de que Hanna sufriera el accidente. En ellas, él no paraba de lanzarles nieve artificial hecha con bolitas de poliespán, creando algo mágico para todos.

Recuperó su móvil para capturar parte de la fiesta que había creado para Nita y vio que le habían llegado varios mensajes.

¿Dónde estás?

No me irás a dejar tirada, ¿no?

¡Qué fuerte me parece! ¡No me esperaba esto de ti!
¡Espero que te haya pasado algo grave! ¡Muy grave!

Charlie se llevó la mano a la cabeza; ¡se había olvidado por completo de la cita! Se esmeró en pedirle perdón por el descuido, pero enseguida volvió a centrarse en la diversión que se vivía en aquel salón y grabó, tanto en la memoria de su teléfono como en la suya propia, aquellas escenas en las que Nita y Norine se lo pasaban en grande.

Una lágrima de felicidad recorrió su rostro antes de unirse a ellas. Aquella improvisada Navidad lo hizo pensar en que había momentos que ya nunca se repetirían, pero que, al mismo tiempo, aún quedaban un montón de nuevos y bonitos recuerdos por crear.

Capítulo 15:
Unidos por la muerte (VIII)

-1-

Richard tardó en desplegar su plan más tiempo del que le habría gustado, pero consiguió llevarlo a cabo en su totalidad. Aunque en un principio desconfiaban de él, la falta de salidas de tono por su parte creó un ambiente de tranquilidad y fue ganándoselos poco a poco.

Con el equipo en el bolsillo, hizo un esfuerzo extra en su relación con Violet, a la que dedicó momentos de sincera empatía y escucha en los que consiguió entender parte de lo que había sufrido e incluso se planteó dar marcha atrás en más de una ocasión. Sin embargo, los murmullos de sus ayudantes cuando se reunían en secreto y el deseo de volver a ver a las hermanas mantuvieron viva su necesidad de huir.

Tras meses de encierro y a solo tres semanas del aniversario de su muerte, Richard logró cruzar la frontera pagando a un transportista. Había llegado hasta él a través de contactos que se quedaron parte del dinero con el que contaba. Una semana más tarde, a quince días de aquella cena en la que la vida de las hermanas daría un vuelco, se desplazó hasta un centro comercial situado en las afueras de Edmonton.

Antes de entrar en el edificio, se deshizo de un abrigo viejo y de la desdibujada gorra que lo habían acompañado durante toda la travesía. Gastó lo poco que le quedaba en algo de ropa que le permitiera permanecer en el interior del complejo sin llamar la atención de los guardias de seguridad.

Varias horas después, el reloj del centro comercial le confirmó que era el momento que tanto había esperado: si ella seguía manteniendo sus rutinas, el encuentro se haría realidad.

—Señora, se le ha caído algo —le dijo a una mujer en cuanto la vio salir del salón de belleza.

Angela se giró para ver si se dirigían a ella. Se estremeció al ver de quién se trataba.

—¿Eres tú? ¡¿Pero qué narices haces?! —le susurró mientras miraba a su alrededor por si algún conocido los veía.

—Vamos al baño de discapacitados. Tenemos que hablar —le pidió Richard.

Ella asintió, pero le hizo un gesto para que se adelantase. Cuando creyó que había pasado un tiempo prudencial, se unió a él.

—¿Estáis bien? ¿Han contactado con vosotras? ¿Han intentado haceros algo?

—Todo está bien —aclaró Angela, algo desconcertada—. Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué te la has jugado de esta manera?

—Todo ha salido mal. Tenemos que dar marcha atrás.

—¿Qué ha salido mal? ¿No te tratan bien? Aquí todo ha ido como planeamos.

—Es mejor que no sepas nada de momento. Cuando hable con la policía y os pongan protección, os lo contaré.

—¿Policía? ¿Protección? Richard, no podemos hacer eso, ¡acabaríamos en la cárcel!

—Yo asumiré la responsabilidad, nunca te culparía de nada de lo ocurrido.

—¡¿Y cómo sabes que te van a creer?!

—No hay nada que los pueda llevar hasta ti.

En un primer momento, Angela pensó que tenía razón, pero enseguida cayó en un escabroso detalle.

—¡El cadáver! Yo identifiqué el cuerpo.

—Un cuerpo desfigurado y magullado que encontraron con mi documentación en mi coche. No sospecharán.

—¿Y si lo hacen? ¿Y si se dan cuenta?

—No lo harán, confía en mí. Será duro, pero saldremos adelante.

Angela, incapaz de hacerse a la idea de que, después de todo, su vida sí se iba a venir abajo, intentó detenerlo.

—Pero esto, de repente… Nuestras hijas nos odiarán de por vida, y quienes nos conocen sabrán que… ¿No hay alguna manera de que te mantengas oculto sin correr peligro?

—Es como estoy ahora, pero puede que haya represalias porque he roto el acuerdo. Intenté hacerlos creer que algo grave me había ocurrido, pero no sé si habrá funcionado.

Angela respiró hondo.

—De acuerdo. Dame unos días y nos volvemos a ver. Seré discreta, pero quiero hacer un par de consultas antes de tomar una decisión. —Richard asintió—. Y, la próxima vez, quedemos en otro lugar. Aquí nos exponemos sin necesidad.

—He encontrado una casa deshabitada en la zona que está detrás de la fábrica de coches. Podríamos reunirnos, en una semana y a la misma hora, en la antigua iglesia. ¿La conoces?

Angela asintió. No acostumbraba a pasear por aquella cochambrosa zona debido a su mala fama, pero, precisamente por eso, no habría mucha gente conocida que anduviera por allí: era perfecto.

—¿Qué tal están las chicas? ¿Cómo lo llevan?

—Dentro de dos semanas se cumple el aniversario de tu muerte, ¡¿cómo crees que están?!

Él afirmó, cabizbajo, y, con cierto reparo, pues nunca antes había hecho algo así, le pidió dinero. Ella le entregó a regañadientes el

efectivo que llevaba encima y salieron del baño con unos minutos de diferencia.

En el exterior, y sin que ellos sospechasen quién era ni qué pretendía, Jacob fue testigo de su marcha. Una semana más tarde, capturaría el segundo y definitivo encuentro en el que conseguiría las pruebas necesarias para chantajear a Laura.

-2-

A solo siete días del aniversario de su muerte, Richard llegó hasta la abandonada iglesia con bastante antelación. A los pocos minutos apareció Angela, con el cabello cubierto con un pañuelo, los ojos ocultos bajo unas grandes gafas y con un broche, que él le había regalado, decorando su abrigo.

—¿Has pensado en lo que hablamos? —preguntó él, después de una breve y fría bienvenida en la que no supieron si darse un beso en la cara o estrecharse la mano, por lo que hicieron ambas cosas.

—Sí, y creo que lo mejor es que dejemos todo como está. —Richard se quedó bloqueado. Ella le mostró su maquillada y firme mirada—. Lo he consultado en detalle y nos enfrentaríamos a una lista de cargos que implicarían perder la casa y años de cárcel para los dos. Tendremos que esperar a que prescriban los delitos. Entonces Podremos considerarlo.

—¡Pero eso pueden suponer muchos años todavía! —señaló él, visiblemente molesto.

—Entre permanecer oculto y libre o ir a la cárcel, yo lo tendría claro —zanjó ella.

Richard no supo qué decir. Aprovechando su desconcierto, Angela le mostró un sobre.

—He adquirido un coche de segunda mano que encontrarás aparcado al final de esta calle. Te vendrá bien por si tienes que cambiar de escondite o refugiarte en él. Encontrarás las llaves en este sobre. —Se lo entregó—. Por otra parte, he contratado un buzón en un código postal que me ha parecido bastante seguro, a unas horas de aquí. Lo usaremos para comunicarnos. Tienes la ubicación, la clave de acceso y una copia de la llave de seguridad dentro. Además, hay algo de dinero para que vayas tirando, pero te haré llegar más a través del buzón siempre que lo necesites. Si quieres, puedo dejarte fotos de nuestras hijas también.

Richard, que había escuchado atento, se preparó para hablar.

—Ya veo que has pensado en todo y te lo agradezco mucho, pero, por muy duro que me resulte, prefiero estar en la cárcel y cumplir con lo que me echen. —Le devolvió el sobre—. No puedo seguir así.

Angela tiró el sobre contra el suelo, llena de furia.

—¡¿Crees que puedes hacer siempre lo que te dé la gana?! ¡Nos endeudas hasta las cejas, montas una farsa en la que no me queda otra que participar, y ahora regresas para ponerlo todo patas arriba otra vez! ¡Eres un egoísta! ¡Vas esparciendo la desgracia y hundes contigo a quien se te acerca!

Él, que sentía que tenía parte de razón, no le replicó.

—Mira, ya estoy harta. Haz lo que quieras, yo ya he hecho mi parte. Pero te aseguro una cosa: como me arrastres contigo, te arrepentirás. Conozco tus trapos sucios y puedo convertirme en la mejor colaboradora de la policía. Sabes que soy capaz de eso y de mucho más. Creo que ya te lo he demostrado durante estos meses.

Richard tragó saliva. Angela volvió ponerse las gafas.

—Espero que el siguiente contacto sea a través del código postal, si no, prepárate, porque haré lo que haga falta para que no vuelvas a ver a tus hijas y te condenen el máximo de años que permita la ley —sentenció antes de marcharse.

Richard observó el sobre que Angela había tirado al suelo, lo recogió y miró su interior. Se acarició la frente y respiró con dificultad: lejos de revertir su penosa situación, la había complicado aún más.

Capítulo 16:
Una luz en la oscuridad

-1-

Lo ocurrido con Mark y la agresión que había sufrido en la discoteca dominaban la mayor parte de sus pensamientos, pero había un tercer asunto que torturaba a Vicky desde su viaje a San Francisco: el ataque a Sonia.

Como el conocido de Adam en la policía no le había aportado ningún dato más y sabía que seguía ingresada en el hospital del Sur, contactó con un doctor de ese centro médico que le debía un favor por haber omitido su nombre en un reportaje sobre malas praxis médicas. Contestó al tercer mensaje que le dejó preguntando por su compañera. Tenía novedades sobre Sonia y una estaba relacionada con ella misma.

—¿Se ha recuperado? ¿Puedo verla? —quiso saber Vicky en cuanto se encontraron en una sala de espera del hospital.

David negó con la cabeza.

—Salió del coma hace unos días y la evolución es favorable, pero ya no hay visitas posibles. Una vez estabilizada, la familia la ha trasladado a otro hospital. —Vicky se dispuso a hablar, pero él se adelantó—: Es confidencial, no puedo decirte a dónde.

—Pero, entonces, ¿qué hago aquí? Me has dicho que había algo relacionado conmigo, pero no puedo verla ni saber a dónde se marcha.

—Antes de irse, la madre de Sonia me ha dado algo para ti. —Sacó de uno de sus bolsillos de la bata un sobre y se lo entregó—. No sé en qué estáis metidas, pero no quiero que esto me reviente en la cara. Ya he cumplido con mi parte del trato.

Ella asintió, agradecida.

—Desde hoy, como si no nos conociéramos.

En cuanto David la dejó sola, Vicky no se resistió a abrir el sobre. En él encontró un *pen drive* y una carta escrita a mano. Parecía la letra de Sonia, pero no era tan redondeada como ella recordaba.

> Hola, Vicky:
> Ahora que he tenido unos días para recuperarme y asumir lo que ha pasado, me he animado a escribirte esta carta. Quizá habrías preferido verme en persona o que te llamara, pero no he sido capaz. Aunque soy consciente de que yo misma me lo busqué, hay algo en mí que todavía te culpa de parte de lo ocurrido.
> Tras una charla con Adam (no te enfades con él, le

pedí que no te dijera nada), he entendido que tienes derecho a saber lo que sucedió y quería contártelo por mí misma.

En aquel escrito, que la hizo llorar en más de una ocasión, Vicky descubrió que habían tardado en identificar a Sonia porque acudió a su encuentro con Mark sin ningún documento oficial en su bolso. No se fiaba de él y prefería no llevar nada que pudiera descubrirla.

También le contó que, debido a una jugarreta que había sufrido en una redacción anterior, decidió emplear discos duros portátiles para tener el control sobre su trabajo, de ahí que hubieran encontrado su ordenador del periódico sin información.

Respecto a que encontraran su piso vacío, le explicó que una prima suya le había dejado el suyo gratuitamente a cambio de que se lo cuidara, ya que por motivos laborales se iba al extranjero. La noche que se quedó en su casa ya tenía parte de las cajas preparadas para la mudanza, pero, a causa de lo ocurrido en la discoteca y con el lío de la investigación, se le pasó comentárselo.

Antes de despedirse, le habló del lápiz de memoria que acompañaba a la carta. En él encontraría lo que había podido copiar del portátil de Mark durante su encuentro.

Siento despedirme así, pero, por ahora, es lo máximo que te puedo ofrecer. Demasiadas emociones fuertes para una chica de la sección de Cultura.
Cuídate,
Sonia.

Vicky se obligó a dejar de lado la angustia que sentía y regresó a casa de Adam para revisar lo que su compañera había recabado aquella noche. Tanto sufrimiento tenía que servir para algo.

-2-

La rabia que sentía contra Angela y Vicky fue el motor principal para sobrellevar sus primeros días en el hospital psiquiátrico. Mientras se adaptaba a aquel nuevo entorno, intentó ver las cosas con cierta perspectiva, pero ni las primeras sesiones de terapia en las que participó, ni las visitas de Theressa, en las que trataba de ayudarla a entenderlo todo, le sirvieron para dar su brazo a torcer.

Cuando los encuentros con su hermana fueron suspendidos por recomendación de la terapeuta, Laura ya no tuvo con quien confrontar sus teorías y acusaciones y, entonces sí, su mundo se vino abajo.

Al ver que no avanzaban demasiado en sus sesiones, la terapeuta consiguió convencerla para que participara en alguna de las actividades que se organizaban cada tarde en el centro, con el fin de que su traumática realidad encontrase pequeños momentos de desahogo y su atención se centrara en algo más que en Mark y lo que había ocurrido con él. Laura se decidió por un taller de costura con el que el equipo médico creyó que daría rienda suelta a su creatividad teniendo en cuenta su profesión, pero, cuando en el repaso del material se dieron cuenta de que faltaban unas tijeras, no tardaron en correr hasta su habitación y descubrir mechones de pelo por el suelo y cortes superficiales en su cuerpo. Había tocado fondo.

-3-

—¿Ha aparecido el cuerpo? —quiso saber Violet, refiriéndose a Jeff. Dos, que había acudido a su despacho a petición de ella, negó con la cabeza.

—Por ahora, no. Sigue en la lista de sospechosos, junto a Vicky y Rita, pero sería un milagro que siguiera vivo si lo que Mark contó aquella noche es cierto.

—¿Y por qué iba a mentir?

—No digo que mintiera, pero también creíamos que Vicky había caído y nos llevamos una sorpresa.

—Bueno, por el momento es la principal candidata para pagar por lo de Mark. No nos ha salido tan mal, ¿no? Viendo cómo se ha enredado ella solita, no te sorprendas si terminan responsabilizándola de la muerte de su jefe sin que tengamos que hacer nada.

Dos asintió, pero le irritaba pensar que todo se podría haber evitado si Mark hubiera sido más precavido.

—Si no hay ninguna cosa más que tenga que atender… —le dijo ella, invitándolo a marcharse.

—En realidad, también quería hablarle de Rita. Sigue insistiendo en que le han tendido una trampa. ¿Cree que puede ser cierto? ¿Qué alguien nos la está jugando para que creamos que es ella?

Violet negó con la cabeza.

—Las personas desesperadas hacen cosas desesperadas, sobre todo si tienen la certeza de que su vida corre serio peligro. Se ha inventado lo primero que se le ha ocurrido por si existe alguna posibilidad de salvarse, pero no va a tener tanta suerte. —Dos asintió —. Seguid alimentándola, y asegúrate de que todos estén aquí el día de Navidad. Rita me servirá para hacer una demostración pública de lo que les puede pasar si se les ocurre seguir sus pasos.

Teniendo en cuenta que el día anterior había sido uno de los mejores de su vida, Nita lidió con aquella jornada llena de frustración. Ya no quedaban ni galletas ni chocolate caliente y Theressa había retirado la decoración navideña antes de que su madre regresara de la escapada con la que los había sorprendido. Pero eso no era lo peor: se enfrentaba a una interminable lista de deberes que se había visto obligada a completar por la tarde, después de haber perdido la mañana intentando librarse de ellos.

Pese a sus sinceros intentos de centrarse y acabarlos cuanto antes, su lápiz se desplazó, como de costumbre, desde el centro de una hoja llena de frases aburridas hacia unos tentadores bordes blancos en los que siempre era fácil y agradable crear algo. Primero fue una manzana que rellenó con un bolígrafo de color azul. Luego las mariposas que tanto le encantaban volvieron a adueñarse de su imaginación y, esta vez, creó un grupo de ejemplares que, aunque se diferenciaban perfectamente entre ellos, tenían muchos rasgos en común. «¿Pertenecerán a la misma familia?», se preguntó antes de que su atención se desviara hacia la ventana de su cuarto.

Vio a Norine y Charlie hablando en el jardín, justo cuando la criada señalaba su habitación, por lo que se mantuvo agachada hasta que creyó que ya no estarían mirando hacia ella. Lo último que captó fue al jardinero, que negaba con la cabeza y rechazaba el dinero que le ofrecía Norine. Ella no tardó en volver a guardarlo y marcharse.

Con Laura internada en el hospital, Vicky en casa de Adam y Theressa cada vez más centrada en Enver y su nuevo trabajo, Nita llegó a la conclusión de que a la criada no le había quedado otra. Atareada con mil y un encargos con los que Angela no dejaba de enredarla, se habría visto obligada a pedirle a Charlie que se quedara fuera de su horario para cuidar de ella. Incluso estaba dispuesta a darle algo de dinero por adelantado para compensarle, pero el jardinero lo había rechazado.

«¿Cuándo confiarán en mí? ¡Ya tengo diecisiete años, no soy una niña!», pensó, cruzándose de brazos. Al darse cuenta de su reacción, se frustró más: había actuado precisamente como esperaban de ella.

Con el montón de deberes aguardando a que se pusiera en marcha, Nita cerró los ojos y dio vueltas sobre la silla giratoria del escritorio hasta que el mareo se impuso y alcanzó una especie de paz. Cuando la silla dejó de girar, notó sobre su rostro una cálida sensación que, al abrir los ojos, relacionó con una hermosa puesta de sol. En medio de la hipnosis que le produjo aquella preciosa imagen, un recuerdo muy reciente la sorprendió. «¡¿Cómo es posible que me haya olvidado de algo así?!».

Sin tiempo que perder, cambió sus zapatillas de casa por las de

calle y preparó una pequeña mochila en la que metió una toalla de piscina, una botella de cristal que llenó de agua en el baño y un paquete de galletas que tenía escondido en uno de los abrigos que menos usaba.

Tras una pequeña visita al desván, bajó hasta el piso inferior dispuesta a ganarle la batalla a Charlie, que, por el momento, permanecía al margen de su recién elaborado plan.

-5-

Josh se quejó la segunda vez que su enfermera favorita hurgó en la herida para limpiarla, pero, al ver que ella sonreía porque no aguantaba, se contuvo cuando le volvió a escocer. A punto de terminar aquella incómoda cura, alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¿Se puede? —preguntó Vicky antes de entrar.

El gesto de Josh se transformó al verla.

—No sé cómo tienes el valor de venir después de la que has liado. ¿Cómo eres tan mentirosa? ¡Y encima manipulando a Sean! —le soltó de golpe.

Vicky y la enfermera se sorprendieron por su brusquedad.

—Si no estuviera tan jodido, te echaba a patadas —insistió Josh mientras la enfermera terminaba de ponerle un apósito para cubrir y proteger su herida.

—Bueno, yo ya he acabado aquí —les dijo la sanitaria una vez recogió—. Vendré a verte en unas horas —le recordó a Josh—. Y no me la lieis —les advirtió esta vez a los dos—. Somos mayorcitos y los de seguridad están a un paso.

Josh contuvo el enfado y asintió. Vicky, descolocada por aquel brusco recibimiento, lo imitó. En cuanto la enfermera los dejó solos, intentó explicarse.

—Entiendo que estés enfadado, pero…

—No, no estoy enfadado, ¡estoy furioso! ¿Cómo has podido inventarte esa mierda sobre mi hermano?

—Si me dejas que te lo explique, verás que no me invento nada.

Josh negó con la cabeza. Vicky le mostró una carpeta.

—Yo, en tu caso, tendría las mismas dudas, por eso te he traído todas las pruebas que he encontrado. En cuanto las revises, lo hablamos.

Vicky dejó la carpeta en una mesilla cercana. Josh se incorporó, pero no la alcanzaba, por lo que ella se la acercó con amabilidad.

—Te dejo tranquilo. —Confiaba en que lo que leyera allí le abriera los ojos. Pero cuando se disponía a salir, Josh le lanzó la carpeta, desperdigando sus documentos y fotos por el suelo. Entre

ellos, artículos sobre la antigua vida de Mark e imágenes del fallecido junto a Silvia, Cynthia y el resto de la familia Becker.

—¡No quiero tus mierdas manipuladas! ¡Lárgate y no vuelvas a aparecer por aquí!

Vicky aceleró su marcha y chocó con Sean, que se había acercado a la habitación, alertado por los gritos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, al tiempo que ella se alejaba con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Hazme un favor y deshazte de esa basura.

—Pero ¿has visto algo de lo que hay aquí?

—¡He dicho que lo quites de mi vista! —le exigió—. Por favor.

Mientras Sean recogía los papeles, pensó en Vicky y en lo difícil que le iba a resultar demostrarle que aquello era verdad. Luego en si había algo más que él pudiera hacer para facilitarle el camino.

-6-

Nita abrió la puerta de la casa con la mayor delicadeza que pudo, pero su estrategia de pasar desapercibida se vino abajo al correr por el jardín y ser descubierta por Charlie. Con una sonrisa traviesa y un gesto con los dedos, le dejó claro que no podía salir de casa.

Como si no fuera con ella, avanzó hasta la verja, pero el jardinero no dudó en correr y bloquear la salida antes de volver a invitarla a entrar en la casa a terminar los deberes.

En medio de la resignación de la pequeña de las Holt, Gato no dudó en unirse a aquel silencioso encuentro que entendía a la perfección. Nita, recalculando su misión, lo sostuvo en brazos y siguió las órdenes de Charlie, que se autoproclamó figura de autoridad para sus adentros, al ver que ella accedía sin rechistar.

Pero en casa, Nita puso en marcha un nuevo plan de escape. Dejó a Gato cerca de un jarrón de su madre que ya había sufrido algún que otro percance y lo llenó con varios ovillos de lana que Norine guardaba en una caja del salón. En cuanto creyó que el jardinero se habría centrado de nuevo en el trabajo, abrió la puerta de la casa sigilosamente.

Aprovechando parte de la oscuridad que la puesta de sol había traído, Nita caminó por el jardín, esta vez con más cuidado. Después, se escondió detrás del árbol más cercano a la salida, a la espera de que Gato rompiera aquel jarrón cuyo destino era acabar destrozado desde que se había cruzado en la vida de Nita.

Alarmado por el ruido en la casa, Charlie corrió hacia ella con la esperanza de que no hubiera hecho un gran estropicio, al mismo tiempo que la pequeña ganaba la batalla escapándose de allí.

En cuanto Charlie entró en la vivienda y vio a Gato enredado

entre hilos de lana y trozos de cerámica, desplazó su vista hacia la salida. Recogió el desastre con rapidez, dejó al animal en el jardín, se hizo con las llaves y cruzó la verja. Miró en ambas direcciones, intentando encontrar a Nita, pero ya era demasiado tarde: brillaba por su ausencia.

Mientras pensaba a dónde podría haberse marchado, una conversación que habían tenido la tarde anterior lo sacudió como un chispazo y supo dónde encontrarla.

-7-

Vicky colocó varias tazas junto a la tetera que ya se encontraba sobre la mesa de la pequeña sala del apartamento de Adam. Theressa se fijó en la decoración de la estancia: minimalista, sobria y totalmente opuesta a la de la casa en la que vivía.

—Se me hace muy raro estar aquí. ¿Tú qué tal lo llevas?

Vicky se encogió de hombros.

—Según el día. Adam es un encanto, así que aquí estoy bien con él, pero no avanzo con nada y lo único que consigo son argumentos que me demuestran que todo lo que hice no sirvió más que para provocar desgracias. No sé, es como si alguien o algo estuviera decidido a sabotearme. —Se sentó junto a su hermana—. La última esperanza que tenía, un *pen drive* que Sonia conservó pese a la paliza que le dieron, no ha servido de nada. No había ningún documento que pueda usar para demostrar lo que hacía Mark, y a la policía no le basta con lo ocurrido en San Francisco; dicen que el caso está cerrado y que los documentos que Cynthia les entregó no aportan nada nuevo. Tampoco se creen que estuviera implicado en una trama de empresas pantalla porque no hay pruebas concluyentes. ¡Estoy harta!

—Yo confío en ti. Sé que encontrarás la manera de solucionarlo. Tienes la capacidad, la inteligencia y la valentía necesarias —intentó animarla Theressa.

Vicky sonrió.

—Te llevaré de testigo cuando quieran encarcelarme, seguro que por lo menos despiertas algo de compasión en el jurado.

—Pero ¿te han acusado de algo?

—Oficialmente, no, aunque debo estar localizable. Creen que tengo motivos para querer verlo muerto.

—¡Joder! ¡Si estabas inconsciente en el hospital! ¡Es que no piensan!

—Dicen que pude haberlo acordado con alguien para que lo hiciera por mí.

Theressa negó con la cabeza; era una locura.

—Estoy segura de que todo se resolverá a tu favor, y antes de lo

que esperas.

—Pues mucho tiene que cambiar mi racha, porque por ahora solo he conseguido provocar la desaparición de un amigo, que lo más probable es que esté muerto, y que Laura y Josh me odien.

Theressa acarició el hombro de su hermana.

—Están dolidos, pero sobre todo se sienten traicionados por Mark. Con el tiempo se darán cuenta de que tú no tienes ninguna culpa.

—¿Y Jeff? —le recordó Vicky, con los ojos llorosos—. ¡¿Cómo pude ponerlo en peligro de esa manera?! ¡Ha muerto por mi culpa!

Theressa le acercó una servilleta de las que había en la mesa. Vicky se secó las lágrimas.

—No te pongas en lo peor, recuerda lo que te dijo el policía que lleva el caso. Quizá huyó y está escondido en algún sitio… Han podido pasar mil cosas.

Vicky negó con la cabeza. Se terminó de limpiar la nariz y los ojos y se recompuso.

—Odio la sensación, pero cada vez es más fuerte. Está muerto, Theressa. Lo sé.

-8-

Temerosa de que las menciones de Laura respecto a que Richard estaba vivo tuvieran efecto en Theressa más pronto que tarde, Angela movió ficha.

Por un lado, pese a que le costó mucho tomar la decisión, consciente de las habladurías y de lo que podría suponer para el futuro de su hija, había organizado un internamiento forzoso para Laura en una institución mental. Confiaba en que, aunque en un principio se resistiera, se recuperara de lo ocurrido en la boda y, con suerte, borraran de su cabeza la idea de que su padre seguía vivo. Para su sorpresa, Laura había aceptado ingresar de forma voluntaria con tal de perderla de vista.

El segundo asunto que más le urgía era Richard, no entendía cómo había sido capaz de exponerse apareciendo en la boda. Un día después del internamiento de su hija, aprovechó el arranque navideño con el que Nita se había despertado para exagerar el hartazgo que le provocaba la situación y usarla de excusa para salir de casa. Una vez en su coche, seleccionó en su GPS la oficina de correo postal que le servía para comunicarse con Richard y escribió la nota que pretendía dejarle allí.

> ¿Qué narices hacías en la boda? ¡Laura está convencida de que te vio y se lo ha contado a

Theressa! No la ha creído por ahora, ¡pero no puedes volver a exponerte así! ¡Ya sabes cuánto nos jugamos!

Esperaba que aquello disuadiera a Richard de hacer nuevas escapadas al aire libre. Sin embargo, al llegar a la oficina y abrir el buzón, tuvo claro que no serviría de nada. Su anterior entrega —un sobre lleno de dinero, fotos de las hermanas y una nota en la que lo alertaba sobre las imágenes que había recibido Laura— todavía seguía allí, por lo que temió que le hubiera pasado algo.

Se le ocurrió que sería buena idea visitar la desatendida zona de la ciudad en la que habían acordado encontrarse la última vez, por si todavía permanecía por allí, pero, al sentirse observada por un grupo de chicos que trataba de trapichear libre de miradas ajenas, regresó a su vehículo y llamó a la única persona en la que creía poder confiar en esos momentos.

—¿Stanton? Soy Angela —dijo en cuanto él contestó—. Tenemos que vernos.

Consciente de cuánto se exponía al contárselo, pero confiando en que el investigador mostrase la misma discreción que en el asunto de Mark, Angela le habló de Richard y de parte de lo que habían planeado juntos. Principalmente, que habían fingido su muerte, pero que mantenían el contacto. Tras un acuerdo económico, en el que tuvo que ser más generosa de lo que esperaba, Stanton emprendió la búsqueda del padre de las hermanas.

Angela permaneció por la zona el resto de ese día, pero, al no recibir noticias al llegar la noche, llamó a Norine para avisarla de que dormiría en un hotel. El día siguiente lo pasó presionando al investigador para que encontrara a Richard y pensando en qué hacer si Theressa decidía creer a Laura. Sin noticias de su marido, regresó a casa, ya de noche y muy frustrada, ajena a que su hija pequeña estaba a punto de vivir una experiencia inolvidable.

-9-

Una hora después de huir de casa, Nita llegó a lo alto de una montaña en la que ya se había concentrado un numeroso grupo de gente que, según ella interpretó, también habría perdido a algún ser querido hacía poco.

Se había desplazado hasta allí debido a la conversación que había mantenido el día anterior con Charlie. Según le contó, la noche siguiente a la improvisada fiesta navideña se podrían ver las Gemínidas, la lluvia de meteoros más espectacular del año.

Nita se emocionó mucho al pensar en ello. El cielo estrellado de

las noches de verano le había maravillado siempre y, en ocasiones, había conseguido ver las estrellas fugaces, pero el jardinero hablaba de algo que lo superaba con creces. Tras haber fracasado con su invento en casa, aquel espectáculo único de la naturaleza le ofrecía una gran oportunidad para cumplir uno de sus mayores deseos.

Se había dormido y despertado pensando en ello, pero la insistencia de Norine para que avanzara con sus deberes había hecho que se perdiera en su mente. Por suerte, aquella puesta de sol, que por unos instantes se había reflejado sobre su piel, la hizo recordar la charla y tuvo claro que no podía perdérselo.

Localizó un sitio amplio para extender su toalla, sobre la que vació el contenido de su mochila. Una vez acomodada, abrió el paquete de galletas y, mientras las devoraba, esperó a que el firmamento se iluminara de estrellas.

Un par de horas más tarde, ya en compañía de Charlie, que consiguió, no sin esfuerzo, encontrarla entre la gente, Nita pudo cumplir su mayor sueño. En medio de aquella lluvia de estrellas que impactó a quienes la presenciaban, y con la ayuda de su telescopio casero, encontró una estrella que brillaba con tanta fuerza que se convenció de que, esa vez, había funcionado. En aquel instante volvió a recordar las palabras que le había dicho su padre días antes de que lo perdiera para siempre.

«Dicen que cada estrella que hay en el cielo corresponde a alguien que ha dejado la Tierra. El día que me muera, yo también seré una estrella en el firmamento. Cuando me eches de menos, solo tendrás que mirar ahí arriba para verme. Intentaré brillar muy fuerte».

Una lágrima humedeció su rostro antes de que una enorme sonrisa lo iluminara. Había tardado más de lo que le habría gustado, y eso la había hecho sufrir mucho en el camino, pero tanto la espera como la construcción del telescopio habían merecido la pena: aquel día, por fin, había vuelto a ver a su padre.

Capítulo 17:
Unidos por la muerte (IX)

Casi dos años antes de la boda de Laura, después de reencontrarse con su padre y descubrir que se encontraba al límite por las deudas relacionadas con su adicción al juego, Violet hizo todo lo que estuvo en su mano para que se viera forzado a aceptar el trato que ella le propuso: abandonar a su familia y comenzar una nueva vida a su lado.

Además de sus persuasivos discursos, movió unos cuantos hilos para que uno de los clientes más codiciados por la empresa para la que Richard trabajaba firmara un suculento acuerdo con Patrick Creighton, hijo del dueño y su principal enemigo allí. Teniendo en cuenta que su trabajo se cuestionaba desde hacía semanas, se vio, en pocos días, en una situación insostenible cuya única salida parecía ser la que su resucitada hija le ofrecía.

Pero aquel triunfo que Violet había celebrado con entusiasmo al ver a su padre recluido en aquella lujosa casa, en la que siempre lo tendría disponible para ella, no tardó en volvérsele en contra cuando Richard, a las pocas semanas de estar allí, comenzó a ponérselo difícil haciendo demandas que incumplían el trato pactado. Violet intentó no darle demasiada importancia y se convenció de que necesitaba tiempo para acostumbrarse a aquel lugar: una vez establecieran un vínculo, se olvidaría de su anterior vida. Pero no podía estar más equivocada. El primer intento de fuga fue un indicio claro de que algo no iba bien. Creerse su posterior arrepentimiento fue un error imperdonable.

En cuanto sus secuaces se dieron cuenta de que se había escapado, Violet ordenó que lo buscaran sin descanso, pero solo hallaron los restos de ropa y sangre que él había dejado a posta cerca de unas pequeñas cuevas próximas a la vivienda. Violet sonrió al imaginar a su padre ideando aquel estúpido plan que ella nunca se había tragado. Tenía claro que había conseguido colarse de algún modo por la frontera y que su nuevo destino no estaría muy lejos de Angela y las hermanas.

Lamentó profundamente la actitud de Richard. Había sido muy generosa con él al darle la oportunidad de enmendar el mayor error de su vida, pero, tras abandonarla en el pantano, sin ni siquiera asegurarse de que era su cuerpo el que habían encontrado, ahora la volvía a dejar tirada una vez había solucionado sus problemas económicos. Aquello la enfureció, pero sus emociones enseguida se agruparon en torno a un objetivo claro y conciso: hacerle pagar por

aquella doble traición.

En un primer impulso, se planteó trasladarse a Edmonton con varios de sus chicos y asesinar a la familia de su padre a sangre fría. Pero, después, con más calma, concluyó que sería más divertido empezar una partida a largo plazo. Quería pillar desprevenido a Richard. Que pensara que se había librado y que se habían creído su patético accidente en las montañas.

Con ayuda de Dos, un antiguo abogado al que había conocido en uno de sus primeros apuros y que empezó a trabajar en exclusiva para ella motivado por las elevadas comisiones que le pagaba, diseñó la que a partir de entonces sería su principal misión. Al principio, Dos se encargaba de temas de dudosa legalidad que, con su experiencia y conocimiento, conseguía mantener bajo control, pero la gravedad de lo que tenía que gestionar creció de manera exponencial en los siguientes meses. De igual manera lo hicieron los honorarios con los que Violet conseguía mantenerlo a su lado.

Teniendo en cuenta el vínculo personal que la unía a ellos, Tres y Cuatro fueron los siguientes miembros de la organización en incorporarse. Finalmente, a través de la mediación del segundo de ellos, se unieron dos jóvenes más que tenían un historial policial de lo más diverso. Se les adjudicaron los apodos de Cinco y Seis.

El aspecto tecnológico del plan se les confió a Tom y Jerry, dos prometedores informáticos que acababan de demostrar un gran potencial en una importante y lucrativa operación de la organización.

Se les asignó un doble objetivo: por un lado, tenían que descubrir el paradero de Richard, del que esperaban que contactara con su familia en algún momento; por otro, averiguar lo que pudieran sobre sus hijas. Pese a que no supieron nada de Richard hasta que Laura comenzó a recibir los mensajes que le enviaba Jacob, los informáticos no tardaron mucho en jaquear los dispositivos electrónicos que las hermanas conectaban a internet. A través de ellos, accedieron a sus redes sociales, a sus cuentas bancarias y a cuanto almacenaban en la nube. También a sus historiales médicos y psiquiátricos, a los expedientes de los centros en los que habían estudiado, a su trayectoria laboral o al listado de sus clientes.

Una vez analizada la información, Violet y Dos tuvieron claras tanto las fortalezas como las debilidades de cada una de las hermanas y concluyeron que Laura era el nexo de unión entre todas. Era el ojo derecho de Angela, inseparable de Theressa, Vicky saltaría para protegerla si algo le pasara y Nita la quería con locura, por lo que el plan principal debía girar en torno a ella.

Como lo único que la decoradora anhelaba para cumplir sus sueños era una gran historia de amor, se la premiaría con un exitoso y atractivo hombre que, sin embargo, se encargaría de que todo por lo

que algún día había luchado se viniera abajo. En cuanto se casara con él, se marcharían a Brasil a vivir una supuesta vida de ensueño que nunca se haría realidad. La versión oficial de la policía mencionaría un supuesto rapto por parte de una banda clandestina. La real: un tiro en la nuca y su cuerpo en una zanja.

Nada más conocer aquel plan, Mark se presentó como candidato para interpretar al pretendiente de Laura, pese a que, en un principio, se iba a encargar de otra parte de la misión. Violet dudó, pero, consciente de que su amante tenía una espinita clavada por lo ocurrido con Silvia Becker, le ofreció la oportunidad de resarcirse.

Que se le asignara a Mark un papel tan importante en la misión supuso un gran disgusto para Dos, que había perdido la confianza en él al tener que arreglar el desastre que había provocado en San Francisco. Pero, pese a sus advertencias, Violet se mantuvo firme. Aun así, le permitió que supervisara a su amante. Ella prefería destinar su tiempo con él a otras actividades no relacionadas con el trabajo y mucho más placenteras.

Lo siguiente en lo que se centraron fue en diseñar los planes para las hermanas restantes. Estos se pondrían en marcha automáticamente cuando el de Laura se hubiera desplegado al completo.

Vicky, que todavía estaría recuperándose de una agresión sexual perpetrada por Cinco y Seis, y que serviría para minar parte de la gran seguridad en sí misma que siempre la había acompañado, no dudaría en hacer las maletas y volar hasta Brasil nada más enterarse de lo ocurrido con su hermana. La desaparición de Laura sería una vía de escape para sus propios problemas y su tozudez no le permitiría esperar a que la policía hiciera algo. Una vez allí, correría la misma suerte que ella.

Theressa, muy tocada por la pérdida de su inseparable hermana, quedaría devastada al repetirse la tragedia con Vicky, por lo que una simple manipulación de fármacos la llevaría a un inevitable desenlace en el que terminaría quitándose la vida. Ya lo había intentado alguna vez y, en esta ocasión, tendría motivos de sobra.

Pero, por si aquello no surgiera por iniciativa propia, Mark planteó una posibilidad con la que Violet había fantaseado, pero que siempre descartaba por lo que implicaba para ella. ¿Y si ella también formaba parte del juego? ¿Por qué no aprovechar la oportunidad de conocerlas desde dentro para hacer uso de su influencia en el caso de que fuera necesario?

De aquellas preguntas nació la encantadora Elena Davenport, una asesora de escritores que establecería al instante una relación con Theressa, aprovechando lo que habían averiguado sobre ella. Por lo que escribía en los diarios que Tom y Jerry encontraron en su

ordenador, nunca había tenido una amiga que no lo hubiera sido antes de Laura y estaba muy bloqueada en su proceso creativo, así que, ¿qué podría haber mejor para ella que una nueva y creativa amiga que, además, pareciera sentirse atraída por ella, convirtiendo así a Theressa en ese centro de atención que siempre había quedado reservado para Laura?

Pero la cosa no quedó ahí con la escritora. Al ver que era más manipulable de lo que esperaban, Violet decidió incorporar a Siete en su papel de Enver con un doble objetivo: replicar la exitosa estrategia que Mark había probado con Laura y tener a alguien más en el círculo de las hermanas en el caso de que alguno de ellos fuera descubierto. Su retorcida venganza era demasiado importante como para escatimar en recursos.

Respecto a Nita, confiaban en que una realidad que ya había quedado destrozada por el fallecimiento de su padre se volviera inhabitable al perder a todas sus hermanas. Desconectaría por completo y se vería abocada a que la internasen de forma indefinida, que a efectos prácticos supondría una muerte en vida. En caso de que los acontecimientos no se desarrollaran así, siempre podían quitársela de en medio de una manera más rudimentaria; alguien tan vulnerable como ella nunca supondría un gran problema.

Como colofón final, Angela, que habría quedado devastada por la pérdida de sus hijas, terminaría en la calle al destaparse el fraude de Richard. Él acabaría encerrado en una celda, lidiando con la culpa de saberse el responsable del fatal destino de su familia. El dolor que había creado era tan grande que se merecía un castigo a la altura y la pérdida de sus hijas parecía lo más justo. Al fin y al cabo, ellas eran la prueba viviente de lo que había sido, pero no debió ser.

Con los planes para las hermanas en marcha, solo era cuestión de tiempo que la venganza diera sus frutos. Pero unos días antes de la boda, un inesperado encuentro le adelantó a Violet parte de su recompensa. El pasado regresaba a su vida, esta vez en forma de respuestas.

Capítulo 18: Rara Navidad

-1-

Consiguió conmoverla con el gesto triste y resignado que ponía cada vez que miraba por la ventana y veía las luminosas casas de los vecinos. Sus largos y profundos suspiros de pena fueron determinantes para obligarla a dar el paso. Al ver que Theressa se dirigía a hablar con su madre, Nita supo que lo había conseguido.

Como Angela no sabía nada de la fiesta navideña que habían montado la semana anterior, Theressa planteó a su madre que quizá aquel día, como excepción, no pasaba nada por decorar un poquito la casa. No solo porque fuera el día de Navidad, también porque ese año, pese a la ausencia de Laura, Norine y Charlie se habían apuntado a comer con ellos y le parecía muy frío recibirlos igual que siempre.

Angela no se negó, pero dejó aquella tarea en sus manos. Theressa, a su vez, se la encargó a Nita. Ya se había sumergido en un montón de espumillones y adornos navideños solo siete días antes y confiaba en que fuera comedida. No obstante, le insistió en que solo se trataba de darle algo de color a la casa.

Nita asintió convincente y ella se marchó tranquila a la ducha. Minutos más tarde, cuando la casa ya parecía una feria de Navidad, Theressa aprendió dos cosas de golpe. Una ya la intuía: su hermana era más lista de lo que parecía. La segunda se lamentó de no haberla previsto cuando se le ocurrió: la suma de Nita, Navidad y algo comedido era, simplemente, un oxímoron.

Mientras Theressa recibía a Charlie y Norine, y Nita recogía gran parte de la decoración por orden de su hermana, un golpe seco en la planta superior captó la atención de todos.

—¡¿A quién narices se le ha ocurrido que es buena idea dejar bolas de Navidad en el suelo del pasillo?! ¡Un tacón roto y un moratón en camino! —gritó Angela.

Charlie y Norine miraron a Nita y los tres se aguantaron la risa, pero Theressa les reprendió con la mirada. Como su madre seguía refunfuñando, corrió escaleras arriba para confirmar que su caída no había sido tan grave como parecía.

-2-

Cuando Sean le había contado su intención de ausentarse por unos minutos, para devolver un libro prestado a la pequeña biblioteca de la que disponía el hospital, Josh no le había dicho que tuviera que ir a ningún lado, por eso le sorprendió no encontrarlo en la cama de la

habitación a su regreso. Un llamativo olor a tabaco que procedía del baño le dio la pista de dónde se escondía. En cuanto tocó la puerta, Josh activó la cisterna.

—Ho… Hola, Sean, ¿ya has vuelto? ¡Qué rapidez! —improvisó, apoyándose en una muleta.

—¿En serio? ¿Fumando en el hospital?

Josh puso cara de niño bueno y levantó el dedo índice.

—Solo ha sido uno. Es que ya tenía mucho mono —le explicó justo antes de que le diera un ataque de tos.

—Te lo mereces —le dijo Sean con una sonrisa.

—Ya está. Prometo que no lo volveré a hacer.

—¿De dónde has sacado el tabaco?

—El primo del de al lado. Se lleva una pequeña comisión, pero te trae lo que quieras —le desveló él con una sonrisa pícara. Se acercó al armario de la habitación y sacó una caja—. ¡Feliz Navidad! —le deseó al entregársela.

—¿Y esto? ¡Si yo no te he comprado nada!

—No hace falta. Es para agradecerte lo que estás haciendo, y porque ya te toca.

Sean negó con la cabeza y sacudió el paquete tratando de adivinar qué era, pero, al no identificarlo, lo abrió con rapidez: era un teléfono móvil.

—Josh, pero yo no puedo permitírmelo…

—Tiene saldo inicial y es recargable. Si te lo gastas, tú decides.

—Pero… ¡si yo no hablo con nadie!

—Bueno, pues desde ahora podrás hacerlo. Yo no dudaré en llamarte si necesito algo o veo que pasas de mí —le contó con una sonrisa.

—Vaya, Josh, no sé que decir. Bueno, sí, que muchas gracias. —Le dio un abrazo que Josh aceptó con gusto, pero que para Sean se alargó más de la cuenta.

—Oye, si me devuelves mi cuerpo, estaría bien.

Josh, avergonzado y algo molesto porque aquello acabara, le dio una pequeña colleja. Sean cambió radicalmente de tema.

—Se me ha olvidado preguntártelo antes, ¿al final qué pasa con el funeral de Mark? ¿Asistirás?

Josh negó con la cabeza.

—No quiero despedirme de él rodeado de gente. Ya iré cuando esté en condiciones. ¿Tú vas a ir?

—¿Yo? No. Y Vicky tampoco.

Josh cambió el gesto. Le irritaba escuchar ese nombre.

—Sé que no quieres, pero creo que es mejor que te abras a hablar del tema, aunque sea como una posibilidad que luego termines desechando.

—No insistas en eso. Vamos a configurar tu móvil. Trae. —Alargó su mano para que Sean le pasara la caja, pero él no accedió.

—¿Qué te cuesta más? ¿Creer lo que cuenta o tener que pedirle perdón por cómo la trataste el otro día?

Josh suspiró.

—¿No podemos hablar de otra cosa?

—¿De qué? ¿Qué te parece más importante que eso ahora mismo?

—Pues, por ejemplo, por qué vienes a diario pero cada vez que me intento acercar huyes de mí como de la peste.

Sean se incomodó.

—Vengo porque quiero, porque eres mi amigo y no tienes a nadie más por aquí.

Josh sonrió.

—¿Por qué te cuesta tanto reconocer que sientes lo mismo que yo?

—Porque te estaría mintiendo y no sé qué necesidad hay de hacerlo.

Josh, impotente, negó con la cabeza. Sean alcanzó su mochila y sacó la carpeta que Vicky había traído unos días antes.

—¡¿Por qué la conservas?! ¡Te dije que te deshicieras de ella!

—Léela. —Sean la dejó caer sobre la cama—. Dices que sientes algo por mí, ¿no? Pues demuéstramelo.

—No pienso hacerlo. Ya sabes qué opino de esa mierda.

Sean se encogió de hombros.

—En ese caso, no hay nada más que decir. —Tiró el papel de regalo a la basura y se colgó la mochila al hombro.

—¿Qué? ¿Te vas?

Sean le señaló la caja con el teléfono móvil.

—Supongo que ya habrás apuntado el número.
—Josh asintió—. Pues cuando leas esos documentos, me llamas. Hasta entonces, no me verás por aquí.

—En ese caso, puede que no nos volvamos a ver.

—Pues así será —zanjó Sean antes de abandonar la habitación.

Josh golpeó la carpeta contra la cama. De ella salieron varios organigramas de las supuestas empresas pantalla en las que estaba implicado el bufete de Mark, además de algunas listas de empleados y varias fotos. Entre ellas, había una imagen con un texto inferior que le llamó especialmente la atención. Era de Mark junto al resto de la familia Becker y se referían a él como Marcus Haydn.

-3-

Enver intuía que lo que estaba a punto de suceder en aquel pabellón

iba a superar cualquier cosa que hubiera visto antes, así que se dio un festín de droga antes de entrar. Se sentó al lado de Seis siguiendo los números que se les habían asignado. Junto a él se habían situado Cinco y Dos, dejando un hueco entre ellos para el único número que, tras la pérdida de Mark, los separaba.

No tuvieron que esperar mucho para ver aparecer a Violet dispuesta a deleitarlos con un gran espectáculo. Junto a ella, llegaron Cuatro y Rita. Arrastrada por él y amordazada, se resistió todo lo posible, consciente de lo que aquel encuentro le deparaba.

—Bienvenidos a este evento navideño que estoy segura de que nunca olvidaréis —presentó Violet con sorna—. Por lo menos, yo voy a dar lo mejor de mí para que así sea.

Cuatro ató a Rita a una silla y a continuación se sentó en el lugar reservado para él. La cautiva, que se había mantenido a base de rabia hasta entonces, dejó escapar varias lágrimas para aliviar su impotencia.

—Además de poner en peligro la misión y a quienes estamos aquí, Rita se ha permitido el lujo de decidir por su cuenta que uno de nosotros tenía que caer. —Las miradas de ambas mujeres se encontraron por un instante. Una era de odio, la otra de completo terror—. Pero en la organización solo hay una persona a quien le corresponda hacer algo así. Y, hoy, asumiendo mi responsabilidad, os daré un ejemplo de ello.

Al escuchar aquel discurso, Rita negó insistentemente con la cabeza, pero fue en vano: Violet estaba decidida a hacerlo.

—Os tengo que confesar algo: Mark y yo éramos amantes —les desveló, sorprendiendo a todos, no tanto por el hecho, sino por escucharlo de su boca—. No, no os lo cuento porque me guste airear con quién me acuesto, sino para que entendáis la contención que he demostrado hasta hoy al no haberme deshecho de ella en un impulso.

Tras un breve silencio en el que analizó la atención que recibía de su público, continuó:

—Precisamente de eso quería hablaros hoy: de los impulsos. Esos pequeños ataques de locura que nos llevan a hacer grandes cosas, pero que, en ocasiones, también nos arrastran a situaciones como esta. Rita fue víctima de sus impulsos y espero que su muerte sirva para que entendáis lo que os puede suponer no mantenerlos a raya.

Enver, cada vez más incómodo, se frotó la nariz repetidas veces, pero, al ver que llamaba la atención de Seis, hizo un esfuerzo por contenerse.

—¿Ves a estos hombres de ahí? —le dijo Violet a Rita, al mismo tiempo que sujetaba su cabeza para que no apartara la mirada de ellos —. Van a ser testigos de algo que les cambiará la vida, por lo que tienes que estar agradecida de saber que, pese a todo, tu existencia ha

valido para algo. Es una pena que esto no vaya a constar en el libro de los récords, porque pienso hacerte sufrir tanto… No te imaginas la cantidad de terminaciones nerviosas que tiene el cuerpo humano. Es increíble… —le explicó—. Y me voy a tomar el tiempo que crea conveniente. No puedo defraudar a mi público.

Dos le acercó un carro repleto de cuchillos y artilugios puntiagudos que ella había seleccionado antes. Dedicó unos segundos a elegir uno de ellos y lo acercó al rostro de Rita, que comenzó a gemir de terror.

—¡Que empiece la fiesta!

-4-

Laura perdió su mirada en el espejo en el que, unos días antes, se había contemplado con el cabello hecho un desastre mientras varias enfermeras corrían de un lado a otro poniendo gasas en los cortes que se había hecho en los brazos. Aquella imagen, que había quedado grabada a fuego en su mente, le hizo pensar que nunca más volvería a ser la que era, pero con el paso de los días, la medicación adecuada y una intensiva terapia en la que cada vez se abría más empezó a recuperar algo de fuerza y fue capaz de seguir adelante. Confiaba en que, tal y como la terapeuta le decía, la vida todavía pudiera ofrecerle muchas razones por las que mereciera la pena seguir respirando.

Sentada en un cómodo sofá de su coqueta habitación, disfrutaba del delicioso postre navideño que se había reservado en la comida. Sonrió al observar el elegante baile de dos pájaros que parecían cortejarse entorno a uno de los grandiosos árboles que podía admirar desde su ventana.

—Señorita Holt, tiene visita —la reclamó una de las enfermeras —. ¿Laura? Hay alguien que quiere verla —insistió al observar que permanecía absorta.

Laura reaccionó y asintió con una sonrisa. Esperaba ver a Theressa, pero su rostro se iluminó al ver de quién se trataba.

—¡Nita! —Se levantó y corrió hacia ella—. ¡Cuánto te he echado de menos! —le dijo mientras la abrazaba y se secaba las lágrimas.

Nita dejó caer su mochila en el suelo y se abrazó a su hermana, aunque le sorprendió lo distinta que estaba. Ella se dio cuenta.

—¡Cambio de *look*! ¿Te gusta?

Nita, pese al reparo inicial, acarició su pelo y asintió. Se fijó en varias de las cicatrices que decoraban sus muñecas y que Laura no tardó en ocultar bajo unas mangas que deseó que fueran más largas.

—Su madre se encuentra en recepción. Quiere saber si puede pasar a verla —preguntó la enfermera.

Laura negó con la cabeza: no estaba preparada para enfrentarse

a ella.

—De acuerdo. Las dejo a solas. Ya sabe que…

—La puerta siempre abierta, lo sé.

En cuanto la enfermera se marchó, Laura invitó a Nita a que compartieran asiento sobre la cama.

—Ya sé que no te gustan nada los sitios como este, así que no sabes cómo te agradezco la visita.

Nita miró a su alrededor; lo cierto era que no estaba tan mal como pensaba. Acercó su mochila a la cama. Sacó su telescopio y se lo ofreció a Laura.

—¿Es para mí?

Nita asintió, orgullosa. Laura, que desconocía su existencia hasta ese momento, intuyó que lo había construido ella.

—¡Madre mía! ¡Es superchulo! Pero es una pena, porque ahora no vamos a poder hacer mucha cosa —señaló, pues todavía era de día.

Nita se rascó la cabeza; no había pensado en eso.

—Por la noche lo probaré, te lo prometo.

—Ma… Mark —pronunció su hermana mientras apuntaba con un dedo hacia la ventana.

—¿Echas de menos a Mark? Yo sueño con él a diario.

Nita negó con la cabeza e insistió en señalar el cielo, pero al constatar que no se hacía entender, rebuscó en su mochila. De uno de sus bolsillos pequeños sacó un sobre que entregó a su hermana. Al abrirlo, Laura se encontró con una postal de una lluvia de estrellas. Leyó en voz alta el texto escrito en la parte posterior.

—«¡Hola, Laura! Soy Charlie. Nita me ha pedido que te escriba esta carta». —Sonrió y miró a su hermana que, avergonzada, la apremió a que continuara—. «Por lo que he entendido, parece ser que vuestro padre le contó que cuando alguien muere se convierte en una estrella. Te quiere dejar su telescopio para que puedas ver a Mark. Lo hace con buena intención, espero que no te moleste. Mucho ánimo».

Laura se emocionó y le dio un abrazo enorme a Nita.

—¡Has pensado en todo, ¿eh?! ¡Gracias, pequeña!

Nita le quitó importancia. Luego cayó en la cuenta de que todavía le quedaba algo más. Confirmó que la televisión que había en el cuarto de Laura disponía de la ranura que ella necesitaba y sacó su última sorpresa de la mochila: una memoria USB.

—Has pensado en todo, pero en todo todo —destacó Laura con una sonrisa.

Nita se apresuró a conectar el dispositivo y pidió a su hermana que eligiera entre los vídeos que le había traído. Se trataba de las películas favoritas de Nita. Entre ellas, se encontró con una que hacía tiempo que no veía.

—No sé si nos dará tiempo a verla entera, pero me quedo con *La*

historia interminable.

Nita asintió y, una vez seleccionada, le dio al *play* del mando de la tele. Para su disgusto, en lugar de la película, empezó a reproducirse una actuación de la cantante Sumi Jo. En concreto, una en la que interpretaba la canción que Laura había elegido para el día de su boda. Al darse cuenta de que el archivo estaba mal etiquetado, se llevó las manos a la cabeza y trató de detener el vídeo, pero, igual que le había pasado en su momento con su madre, en lugar de pararlo, lo avanzó.

—No pasa nada, déjala. La conocí por ti, ¿te acuerdas? —le recordó Laura, que supo que aquella iba a ser la canción de su boda al escucharla de fondo en casa, en una de las tardes en las que su hermana pequeña pudo poner la música a tope, pues Norine estaba demasiado atareada y Angela había salido.

Nita asintió y la dejó, pero no estaba segura de que fuera una buena idea. Aun así, se sentó junto a ella y acarició su mano mientras disfrutaban del talento de la intérprete.

Inmersas en la actuación, no se dieron cuenta de que otros pacientes y parte de las visitas se habían acercado a la habitación atraídos por el sonido de la música. El dulce canto de una anciana, que admiraba a la cantante, fue la señal con la que ambas se hicieron conscientes.

—Parece que hemos hecho unos cuantos amigos —le indicó Laura a Nita.

Sonrió al ver el rostro asombrado de su hermana y se emocionó al darse cuenta de que su terapeuta tenía razón. La vida todavía tenía muchas cosas bonitas que ofrecerle.

-5-

A nadie le pareció una buena idea, pues consideraban que Vicky requería de más tiempo para recuperarse, pero ella necesitaba sentirse útil desesperadamente y regresó al trabajo en cuanto vio que el resto de los frentes que tenía abiertos seguían estancados. Por desgracia, en la redacción solo encontró más de lo mismo.

Un día después de Navidad, e incapaz de centrarse en lo que hacía, se dio cuenta de que Adam la observaba mientras hablaba por teléfono. Por su gesto al colgar, supo que no se trataba de nada bueno.

—Adam, ¿qué pasa? —Se levantó de la silla.

Él, preparado para marcharse, dudó, pero al final se acercó a ella. Se merecía saberlo cuanto antes.

—Han encontrado un cuerpo en el río North Saskatchewan. Me acaban de avisar.

Vicky se dejó caer sobre la silla. Había llegado la hora.

—No lo han identificado. Podría estar relacionado con cualquier otro caso, no demos nada por sentado, ¿vale?

Vicky asintió, pero en cuanto Adam se fue, movió con lentitud su silla giratoria en dirección al despacho vacío de Jeff. Después, volvió la mirada hacia su propia mesa, un espacio de trabajo que ahora permanecía inusualmente ordenado, al contrario que aquel día, casi un año antes, al que su mente viajó sin esfuerzo.

—¿No has tenido bastante por hoy? —le había preguntado Jeff al ver que no dejaba de revisar hojas, teclear y pegar pósits por todas partes—. No creo que tengan prisa por cerrar la tapadera, mañana podrás seguir.

Aquel comentario de Jeff hizo que Vicky mirara la hora. Era como si el tiempo hubiera ido más rápido aquel día.

—¡Joder! ¡Si es que encima tengo un compromiso y ya voy tarde! ¡Qué raro! —se regañó a sí misma.

Jeff sonrió, pues se sentía identificado. Él también formaba parte del grupo de los que se hacían esperar.

—¿Una cita? —cotilleó él.

Vicky decidió seguirle la corriente y asintió, pícara.

—Sí. Y no puede ser más… —le contestó, y se mordió el labio inferior.

—¡Pues disfrútalo mucho! —le deseó Jeff con una sonrisa sincera.

—No puede ser más… ¡coñazo! Es el cumpleaños de mi madre.

Jeff sonrió de nuevo. Vicky suspiró.

—Es lo último que me apetece hoy, pero no quiero cabrearla más. Aunque no me importaría descuadrarle algo los planes… ¿Te apuntas?

—Es un plan muy seductor, pero, aunque me encante molestar a señoras fácilmente irritables, yo también tengo algo planeado.

—Déjame que lo adivine: partido de *hockey*, comida precocinada y un *pack* de cervezas.

Jeff negó con la cabeza.

—No. Y tampoco hay familia de por medio… —Le guiñó un ojo y se marchó. Vicky sonrió; esta vez había ganado él.

La sonrisa que aquel recuerdo provocó en Vicky se borró de golpe al escuchar unos gritos en la redacción.

—¡Joder! ¡Es él! —exclamó uno de los compañeros.

—¡El cuerpo! ¡Es Jeff! —gritó otro al tiempo que el móvil de Vicky recibía una llamada de Adam. No fue capaz de contestar. Su mente viajó al pasado por segunda vez.

Pocos meses después de que comenzara a trabajar allí, Vicky había entrado en el despacho de su jefe sin tocar la puerta ni pedir permiso y dejado sobre su mesa una carpeta de un caso que él le había

asignado esa misma mañana.

—Salvo una contabilidad algo dudosa, no he encontrado nada. ¿En serio crees que hay algo gordo ahí?

Jeff, molesto por sus maneras, suspiró y se hizo con los documentos.

—Te contraté porque creía que eras más observadora.

Vicky se extrañó por la reprimenda. Se acercó al ver que señalaba uno de los papeles.

—Fíjate en la fecha en la que empezaron los trabajadores. Todos fueron contratados en el mismo mes.

—Sería una nueva oficina de la empresa, no veo nada raro en eso —apuntó Vicky.

Jeff le mostró otro documento.

—Listados de entrega de materiales y alta de suministros para esta oficina. ¿Ves? Varios años antes.

—Quizá querían relanzar la delegación y decidieron renovar el equipo.

Jeff buscó otro papel.

—No según la declaración de nuestro testigo, un exempleado de la oficina.

Vicky seguía sin entender nada.

—Renovar toda la plantilla no es algo casual. Está claro: la empresa ha cambiado de actividad. ¿Y por qué suelen querer hacer algo así?

—¡Empresa pantalla!

Jeff asintió, satisfecho.

—¡Bingo!

Vicky lo miró con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Si te estoy hablando, tendré que mirarte, ¿no?

Él rompió a reír.

—Mira que eres borde cuando quieres, no sé por qué me caes tan bien —le devolvió con una sonrisa.

Vicky le hizo una burla antes de recuperar la carpeta y regresar a su mesa. Desde allí, volvió a observar a Jeff y se planteó si acababa de sentir algo de atracción por él, pero se obligó a dejar de lado aquella cuestión. Ella estaba allí para trabajar, no para ser la típica que se enamoraba de su jefe.

Regresó de aquel recuerdo con una sonrisa, pero no era más que un gesto de cariño provocado por un recuerdo que desde ese momento tendría un significado distinto. Mientras la oficina se llenaba de ruido a causa de la horrible noticia, ella, con la mirada fija en el despacho de Jeff, lloró desconsolada sin importarle si alguien la miraba. Jeff había muerto, pero una parte de ella también.

Capítulo 19:
Unidos por la muerte (X)

Pese al incordio que había supuesto hasta que Mark había sido capaz de interceptarlo, Jacob tuvo la suerte de ser enterrado en paz. Siguiendo las instrucciones de Violet, Dos organizó lo necesario para que la muerte pareciera un desafortunado accidente y se encargó de que su madre recibiera una donación anónima que cubriera lo necesario para despedirlo con dignidad.

Aquel gesto de Violet, que no destacaba en ningún caso por su empatía, llamó la atención de varios miembros del equipo, ya que era una extraña excepción dentro del sistema que se seguía en la organización con los llamados «efectos secundarios»; personas a las que ya se les había sacado la información necesaria y que, desde ese momento, suponían un elevado riesgo si se iban de la lengua.

Un tanque de ácido era la manera en la que se deshacían, literalmente, de ellos. Para los familiares, entraban en una interminable lista de desaparecidos de los que nunca más se volvía a saber nada.

Ese era el habitual *modus operandi* de Violet y su equipo, pero no fue así en el caso de Jacob. Unos días antes de ser asesinado, Mark supo por qué de primera mano.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Cómo descubriste que Richard Holt estaba vivo? ¿Cómo lo encontraste? ¿Y por qué te pusiste en contacto con Laura? Puedes empezar.

—Ya te lo he dicho. Todo fue por casualidad —insistió Jacob, atado a una silla y con la cara magullada y ensangrentada, en medio de un angustioso llanto.

Mark negó con la cabeza.

—Me parece que vamos a tener un problema, porque no creo en las casualidades —le devolvió, dispuesto a golpearlo de nuevo. El sonido de unos tacones, que enseguida identificó como los de Violet, contuvo el impacto.

—Ya me encargo yo —señaló, haciéndose con el protagonismo —. Se está resistiendo más de lo normal, y ya sabes que me gustan los retos.

Él asintió educadamente y se dispuso a marcharse, pero Violet lo invitó a permanecer allí.

—Puede que te necesite si la cosa se pone violenta.

Jacob se aterrorizó al pensar que lo vivido hasta entonces podría

haber sido un juego de niños comparado con lo que le esperaba. Con su llanto contenido de fondo, Violet ocupó la silla frente a él y, tras un pequeño suspiro, se dispuso a exprimirlo.

—Mira, te cuento: esto puede ser rápido y agradable o lento y muy doloroso. Tú decides. La pregunta es fácil y ya te la han hecho muchas veces. Esta será la última. ¿De acuerdo? —le explicó sin alterarse—. ¿Cómo descubriste que Richard Holt estaba vivo?

Al escucharla pronunciar aquel nombre, el rostro de Jacob reflejó una enorme sorpresa. De pronto, algo que nadie esperaba escuchar en aquel pabellón se escapó de su boca.

—¿Violet? ¿Eres tú? —le preguntó, incapaz de creer lo que veía.

La líder de la organización se quedó sin palabras por primera vez en mucho tiempo. Mark la miró aterrado: ¿cómo conocía aquel hombre su verdadera identidad?

—¡Madre mía! Eres tú, ¿verdad? ¡Sabía que no era mi imaginación! ¡Sabía que aquella niña eras tú! —gritó Jacob emocionado, haciéndose con el control de la situación.

—¡Pero ¿de qué narices hablas?! —interrumpió Mark, al ver que su jefa permanecía en silencio.

—Violet, ¿no te acuerdas de mí? —insistió Jacob.

Ella se sintió extraña al volver a escuchar ese nombre al que se había visto obligada a renunciar, para sobrevivir, muchos años atrás. Después de reencontrarse con Richard, él lo había usado en alguna ocasión, pero se había acostumbrado a que se refirieran a ella como Uno, un apodo práctico que dejaba claro su lugar en la organización, o como Elena, identidad que le había servido de puente hacia su nueva vida y que no dudaba en emplear en ocasiones especiales, tal y como había hecho cuando se presentó a las hermanas.

—¿Jacob? No es un nombre que me sea familiar. —Trató de encontrar la conexión de la que aquel hombre le hablaba—. Diría que nunca he conocido a ningún… ¡Espera! —dijo de pronto—. Recuerdo a un niño del pueblo que se llamaba así. ¿Eres tú?

Él sonrió, satisfecho y repentinamente esperan-zado. Trató de humedecerse los labios resecos.

Una llamada interrumpió aquel revelador momento. Al ver que se trataba de Cuatro, Violet decidió atenderla para asegurarse de que todo salía según lo planeado.

—Dime. Sí… ¿Les ha quedado claro que tiene que ser ese camarero sí o sí? —quiso confirmar, pues esa noche era la elegida para que Theressa conociera a Enver, Siete para la organización—. De acuerdo, recuérdale que no haga contacto visual conmigo, salvo que lo haga yo primero, tiene que parecer que no nos conocemos. No me molestes más si no es con algo urgente —ordenó antes de colgar—. Disculpa la interrupción —le dijo esta vez a Jacob—. Continuemos.

—¿Podría beber algo de agua? —solicitó él, intentando aprovechar la ventaja que creía haber obtenido.

—No intentes ningún truco, me los sé todos —le advirtió Violet, que pidió a Mark que se encargara. Jacob solo pudo beber un ligero sorbo, pues el prometido de Laura no le permitió más.

—Ya has saciado tu sed. Ahora, cuéntame lo que sepas —le exigió Violet—. No quiero que te guardes ni un solo detalle. Si lo haces, lo descubriré y será peor para ti.

Jacob asintió y se aclaró la voz.

—Es cierto lo que he dicho hasta ahora. Que todo se debió a una casualidad. Pero, al verte, he confirmado algo que siempre había sospechado y que hasta hoy no terminaba de creerme —les adelantó, impacientando a Mark, que suspiró profundamente.

—Continúa —le pidió Violet con calma al darse cuenta de que iban a conseguir mucho más así que presionándolo.

—Cuando la policía comunicó en el pueblo que habías muerto, viví unos días de mucha confusión. Además de tu desaparición, mi padre nos abandonó poco después, pero antes de su marcha presencié un encuentro que me ha traído de cabeza hasta hoy: tu madre, mi padre y tú, en la parte baja de la montaña que conectaba con el antiguo acceso al pueblo.

—Espera, ¿tu padre? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¿No lo recuerdas? Sé que me viste. Mi padre era el jefe de policía del pueblo y estoy seguro de que fue él quien os ayudó a escapar. Con los años fui atando cabos: simularon tu muerte y tu madre huyó contigo; lo que no entendía era por qué.

Violet rascó entre sus recuerdos. Aquellos días los había pasado adormecida debido a alguna droga que le administraba la horrible mujer con la que le había dejado su madre, pero recordaba el día en que se fueron del pueblo. También que vio a un niño escondido cerca de donde estaban.

—Sí, tienes razón. Te cubrí para que no te metieras en problemas. Sabía que no debías estar allí y no quería que el policía se enterara. Lo que se me escapaba es que era tu padre, nunca os había visto juntos.

—No me extraña. Vivía por y para su trabajo y, si no, siempre encontraba alguna excusa para estar fuera de casa. Hasta que un día no regresó. Sospecho que encontró algún negocio más lucrativo que el de ser policía.

Violet sonrió.

—¿Quién crees que le ofreció aquella salida fácil de su aburrida vida? Parece que te perdiste el momento en el que mi madre le entregaba el dinero por sacarnos de allí.

Jacob se sonrojó, avergonzado. Era tan evidente, ahora que ella

lo verbalizaba, que le fastidiaba no haber llegado a aquella conclusión por sí mismo.

—Le conté a mi madre que os había visto reunidos, pero nunca me creyó. Decía que tenía mucha imaginación y que me lo había inventado para asumir el dolor por su marcha, pero creo que para ella fue más fácil creer eso que lo que yo le contaba.

Violet asintió; la conclusión le parecía acertada.

—Me pasé la adolescencia obsesionado con ese recuerdo. Con el paso de los años, lo fui olvidando, pero, cuando me encontré con la noticia de la muerte de Richard, algo se me removió por dentro. ¿De qué conocía a aquel hombre? ¿Por qué me era tan familiar? Y entonces me di cuenta: habíamos sido vecinos. Pero no era solo eso. Era el padre de la niña muerta a la que vi con su madre y mi padre unos días antes de que él se marchara para siempre.

—De acuerdo, pero… ¿y todo lo demás? ¿Cómo descubriste que no había muerto? ¿Por qué chantajeabas a Laura?

Jacob pidió algo más de agua. Esta vez fue Violet quien le dio de beber.

—Aquella noticia reavivó mi obsesión con más fuerza que nunca —continuó Jacob cuando ella volvió a su sitio— y comencé a investigar su pasado, dispuesto a encontrar de una vez las respuestas que necesitaba. Mediante una búsqueda en los registros públicos, confirmé que era tu padre, pero no encontré ningún otro hilo del que tirar. Hasta que cambié el foco. —Violet lo observó muy interesada; Jacob estaba resultando una sorpresa—. El muerto ya no podía aclararme nada, pero había mucha gente viva relacionada con él, y entre ellos encontré a una persona cuya actitud me pareció sospechosa desde el primer día.

—La viuda.

Jacob asintió.

—Aunque esperaba encontrarme a una mujer afligida, pues su marido acababa de morir en un repentino accidente, parecía sobrellevarlo sorprendentemente bien, y aquello me dio mala espina. Pero, tras seguirla varias semanas, solo conseguí documentarme sobre cómo era la vida de una viuda rica —se lamentó—. Al ver que no encontraba nada oscuro en la vida de aquella mujer, y teniendo en cuenta que la investigación había absorbido mi tiempo y casi todos mis ahorros, decidí cambiar de estrategia.

Mark volvió a impacientarse, pero advirtió que Violet parecía intrigada.

—En lugar de seguir vigilándola prácticamente a diario, decidí colocar un localizador GPS en su coche. En el caso de que sus rutinas cambiaran, lo sabría y, mientras tanto, podía dedicarme a otros asuntos por los que sí obtenía remuneración. En el tiempo libre que

aquellos trabajos me dejaban, continúe haciendo alguna ronda que otra por si sonaba la campana. Y vaya si sonó —les contó, orgulloso.

Violet sonrió. La forma en la que Jacob se comportaba le parecía patética, aunque intentó no juzgarlo.

—Un día, al salir de su sesión semanal en un salón de belleza ubicado en un centro comercial de las afueras de Edmonton, noté algo diferente en ella. Además de haber salido algo más tarde de lo habitual, parecía preocupada. En aquel momento, lo lógico habría sido seguirla por si hacía algo diferente a lo habitual, pero mi instinto me dijo que esperara. Al poco rato de que se marchara, respiré tranquilo al ver que el localizador señalaba que volvía a casa tal y como estaba previsto, pero, de pronto, un hombre muy nervioso, que por cómo iba vestido parecía querer ocultar su identidad, llamó mi atención.

Violet asintió, satisfecha. Jacob parecía decidido a contarles toda la verdad.

—Pensé que podía ser alguien famoso, así que no dudé en seguirlo y sacarle las fotos que pude, pero, al ver que llegábamos a una zona abandonada y se metía en una de las casas ocupadas que había allí, me di cuenta de que estaba equivocado y regresé al coche.

»Al revisar el reportaje fotográfico, de lo que creí que era un mendigo, me di cuenta de que, aunque su barba era pronunciada y su atuendo muy extraño, su rostro me resultaba familiar. Volví a la teoría de algún famoso que hubiera acabado en la ruina, pero, de pronto, se adueñó de mí la misma sensación que tuve al leer la noticia de su muerte y lo vi claro: se trataba de Richard Holt.

Violet sonrió, Jacob había conseguido de un modo relativamente fácil lo que sus hombres llevaban intentando meses.

—Convencí a un colega de que había algo gordo en todo aquello y los vigilamos a los dos hasta que se produjo el siguiente encuentro, en el que pudimos fotografiarlos juntos. Solo se reunieron esas dos veces, después no hubo nada raro en Angela, pero Richard cambiaba su escondite de manera regular. Dudamos si acudir a la policía para denunciar el fraude, pero a ninguno de los dos nos iba muy bien económicamente, ni tampoco teníamos muy buena reputación en las comisarías canadienses, por lo que montamos el tema del chantaje. Nos decidimos por Laura, fue la que más fácil nos lo puso. Su número de teléfono, su dirección de correo electrónico…, todo estaba en la red, así que no tuvimos que pensarlo mucho. Unos días antes de que ella accediera al intercambio, detuvieron a mi amigo por otro asunto y yo me quedé al mando.

Violet asintió, por fin lo entendía.

—Fuiste muy astuto, Jacob, pero se te escapó un pequeño, pero que muy importante, detalle: teníamos pinchado el móvil de Laura.

—Ahora lo sé. Por eso he acabado aquí. Pero ¿por qué la

vigilabais?

—Si te lo cuento, te pondría en mayor peligro del que estás —le recordó Violet mientras se acariciaba una de las cejas.

Jacob trató de deducir el motivo. Su cabeza se había acostumbrado a resolver puzles y se encontraba frente a la fuente principal de cuanto lo había atormentado desde pequeño.

—El único vínculo que os une es Richard, que es su padre y… —Por fin lo relacionó—. ¡Hostias! ¡Joder! ¡Claro! ¡Laura es tu hermana! ¡De hecho, tienes cuatro hermanas! ¿Saben que no estás muerta? ¿Lo sabía Richard?

Violet sonrió al ser testigo de aquella orgía de conexiones que el cerebro de Jacob le había regalado. Pidió a Mark que le acercara una libreta y un bolígrafo que había en una mesa cercana.

—Hay algo que todavía no me has contado. —Jacob no supo a qué se refería—. Piensa, Jacob, piensa…

—¿Vas a contactar con Richard?

—No exactamente, pero tampoco es de tu incumbencia. Además, creo que has comprobado que curiosear en la vida de otra gente puede traerte muchos problemas. Escribe la dirección.

—La ha cambiado varias veces, no sé si seguirá en la última que tengo —le recordó Jacob, que, tras unos minutos en los que se había metido de lleno en la historia, regresó a la cruda realidad: estaba retenido por un grupo de gente muy peligrosa y, si metía la pata, podía ser su fin.

—Anota las que conozcas, mis chicos se ocuparán del resto.

Jacob las escribió y Mark se hizo con el papel y abandonó el pabellón.

—Ahora que lo sabes todo, ¿me dejarás ir?

Violet se levantó de la silla, dispuesta a marcharse.

—Antes de eso tengo que hacer una visita y confirmar algunos datos. Cuando regrese, si son correctos, serás liberado.

—Pero ¿qué va a pasar conmigo mientras tanto?

—No te preocupes, me aseguraré de que te traten bien.

Capítulo 20: Ave María

-1-

Con el paso de los días, Laura superó muchos retos que al ingresar en la clínica consideraba imposibles. Dejó de autolesionarse y cada vez era más consciente de que una nueva vida era posible para ella, pese a que muchos de sus sueños se hubieran esfumado para siempre el día en el que Mark había sido asesinado. Sin embargo, hablar de él aún resultaba un tema muy delicado y, precisamente, era ahí donde la terapeuta encontraba el mayor obstáculo para su recuperación.

En una de las sesiones, consciente de que el funeral de Mark estaba al caer, puesto que ya se habían realizado al cuerpo las pruebas requeridas por la policía, la terapeuta preguntó a Laura sobre la posibilidad de que asistiese. Consideraba que era necesario para que pasara página, pero quería saber en qué punto se encontraba su paciente. Ella siempre tuvo claro que lo presenciaría en primera persona y no dudó en confirmar su asistencia.

El día del entierro, Laura esperó a Theressa en la preciosa terraza ubicada en uno de los jardines de aquel exclusivo hospital. Tenía el estómago encogido por lo que iba a enfrentar, pero al mismo tiempo sentía cierto desahogo al dejar por unas horas ese lugar en el que se sentía atrapada en muchas ocasiones. Al ver que Theressa llegaba a su encuentro, inspiró profundamente para intentar calmarse. La escritora le dio un abrazo.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

Laura se encogió de hombros. Después hizo un esfuerzo y forzó una sonrisa.

—Bastante bien para el día que es. ¿Y Enver? Pensaba que venías con él.

—Finalmente no ha podido venir por trabajo y me ha acompañado Elena. Si te parece bien, se ha ofrecido a llevarnos al funeral.

—Ah, sí, sí, no hay problema —contestó algo sorprendida por el cambio de planes—. ¿Dónde está? —quiso saber al no verla allí.

—En el coche, no quería molestar.

—¿Por qué iba a molestar? Dile que venga. Todavía tenemos un rato, ¿no?

Theressa consultó la hora y asintió. Avisó a su amiga con un mensaje.

—Lo de hoy va a ser duro, ¿te ves preparada?

—Sé que le tengo que decir adiós, la psicóloga me ha ayudado a entenderlo.

—Entonces, ¿te están ayudando? ¿Estás bien aquí?

Laura asintió. Luego ambas observaron como Violet, a la que conocían como Elena, avanzaba hacia ellas.

—¡Qué corte más chulo! —destacó Violet para romper el hielo.

—Bueno, fue en una de las crisis que tuve, pero ya me he acostumbrado —le dijo Laura con una sonrisa mientras se arreglaba su corta melena.

Violet aparentó sorprenderse por aquel comentario y le correspondió con una sonrisa tímida.

—Fuera como fuese, la verdad es que te sienta genial —apuntó Theressa, cuyo teléfono comenzó a sonar—. ¡Mierda! ¡Es una llamada de trabajo!

—Responde tranquila. Aprovecharemos para conocernos mejor —le propuso Violet a Laura, lo que sorprendió a ambas hermanas.

—Claro… ¡Vamos, contesta! —insistió Laura.

Mientras se alejaba, Theressa buscó la mirada de su hermana para confirmar que no le importaba quedarse a solas con su amiga. Luego centró su atención en la llamada, pero enseguida volvió a desviarla hacia ellas. Laura reía por algo que Elena le acababa de contar. Le extrañó aquella repentina complicidad, pero tuvo que volver a prestar atención al teléfono cuando le preguntaron por un asunto relacionado con la traducción en la que trabajaba.

—Lo voy llevando mejor, pero no puedo evitar recordar cada cosa anterior al momento de su muerte —contó Laura, emocionada—. Es como un tráiler que se reproduce en bucle.

—Te entiendo perfectamente, me pasó algo parecido hace tiempo.

—¿También asesinaron al amor de tu vida el día de tu boda? —le lanzó Laura sin mucho tacto.

Violet sonrió para restarle importancia a aquel comentario. Laura se dio cuenta de que se había excedido.

—No, por supuesto que no —matizó Violet—. Nunca he sufrido algo tan duro, pero, al igual que vosotras, yo también perdí a mi padre, en mi caso, cuando era pequeña. Y, años más tarde, al hombre que más he querido.

Laura se sobrecogió al escuchar aquella confesión.

—La primera vez, cuando pasó lo de mi padre, recuerdo que fue horrible —continuó Violet—. No había nada de lo que hiciera en lo que no notara su ausencia. Sonaban sus canciones favoritas en la radio, me encontraba con los libros que él me leía antes de dormir, escuchaba voces parecidas a la suya… Sentirlo con tanta fuerza, pero no poder besarlo ni abrazarlo: eso fue lo más duro para mí.

—No lo sabía, lo siento. Theressa no me contó que… Bueno, pensándolo mejor, tampoco debía hacerlo.

—Lo cierto es que tu hermana no sabe nada. —Laura arqueó las cejas, muy sorprendida—. No sé por qué te lo he contado a ti, suelo ser muy reservada con estas cosas. Quizá sea porque me siento identificada contigo. Tienes esa mirada. La misma que encontraba en el espejo cada vez que me observaba. Aunque no siempre era capaz de hacerlo. Había sido una niña alegre y feliz y no me gustaba ver a esa otra Elena que el reflejo me devolvía.

Laura asintió, cada vez más conectada con lo que le contaba. Nunca se habría imaginado que aquella chica tan alegre y educada que había conocido la noche de su despedida de soltera arrastrara tanto sufrimiento.

—Pero, por suerte, todo pasa y siempre quedan buenos recuerdos a los que aferrarse, ¿verdad? Es lo que nos mantiene a flote —le explicó Violet, que, por unos segundos, regresó al pasado para recordar un momento en el que, sin que Laura lo supiera, estuvo muy cerca de ella.

El plan diseñado para Laura había funcionado a la perfección, pero, aquel día, Mark estaba a punto de dar el paso definitivo. Si la decoradora le decía que sí a la propuesta de matrimonio, Violet conseguiría una de las piezas más importantes de su venganza. Al ver que se retrasaba, la llamó por teléfono.

—Qué poco me quieres, que me tienes aquí solo esperándote… —le echó en cara sin ánimo de molestarla—. ¿Muy cerca? —Miró a su alrededor—. ¡Pues no te veo! —le dijo antes de que la llamada se cortara. Sonrió al notar que alguien le tapaba los ojos. Sin embargo, al despejar su rostro y ver de quién se trataba, se quedó helado.

—¡Violet! ¡Pero ¿qué haces aquí?! —Se puso de pie y rezó para que Laura no los encontrara juntos. Ella sonrió, pícara.

—Hola a ti también. ¿Te gusta mi nuevo inhibidor de frecuencias? —Le mostró un pequeño dispositivo con el que había interrumpido su llamada con Laura.

—¡Pensaba que eras ella! ¡Está a punto de llegar!

—Todavía le queda un poco, confía en mí. —Se acercó a él y lo besó en los labios.

—¡¿Estás loca?! —Mark se apartó.

—Sí. Por ti —le devolvió Violet con una sonrisa.

Mark le rogó que se marchara. Violet, encantada por el aprieto en el que lo había puesto, se alejó discretamente hasta un banco cercano desde el que pudo escuchar la charla entre ellos. Casi al instante, el teléfono de Mark volvió a sonar.

—Hola, cariño —dijo al ver que era Laura—. No sé, este teléfono, a veces hace lo que quiere —improvisó antes de estremecerse, pues alguien lo agarró de los hombros.

—¡Sorpresa! —gritó ella.

—¡Joder, Laura! ¡Qué susto!

La decoradora se rio de la reacción de su novio y colgó la llamada. Mark hizo lo mismo y sus labios se fundieron en un cariñoso beso que Violet observó con interés antes de marcharse.

—Confía en mí, saldrás de esta —le prometió a Laura, en su papel de Elena, al regresar de su recuerdo—. Mírame, aquí estoy. Sana y salva y… moderadamente cuerda.

Aquel comentario las hizo reír de nuevo, coincidiendo con el regreso de Theressa, que las saludó con una sonrisa impostada.

—Es hora de marcharnos, chicas. —Les mostró la hora en la pantalla de su teléfono.

Laura tomó aire y se levantó. Violet se adelantó a Theressa y le ofreció su brazo para que se apoyara en él de camino a la salida. La decoradora no dudó en agarrarse a su nueva amiga y caminaron juntas en silencio. Tras ellas, caminaba Theressa, algo molesta, pero, sobre todo, muy sorprendida por aquella inesperada conexión.

-2-

Laura, Theressa y Violet llegaron al cementerio unos minutos más tarde de que lo hicieran los primeros asistentes. Allí ya se encontraban Nita, Charlie, Norine y Angela, además del funcionario que iba a oficiar el funeral civil, ya que ni Mark ni Laura profesaban ninguna religión. Aunque en un primer momento no se dio cuenta, pues nunca imaginó que tuviera el valor de asistir, Laura se puso furiosa al ver a su madre.

—Por favor, dile que se marche si no quiere que empiece a gritar —le pidió a Theressa con la mayor calma que pudo.

La escritora llamó la atención de su madre con un gesto discreto. Con Angela fuera de aquella fila, Laura invitó a Violet a que ocupara el asiento que ahora quedaba libre.

Desde aquel privilegiado lugar, Violet observó al reducido número de personas que había acudido a la ceremonia, pero su mirada se detuvo en Nita, a la que vio en persona por primera vez. Ella no fue consciente de aquel detalle, pues entre Norine y Charlie habían conseguido captar toda su atención.

El funeral comenzó con Angela ausente, ya que, no sin hacerse la víctima, aceptó la petición de Theressa y se marchó con la mayor calma que halló. Tampoco apareció Vicky, debido a lo ocurrido con Mark y el desafortunado reencuentro con su hermana.

La ceremonia transcurrió tal y como Laura había previsto. En la primera parte, el funcionario explicó cómo se desarrollaría el acto y realizó varias lecturas de poesía preseleccionadas por ella. En la segunda parte, y antes del entierro, Theressa recitó unas frases, que su

hermana había escrito en la habitación del sanatorio solo un día antes, en recuerdo de Mark.

Mientras la escritora leía aquellas palabras llenas de cariño, pero también de un inmenso dolor, Nita se evadió de aquel intenso momento atraída por una curiosa conexión. Los rostros de los invitados se habían ido entristeciendo en la misma medida en que el cielo se oscurecía, pese a que estaba despejado al inicio del funeral. Pero también había cambiado algo en los árboles. Prácticamente paralizados al comenzar, sus ramas estaban cada vez más inquietas a medida que avanzaba la ceremonia. Era como si el dolor y la pena que allí se vivía también afectaran a la naturaleza que los rodeaba.

El funeral inició su última parte cumpliendo la tradición familiar en la que cada uno lanzaba una rosa y algo de tierra sobre el ataúd del fallecido. Laura y Theressa fueron las primeras en hacerlo y se quedaron junto a la caja para recibir al resto de los asistentes. Nita lo hizo de la mano de Norine y un poco antes que Charlie.

Laura se mantuvo firme y aparentemente calmada hasta que se lanzó la última rosa, pero la angustia no había parado de crecer en su interior. Cuando el funcionario recitó la frase con la que dio por terminada la ceremonia, el oscurecido cielo, que parecía haber hecho un esfuerzo para aguantar hasta entonces, rompió su tregua y comenzó a llover con fuerza. La mayor parte de los asistentes abandonaron el lugar, apresurados.

Theressa animó a su hermana a buscar algún refugio, pero Laura permaneció inmóvil hasta que su dolor la desbordó y saltó al agujero.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No me dejes sola! —gritó, rota de dolor y aferrada a la caja—. ¡No quiero estar sin ti! ¡Vuelve! ¡Por favor! —exclamó con una voz cada vez más contaminada por el llanto.

Los que, pese a la tormenta, no se habían marchado se llevaron las manos a la boca al ver lo que aquella destrozada mujer hacía. Entre ellos se encontraba Violet, que, aunque disfrutó al ver a Laura sufrir de aquella manera, no pudo evitar que su turbio corazón empatizara con ella en buena medida. Pese a que Mark solo había sentido algo realmente profundo por ella, ambas habían compartido el cuerpo al que Laura tanto se aferraba y siempre existiría esa conexión invisible entre ellos.

Theressa y Charlie hicieron lo posible para sacar a Laura, pero ella los rechazó con violencia mientras gritaba y lloraba con intensidad, por lo que optaron por no insistir más y le permitieron que soltara todo el dolor que había retenido a lo largo de la ceremonia. En ese instante, Theressa, empapada por la lluvia, se dio cuenta de que Violet todavía permanecía allí.

—¡Elena! Pensaba que ya te habías marchado.

—Me he quedado por si necesitabais que os llevara de vuelta.

—No te preocupes. Te lo agradezco mucho, pero tomaremos un taxi en cuanto Laura esté más tranquila.

—De acuerdo. ¿Te puedo echar una mano con alguna otra cosa?

Theressa miró a su alrededor.

—Si no te importa, ¿podrías pedirles que se marchen? —Señaló a un grupo de gente que observaba a Laura—. Creo que esto ya es cosa de la familia —añadió, ajena a que precisamente Violet formaba parte de ella.

La líder de la organización despachó a los curiosos con mucho tacto. Theressa y Nita, acompañadas de Charlie y Norine, que sí que habían sido incluidos por la escritora en el concepto de familia, esperaron junto a Laura bajo una lluvia cada vez más débil. Aunque estaban dispuestos a esperar lo que hiciera falta, los dos trabajadores encargados de dejar sellada la tumba ya habían agotado su paciencia.

—Hemos esperado mucho. Lo siento, pero tenemos que terminar el trabajo —comunicó uno de ellos a Theressa con el mayor tacto que pudo. Ella asintió, nerviosa, pues no estaba segura de que su hermana fuera a entrar en razón todavía. Seguía sollozando, aferrada al ataúd.

Laura sintió que alguien le apartaba el cabello húmedo de la cara y reaccionó para ver de quién se trataba. Aunque esperaba encontrarse con el rostro de Theressa o el de Norine, resultó ser el de Nita, que, muy angustiada, le hizo un gesto para que saliera del hoyo.

Impactada por el desasosiego de su hermana pequeña, se obligó a reaccionar y salió del agujero con ayuda de Charlie y Theressa.

Los empleados del cementerio trabajaron lo más rápido posible. Tras unos instantes en silencio y antes de marcharse, Laura observó la lápida bajo la que descansaría el amor de su vida y besó el epitafio que había elegido para él.

MARK DEWITT (1986-2019)
SIENTO MÁS TU MUERTE QUE MI VIDA. ESPÉRAME.

Capítulo 21:
Unidos por la muerte (XI)

Jacob se temió lo peor durante los días en los que permaneció esposado a una de las columnas del pabellón, viendo como el día daba paso a la noche sin tener noticias de Violet. Por suerte, sí recibió algo de comida y agua.

En esas largas y silenciosas horas intentó memorizar los detalles de aquel lugar por si alguna vez salía de allí y la policía lo interrogaba. Pero, al mirar al suelo y ver que los restos de sangre de su encuentro con Mark creaban extraños dibujos, se dio cuenta de que había empezado a delirar.

Aquella mañana, tras una larga espera en la que sufrió varios episodios similares, abrió los ojos de golpe al escuchar el sonido de unos tacones que deseaba que solo trajeran cosas buenas para él. Violet iba acompañada de dos hombres que no había visto antes y no había ni rastro de Mark.

—¿Ya lo has comprobado? Me liberarás hoy, ¿verdad?

Ella cruzó el pabellón hasta una mesa sobre la que dejó una tableta electrónica. Comprobó que el vídeo se había sincronizado correctamente, mientras que Dos y Cuatro, sus ayudantes de aquel día, soltaban a Jacob y lo sentaban en una de las dos sillas que aún permanecían frente a frente. La líder no tardó en ocupar la que quedaba vacía.

—No hemos encontrado a Richard todavía, pero parece que la información que nos diste es buena. —Jacob respiró aliviado—. Como estamos convencidos de que nos ayudará a dar con él, cumpliré con mi promesa.

Jacob intentó hablar, pero Violet le indicó que esperara.

—Antes de finalizar este inesperado reencuentro, hay algo que quiero mostrarte. —Le acercó la tableta que sostenía—. Adelante —le dijo al verlo dudar.

Jacob se estremeció al encontrarse con unas imágenes de un hombre en una situación similar a la suya: maniatado, con el rostro inundado de sangre y los ojos llenos de terror. Su estómago se encogió al reconocerlo.

—¿Te suena? —le preguntó ella.

—Parece… Se parece a mi padre.

Violet asintió, satisfecha.

—Mis chicos se han empeñado en demostrarme que son los

mejores y parece que tienen razón. Lo han localizado en unas pocas horas y, como verás, está muy desmejorado. Intuyo que no supo administrar bien el dinero que sacó al malvender nuestra casa. Pero es lo que pasa con los pobres, sobre todo si son poco ambiciosos: no tardan en arruinarse de nuevo. Solo así vuelven a sentirse ellos mismos.

—¿Y qué ha pasado? ¿Por qué lo retenéis? ¿Te ha hablado de mí? —lanzó Jacob como una metralleta.

—No hemos estado juntos mucho tiempo —le confesó con media sonrisa.

—¿Por… por qué?

—¡¿Tú qué crees?! ¡Ayudó a mi madre a montar la farsa que me privó de tener un padre! ¡¿Qué otra opción tenía?!

—¿Está… muerto? —quiso confirmar Jacob mientras miraba las imágenes, incapaz de asimilar que, tras no tener noticias de él en décadas, lo último que sabría sobre su padre era que lo habían torturado antes de acabar con él.

—¡Tendrías que estarme agradecido! ¡Te abandonó! ¡Se lo merecía!

—Sí, sí… Tienes razón —afirmó, superado por la situación y el estado de debilidad en el que se encontraba—. Ahora…, ¿me dejarás marchar? —preguntó al borde del llanto.

Violet se levantó, se situó detrás de él y apretó sus hombros.

—Tranquilo… Ya está. Ha pasado lo peor. —Jacob intentó creerla y alegrarse, pero no veía llegar el momento—. Siempre te estaré agradecida por haberme ayudado a resolver el rompecabezas, y, sí, por supuesto, las promesas se hacen para cumplirlas —le aseguró mientras acercaba su mano hacia uno de los bolsillos traseros de su pantalón y sacaba un cuchillo con el que realizó un corte profundo en su garganta.

Jacob comenzó a desangrarse sin entender qué había pasado.

—Prometí liberarte y cumplo con mi palabra. —Violet lanzó el cuchillo ensangrentado a un suelo que empezó a teñirse de rojo con rapidez—. Te libero de esta maldita vida.

Capítulo 22: Moviendo ficha

-1-

La intensa luz de aquella mañana despertó de golpe a Laura.

—Dormilona, ¡arriba! —gritó Theressa mientras corría las cortinas—. ¡Vamos! ¡Que hoy es el gran día!

Laura se sintió muy confundida.

—¿El gran día de qué? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Pero, bueno… ¡La boda! ¡¿Qué te pasa?!

Laura echó un vistazo su alrededor. Su vestido de novia estaba colgado cerca de ella, en la misma habitación del hotel del club de campo que había elegido para casarse con el amor de su vida. Rompió a llorar.

—Pero, entonces, ¿Mark está bien? —Theressa la miró extrañada y le dio la espalda para rebuscar en un neceser que había sobre una mesita cercana—. Ha sido horrible. He soñado que… Que Mark estaba…

Theressa se giró de golpe. De pronto era Mark y su rostro estaba muy pálido.

—¿Qué estaba qué? ¿Muerto? —dijo con una voz que aterrorizó a Laura, antes de saltar sobre ella y empezar a estrangularla.

Laura se despertó con las manos en la garganta. Intentó respirar profundamente, pero una tos repentina le impedía recuperarse, por lo que bebió un poco de agua del vaso que tenía en su mesilla. Cuando consiguió tomar aire, comenzó a llorar, pero de pronto se calmó y su mirada se volvió fría. No estaba dispuesta a seguir así.

-2-

Después de una semana sin novedades, el inspector Thompson recibió dos noticias de golpe. La primera se trataba de una nueva grabación de vídeo. En concreto, una en la que se veía a Vicky y Rita entrando ilegalmente en el edificio en el que se encontraba la oficina de Mark. Aunque se esforzaron en ocultar su identidad, al revisar el resto de las cámaras de la zona consiguieron identificarlas con claridad, tal y como había hecho Jerry días antes.

Lo segundo tenía que ver con el cuerpo de Jeff. Según el análisis preliminar del forense, encajaba en el tiempo con la versión que Vicky les había contado. Una vez se deshizo de ella, Mark lo había asesinado de un disparo, lanzándolo al mismo río en el que ella había aparecido horas después.

Presionado por el comisario, la prensa y la opinión pública, que

exigían avances en la investigación, Thompson reflexionó sobre qué debía hacer. Rita seguía desaparecida, y no había nada concluyente para detener a Angela. Pero, por suerte, sí había alguien a quien no tendría mucha dificultad en cargarle el muerto. Por lo menos, de momento.

-3-

Theressa se refugió en su nuevo trabajo como traductora, todavía algo removida por el intenso funeral de Mark. Nada más levantarse se prometió a sí misma terminar el capítulo en el que estaba trabajando, pero los mensajes que llegaban a su móvil captaban su atención al instante, sobre todo si eran de Enver. Aunque pensó en poner el móvil en silencio para que nada la interrumpiera, las cosas estaban tan agitadas que descartó la idea de inmediato.

Enver:
Venga, solo una. ¡¡Seguro que eras muy mona!! Te voy a pasar una mía. Después de lo de ayer, necesitas sonreír.

A Theressa se le dibujó una sonrisa en el rostro al leer aquel juguetón, pero, a su vez, bonito mensaje. Sus ojos se llenaron de ternura al ver la carita del pequeño Enver en la foto que él le había mandado. Decidió hacerse de rogar y ser sincera al mismo tiempo.

Theressa:
Luego busco alguna. Voy a ver si sigo trabajando. ¡Que me lías!

Enver le envió un emoticono de una cara triste, seguido de un pulgar hacia arriba, un beso y un corazón. Theressa le contestó con un corazón enorme.

Bloqueó el móvil, dispuesta a ser productiva, pero, al no poder deshacerse de la sonrisa de enamorada que había secuestrado sus labios, corrió a uno de los armarios de la habitación, sacó un álbum de fotos que hojeó, sentada sobre su cama, tratando de encontrar algo decente que enviarle a su chico.

Entre aquellas imágenes familiares, se fijó en una de Laura y ella de pequeñas y, más tarde, en otra en la que su hermana aparecía junto a su padre. Fue en aquel instante en el que unas palabras que Laura había lanzado como un misil, solo unos días antes, volvieron a su mente. «¿No lo sabías? Papá sigue vivo y mamá nos lo ha estado ocultando. ¡Estuvo hasta en la boda! ¿Te lo puedes creer?».

Intentó negar esa posibilidad con la misma fuerza que había empleado cuando Laura lo dijo por primera vez, pero su mente insistió en hacerla pensar y un suceso ocurrido unos meses antes de la muerte de Richard destacó entre sus recuerdos.

Meses atrás, Theressa se había acercado a la habitación de sus padres para saber qué pasaba. Era raro que discutieran, y su madre parecía especialmente enfadada. Escuchó, apoyada sobre la puerta.

—¿De cuánto estamos hablando? ¿Cuánto tiempo tenemos que recortar gastos? —consiguió entender que decía Angela justo antes de que Gato y Nita la obligaran a perderse lo que venía después debido al ruido que hacían mientras corrían por el pasillo—. Tú sabrás cómo lo vas a hacer, pero acudiremos a esa boda con uno de los mejores regalos de la lista. ¿Está claro? —escuchó antes de correr hasta su cuarto al oír pasos dentro de la habitación de sus padres.

Siguió revisando aquel álbum. Esta vez, su mirada se detuvo en una foto que compartía con Vicky. Agarró su teléfono y buscó su contacto en un impulso. Después, al considerar que su hermana ya tenía suficientes frentes abiertos, bloqueó el móvil y lo dejó a un lado.

Salió apresurada de la habitación e irrumpió en el abandonado cuarto de Laura. Rebuscó en armarios y cajones hasta encontrar el teléfono apagado de su hermana y lo puso en marcha haciendo uso de un código que ella nunca se preocupó en ocultarle. Una vez revisados el correo y la galería de fotos, como no halló nada de interés, regresó a su habitación y recuperó el suyo. Escribió en el buscador:

DESCARGAR PROGRAMA DE
RECUPERACIÓN DE DATOS

Mientras se instalaba, lo tuvo claro: si había alguna posibilidad de que Laura dijera la verdad, tenía que descubrirlo.

-4-

Ajena a las investigaciones de su tercera hija, Angela aprovechó la tranquilidad que le ofrecía una casa prácticamente vacía para sentarse en el sofá del salón y leer uno de esos libros que nunca acababa por un motivo u otro. No le solía preocupar que su lectura se alargara en el tiempo, pero aquel ejemplar era una de las novelas escritas por Theressa y se sentía fatal por no haberla terminado todavía.

Por desgracia, esta vez tampoco llegó muy lejos. Esos recuerdos que solo se habían ausentado por lo ocurrido con Mark regresaron con fuerza, transportándola hasta aquella playa. Hasta aquella maldita playa. En el fondo, y si era honesta consigo misma, hasta aquella maravillosa playa.

Una joven Angela, que todavía no había visto cruzarse en su destino a Richard Holt, observó, casi sin parpadear, la coreografía que el mar creaba con el ir y venir de las olas, que acariciaban sus pies desnudos una y otra vez.

Aquella inspiradora imagen fue capturada por la cámara de una bella y joven pelirroja a la que pronto reprendió.

—Sabes que odio que me saquen fotos a escondidas. ¿Por qué lo haces? —le preguntó la joven Angela.

—No he visto nada más bello en mi vida. ¿Cómo no hacerlo?

Angela sonrió y volvió a sentir cómo el agua mojaba sus pies. Después, se dio cuenta de que quizá no había sido lo bastante explícita.

—Oye… Tienes claro que para mí esto solo es una tontería de verano, ¿no?

La joven fotógrafa asintió, dolida. Por mucho que ella ya se lo hubiera advertido, prefería pensar que había alguna posibilidad de que aquello continuase más allá de esos días.

—Todavía no sé ni cómo ni dónde, pero lo encontraré. Un hombre rico que me provea de una casa elegante, con toda clase de comodidades, en la que veré crecer a mis dos hijos: un niño y una niña —le contó Angela—. Ese es mi sueño y no pienso renunciar a él por una historia de amor.

—Lo sé, y me parece muy triste. —Su acompañante se sentó junto a ella—. Una mayor prosperidad no tiene por qué traerte ese bienestar que tú anhelas.

—Prefiero ser rica y no estar enamorada, a sentirme muy querida debajo de un puente. El cariño se trabaja, es cuestión de elecciones.

Su bella amante negó con la cabeza; tenía claro que aquel plan de vida iba a terminar haciéndola muy infeliz. Angela, consciente de lo que pasaba por su cabeza, trató de desviar su atención hacia algo más placentero.

—Pero ¿para qué perder el tiempo hablando si podemos…? —Acercó sus labios a la boca de aquella preciosa mujer, que se resistió, pues no estaba de humor.

Angela sonrió al ver que se negaba a besarla y no dudó en acariciarle el cuello, el punto débil con el que siempre echaba abajo sus defensas.

—Tengo tan claro que me vas a hacer sufrir… —señaló antes de ceder y dejarse besar apasionadamente.

—Me marcho, mamá —le dijo una voz femenina cuando aún permanecía absorta en sus recuerdos.

Angela intentó recomponerse. Theressa había entrado al salón y escribía en su teléfono.

—Perdona, ¿qué decías? Me he quedado dormida.

—Que me marcho. El taller de pintura de Nita termina en media hora —le contestó su hija sin despegarse de la pantalla—. Espero que no la haya liado de nuevo —añadió, esta vez, mirando a su madre—. Oye, ¿tan aburrido te parece? Tú sé sincera.

Angela no entendió de qué le hablaba. Después se dio cuenta de que se refería a su libro.

—Nada de eso, está muy bien, cariño, como el primero. Pero parece que tengo sueño atrasado. Nada más. Por cierto, no te lo he dicho hasta ahora, pero gracias por estar tan pendiente de Nita. La estás ayudando mucho.

Theressa le guiñó un ojo y sonrió por algo que vio en su móvil.

—Te hace muy feliz, ¿verdad? —quiso saber su madre.

—¿Qué? —preguntó ella, antes de terminar de escribir y guardar su teléfono en el bolso.

—Enver. Esa sonrisa permanente debe ser por él.

Theressa se sentó junto a su madre, en el sofá.

—Es por una foto que le he mandado y… ¡Vale, sí! ¡Estoy en las nubes! —Angela se alegró de escucharlo—. Te parecerá gracioso, pero en algunas cosas me recuerda a papá.

—Dicen que es habitual que rasgos de tu padre o de tu madre se reflejen en la pareja que eliges. Parece que eres muy normal, cariño.

Theressa se rio, pero, a continuación, se puso seria.

—Mamá, ¿tú confías en mí?

Angela la miró, confusa.

—Por supuesto. ¿Acaso lo dudas?

—¿Serías capaz de hablar conmigo de cualquier cosa?

—Ya sabes que sí, ¿a qué viene todo esto?

—El otro día, Laura dijo que…

—Sí, una completa locura. Está muy traumatizada —se adelantó Angela al intuir por dónde iría la conversación—. Tuvo una alucinación porque no es capaz de asumir lo que ha pasado con Mark. Lo afirman tanto el sanitario que la atendió en el club de campo como la psicóloga del centro en el que está.

—Ya, pero he estado recordando ciertas cosas y… Bueno, sé que, en la última etapa, antes de que papá… Que, aunque lo intentarais disimular, era evidente que la economía familiar pasaba por un aprieto y entre vosotros la cosa tampoco iba muy bien, por lo que…

—Para, por favor —le rogó su madre con el gesto serio—. No soportaría otra bronca más con una de mis hijas, y menos contigo. Eres mi ángel, sabes que te adoro y que nunca te haría algo así. Lo sabes, ¿verdad?

Theressa, abrumada por aquella interpretación, no pudo hacer otra cosa que asentir, pero no se quedó tranquila. Angela lo notó.

—Está bien. Dime todo lo que pienses. Prefiero tenerla ahora a que te la guardes y la película vaya creciendo en tu cabeza. Vamos.

Theressa se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos.

—Sé que es una completa locura, pero quizá solo encontrasteis esa opción y no podíais contarnos nada porque lo habríamos puesto todo en peligro —teorizó, acercándose demasiado a lo que realmente había ocurrido—. Es muy fuerte pensarlo y más aún decirlo, pero, mamá… —Se tomó unos segundos para tragar saliva—. ¿Fingisteis la muerte de papá para cobrar el dinero del seguro? ¿Papá sigue vivo?

Angela decidió cambiar de estrategia.

—Sí, sigue vivo —soltó sin dar ninguna otra explicación. Theressa la miró, incrédula—. Y seguirá siempre vivo en nuestros corazones cada vez que pensemos en él. Ojalá pudiéramos salir de casa ahora mismo y viajar hasta algún lugar donde estuviera esperándonos. Besarlo, abrazarlo… Contarle lo feliz que eres con Enver. ¿Te imaginas su cara?

Theressa asintió, apenada, pero había un asunto más que quería aclarar.

—Pero ¿y las fotos que recibió Laura?

Angela respiró hondo. Se estaba resistiendo más de lo esperado.

—¡Por favor! ¡Cualquiera que sepa de fotografía te dirá que son falsas!

—Pero ¿no dijiste que no habías visto ninguna foto?

Angela se dio cuenta de que había metido la pata.

—¡Por supuesto! Hablo de esas supuestas fotos de las que hablaba Laura. Si hubiera recibido alguna, solo podría haber sido una farsa para sacarle dinero.

Theressa negó con la cabeza. ¿Qué necesidad tenía Laura de inventarse aquello?

Angela, consciente de las dudas de su hija, volvió a apostar fuerte.

—Mira, vamos a hacer una cosa: revisamos el móvil de tu hermana y, si encontramos alguna de esas supuestas imágenes, vamos a una tienda de fotos, de informática, lo que quieras. Te aseguro que pagaremos para que nos digan lo que ya sabemos. ¡Que son un burdo montaje!

Theressa buscó en el bolso y sacó el móvil de Laura. Su madre se estremeció al reconocerlo.

—Ya lo he intentado, pero no hay ni rastro de las fotos.

Angela sintió que le había tocado la lotería y sonrió aliviada.

—¿No será que nunca existieron? ¿Que fue cosa de su imaginación?

A Theressa la asaltaron las dudas. Al percatarse de que Angela la miraba con condescendencia, se vino abajo.

—Joder, mamá, no sé qué me ha pasado, es que… —se excusó entre sollozos.

Angela la abrazó con cariño

—En momentos de crisis como este es muy tentador dejarse llevar por nuestros anhelos o por la primera solución mágica que aparezca. Pero no sirve de nada, debemos permanecer en nuestro centro, fuertes, robustas, para que nada nos haga tambalearnos. —Theressa asintió y se frotó los ojos—. Y no solo por nosotras. Hay quien no tiene esa capacidad y termina cediendo a la presión. Tenemos que estar ahí para ellas. Laura, Nita… nos necesitan.

En cuanto su hija asintió, supo que había ganado la batalla.

—Por muy increíble que te parezca, ahora mismo, Vicky, tú y yo somos los pilares de esta familia. Pisa el suelo con firmeza, cariño, solo así permanecerás cuerda y podrás ayudar a quienes más quieres.

Theressa afirmó, pero, al darse cuenta de la hora que era, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Nita está a punto de salir y yo todavía aquí!

—¿Quieres que llame para avisar de que vas a llegar tarde?

Theressa negó y salió corriendo. Cuando la puerta de la casa se cerró, Angela suspiró aliviada, pero no tardó en inquietarse de nuevo: cada vez le costaba más mantener oculto el secreto.

-5-

El encuentro de ese día con el inspector Thompson comenzó de la mejor manera posible para Vicky: daban credibilidad a su testimonio sobre la agresión y a que Mark fuera el responsable de matar a su jefe. Aquellas novedades parecían jugar a su favor, sin ninguna duda, pero el policía no tardó en darles la vuelta para usarlas en su contra.

—Sé que piensa que esto la aleja de nuestras sospechas y no voy a negar que, en un primer momento, también lo he visto así. Sin embargo, que el asesinato del señor Dewitt sucediera el día posterior a que él la agrediera y matara a su jefe, la vuelve a situar como a una de las principales beneficiadas de que falleciera.

Vicky resopló. ¿De qué le servía a ella que Mark estuviera muerto?

—No me ha convocado para informarme de los avances de la investigación, ¿verdad? Intenta encontrar alguna contradicción que le sirva para acusarme.

—Sé que usted no lo mató —la sorprendió de golpe el inspector, lo que alivió su frustración por unos instantes—. Pero está relacionada con la persona que lo hizo.

Vicky sonrió con ironía; la tregua había durado poco.

—A simple vista, todo nos llevó a pensar que había sido cosa de

una única persona. Y la candidata más evidente era Rita Fellowes. Sabemos que tenía una relación con Mark, que fue vista en el club de campo el día de la boda y que sigue desaparecida desde entonces. Pero, sobre todo, que estaba furiosa con él.

Vicky asintió. También era su principal candidata. Pero, entonces, ¿por qué las relacionaba?

—Además de contarle que el señor Dewitt mantenía una relación con ella y con otras mujeres, Rita alertó a su madre sobre las consecuencias que su hermana Laura podía sufrir si se casaba con él, creando así una reputación dudosa para un hombre que, hasta ese momento, y salvo por lo ocurrido en San Francisco, había mostrado una actitud intachable.

Vicky volvió a asentir. Todo aquello era cierto, pero seguía sin saber qué era lo que la vinculaba con Rita.

—Y, por si fuera poco, un día antes del encuentro con su madre, y tal y como hemos podido comprobar a través de unas grabaciones de seguridad cercanas al domicilio de Mark, la señorita Fellowes se ensañó con Sonia Larson hasta dejarla inconsciente y mandarla al hospital.

Vicky se sorprendió por aquella información. Nadie le había contado que Rita había sido la responsable.

—¿Y por qué haría la señorita Fellowes algo así? —El inspector detuvo su discurso durante unos instantes en los que parecía querer leer sus pensamientos—. Yo se lo diré: Teniendo en cuenta que la señorita Larson salía de un encuentro con Mark, lo primero en lo que pensé fue en celos. Hacerlo en medio de la calle y de esa manera tan salvaje solo podía ser por algo tan instintivo como eso.

Vicky estaba de acuerdo; eso fue lo que tuvo que pasar.

—Lo cierto es que era una teoría que nos encajaba a la perfección y, sin descartar que pudiera aparecer algún detalle nuevo, habíamos centrado nuestros esfuerzos en localizar a Rita. Pero, oh, ¡sorpresa! Ayer recibimos una segunda grabación de esa misma noche en la que usted y la señorita Fellowes se cuelan en el edificio en el que se ubica la oficina del fallecido. Se esforzaron en ocultar su identidad, pero ya ve que no les sirvió de mucho.

Vicky tragó saliva. Si Rita fue la persona que entró en el despacho de Mark aquella noche, y era cierto que lo había matado, no tenía ninguna duda de que le echaría la culpa para rebajar su pena o librarse de los cargos si en algún momento la encontraban.

—Por ahora, no puedo demostrar su complicidad en el asesinato del señor Dewitt, pero creo que ya se habrá dado cuenta de que eso no me impide tomar medidas contra usted. Nos ha ocultado información de manera deliberada y eso le ha servido para librarse, pero ambos sabíamos que, tarde o temprano, por un motivo u otro, iba a caer.

Thompson hizo un gesto a dos oficiales que esperaban fuera de la sala en la que se encontraban.

—Victoria Holt, queda detenida por obstrucción a la justicia y allanamiento de morada —declaró mientras los otros dos policías la esposaban.

El inspector continuó leyéndole los derechos, pero Vicky no fue capaz de escuchar nada más. Aunque a lo largo de la conversación se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener que pasar la noche entre rejas, algo en lo más profundo de su ser esperaba un giro que evitara el desastre. Por desgracia, la suerte no estaba de su lado esta vez. La verdad y la justicia tampoco.

Capítulo 23:
Unidos por la muerte (XII)

-1-

La adrenalina que recorrió su cuerpo cuando supo que Richard había sido capturado fue devorada por la ráfaga de rabia que la dominó al descubrir que Mark, su amante y confidente, había muerto. Destrozada, Violet hizo lo que pudo para que Dos no lo notara.

—La policía no tardará en iniciar su propia investigación, pero no quiero dejar semejante error en manos de cualquiera, por lo que, en cuanto llegues, quiero que priorices este asunto sobre cualquier otro —le explicó por teléfono a su segundo—. No te preocupes por eso, tengo a Cuatro para avanzar con el plan de las hermanas —insistió—. En cuanto esté en las instalaciones, avísame.

Al finalizar la llamada, Violet se tomó unos segundos para asimilar lo que Dos le había contado. En principio, todo parecía bloqueado en su interior, pero no tardó en deshacerse del fuego que la quemaba por dentro gritando y destrozando su despacho hasta que le faltó el aire y se vio obligada a parar.

Frente al espejo del escueto baño, se quitó las lentillas, se aclaró los ojos y corrigió los efectos que el llanto había provocado en su maquillaje. Mientras recordaba su último encuentro con Mark, unos golpecitos en la puerta de su maltrecho despacho la trajeron de vuelta al presente.

—Ya está aquí —le informó Dos.

Violet caminó por las instalaciones hasta una habitación preparada expresamente para su nuevo invitado, que no se sorprendió al verla allí.

—¡Violet! —gritó Richard, dolorido y ensangrentado—. ¡Esta vez has ido demasiado lejos! ¡Me han disparado!

—¿De qué te sorprendes? Te dije que, si te escapabas, haría lo que hiciera falta para traerte de vuelta —le recordó—. Ya sabes que soy capaz de cualquier cosa. He aprendido de los mejores. —Le lanzó una copia de una foto en la que aparecían ambos, junto a Mary, en una feria.

—Por favor, necesito ayuda —insistió él, pues temía que, si no lo atendían pronto, pudiese perder la pierna.

—Tranquilo, todo llegará. Primero tienes que aprender algo. Y el dolor enseña muchísimo —le dijo ella con una sonrisa antes de dejarlo solo en aquella celda en la que sus gritos fueron, de nuevo, su única compañía.

Richard solo recibió ayuda médica cuando Violet se aseguró de que, si no intervenían, podía ser irreversible. Parte del castigo consistía en que padeciera el dolor del disparo sin medicamentos que lo aliviaran, pero siempre que no pusiera su vida en peligro. Necesitaba que estuviera lo suficientemente fuerte como para soportar el resto de su condena.

Al borde del desmayo, él abrió sus ojos al escuchar que alguien llegaba a la celda. Se encontró con Cinco y Seis y, tras ellos, a Violet, que agitaba burlona una pequeña carpeta que traía en la mano.

Permaneció acurrucado en una de las esquinas de aquella celda, compuesta por una modesta cama y un pequeño retrete en el que ya había vomitado más de una vez desde su llegada. Cerca de él, los pedazos de la foto que Violet le había dejado, y que él había destrozado por la rabia, llamaron la atención de la líder.

—No es una imagen que te traiga muy buenos recuerdos, ¿verdad? Pensaba que te haría reflexionar sobre lo que has hecho estos últimos meses, pero ya veo que sigues con tu terca actitud.

Richard no dijo nada. Sabía que intentaba provocarlo y no quería darle el gusto. Violet se sentó sobre la cama.

—Dime si me equivoco: te escapaste, conseguiste cruzar, encontraste un escondite cerca de tu familia y, cuando creías que ya no te íbamos a pillar, acudiste a la boda de tu hija. ¿Fue así? —preguntó, más por burlarse de él que porque no lo supiera. Él siguió ignorándola—. ¿En serio creíste que me iba a tragar la patraña que montaste? Ni siquiera dediqué recursos a buscarte por allí. Olía a aficionado desde lejos. Y, por si fuera poco, te dejaste aquella foto bajo la cama. La verdad es que lo agradecí; me hizo darme cuenta de que nunca estuviste dispuesto a cumplir con el trato.

Richard sabía que había sido un enorme error haberla dejado allí, aunque, visto cómo había acabado, estaba claro que nunca tuvo una oportunidad real de escapar de ella. Sus recursos eran abundantes y el rencor que le guardaba, infinito.

—¿Que cómo te encontramos? —preguntó Violet por él—. Pues, en el fondo, era previsible. Pero no nos dimos cuenta hasta que nos topamos con una invitación de boda entre los periódicos que dejaste abandonados en uno de tus últimos escondites. —La sacó de su carpeta y la lanzó cerca de él—. Nunca se deja la basura en los sitios de los que huyes.

Richard no aguantó más.

—¡Te aprovechaste de una situación desesperada para conseguir lo que querías, pero no podía vivir así! ¡Llegaste a encerrarme! —le recriminó, entre lágrimas, al recordar lo que había vivido con ella las semanas previas a su huida—. No sé cómo fui capaz —se lamentó, esta

vez, al pensar en lo que le había llevado hasta ese momento.

—No te preocupes, Richard. Si lo piensas, al final tampoco has acabado tan mal, ¿no? —le indicó Violet, abriendo sus brazos para abarcar lo máximo posible de aquella celda. Él se horrorizó al darse cuenta de que ese agujero era lo que le esperaba a partir de entonces.

—¡¿Pretendes tenerme aquí encerrado para siempre?!

Violet le ordenó bajar la voz con un gesto.

—Poco a poco, Richard. La vida es un cúmulo incesante de incógnitas y, por ahora, toca calmarse y reflexionar sobre lo ocurrido. Date tiempo, tienes que acostumbrarte a tu nuevo hogar.

—¿Hogar? ¡Me tienes retenido contra mi voluntad!

—No seas desagradecido. Te estoy ayudando con tu estrategia de permanecer oculto. ¿No era eso lo que hacías hasta ahora? —Richard decidió morderse la lengua e ignorarla. Ella revisó la carpeta que había llevado—. Vas a pasar una larga temporada aquí, así que he pensado en avanzarte algo de lo que ocurrirá para que le vayas dando vueltas.

Él insistió en no mirarla, pero Cinco lo golpeó y le indicó que lo hiciera.

—Es de mala educación apartar la mirada cuando alguien te está hablando. Es una pena que en estos meses de aventura callejera hayas perdido esos finos modales que habías ganado con los años, pero ya nada me extraña de ti. Te has convertido en un ser egoísta, despreciable y patético.

Richard mantuvo su mirada, pero se obligó a no reaccionar.

—Menos mal que no todo se hereda. Al contrario que tú, no solo me he preocupado por mí durante estas semanas en las que no nos hemos visto. —Agitó el dedo índice en señal de negación—. He empleado mi tiempo en buscarte, pero también en conocer a mis hermanas.

Abrió la carpeta y le enseñó una foto de la despedida de soltera de Laura en la que salía junto a ella y Theressa. Los ojos de Richard se abrieron como platos.

—Me lo pasé bien. Son un poco pijas, pero buenas chicas. Ahora estoy valorando si debería molestarme en conocer al resto, incluso a Angela; seguro que podría aprender mucho de ella. —Guardó la imagen—. Otra opción sería quitármelas de en medio directamente, en lugar de ir poco a poco. Porque ya te lo adelanto: ese será el precio que pagarás por traicionarme. Irán cayendo una detrás de otra y tú recibirás todos los detalles de cómo ocurre.

Richard negó con la cabeza. No quería creerla, pero algo en su mirada le decía que era cierto.

—Pero ¡¿por qué haces esto?! —exclamó entre lágrimas—. ¡Ya me tienes aquí! ¡Haz conmigo lo que quieras, pero déjalas en paz!

¡Ellas no tienen culpa de nada!

—¿Estás seguro? ¿Recuerdas por quién me has vuelto a abandonar?

Él negó con la cabeza e intensificó su llanto.

—Dime, ¿qué quieres de mí? ¡Te juro que esta vez haré lo que sea!

—No me voy a dejar engañar de nuevo. Te concedí una segunda oportunidad y la despreciaste. Ya he aprendido la lección. —Violet caminó hacia la salida—. Por el momento, voy a jugar un poco antes de deshacerme de la primera de ellas y venir a contártelo en persona. Puedes distraerte contando los segundos que faltan hasta entonces; no hay nada más que puedas hacer.

Capítulo 24: Revelaciones

-1-

La primera noche fue horrible, pero la siguiente no resultó mucho mejor. Vicky amaneció, por segundo día consecutivo, en una estrecha celda en la que se había despertado sobresaltada cada pocas horas a causa de unos horribles sueños en los que moría una y otra vez, aunque por motivos muy diferentes: Mark la ahogaba en el río, Rita la mataba de una paliza, o era asesinada por Sonia, que había decidido vengarse por lo que le había hecho pasar, metiéndole una bala entre ceja y ceja. Sin embargo, la peor de sus pesadillas consistía en ver cómo Jeff, medio devorado por los bichos que se colaban en su ataúd, abría los ojos y le gritaba que todo era por su culpa.

Fueron dos de los peores días que recordaba, pero, aquella mañana, la vida le regaló algo de aire.

—Hemos tenido suerte —le contó Amanda, una abogada con la que Vicky había colaborado en una investigación y que no dudó en contratar una vez la detuvieron—. Teniendo en cuenta el detallado testimonio que les diste sobre lo ocurrido en el despacho de Mark aquella noche, y que no tienes antecedentes, el juez ha accedido a ponerte en libertad. Eso sí, deberás estar localizable y tendrás que acudir al juzgado siempre que se te requiera. —Ella, impactada por la información, no fue capaz de decir nada—. ¡Vicky! ¡Te estoy diciendo que en unas horas estarás fuera! ¡Lo hemos conseguido!

La periodista sonrió, más por su abogada que por ella misma. Estaba claro que eran buenísimas noticias, pero algo le decía que no iba a ser tan fácil como Amanda pensaba. Había conseguido sacarla de allí, pero, por lo que había captado en la mirada del inspector Thompson en el momento de la detención, tenía claro que no pararía hasta encontrar nuevos argumentos con los que volver a encerrarla.

-2-

Con el rostro calmado y más arreglada de lo habitual, Laura caminó hasta el salón de visitas del sanatorio. A través de un ventanal vio que la esperaba Theressa, que aún permanecía ajena a lo que había ocurrido con Vicky en los últimos días.

—¡Cada día estás más guapa! ¡No sé cómo lo haces! —señaló la escritora en cuanto se encontraron.

Laura sonrió, agradecida, y se fijó en que, tal y como esperaba, su hermana llevaba una carpeta. Se acercaron a la zona de sofás.

—Cada día lo llevo un poco mejor. Voy integrando cosas,

aprendiendo de lo ocurrido; curándome, en cierto modo. Pero queda mucho camino todavía.

—¡Pero también has recorrido mucho ya! ¡No sabes lo orgullosa que estoy de ti!

Laura se lo agradeció con un gesto y se sentaron en sillones cercanos.

—¿Han llegado muchas? —preguntó Laura señalando la carpeta. Ella le dio a entender que unas cuantas y sacó un grupo de cartas atadas con una goma. Antes de dárselas, prefirió asegurarse de que era lo correcto.

—¿No crees que todavía es un poco pronto para preocuparte por temas de trabajo? En cuanto salgas de aquí, tendrás tiempo de sobra para revisarlas.

—Prefiero ir cerrando cosas pendientes para estar tranquila cuando me marche.

—Vale, pero, si ves que te empiezas a agobiar o algo, lo dejas, ¿de acuerdo?

—Me afectaría más sentir que soy incapaz de recuperar el control sobre mi vida. De verdad, quédate tranquila.

Theressa asintió, comprensiva.

—Según me ha comentado la psicóloga, aunque tengas que continuar con terapia y demás, no hace falta que sigas mucho más aquí, ¿no?

—Sí, eso dice, pero me da un poco de vértigo pensar en lo que vendrá al salir. Cómo será mi vida, cómo afrontaré algunas situaciones, dónde viviré…

—Entiendo que volver a casa queda descartado, ¿no?

Laura asintió. Theressa también.

—La verdad es que, respecto a eso… He pensado en algo.

La decoradora la miró, interesada.

—Ya que tú vas a empezar una nueva etapa y que yo, pues… No sé, he pensado que… ¿Y si buscamos algo para las dos? —le soltó, sorprendiendo a Laura—. Aunque el tema de los libros está un poco parado, ya sabes lo del trabajo de traducción que me salió, y, cuando se me acabe, siempre puedo anunciarme como correctora o para alguna tarea relacionada con la redacción de contenidos. Entre eso y los ahorros, creo que podría tirar. ¿Cómo lo ves?

—Pues estaba pensando en dar el paso a lo grande y encontrar algo para mí sola, pero… ¡creo que es una idea genial!

—¡¿A que sí?! ¡Pues decidido! ¡En cuanto vuelva a casa me pongo a buscar pisos! —le prometió, emocionada.

—¿Has traído el móvil?

—Sí, ¿por?

—¿Por qué esperar? ¿Echamos un vistazo ahora?

Theressa dudó un instante, pero después se dio cuenta de que tenía razón. Sacó su móvil y se sentó junto a Laura. Con el visto bueno de la enfermera que supervisaba aquellas visitas, se metieron de lleno en la búsqueda.

-3-

Vicky solo les comunicó a dos personas que la habían detenido: a Amanda, su abogada, para pedirle ayuda; y a Adam, su compañero de piso, para que no se extrañara de que no volviera a casa y, después, para que la recogiera a la salida de prisión.

—¿Te apetece un té o algo de comer? —le ofreció él en cuanto llegaron al apartamento.

—Gracias, pero lo que más necesito ahora es descansar. —Puso el móvil a cargar y se dejó caer sobre el sofá—. Bueno, y una ducha. Quiero quitarme de encima el asqueroso olor de ese lugar.

Adam asintió, comprensivo. El móvil de Vicky comenzó a vibrar. Al ver de quién se trataba, suspiró.

—¿Tu abogada? —quiso saber él.

—No, es mi madre. He visto que me ha llamado varias veces estos días, así que tendré que contestar para que no se preocupe. Llevarnos fatal tenía la ventaja de que no me llamaba, pero ahora no me queda otra.

Sacó una sonrisa a Adam, que le dio algo de privacidad. Tras aclararse la voz, se disponía a contestar, pero la llamada se cortó. Segundos más tarde, Angela volvió a intentarlo, pero, esta vez, con una videollamada. Vicky resopló. Si una llamada normal ya le iba a costar, tener que fingir cara a cara iba a suponerle mayor esfuerzo. Aunque pensó en no responder, contestó.

—Hola, mamá.

—Uy, ¡que te estoy viendo!

—Sí, yo también te veo. Le has dado al botón de vídeo.

—¿Yo? Ah, pues mira, así nos vemos. Que por eso te llamo. ¿Cómo estás? Hace días que no sé de ti.

—Sí, es que he estado muy liada, pero estoy bien. No duermo del tirón, pero cada día descanso mejor —mintió.

—¿Duermes en un buen colchón? Si no estás cómoda allí, ahora que Laura no está, eres bienvenida en casa. Lo sabes, ¿verdad? —Vicky asintió con timidez—. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero al verte en el hospital me di cuenta de que eran cosas sin importancia. Bueno, que no tendríamos que darles tanta. No sé, que lo siento.

A Vicky, que no se esperaba semejante reconocimiento, se le inundaron los ojos y no fue capaz de decir nada.

—El sitio en el que estás es un apartamento, ¿no? —preguntó Angela, cambiando de tema para no emocionarse ella también—. Será pequeño, pero por lo menos no tendrá tanto gasto de mantenimiento como esto. —Sonó el timbre de su casa de fondo—. ¡Otra vez se ha dejado las llaves! —gritó enfadada—. No le digas nada, pero cada día veo a Norine más torpe. ¡Y eso que es más joven que yo! Bueno, te dejo, cariño, que voy a abrir. Pásate uno de estos días, ¿vale?

—Claro, mamá.

Contuvo la emoción hasta que Angela colgó, luego dejó escapar un par de lágrimas. No estaba acostumbrada a que su madre la tratara así, pero en ese momento lo agradeció con el alma. Necesitaba aferrarse a algo que la hiciera sentir que todo por lo que estaba pasando valía la pena.

-4-

Josh, visiblemente mejorado, pero con secuelas que aún lo obligaban a permanecer en el hospital (entre ellas, una pierna escayolada), se dio el visto bueno en el espejo con cierta inseguridad, algo poco habitual en él. Después, se apresuró a tirar a la basura el paquete de cigarros que todavía guardaba unos instantes antes de que Sean apareciera en la habitación, jugando con su pelota.

—¿Qué? ¿Ocultando pruebas?

Josh sonrió al verlo y se agachó para recuperar el paquete y mostrárselo.

—Solo falta el de aquel día. Te hice una promesa.

—Puedes hacer lo que quieras. Es tu cuerpo y tu salud. —Apoyó su mochila sobre una silla. Josh le quitó la pelota.

—Lo sé, capullo. Estoy poniendo de mi parte.

Sean no tardó en recuperarla.

—¿De dónde te viene esa manía de andar siempre con la pelota?

Sean la miró con cariño.

—Fue un regalo que con el paso de los años cada vez significa más.

Josh asintió, pero no siguió preguntando. Parecía una de esas complicadas historias que Sean prefería guardarse para él.

—Bueno, he venido porque me has dicho que has leído lo que Vicky te dejó. ¿Es así? —Josh asintió—. ¿Y qué me dices?

—Pues que, si por mí fuera, seguiría en el mismo punto, pero que, gracias a tu insistencia, y a varios encuentros con el psicólogo y la policía, he empezado a entenderlo.

—Sé que es duro ver que una persona a la que creías conocer era capaz de hacer esas cosas.

—Lo más duro no ha sido eso. Hacía mucho tiempo que no veía

a Mark antes de venir a Edmonton y me he dado cuenta de que tenía idealizada nuestra relación. Compartimos muchas cosas de niños, pero con el tiempo cada uno siguió su camino, evolucionó a su manera… Ya no éramos los mismos, pero no quería verlo. Suponía dejar atrás una época en la que, pese a las dificultades, fui muy feliz. —Sean se sorprendió. En pocos días había progresado mucho—. También sé que hay alguien que se merece una disculpa.

—Y seguro que estará encantada de recibirla.

Josh se encogió de hombros. Después, dudó.

—¿Podrías pedirle tú que venga? Me da muchísimo palo.

—¡Claro! ¡Y no voy a esperar! Me dio su número la segunda vez que nos vimos, así que la llamaré ahora mismo. ¡Es lo que tiene tener móvil propio!

Sean salió de la habitación sin que a Josh le diera tiempo de decir nada más; estaba claro que tenía muchas ganas de que llegara ese momento. El teléfono de Josh vibró.

—¿Sí?… Ah, hola, Logan, sí, mejor… Sí, es normal, ya sabía que os corría prisa e imaginaba que alguien me sustituiría. No pasa nada. Ah, sí, dime. —Se sentó sobre la cama para estar más cómodo—. ¿Vancouver? Sí, ¡sí soy de allí! Sí, sí, entiendo que sería cuando me recupere y… Pues no sé, ahora me has dejado un poco descolocado, pensaba que me daríais la patada, y hasta la vista… Joder, os lo agradezco mucho… Sí, dame un par de días y te contesto… Vale, de acuerdo… Hablamos, sí.

Mientras Josh asimilaba la llamada, regresó Sean.

—Anda un poco liada, pero me ha dicho que vendrá en cuanto pueda —le contó a Josh, que lo interpretó como un castigo hacia él—. Las cosas necesitan su tiempo. Está genial que quiera venir.

Él asintió. Se lo merecía por cómo la había tratado. Sean, que permanecía cerca de la puerta. Se acercó a él.

—Me ha parecido oírte al teléfono. ¿Alguna novedad de la policía?

—No, eran temas de trabajo. Aunque por ahora tocará esperar.

Sean golpeó con suavidad la escayola de su pierna.

—Ya queda menos, Josh, ya queda menos.

Josh sonrió y acarició la mano con la que Sean tocaba su escayola. Él la apartó con rapidez.

—Voy a por un café. ¿Quieres algo?

Josh negó con la cabeza; sabía que era una excusa para librarse de él. En cuanto Sean se volvió a marchar, su móvil vibró de nuevo, pero esta vez era un mensaje.

Logan:
Te paso información sobre el puesto del que hemos

hablado. Espero que te animes. ¡Ya me dirás!

Josh revisó las condiciones del trabajo en Vancouver y pensó en cómo sería volver a su ciudad natal. Después se fijó en la mochila de Sean y pensó en lo que sentía por él. En unos días tendría que tomar una decisión.

-5-

Tras un segundo encuentro, que revolucionó las opciones que tenía en mente, Laura regresó a su habitación, dispuesta a terminar el día. Revisó al detalle cada una de las cartas que habían llegado a casa a su nombre y que Theressa, su primera visita del día, le había llevado esa misma mañana.

La mayoría eran felicitaciones navideñas de clientes y socios que no la habían borrado de su lista de envíos, pero también se encontró con algo de publicidad, notas de pésame y varios recordatorios de facturas pendientes que no le había dado tiempo a gestionar antes de ingresar allí. Pero, entre todas, hubo una que le llamó la atención, pues no tenía remitente.

Abrió el sobre y se encontró con una nota escrita a mano en lo que parecía ser una hoja arrancada de una libreta. Cada vez más confundida, revisó su contenido en busca de una firma que despejara aquella incógnita, pero no había ninguna referencia a su autoría, por lo que no le quedó otra que leerla.

Debido a lo que se exponía en ella, y dominada por un repentino enfado, la hizo añicos y la lanzó a la basura. Se arrepintió de inmediato y unió los pedazos para terminar de leerla.

Aquella carta escrita con crudeza, pero llena de una verdad que enseguida identificó como cierta, la mantuvo navegando entre el dolor y la pena hasta que las lágrimas se abrieron paso por su rostro, emborronando la tinta del texto que leía al caer sobre ella.

Corrió a su cama y ahogó su creciente y sonoro llanto en uno de los almohadones, que mordió y apretó con todas sus fuerzas. En esa carta había descubierto que Vicky tenía razón.

-6-

A Dos le extrañó que aquella mañana todo estuviera tan tranquilo en la organización, pero lo cierto era que, aunque últimamente estaban a tope, también solía haber días así. Por la tarde, en cuanto Violet apareció por allí, la actividad se aceleró. Pese a que Vicky había sido puesta en libertad, todavía se guardaban un as en la manga para incriminarla: la pistola que habían encontrado en el trastero de Rita y

que Cuatro confirmó como la empleada para matar a Mark. Acordaron esconderla en un compartimento oculto de su vehículo y dar un chivatazo a la policía.

Mientras Dos organizaba la logística con Cuatro, Violet revisó los mensajes que acababan de llegar a su teléfono.

—La policía acaba de realizar una nueva detención y, esta vez, con pruebas concluyentes —les contó, aparentemente tranquila—. Por lo visto, Rita no era la asesina.

Dos se sorprendió. ¿De qué estaba hablando? Jerry no le había dicho nada.

—Pero tú ya sabías eso, ¿verdad? —acusó a Dos con una mirada fulminante—. Has estado colaborando con la verdadera responsable todo este tiempo.

—No sé qué está pasando aquí, pero se trata de un tremendo error.

—Después de lo que has hecho, ¡¿vas a insistir en mentirme?!

Dos negó con la cabeza al tiempo que deslizaba una de sus manos por debajo de la mesa.

—Al final, parece que sí que ha llegado la hora de tu jubilación —le dijo Violet antes de hacerle un gesto a Cuatro, que le quitó el seguro a su arma con intención de disparar a Dos. Él, en un movimiento rápido, se puso de pie y les mostró una pistola con la que apuntó a la cabeza de Violet.

—Eso o un cambio de liderazgo —les dijo.

-7-

—¡Hay novedades sobre el caso! —gritó Adam desde su habitación, despertando de golpe a Vicky, que se había quedado dormida en el sofá después de hablar con Sean—. ¡Parece que han detenido a alguien más! —le desveló mientras corría desde su cuarto al salón.

—¿Por lo de Mark? —quiso asegurarse ella, pues seguía medio dormida y no quería dar nada por hecho.

—Sí. Me ha escrito mi contacto de la policía. El día que te detuvieron le pedí que me informara de cualquier novedad sobre el caso.

Vicky asintió. Ella habría hecho lo mismo de haber ocurrido al revés. Adam se sentó a su lado, en el sofá.

—Parece que ha sido hace unas horas.

—¿Es Rita? —planteó, nerviosa.

Adam revisó su móvil.

—Dice que por ahora no puede contarme más.

Vicky no supo qué pensar. Si era Rita, no tenía claro si su arresto jugaría en su favor o en su contra. Si era otra persona, todo era más

incierto.

—¡Son muy buenas noticias! —destacó Adam—. ¡Parece que están haciendo bien su trabajo por una vez!

Vicky arqueó las cejas. Que hubieran arrestado a otro no significaba que fuera la persona correcta. Su detención era un ejemplo de ello.

—Sí, tienes razón —le devolvió él, que no necesitó que Vicky dijera nada para entenderla.

El sonido del timbre acaparó la atención de ambos. Adam se dirigió a abrir con el ceño fruncido, pues no esperaba a nadie.

—Theressa, ¿qué haces aquí? —preguntó Vicky al ver a su hermana tras la puerta. Ella, con los ojos hinchados, entró en el apartamento como una bala. Adam las dejó a solas.

—¡Te he estado llamando!, ¡¿por qué no respondías?!

Vicky corrió a buscar el móvil y vio que le decía la verdad.

—Lo siento, me he quedado dormida. —Theressa asintió y se frotó los ojos—. ¿Ha pasado algo?

—Vicky, mamá… —Tuvo que parar debido a la angustia que sentía.

—¿Mamá, qué? ¿Le ha pasado algo? ¡Theressa! ¡¿Qué pasa?!

—La policía… Han registrado la casa y la han detenido —le dijo entre sollozos.

—¡¿Y eso?! ¡¿Por qué?!

—Por lo de Mark —le contó, envuelta en lágrimas.

—¡¿Cómo?! ¡Pero eso es imposible! ¡Estaba entre los invitados en el momento en que dispararon! ¡No pudo ser ella!

—Parece ser que acordó con alguien que lo hiciera en su lugar. ¡Dicen que fue ella, Vicky! ¡Ella lo organizó todo! —exclamó Theressa, rota de dolor.

Vicky se quedó bloqueada, incapaz de asimilar aquella información. Luego pensó en lo bien que le había ido con su madre en las últimas semanas y trató de encontrarle sentido a lo que acababa de ocurrir.

Un escalofrío erizó su piel al darse cuenta de que todo había sido una farsa; Angela se había ganado su confianza para que no sospechara de ella.

Parte 4

Capítulo 25:
Bajo la superficie (I)

-1-

El asesinato de Mark supuso un inesperado golpe para la vengativa misión de Violet. Sin embargo, cualquiera que conociera lo ocurrido solo unos días atrás habría visto que existían tanto los motivos como los candidatos suficientes como para que su muerte no resultara una sorpresa. Aunque Vicky había desatado la tormenta al comenzar a investigarlo, no había sido hasta su encuentro con Sonia, tres días antes de la boda, cuando todo comenzó a complicarse para él.

Mark encendió las luces de su piso e invitó a Sonia a dejar su abrigo en el sofá. Revisó su teléfono móvil, pues no dejaba de vibrar, pero al ver que se trataba de Rita torció el gesto y rechazó la llamada entrante: esa noche su atención era solo para aquella adinerada mujer con un escote tan generoso como la cuenta corriente de su marido.

—A mí sírveme poco, que me pongo tonta enseguida —le dijo Sonia, en su papel de Sandra Leduc, al ver que se disponía a servir unas copas de vino para los dos.

—Yo te pongo lo que tú quieras. De vino, digo
—matizó él, con una sonrisa, mientras terminaba de llenarlas.

Sonia le siguió el juego respondiendo con una carcajada. Mark no tardó en imitarla, al mismo tiempo que corría las cortinas del salón y ponía algo de música tranquila para crear un ambiente más íntimo.

—Y este trato tan personal, ¿es política de la oficina o me tengo que sentir afortunada?

—Depende del caso, del cliente… —No dudó en mirarla con deseo.

Sonia sonrió, halagada, pero temía que aquella situación se le fuera de las manos y regresó al plan previsto.

—¿Hace mucho calor aquí o me lo parece a mí? —Señaló el termostato situado en una esquina del salón.

—Puedo bajarlo un poco si quieres.

—Te lo agradecería —le dijo ella antes de dar un sorbo a su vino.

Cuando Mark se acercó a ajustar la temperatura, Sonia aprovechó para echarle en su copa parte del laxante que Vicky le había dado y al que había añadido un par de ingredientes más con el fin de acelerar el efecto.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó él, una vez se acomodó en el sofá de nuevo.

—Creo que es el momento de brindar —propuso ella—. Por una

larga y próspera relación de trabajo. Al fin y al cabo, cuanto mejor me vaya a mí, mayor será la comisión que recibas, ¿no?

Mark sonrió y aceptó el brindis sin añadir nada más. Luego le expuso la estrategia que había pensado para intentar sacar la mayor tajada de su supuesto divorcio. Se mostró profesional, pero no por ello perdió la oportunidad de hacer pequeños guiños con los que pretendía cautivarla. Sonia se mantuvo receptiva y seductora a partes iguales, a la espera de que la medicación hiciera efecto.

—Si me disculpas, enseguida vuelvo —se excusó Mark, con el gesto encogido y en medio de un aparatoso ruido intestinal.

—Por supuesto, aquí estaré.

En cuanto Mark se encerró en el baño para lidiar con aquel repentino apretón, Sonia caminó hasta su cuarto. No le costó localizar su ordenador portátil y lo puso en marcha con rapidez. Al ver que estaba protegido con contraseña, conectó a él un pequeño dispositivo USB que contaba con un sistema operativo que le permitió saltarse la clave de seguridad y acceder a su contenido. Mientras el proceso de copiado estaba en marcha, se acercó al baño para comprobar que todavía seguía allí.

—Salgo enseguida. Algo me ha debido de sentar mal —le explicó él desde el aseo.

—Tranquilo, no te preocupes. No hay prisa. —Sonia regresó a la habitación para ver en qué estado se encontraba la copia de datos.

—¿Curioseando? —la sorprendió Mark, unos instantes más tarde.

Sonia se quedó paralizada por unos segundos, pero, por suerte, había tenido tiempo de desconectar el dispositivo.

—Es un piso con una decoración tan exquisita que no he podido resistirme. —Acarició una cómoda cercana al portátil con una mano, mientras deslizaba el dispositivo por debajo de la manga con la otra—. Discúlpame.

Mark sonrió.

—No, al contrario. Discúlpame tú a mí. He tenido alguna molestia estos días, pero lo de ahora me ha venido de golpe.

Sonia le quitó importancia. Dispuesta a salir de allí, se planteó dar una excusa de las que había preparado, pero no le hizo falta.

—Volvemos al sa… —intentó decir Mark antes de que el dolor de un nuevo retortijón lo paralizara—. Vaya, parece que…

—Mira, mejor descansa y recupérate, y acordamos vernos otro día —le dijo ella, de camino a la puerta de salida.

Mark se planteó pedirle que se quedara, pero, al percibir que si no corría al baño aquello podía ser todavía peor, afirmó con la cabeza.

—¡Te llamo en breve! ¡Lo siento! —Corrió hasta el aseo y se encerró en él.

Sonia salió del apartamento con una amplia sonrisa. Pese a que Mark la había sorprendido en la habitación, había salido airosa de aquel encuentro y, lo más importante, con la información que había ido a buscar. Aquella noche todo parecía salir según lo esperado, pero, una vez en la calle, su situación se complicó tras comprobar que Vicky no respondía a su llamada.

—¿Quién te crees que eres? ¡Hija de puta! ¡Es mío! —escuchó poco antes de que tirasen con violencia de la peluca que llevaba bien fijada a su pelo.

Sonia intentó girarse para ver a su agresor, pero no consiguió identificar a Rita, la secretaria de Mark, hasta que logró zafarse de ella en un brusco empujón.

—¡Pero ¿qué diablos haces?! —gritó, alejándose y dispuesta a llamar a la policía.

Aunque consiguió marcar el número, no tuvo tiempo de iniciar la llamada. El huracán Rita se lanzó sobre ella, le arrebató el teléfono y la lanzó contra el suelo. Después, la golpeó hasta que su hambre de violencia quedó satisfecha.

-2-

A la mañana siguiente, en medio del desastre que la propia Rita había dejado al destrozar el despacho de Mark, Dos agotó los tonos de varias llamadas hasta que su paciencia llegó al límite y terminó mandando un mensaje.

> **Dos:**
> Han destrozado tu despacho. ¿Qué cojones está pasando? ¿Por qué no estás disponible?

Mientras esperaba su respuesta, ordenó que dejaran el despacho como estaba y comprobó que las cámaras de seguridad habían sido desactivadas la noche anterior. Luego regresó a la organización tal y como había acordado con Violet. Pese a que había sido un gran descubrimiento, tocaba encargarse de Jacob.

Con el cuerpo del investigador desangrándose en el centro del pabellón, Dos se asqueó al leer la justificación que Mark le había enviado. En cuanto tuvo la oportunidad, no dudó en acercarse a Violet para hablar sobre él, pese a saber que tenía las de perder: Mark era su protegido y resultaba complicado cuestionarlo sin que se sintiera ofendida o atacada.

—Respecto a Tres, creo que ha llegado el momento de que tomemos medidas, está totalmente descontrolado —le explicó.

—Mándame un informe con lo ocurrido los últimos días —le

pidió Violet mientras se ponía el abrigo—. Nunca he tenido por qué desconfiar de él, pero, si resulta ser un problema, me encargaré de ello. El plan de Richard y las hermanas está por encima de cualquier otra cosa.

Dos asintió satisfecho y acompañó a Violet hasta la puerta. Casi al instante, recibió una llamada del propio Mark en la que le contó que se habían llevado su pistola y que habían accedido a su ordenador. Como tenía una clara sospechosa de lo ocurrido, no dudó en preguntarle por ella.

—¿Qué sabes de Rita? ¿Ha aparecido por allí? No consigo localizarla.

—No, no ha venido. Está con gripe —le comentó Mark.

—Llama a Jerry y dile que la busque.

—De acuerdo, lo hablaré con él.

En cuanto colgó, Dos volvió a lamentarse de que Mark formara parte de la misión. Que no se hubiera dado cuenta de que Vicky había comenzado a investigarlo podía tener un pase, pues nadie había previsto algo así, pero lo de su despacho tenía pinta de ser consecuencia de su incapacidad para mantener la bragueta cerrada. Sus descuidos y malas decisiones ya habían puesto en peligro a la organización con lo ocurrido con Silvia Becker y, en aquella ocasión, se había contenido con gran esfuerzo, pero, esta vez, con tanta implicación emocional y familiar de por medio, no lo veía tan claro.

Frustrado, fantaseó con hacer algo para quitárselo de en medio, pero sabía que era absurdo y contraproducente; en cuanto se llevara a Laura a Brasil de luna de miel terminaría su parte en la misión y lo perdería de vista.

Unos ejercicios de respiración lo ayudaron a dejar a un lado el enfado y pensó que era mejor ser práctico: hablaría con Jerry para que, además de a Mark, le comunicara a él cualquier novedad sobre el paradero de Rita por si el prometido de Laura volvía a meter la pata.

Pero no todo fueron malas noticias aquel día. Al revisar varias de las ubicaciones que Jacob les había facilitado, Cinco y Seis habían encontrado una invitación de boda de Laura y Mark en el interior de un periódico que Richard había dejado en uno de los escondites.

Confiando en que apareciese en el enlace, Violet ordenó poner cámaras en el club de campo y desplegar allí a casi todo el equipo. Salvo ella misma y Siete, que cumpliría su parte cuando Laura desapareciera, Dos, Tres (en el papel de novio), Cuatro, Cinco y Seis asistirían a la boda. Si Richard asomaba por allí, lo cazarían. Y así fue.

Dos no tuvo que esperar mucho para conocer cuáles habían sido los

últimos movimientos de Rita. Según pudo averiguar Jerry, en su última comunicación había informado de que estaba enferma, pero en lugar de enviarla a través del teléfono de la organización, lo había hecho mediante el correo electrónico del bufete y, desde entonces, no se había vuelto a saber nada más de ella. No obstante, eso no quería decir que no hubiera estado entretenida en las horas previas.

Partiendo de la hora en la que dejó la oficina, y gracias a la geolocalización que el móvil de la organización tenía, el informático había descubierto que, en vez de regresar a su casa, Rita se había dirigido al barrio en el que se encontraba el apartamento de Mark. Una vez allí, se había quedado en el exterior del edificio durante largo tiempo y aparentemente quieta.

Para comprobar qué había ocurrido durante ese tiempo, Jerry se coló en el sistema de cámaras de seguridad de un centro comercial cercano al apartamento de Mark, en cuyas grabaciones encontró que Rita había atacado a una mujer hasta dejarla inconsciente. Por el momento, no había podido identificar a la víctima.

—Si es tal como cuentas, hablamos de algo muy grave —se preocupó Dos—. Bloquea el acceso a esas imágenes, bórralas o cámbialas por un trozo en el que se vea otra cosa. Si la policía llega hasta ellas, no tardará en identificar a Rita y no los quiero ni investigándola a ella ni al bufete.

—Precisamente, respecto al bufete, usted tenía razón —señaló Jerry—. Después de golpear a esa mujer, Rita regresó a su casa y dejó el móvil de la organización allí, supongo que a sabiendas de que podía jugar en su contra. Aunque las cámaras del bufete estaban desactivadas, a través del sistema de vídeo que el departamento de tráfico tiene instalado en la ciudad, he comprobado que se pasó por la oficina. —Le mostró imágenes de lo que le contaba.

—Entonces, está claro que Rita destrozó el despacho de Mark —teorizó Dos.

—No del todo —le corrigió Jerry—. Esa misma noche, otra persona entró en el edificio antes que ella. —Le enseñó un vídeo de Vicky colándose.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó, pues en aquellas imágenes no se identificaba a la hermana con claridad.

—Por el momento, no. He llegado a Rita porque sospechaba de ella, pero tengo que trazar el recorrido del otro sujeto. Es lo siguiente en lo que me pondré.

Dos se marchó del despacho de Jerry confiando en que daría con la identidad de esa persona en cuestión de horas, pero un imprevisto se llevó por delante cualquier intento del informático por seguir trabajando: el virus que Tom había introducido en el sistema lo dejó sin margen de maniobra.

El sistema informático de la organización permaneció bloqueado hasta la medianoche, pero no por ello dejaron de ocurrir cosas aquel día, y todas estuvieron relacionadas con Mark, de una manera u otra.

Por la mañana, fue testigo del encuentro entre Vicky y Cynthia Becker en San Francisco, a través de un dron. Más tarde, recibió un mensaje amenazador en su móvil, que, a causa del reciente ataque al despacho, no dudó en relacionar con Rita. Supo que estaba en lo cierto cuando se pasó por su apartamento y vio que, además de vaciarlo, se había marchado dejándole otro aviso en forma de nota.

Lo siguiente que hizo fue agredir a Vicky y disparar a Jeff por entrometerse. Regresó a la organización poco después de que Tom hubiera revertido en gran medida el efecto de su virus.

Preocupado por los documentos que Cynthia había facilitado a Vicky y que él había encontrado en su maleta, pidió a Jerry que se hiciera cargo de ellos y que eliminara de una vez los registros sobre su antigua vida que aún permanecían en la red.

—¿Estás seguro de que no será más sospechoso si los borramos de repente? —le sorprendió Dos—. Ya viste que Cynthia hizo todo lo posible por mantenerlos visibles cada vez que lo intentamos. Además, hay periodistas y gente con la que te relacionabas que también accedió a ellos. No le des mayor importancia, si no ha pasado nada hasta ahora, es porque no hay nada que puedan usar.

Mark asintió, resignado. Le entregó a Jerry el móvil de Vicky y le pidió que lo revisara por si había algo que les pudiera perjudicar. Dos se dio cuenta de que lo habían herido.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Ha sido en mi encuentro con Vicky, se ha resistido más de lo esperado, pero al final ha acabado en el río, tal y como habíamos planeado. No hay nada de qué preocuparse.

—¿Estás seguro? Has tenido que sangrar, habrá que enviar a un equipo a limpiar la zona, y no he visto que se haya presentado ninguna solicitud al respecto.

—Solo han sido unos rasguños. Parece más de lo que es. No es necesario destinar tantos recursos para algo así. Además, de lo poco que haya podido caer ya se está encargando la lluvia. —Señaló una claraboya en la que se oía cómo las gotas chocaban con el cristal.

Dos torció el gesto, pero no insistió con ese tema: había algo mucho más evidente y voluminoso de lo que encargarse.

—Queda pendiente solucionar lo del segundo cuerpo —le recordó con relación a Jeff—. ¿Qué has hecho con él? He mirado en el depósito, pero no he visto nada.

—He considerado que tenía más sentido que acabara en el mismo lugar que Vicky —señaló Mark.

—¡¿Cómo?! ¡El plan consistía en fingir que Vicky había tenido un accidente! Si encuentran el cuerpo de su jefe, todo se viene abajo. ¡¿En qué narices estabas pensando?! ¡Voy a tener que pedir a Cuatro que organice una búsqueda esta misma noche! —Localizó su teléfono, dispuesto a llamarlo.

—No hará falta. Se me ha ocurrido algo. —Dos detuvo la llamada—. Si llegan a encontrarlos, filtraremos que tenían una relación y que fue una muerte pasional. Él la golpeó hasta matarla, después se pegó un tiro. Para cuando me relacionen con algo, si es que lo hacen, ya estaré en Brasil, sin Laura, e ilocalizable.

Dos permaneció callado. Estaba furioso con Mark, pues había sido muy irresponsable al cargarse a Jeff sin avisar, y más si cabe lanzándolo al río, pero lo que le planteaba no le parecía descabellado. Pensando en las ganas que tenía de perderlo de vista, Dos vio, a través de una de las pantallas que Jerry tenía en la sala, que alguien que hasta entonces había perdonado todas y cada una de sus meteduras de pata entraba en el pabellón. Tendría que confiar en Mark y su estrategia, pues Violet había convocado al equipo y no soportaba que la hicieran esperar.

Tras aquella reunión en la que además de repartir las recompensas se dio la bienvenida a Siete, Violet pidió que la dejaran a solas con Mark, argumentando que tenía que hablar con él sobre un detalle de la boda. Dos asintió sin rechistar, pero las sonrisas de complicidad que vio entre ambos antes de marcharse lo hicieron rabiar por dentro. Parecía evidente que tendría que seguir lidiando con la imprudente y chapucera forma de actuar de Mark el resto del tiempo que continuara trabajando con ella.

Fue poco después, mientras realizaba una visita a la sala en la que almacenaban parte de las armas y de la munición, cuando lo tuvo claro: había llegado la hora de hacerlo.

Capítulo 26:
Érase una vez un chico (I)

En la habitación principal de una modesta casa estadounidense, decorada con motivos canadienses, un bebé se entretenía mirando el móvil colgante de su cuna. Junto a él, en una cama cercana, se encontraban sus padres. Rodeados de ceniceros repletos de colillas y cajas de medicamentos a medio usar, dormían profundamente hasta que sonó el timbre. Primero con intervalos de espera, luego con insistencia.

Al no recibir respuesta, las llamadas dieron paso a repetidos golpes en la puerta que, entonces sí, despertaron a la madre del bebé. Al fijarse en la hora que marcaba el reloj de su mesilla, su corazón se aceleró.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —dijo para sí—. ¡Ya voy! —gritó después con fuerza.

Su marido solo se despertó cuando ella le pellizcó uno de los brazos, cuyas marcas en la piel evidenciaban un consumo regular de drogas inyectables.

—¡Recoge todo lo que puedas, intentaré entretenerla! ¡Vamos!

—¿Qué? ¿Qué dices? —preguntó él, con la voz tomada.

—¡La asistente social! ¡Nos hemos quedado dormidos!

El padre del bebé salió de la cama de un salto al tiempo que el timbre volvía a sonar.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó ella con insistencia, vistiéndose lo más rápido que podía.

Mientras su marido recogía parte de la casa, abrió la puerta. La asistenta social no parecía muy contenta.

—Buenos días. Disculpe la espera, no descansamos mucho desde la llegada del bebé y nos hemos quedado dormidos. Ya sabe…

La trabajadora de servicios sociales, que llevaba una cruz colgando sobre su jersey, asintió, pero no parecía muy convencida. La madre del pequeño intentó retrasar su entrada, consciente de que su marido necesitaba tiempo para adecentar la casa.

—Uy, ¿y eso? ¿Cuándo lo han puesto? —Señaló hacia un lado de la calle—. ¿Le suena a usted?

La asistente social miró en la dirección que indicaba, pero, como no entendía a qué se refería, trató de entrar. La madre insistió con un gesto, haciéndola suspirar.

—No soy de la zona, para mí todo es nuevo, ¿podría entrar ya?

—le pidió, harta de esperar—. Me gustaría conocer al niño.

La madre del bebé echó un vistazo hacia el interior. Al ver que su marido ya estaba vestido, levantó la barrera.

—¡Por supuesto! ¡Adelante, adelante! —le dijo con una sonrisa que se transformó en preocupación al observar que en la sala todavía quedaba ropa sucia y algunos envases sin recoger, además de varios ceniceros que no les había dado tiempo a vaciar.

Tras un gesto de su mujer, el padre del bebé se ocupó de todo con el mayor disimulo posible, al mismo tiempo que la asistente social exploraba la vivienda torciendo el gesto y tomando notas en una hoja que sacó de su carpeta. Cuanto más apuntaba, más nerviosa se ponía la madre.

—¿Le puedo ofrecer algo para beber?

—Gracias, pero no hace falta —contestó la mujer, seca.

La madre asintió y miró a su pareja en busca de alguna idea, pero ninguno de los dos sabía qué podía contentar a aquella trabajadora.

—¿Y el niño? —preguntó entonces.

El padre del bebé corrió a la habitación, dejándolas a solas de nuevo. Mientras esperaban, ambas forzaron una sonrisa. Aprovechando que la asistenta repasaba sus notas, la madre se encargó de esconder bajo el sofá un trozo de comida con una rápida pero eficiente patada. El padre regresó con el niño en brazos.

—Pero ¡qué preciosidad! —exclamó la asistenta social al ver su carita—. ¿Puede haber algo más bonito que esto? —Sonrió por primera vez desde su llegada.

La madre vio una oportunidad de ablandarla.

—¿Quiere cogerlo en brazos?

—Es muy amable, pero no es necesario.

Al repasar el formulario, se extrañó al encontrar vacía una de las casillas más importantes.

—Veo que dio a luz en casa —compartió con la madre—, pero no tengo el nombre del bebé en mis datos. ¿Han decidido cómo se va a llamar?

Los padres asintieron convencidos.

—Sí, se llamará Sean —dijeron a la vez.

Capítulo 27:
Ángeles y demonios

-1-

Pese a que el agente Wells no estuvo de acuerdo, el inspector Thompson se decidió por Vicky. No podían acusarla de asesinato, pero tenían pruebas para conseguir que la condenaran, como mínimo, a prisión provisional por colarse en una propiedad privada. Además, con ella entre rejas, confiaba en que Rita se sintiera segura y terminara exponiéndose.

Con aquella detención, Thompson sintió que por fin se había hecho con el mando de la investigación, pero no tardó en darse cuenta de que estaba muy equivocado. Según le trasladó el agente Wells, un testigo acababa de declarar que, unos días antes de la boda, había visto a Angela en el exterior de una galería de tiro hablando con un hombre. En aquel momento le llamó la atención, ya que la conocía de varios eventos sociales, pero, pese a que nunca habría esperado verla en un lugar así, prefirió reprimir su curiosidad y no perder el tiempo en imaginar qué hacía allí. Al enterarse de lo ocurrido con Mark y de la relación que los unía, consideró que debía contarlo.

Aunque Wells ya la había señalado como posible sospechosa, fue la primera vez que Thompson tuvo que dar su brazo a torcer y aceptar que había llegado la hora de investigarla a fondo. Como en el caso de Vicky, sabía que Angela no había podido llevar a cabo el asesinato de Mark por sí misma, pero quizá había encontrado en aquella galería de tiro a alguien que estuviera dispuesto a hacerlo a cambio de una generosa suma de dinero.

Al día siguiente, en cuanto obtuvo la orden judicial que le permitía entrar allí, se desplazó hasta la galería. Esperaba encontrar respuestas sobre la presencia de Angela en el lugar varias semanas antes, pero, al acercarse a la entrada, se extrañó al ver a un grupo de gente que gesticulaba y se quejaba. Al parecer, el sistema informático se había caído, según decían, por un corte de luz, y ni siquiera se podía acceder a las instalaciones, pues todo estaba informatizado. Cuando se le comunicó que probablemente necesitarían gran parte del día para solucionarlo, Thompson pensó que le estaban tomando el pelo, pero enseguida tuvo que aceptar que, por desgracia, no era así.

Regresó a la oficina y convocó al agente Wells para revisar la información relacionada con Angela que habían recabado, por si había algo que les permitiera avanzar.

—Lo cierto es que al repasar las declaraciones del día de la boda y de los días posteriores he encontrado dos cosas que me han llamado

la atención —le explicó su ayudante. Thompson se sorprendió—. Me refiero a un detalle que nunca terminó de encajarme y a una testigo a la que no prestamos demasiada atención. Debido a que estaba muy nerviosa aquel día, se le hizo un breve interrogatorio, pero no se ha vuelto a hablar con ella. No digo que tirando de estos hilos vayamos a conseguir gran cosa, pero creo que tampoco deberíamos ignorarlos. Sobre todo porque ambos apuntan a Angela, y uno de ellos la relaciona con Rita.

—¿De qué narices estás hablando? —preguntó Thompson, molesto ante tanto misterio.

—La primera de ellas la resumo en una pregunta —Wells irritó más si cabe a su superior—: ¿Qué impulsaría a Rita a avisar a Angela y exponerse de aquella manera?

—Teniendo en cuenta cómo le dio la paliza a Sonia, y que es muy posible que matara a Mark, está claro que estaba desequilibrada y que era capaz de cualquier cosa. Me encaja perfectamente —apuntó el inspector.

Wells no lo veía tan claro.

—Al principio pensé que podía ser algo que Angela se hubiera inventado para desviar la atención sobre su hija, pero me he dado cuenta de que estaba equivocado. Creo que Vicky dice la verdad y no tiene nada que ver con esto. En ese encuentro, Angela y Rita podrían haber establecido un vínculo que se convirtiera en el detonante de lo ocurrido después. Quizá volvieron a quedar y acordaron entonces asesinar a Mark.

—Pero, si es como tú dices, ¿qué sentido tiene que Angela confesara ese primer encuentro?

—Desviar el foco hacia Rita —le desveló a su superior, que seguía igual de perdido—. Me explico: creo que la paliza de Rita a Sonia sí fue por celos. Precisamente por eso, consciente de que la policía descubriría el ataque antes o después, optó por desaparecer y accedió a que Angela la usara en su beneficio. A cambio de eso, la señora Holt le aportaría los recursos necesarios para escapar y mantenerse oculta. Una vez a salvo, cuanto más sospechosa pareciera ella, menos lo parecería Angela.

El inspector negó con la cabeza, pues no lo veía claro. Aunque tampoco quería asumir que Wells hubiera llegado a esa conclusión antes que él.

—Pero ¿por qué iba a hacer la señora Holt algo así? —insistió Thompson.

—Se me ocurren unos cuantos motivos, pero el principal es que, al descubrir que Mark no era el hombre que ella quería para Laura, temiera por la vida de su hija. Debió de enterarse por Rita de lo ocurrido en San Francisco con Silvia Becker y aquello la tuvo que

revolver por dentro. Tanto como para hacer lo que fuera necesario.

—Entonces, ¿crees que Rita y Angela lo organizaron todo?

—Sí. Ambas acordaron el plan; una lo ejecutó y la otra puso el dinero y se quedó a aguantar el chaparrón.

Thompson se negó a reconocer que aquello podía tener sentido y se enfocó en otro detalle pendiente.

—Has dicho que había una testigo a la que no prestamos demasiada atención en su momento. ¿A quién te referías?

—A alguien que conoce muy bien a la señora Holt —afirmó Wells, sonriente.

Veinticuatro horas después de que el sistema informático de la galería de tiro se cayese, Thompson pudo acceder a las instalaciones, a los vídeos de las cámaras de seguridad y a las bases de datos de los clientes. No tuvo grandes dificultades para localizar a Angela entre las imágenes del día exacto en el que el testigo había dicho haberla visto, y fijó su atención en los hombres que tenía a cada lado. Uno era un antiguo policía que seguía practicando su destreza con las armas pese a que ya no estaba en activo. El otro se trataba de un investigador conocido como Stanton, que se correspondía con la descripción que el testigo había dado a la policía.

Mientras tramitaba una orden de registro, tanto para la casa de Angela como para la de Stanton, Thompson recibió como un jarro de agua fría que Vicky había sido puesta en libertad gracias al concienzudo trabajo de su abogada. A las pocas horas, en cuanto Angela abrió la puerta, se encontró con el inspector y una orden de registro frente a su rostro.

Al conocer que aquello se debía a la muerte de Mark, insistió en que no tenía nada que ocultar, pero que tampoco encontrarían nada allí. Lo cierto era que no se equivocaba en eso, pues no hallaron nada útil en casa de las hermanas. En cambio, no fue así en el otro registro simultáneo que llevaron a cabo ese día.

Un rato más tarde, al ver que Thompson regresaba a la comisaría del distrito de Edmonton, Wells recorrió la distancia que separaba su cubículo del despacho del inspector.

—Tengo algo gordo —le dijo, emocionado.

—No eres el único —dejó caer Thompson—. Estuviste acertado en tu diagnóstico de ayer, aunque solo en una parte. Angela lo organizó todo, pero no fue Rita quien la ayudó. Los de la científica han encontrado una carpeta en el ordenador del investigador privado con el que habló fuera de la galería de tiro. Al parecer, el tal Stanton graba las conversaciones telefónicas que tiene con sus clientes y, entre ellas, hay dos con Angela. Una es muy reciente, pero solo dicen que tienen que quedar. Sin embargo, hay otra del mismísimo día de la boda, poco antes de que mataran a Mark.

Thompson reprodujo la grabación de voz en su teléfono móvil. Wells escuchó, atento.

—*¿Has encontrado algo?* —preguntaba Angela a Stanton.

—*Hay algo raro en su lugar de trabajo, parece peligroso* —le explicó el investigador.

—*¿Estás seguro? Se casan en unos minutos.*

—*Su hija corre peligro. Si me da la aprobación, activo todo.*

—*De acuerdo. Llegados a este punto, no quiero dejar ningún cabo suelto* —añadió Angela antes de colgar.

—¡Estaba todo preparado! —señaló Thompson—. ¡En cuanto el investigador confirmó las sospechas de Angela, ella no tuvo ninguna duda sobre lo que había que hacer!

Minutos después de que el agente Wells escuchara ese audio, Angela volvió a abrir la puerta. La policía estaba allí para detenerla.

-2-

Tras una desesperante noche en la que fue incapaz de conciliar el sueño más de una hora seguida, Vicky acudió al despacho de Amanda, la abogada que solo unas horas antes la había sacado de la cárcel, para rogarle que se hiciera cargo del caso de su madre. Más tarde, cuando tuvo conocimiento de las pruebas con las que se la acusaba, acudió a la casa familiar para hablar con Theressa.

—Pero ¿qué tienen contra ella? —quiso saber su hermana.

—Hay una grabación telefónica en la que mamá parece dar la orden para que maten a Mark, y, además, hay un testigo que ha apuntado hacia ella —le desveló Vicky—. Escuchó cómo lo amenazaba de muerte poco antes de que lo asesinaran.

Theressa alucinó.

—¡Pero ¿por qué alguien se iba a inventar algo así?!

Vicky se encogió de hombros.

—No me lo inventé —dijo una voz femenina.

Las hermanas se giraron sorprendidas al oír aquella voz tan familiar. Norine, con las bolsas de la compra en las manos, estaba de regreso.

—¿Por qué dices eso, Norine? —le preguntó Vicky en un tono que intentó que sonara calmado.

La criada apoyó la compra en el suelo y frotó sus manos. Temía hacerles daño con lo que les iba a contar.

—El día de la boda estaba muy impresionada por lo ocurrido y apenas me tomaron declaración, pero ayer me volvieron a llamar e insistieron mucho en que debía pasarme por comisaría —les explicó, angustiada—. Una vez allí, un agente de policía, que debo decir que era encantador, me llevó a una pequeña sala para que pudiéramos

charlar a solas.

—Pero ¿estás segura de que mamá lo amenazó? —quiso saber Theressa.

—Me gustaría decir que no, pero así fue. Lo escuché al acercarme para entregarle el teléfono a vuestra madre. Se lo había dejado en el bolso y no paraba de sonar. Pensé que podía ser urgente.

—¿Quién insistía tanto? —se interesó Vicky.

—No es que suela mirar, pero me suena que era un número oculto. —Las hermanas torcieron el gesto a la vez—. Yo no tenía intención de mencionar lo de la amenaza. De hecho, en un principio solo conté que me acerqué, que los vi hablando y me marché, pero el agente parecía muy interesado en conocer el contenido de la conversación. También si noté algo raro en vuestra madre ese día —les contó—. Al ver que insistía tanto con ella, le aseguré que la señora Holt no había tenido nada que ver con lo de Mark y le rogué que se centraran en otra persona. Fue ahí cuando me contó que ya tenían a una y que había sido detenida hacía dos días. —Centró su mirada en Vicky—. Al saber que era usted a quien habían encarcelado, me puse muy nerviosa y les conté lo que escuché. Vuestra madre le dijo a Mark que, si se enteraba de que hacía daño a Laura, lo mataría, y que no bromeaba —relató acongojada.

Theressa se llevó las manos a la boca y miró alucinada a Vicky. Ella se concentró en escuchar lo que Norine tenía que contarles.

—Angela puso una cara muy rara mientras hablaba por teléfono y…, no sé. Solo conté lo que vi. Me pongo muy nerviosa con las autoridades, y el agente fue muy claro: si ocultaba algo, se enteraría y la que podría tener problemas sería yo —les contó, al borde del llanto —. Sé que la señora Holt no sería capaz, pero lo dijo con tanta rotundidad…

Theressa se dejó caer en el sofá. Vicky se acercó a la criada para consolarla.

—Todo esto no es más que un gran malentendido. No te preocupes, Norine, ya verás cómo lo solucionamos. Verdad, ¿Theressa?

Al verse reclamada por su hermana, la escritora trató de asentir, pero la mezcla de sorpresa, decepción y tristeza que sentía se lo impidió. Nada de lo que estaba pasando tenía sentido.

-3-

Estimada Laura:

Es muy posible que, cuando termines de leer esta carta, me odies con todas tus fuerzas y me parece bien, pues no pretendo ganarme ni tu amistad ni tu

simpatía. Sé que con el tiempo entenderás que es el mejor regalo que podía hacerte. No es la primera vez que intento hablar contigo, pero supongo que cada cosa llega a su debido tiempo.

Ha llegado la hora de que conozcas la verdad y no me voy a andar con rodeos: lo que viviste con Mark formaba parte de un engaño. Ni las miradas con las que te sedujo ni los besos con los que te reconfortó; ni las caricias con las que te excitó ni las sonrisas con las que te enamoró cada día más. Nada de aquello fue real.

Me contó todos tus secretos. Bueno, por lo menos, los que tú le contaste a él. Esa mancha en tu pierna derecha de la que tanto te avergüenzas, el cliente que intentó propasarse contigo en una de las habitaciones que le habías decorado, el miedo que te daba que la magia que había entre vosotros desapareciera una vez os mudarais a Brasil…

Me hablaba de eso antes o después de desnudarme con pasión y mantener relaciones sexuales conmigo, y decoraba cada anécdota con muecas de asco o sonrisas fanfarronas. Y yo sonreía, me convertía en su cómplice, porque estaba convencida de que era a la que verdaderamente amaba y de que nunca sería capaz de hacerme algo así. Pero qué equivocada estaba.

Consciente de su encanto y del efecto que produce en las mujeres, me sedujo y me prometió que era la única hasta que se cansó de mí. Después, empezó a darme largas, a mostrarse esquivo en el trabajo y a rechazar mis llamadas fuera de este. Al final, actuó como si nunca hubiera ocurrido nada. Supongo que confiaba en que yo reaccionara de la misma manera, pero, para su desgracia, nunca me consideré una persona sumisa y obediente.

En el momento en el que escribo esta carta estoy dominada por un sentimiento contradictorio. Por un lado, aunque he intentado hacerle pagar por lo que me ha hecho, no he conseguido saciar mi sed de venganza y siento un deseo irrefrenable de enfrentarme a él por última vez. Por otro, sé que lo mejor que podría hacer es largarme lo más lejos posible y confiar en que no volveré a cruzármelo en la vida.

Te cuento todo esto para que reacciones y pienses qué es lo mejor para ti. Da igual si os habéis casado y estáis a punto de viajar a Brasil. Hemos sido víctimas de un hombre depravado y sin escrúpulos que no dudará en hacer lo que sea necesario para lograr sus objetivos, incluyendo deshacerse de ti, en caso de que en algún momento sienta que eres un estorbo para sus planes. Seguramente, tu hermana, la periodista, te haya hablado de su anterior vida, en San Francisco. Hazle caso y protégete si no quieres acabar como su antigua mujer.
¡¡Huye de él!!

Aquella mañana, horas más tarde de leerla por primera vez, Laura regresó a aquella carta con la esperanza de encontrar algo que la convenciera de que todo había sido un malentendido y de que en ese escrito se hablaba de otro Mark y de otra mujer que no era ella. Sin embargo, la mención del incidente en el que un cliente se propasó con ella se llevó por delante esa posibilidad, pues no se lo había contado ni a Theressa, solo a él.

Aunque sabía que lo más sensato era ponerla en manos de la policía, ya que podía ser importante para la investigación en marcha, la humillación que sentía por lo que se contaba en ella la llevó a romperla en trozos incluso más pequeños que los de la primera vez que la leyó. Después, sin pensárselo dos veces, los lanzó al retrete y tiró de la cadena para que desaparecieran de su vista para siempre.

Un sudor frío recorrió su cuerpo al considerar que había cometido un gran error, pero no dispuso de demasiado tiempo para regodearse en aquel arrepentimiento. Un repentino malestar la obligó a ponerse de rodillas y soltar lo poco que había cenado la noche anterior.

Se recostó sobre la cama, abrazada a un cojín, con el fin de descansar un poco, pero una inusual sensación de calor se apoderó de ella, por lo que se deshizo de parte de su ropa para hallar algo de alivio.

Cada vez más agobiada, pues, tras el vómito y los sofocos, apareció un creciente dolor en su nuca, abandonó la habitación y se desplazó, lo más rápido que su malestar le permitió, hasta la terraza situada en uno de los jardines de aquel exclusivo hospital. Se sentó en uno de los banquitos individuales que había a disposición de los usuarios y respiró profundamente varias veces hasta que la incomodidad fue desapareciendo.

Más calmada, pensó en un encuentro que había tenido, justo allí, el día anterior, y llegó a la conclusión de que su cuerpo había

comenzado a manifestar algo que ella había ignorado por miedo a no ser capaz de gestionarlo. Si seguía en aquel lugar, no solo tendría que lidiar con sus dramas mentales: terminaría enfermando. Debía abandonar el hospital lo antes posible.

-4-

Aunque la primera conclusión a la que Vicky llegó fue que su madre se había ganado su confianza para que no la delatara en caso de descubrirla, no tardó en aferrarse a una pequeña esperanza de que pudiera estar equivocada.

A la espera de escuchar la supuesta grabación de la que Amanda le había hablado, y a pesar del sentido testimonio de Norine, sentía que su madre no era responsable de lo que se la acusaba. Por lo menos, de nada que tuviera que ver con la muerte de Mark. Pese a que intentó visitarla en persona, en pleno Año Nuevo y con su ingreso tan reciente, tuvo que conformarse con una llamada.

—Hola, mamá, ¿cómo te encuentras? —preguntó, con voz temblorosa en cuanto el operador transfirió su llamada a la cárcel en la que se encontraba Angela.

—Disfrutando de un…, ¿cómo lo definiría?, exótico cumpleaños.

—Sí, perdona, pensaba felicitarte, pero no sabía si te iba a molestar. Sé que no te gusta cumplir años, y en una situación así…

—Bueno, todo tiene su lado positivo. Al enterarse, una de las oficiales me ha traído un tarro de crema hidratante extra como regalo. En el fondo, no me puedo quejar. —Soltó una risa nerviosa.

—Está bien que te lo tomes con humor, pero, de verdad, ¿estás bien?

—Que sí, mujer. Me imaginaba algo terrible, pero tengo mucho tiempo para leer, más que en casa, ¿te lo puedes creer? —Vicky sonrió, pero sabía que solo le contaba una parte—. ¿Qué tal tus hermanas? ¿Has intentado arreglar las cosas con Laura?

—No, creo que por ahora es mejor dejarla tranquila. Theressa está un poco sobrepasada, y a Nita, de momento, le he hemos dicho que has tenido que marcharte por una urgencia con un familiar que ella no conoce.

—Me parece bien, aunque espero que esta metedura de pata se resuelva pronto, porque no tiene ningún sentido que yo esté aquí mientras haya un asesino suelto por ahí.

—Mamá, dicen que hay una grabación en la que das la orden de…

—¡Chorradas! ¿Resulta que ahora soy la jefa de la mafia? ¿Que voy ordenando que maten a gente así como así? Sigo esperando a que me dejen escuchar lo que usan en mi contra. No sé qué retorcida

mente habrá interpretado algo así ni cómo ha grabado alguien una supuesta llamada conmigo, pero, vamos, es de risa.

—¿De verdad que no sabes de qué conversación hablan?

—Ni idea, Vicky. Aun así, lo que más me intriga es saber quién me ha acusado. Amanda está apretando para que se lo digan, pues no parece muy legal que nos lo oculten. ¿Tú sabes algo?

Vicky se quedó en silencio.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, mamá. —Emitió un leve carraspeo—. Todo se ha debido a un malentendido.

—¿Has sido tú? ¿Pero qué narices les has dicho?

—No, no. Yo no he tenido nada que ver. Pero hay una persona que te escuchó hablando con Mark. Al parecer, amenazabas con matarlo si hacía daño a Laura. ¿Fue por lo que te dijo Rita aquella noche?

—Así es, estaba muy preocupada y me enfrenté a él para ver si había algo de cierto. Cualquier amenaza que le hiciera fue para asustarlo, nada más. Me crees, ¿verdad?

—Sí… Sí, sí. Por supuesto.

—¿Quién pudo escucharnos …? ¡¿No me digas que estoy aquí por una grabación absurda y la acusación de una criada histérica?! —Rompió a reír a carcajadas.

Vicky dejó que su madre soltara tensión riendo, pero un mensaje de Amanda, que tuvo que releer varias veces, se hizo con su atención.

—Mamá, ¿tienes una pistola a tu nombre?

—¿A qué te refieres?

—Creo que la pregunta es bastante precisa.

Angela se tomó unos segundos antes de contestar.

—La tuve, pero me deshice de ella.

—Pues parece que la policía la ha encontrado en casa de un detective privado que, casualmente, lleva desaparecido varios días. ¿Hay algo de todo esto que tenga sentido para ti?

Angela volvió a quedarse en silencio. Se aclaró la voz para contestar.

—No sé por qué habrá desaparecido, pero para el resto puede que tenga una explicación —reconoció, algo cortada. Luego le contó lo ocurrido en su primer encuentro con Stanton.

—¿También en quitar a alguien de en medio? —le lanzó Angela.

—¿Es eso lo que usted necesita? —le devolvió él.

—Por supuesto que no. Pero quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar —contestó ella, siguiendo el juego con el que ambos trataban de medir las intenciones del otro.

Dudó por unos instantes, pero lo invitó a entrar en una cafetería cercana. Allí, con un par de tazas de café sobre la mesa, buscó en su

teléfono móvil mientras Stanton esperaba en silencio.

—¿Podría investigar a este hombre? —Le mostró una foto de Mark—. Necesito saber si mi hija está cometiendo el mayor error de su vida al casarse con él.

Angela detuvo su relato para pedir, con la excusa de que era su cumpleaños, que le permitieran alargar aquella llamada. En cuanto logró cinco minutos más, continuó.

Al día siguiente de aquella petición a Stanton, Angela increpaba a Mark en el jardín del club de campo cuando Norine los interrumpió.

—Lo siento, señora, pero su móvil no dejaba de sonar y… —Le entregó el teléfono. Angela se hizo con él, lanzó una mirada fulminante a Mark y se alejó. Contestó al ver que era una llamada de Stanton.

—¿Has encontrado algo? —se interesó, sin dejar de observar a Mark desde la distancia.

—Tengo algunas pistas, pero necesitaría más tiempo —le explicó el investigador—. Hay algo raro en su lugar de trabajo, pero sobre él no he podido conseguir mucha información. No obstante, no parece peligroso.

—¿Estás seguro? Se casan en unos minutos.

—Hasta el momento no hay ningún indicio que me haga sospechar que su hija corre peligro, pero seguiré en ello. Si me da la aprobación, activo todo: vigilancia veinticuatro horas, antecedentes, historial médico…

—De acuerdo. Llegados a este punto, no quiero dejar ningún cabo suelto —añadió antes de colgar.

—Pero, entonces, ¿por qué han encontrado tu arma en su casa? —quiso saber Vicky.

—Según Stanton, corría más peligro con ella en mi poder. Al parecer, no tengo tanta destreza como me gustaría para usarla. —Vicky asintió, pero no terminaba de convencerse. Angela lo notó—. Te prometo que te digo la verdad. Eso es todo lo que ha pasado.

Capítulo 28:
Bajo la superficie (II)

-1-

Al ver que había dejado a Sonia inconsciente, Rita le quitó el teléfono y huyó con celeridad. Llena de una ira que no conseguía aplacar, se desplazó hasta su trabajo y se desquitó con el despacho de Mark. En medio del destrozo, se encontró con la pistola que él guardaba en uno de los cajones y se la llevó por si podía serle útil.

Ya en su apartamento, cuando la rabia le permitió darse cuenta de lo que había hecho, tuvo claro que debía desaparecer. Pero no quería huir sin quedarse satisfecha, por lo que diseñó un plan que le sirviera para salvarse el pellejo y, al mismo tiempo, culminar su venganza.

A dos días de la boda, avisó en la oficina de que había pillado la gripe y abandonó su apartamento, en el que dejó una nota amenazante para Mark. A continuación, reservó una habitación de hotel para dos noches y se acercó hasta un trastero en el que ocultaba todo lo que no quería que nadie conociera o que, simplemente, no cabía en su casa. Además del arma, dejó la ropa con la que se había colado en el despacho de su amante.

Como última acción del día, visitó la casa de las hermanas para hablar con Laura, pero terminó forcejeando con Angela, a quien, sin embargo, le dejó claro que Mark era un peligro para su hija.

Por la mañana, contactó con una amiga de Vancouver para que la acogiera en su casa y le mandó un mensaje a Mark, a través de un móvil desechable que destruyó nada más enviarlo. Pretendía atraerlo hasta su piso para que se encontrara con la nota y jugar con él, tal y como su amante lo había hecho con ella.

El día de la boda, ya en el aeropuerto, mientras esperaba que les dieran permiso para subir al avión, escribió una carta dirigida a Laura en una libreta que llevaba en el bolso. En un principio, solo consistía en un ejercicio de desahogo y no pretendía hacer nada más con ella, pero al final se lanzó. Adquirió un sello y un sobre cuyo remite dejó vacío, preparó la carta y la introdujo en el buzón del aeropuerto.

A punto de embarcar, se dio cuenta de que, pese a todo lo que había hecho, todavía se sentía llena de rabia y abandonó el aeropuerto en un impulso. Necesitaba enfrentarse a él, cara a cara, antes de desaparecer para siempre.

Un taxi la llevó hasta el club de campo. Allí, se dirigió a Josh, al que había confundido con Mark, y fue testigo del encuentro entre este último y Angela, que discutían a unos metros de distancia. Aquello la

hizo sentirse satisfecha, pero, en cuanto vio a Cuatro merodeando por allí, sintió que acababa de cometer un terrible error y se marchó, apresurada. Confiaba en que ningún miembro de la organización se hubiera percatado de su presencia.

A punto de abandonar las instalaciones, un hombre la inmovilizó inyectándole un sedante en el cuello. Se trataba de Dos.

-2-

Al mismo tiempo que los trabajadores del club de campo se esmeraban en que todo estuviera listo para el enlace, los miembros de la organización seleccionados para aquella misión se desplegaron por el lugar con el objetivo de atrapar a Richard. Cinco y Seis permanecieron en el exterior. Dos y Cuatro se colaron entre los asistentes.

Mientras pensaba si el padre de las hermanas sería tan imprudente como para aparecer por allí, Dos se encontró con una petición que había sido ejecutada en muy pocas ocasiones: Mark había solicitado un código negro para Rita, una simbólica manera de advertir de que suponía un grave peligro para todos. Preocupado por lo que pudiera haber pasado, se sorprendió al ver a la secretaria a unos metros de él, charlando con Josh y a plena vista.

Vigiló sus movimientos de cerca, pues temía que cometiera alguna nueva locura. Al ver que se marchaba con prisa, recorrió la distancia que los separaba a través de un acceso solo autorizado para el personal del complejo. En cuanto la alcanzó, la sedó y la metió en su coche.

Minutos después, a varios kilómetros del club de campo y dispuesto a comunicar que la tenía, recibió una llamada de Cuatro en la que supo que Richard había sido capturado, pero que, a su vez, habían oído disparos dentro del recinto. A través de una posterior llamada de Jerry, averiguó que se había producido un atentado en el que Mark había muerto y que la principal sospechosa era Rita.

Consciente de que ella no había podido ser, pues se la había llevado de allí antes de que todo eso ocurriera, Dos recordó una conversación que había mantenido con Violet solo dos días antes. En ella, le pedía un informe sobre lo que Mark había hecho los días previos y le aseguró que, si resultaba ser un problema, se encargaría de él, pues el plan de Richard y las hermanas estaba por encima de cualquier otra cosa.

¿Habría sido la propia Violet la encargada de quitar a Mark de en medio por algo más grave que él desconociera o al leer el informe que le escribió? En ese caso, ¿por qué no le había contado nada de lo que iba a hacer? ¿Quería eliminarlo, pero le daba reparo que él lo supiera?

Dos finalizó la llamada con Jerry pidiéndole que se centrara en buscar a Rita para ganar tiempo y tratar de entender qué estaba pasando. Hasta que descubriera quién era el verdadero asesino de Mark, él seguiría su propio plan y, aprovechando que estaba sedada, en él incluiría a Rita: una baza que se guardaba, pero que no dudaría en usar a su favor llegado el momento.

-3-

De regreso a la organización, con Rita en una de las habitaciones de su casa (bajo llave y sedada con una dosis mayor), Dos llamó a Violet para hablar de lo ocurrido en el club de campo. La encontró más contenida de lo que esperaba y con una única petición para él: que se encargara de encontrar al asesino de Mark.

Cuando finalizó la llamada, se planteó dos escenarios muy diferentes: o lo había matado ella y lo estaba poniendo a prueba para ver si era capaz de descubrirla; o su jefa estaba igual de perdida que él.

Una vez en las instalaciones, verificó que Richard ya estaba encerrado en su celda, informó a Violet y dejó que se encargara de él. A continuación, se aseguró de que Jerry seguía enredado en encontrar a Rita y le solicitó parte de las imágenes de lo ocurrido en la boda, decidido a investigar por su cuenta.

Al analizar los vídeos que el informático le facilitó, se encontró con un detalle que lo inquietó, pero, al ver que con sus propios recursos no conseguía avanzar, no le quedó otra que pedir ayuda. En esta ocasión, no acudió a Jerry. No estaba seguro de lo que implicaba aquel hallazgo y prefería que el informático siguiera con la teoría de que había sido Rita hasta tener más datos.

—Tom, ¿tienes un momento? —le preguntó tras llamar a su puerta. Él asintió, sorprendido. Pese a que le habían permitido volver y tenía como encargo diseñar una nueva versión del sistema, apenas se relacionaba con el resto del equipo—. Vengo por un asunto personal, así que, por favor, no lo comentes con nadie más. A cambio de tu ayuda, me encargaré de hablarle muy bien de ti a Uno cuando llegue la hora de quitarnos a Jerry de en medio.

—¡¿Quitarlo de en medio?!

—Quedó en evidencia al ser incapaz de neutralizar tu virus. No vamos a mantenerlo al mando mucho más. En cuanto termines de crear la nueva versión, volverás a tener privilegios. —Tom alucinó con aquella revelación. No solo no lo habían apartado por lo que había hecho, sino que lo esperaba una mayor responsabilidad en breve—. Tengo pensadas muchas cosas para ti, eso sí, siempre que me demuestres que eres una persona leal. Lo del virus fue un riesgo del

que saliste bien parado, pero generó mucha desconfianza en la organización.

—Por supuesto. ¿Qué es lo que necesita?

Dos le pasó un lápiz de memoria y le indicó que reprodujera uno de los vídeos.

—Intenta ver a dónde fue ese coche. —Señaló un vehículo situado en el exterior del club de campo y del que en ningún momento había hablado con nadie—. Lo dicho. Que quede entre nosotros.

Se marchó del despacho de Tom pensando en aquel coche. No era un modelo habitual por aquella zona, pero recordaba haber visto un vehículo similar años antes. Sin embargo, por mucho que lo intentaba, no conseguía situarlo en un punto concreto de su memoria.

Aquel intenso día terminó para Dos con la noticia de que Vicky estaba registrada en un hospital y de que ya había recibido la visita de una pareja de policías. Al descubrir que seguía viva, sintió un escalofrío, pues eso echaba por tierra la estrategia que habían diseñado y, a su vez, provocaba efectos colaterales. Entre ellos, qué hacer si la policía encontraba el cuerpo de Jeff.

Se planteó mandar a un equipo para buscarlo y sacarlo del río, pero Mark nunca les dijo con exactitud desde dónde lo había lanzado. Además, tras la declaración de Vicky, la policía no tardaría en acordonar la zona.

Al comentarlo con Violet, encontró receptividad y buena disposición en lugar de una furia desmedida. Que Vicky no hubiera muerto era un imprevisto que la molestaba, pero tenía fácil solución: solo era cuestión de volver a intentarlo. Además, con el asesinato de Mark, el plan pensado para Laura también se había venido abajo, por lo que tendrían que rediseñar la misión antes o después. Si aparecía el cuerpo de Jeff, ya improvisarían algo en función de los pasos que diera la policía.

Dos intentó que no se le notara, pero aquella calma que encontró en su jefa alimentó significativamente su teoría: Violet tenía algo que ver con lo ocurrido y, fuera una prueba o no, estaba decidido a comprobarlo.

Capítulo 29:
Érase una vez un chico (II)

-1-

Cinco años más tarde de la primera visita de la asistenta social, y después de una serie de encuentros y supervisiones que la madre de Sean estiró tanto como pudo, los responsables de Servicios Sociales la convencieron de que, debido a la depresión que sufría por la pérdida de su marido y los problemas de salud que padecía a causa de sus adicciones, su hijo se merecía tener un hogar en el que se ocuparan de él como era debido.

Aquel día, la asistenta social, con su cruz al cuello y encantada de estar en un hogar en el que se profesaba su misma fe, se esmeró en convencerla de que el pequeño iba a estar estupendamente allí. A su lado, un matrimonio que no había sido capaz de concebir esperaba su decisión con una sonrisa y en silencio.

—Son miembros muy queridos de la comunidad y, como puede ver, tendrá lo necesario para crecer sano y feliz —le comentó a la madre del pequeño, que se entretenía en una zona apartada del salón en la que habían montado un enorme parque de juegos sobre una cómoda alfombra.

La madre de Sean admiró la casa. Era un lugar que ni de lejos ella podría ofrecerle a su hijo, y menos en esos momentos en los que levantarse de la cama y atenderlo le suponía un gran esfuerzo.

—Y, además, tal y como hablamos, será temporal, hasta que usted mejore. La pérdida de una pareja es algo muy duro y podrá recuperarse de sus… con más calma.

La madre de Sean asintió, pero no estaba del todo convencida.

—Pero, entonces, cuando salga de la clínica volverá conmigo, ¿no? No me lo quitáis, ¿verdad? Es mi hijo, es lo único que tengo —dijo entre lágrimas.

La trabajadora tomó sus manos y forzó una sonrisa.

—En cuanto esté recuperada, volverá con usted. Se lo prometo. —Buscó la mirada cómplice de aquella religiosa pareja que afirmó con la cabeza a la vez.

La madre de Sean sonrió, aliviada. Se fijó en su pequeño y se acercó a él.

—Cariño, ¿estás contento? ¿Estás a gusto aquí?

Sean asintió con timidez. Su madre le correspondió con una sonrisa.

—Mira, tengo un regalo para ti. —Se agachó para estar a su altura y le entregó una pelota que sacó de su bolso—. ¿Ves el dibujo

que tiene?

—Una hoja de arce —afirmó con seguridad.

—¡Eso es! ¡Muy bien! Uno de los símbolos nacionales de Canadá. ¿Te acuerdas de que te conté que nací allí y que te prometí que algún día te llevaría para que lo conocieras? —El pequeño Sean asintió—. Pues esta pelota es para que sepas que eso se hará realidad. Además, ¡es mágica! Cada vez que quieras decirme algo, solo tienes que contárselo a ella y me llegarán tus mensajes. —Su hijo miró la pelota, sorprendido—. Dicen que tenerla también da mucha suerte. Es un regalo importante. Tienes que cuidarla bien, ¿de acuerdo? —le explicó, muy emocionada.

Él pequeño se abrazó a ella.

—Te quiero más que a nada en el mundo. Cuando me cure del todo, vendré a buscarte. Mientras tanto, tienes que portarte bien, ¿vale?

Sean se comprometió a cumplirlo. Ella apartó varias lágrimas de sus mejillas.

—Sí, ya sé que lo vas a hacer. No hay un niño que sea más bueno que tú en este mundo.

—Salvo que tenga alguna pregunta más, es hora de marcharse. La esperan en el centro —los interrumpió la asistente social.

La madre de Sean asintió y lo abrazó por última vez. Él sintió ganas de llorar, pues no quería separarse de ella, pero no quiso ponerla más triste y se contuvo. En cuanto su madre y la asistenta social salieron de la casa, los padres de acogida se acercaron a él y le sonrieron tratando de tranquilizarlo, pero el pequeño percibió algo que le provocó todo lo contrario.

-2-

Disfrutó de una suculenta cena a la que no estaba nada acostumbrado. Después, la madre de acogida lo ayudó a meterse en la cama mientras el padre se arrodillaba junto a él, con las manos entrecruzadas.

—Estamos muy agradecidos a Dios de que hayas llegado a nuestras vidas. Rezaremos para que seas muy feliz junto a nosotros.

La madre de acogida asintió al escuchar las palabras de su marido. Arropó al pequeño, le hizo una cruz en la frente con los dedos y la besó.

—Buenas noches, Sean. Yo también rezaré por ti y por tu mamá.

—Buenas noches —les deseó el pequeño antes de que apagaran la luz y cerraran la puerta.

Sean adaptó su vista a aquella habitación que permanecía parcialmente iluminada por la luz que se colaba por la ventana. Aunque había detalles infantiles, enseguida se sintió intimidado por

un sinfín de símbolos religiosos a los que no estaba acostumbrado.

Las cruces y los rostros de las vírgenes llorando le resultaron inquietantes y comenzó a sentirse raro, por lo que salió de la cama para hacerse con el único elemento que le daba algo de tranquilidad: la pelota que le había regalado su madre.

Aferrado a aquel juguete, intentó dormirse, pero un cuadro en el que aparecía un hombre clavado en una cruz, y cuyo cuerpo estaba lleno de heridas y restos de sangre, lo asustó hasta tal punto que se imaginó que le hablaba con el fin de que lo ayudara a aliviar su sufrimiento.

Aquellos símbolos e imágenes se repitieron en su cabeza hasta que, preso del terror, se refugió bajo el edredón junto a aquella pelota a la que no dudó en hablarle por primera vez, con los ojos muy apretados.

—Mamá, cúrate pronto, por favor —deseó con todas sus fuerzas.

Capítulo 30: Tocando fondo

-1-

Consciente de que no estaba obligada a permanecer allí, pues, aunque fue idea de su madre, había ingresado de modo voluntario, Laura comunicó a la psicóloga que la trataba su intención de dejar el hospital ese mismo día. Finalmente, tras una sosegada negociación, se comprometió a permanecer allí dos días más, con el fin de afrontar un ciclo de sesiones intensivas que la profesional consideró que podrían ser muy beneficiosas para ella de cara a su nueva etapa.

Además de esos encuentros, la psicóloga le comunicó que consideraba de vital importancia que mantuvieran, como mínimo, una sesión semanal, fuera del centro si así lo prefería. Aunque había avanzado mucho, su relación con Vicky y Angela era muy delicada, y los efectos de lo que su pareja le había hecho podían volverse en su contra si no recibía el apoyo necesario.

El propio Mark fue el protagonista de la primera de las sesiones de cierre: su muerte había sido el detonante de que ella acabara allí y la principal causa que la mantenía enfrentada a parte de su familia.

Ante la pregunta de qué sentía por él y qué creía que había ocurrido, Laura suspiró profundamente antes de contestar. Aunque no mencionó la carta de Rita, usó lo que había removido en ella para tomar impulso y contestarle. Pese a que se le hacía muy duro reconocerlo, cada vez veía con más claridad que el chico con el que se iba a casar le resultaba un completo desconocido. También que habitaba una parte oscura y perversa en su interior. No solo porque la hubiera engañado y manipulado por diversión. Según la policía, había agredido a Vicky y asesinado a su jefe. Y, al parecer, aunque el caso estaba cerrado, se sospechaba que la muerte de su anterior mujer no había sido tan accidental como parecía.

Al hacer un repaso de lo que había sentido por él desde su muerte, confesó que, en un principio, lo que más le había costado fue asumir que Mark fuera ese monstruo que todos aseguraban. Una vez que no tuvo más remedio que aceptarlo, se desquició intentando entender cuáles habían sido sus motivaciones para engañarla y jugar con ella de esa manera, pero había llegado a la conclusión de que perdía el tiempo: Mark era, simple y llanamente, un psicópata.

Lo siguiente que la psicóloga le planteó abordar fue su relación con Angela y Vicky. Respecto a su madre, Laura no ocultó que seguía enfadada con ella, pero no porque hubiera intentado internarla allí, sino por su egoísmo. Todo lo que hacía tenía como finalidad que su realidad permaneciera intacta. No se cansaba de repetir lo mucho que

le había costado llegar a donde ahora estaba y tenía claro que no lo iba a poner en peligro. Si para ello tenía que mentir y manipular sin descanso, lo hacía, por lo que, de momento, no tenía intención de retomar el contacto con ella.

Cuando la psicóloga le comunicó que Angela había ingresado en prisión acusada de la muerte de Mark, Laura se sobresaltó al pensar que podía haber sido por intentar protegerla, pero se convenció de que, aunque eso fuera cierto, ella no era responsable de las acciones de su madre. Aun así, en cuanto la profesional le trasladó que sus hermanas estaban convencidas de que aquello era un error, sintió cierto alivio. Que ella fuera la responsable de la muerte de Mark lo complicaba todo hasta un extremo que no se sentía preparada para afrontar.

Al hablar de Vicky, Laura no pudo evitar emocionarse. ¡Se sentía tan culpable y avergonzada por lo que había hecho…! No solo la había castigado por intentar protegerla, agrediéndola físicamente, estaba segura de que su declaración en comisaría había sido clave para su detención. Volver a verla era una de las cosas que más la aterrorizaban y no sabía qué hacer o decir para compensar el daño que le había causado.

La psicóloga la tranquilizó recordándole que, en cuanto saliera del centro, tendría su ayuda las veces que lo necesitara. Sin embargo, había un delicado tema que no habían tocado desde hacía unas semanas: poco antes de que la internaran había afirmado que su fallecido padre, del que, al parecer, había recibido fotografías actuales unos días antes, se había presentado en su boda sano y salvo. Y no dudó en seguir afirmándolo en las primeras sesiones que tuvieron.

—Pasado algo más de tiempo, y una vez asimilado lo ocurrido con Mark, ¿qué me puede decir sobre eso? ¿Sigue estando de acuerdo con aquellas afirmaciones?

Laura negó con la cabeza y sonrió.

—Ahora veo claro que, tal y como usted decía, fue debido al impacto de lo que ocurrió allí. Bueno, no solo lo de aquel día, llevaba unas semanas muy estresada con los preparativos de la boda y aquel intento de estafa con las fotos me desequilibró por completo.

La psicóloga temió que su paciente lo dijera para complacerla.

—¿Está segura de que eso fue lo que pasó? ¿Ya no piensa que su padre siga vivo y que apareció en el club de campo el día de la boda? No pasaría nada si así lo creyera. No estoy aquí para juzgarla, sino para entenderla y ayudarla.

Laura asintió, convencida.

—Lo sé. Y si así lo creyera, se lo diría. Ojalá mi padre estuviera vivo. ¡No sabe lo que daría por eso! Pero no, ahora sé que era una ilusión. Está muerto, y ya es hora de que me haga a la idea.

Aunque su primer impulso fue culparla de todo lo que les había sucedido, gracias a la insistencia de Sean, Josh se dio cuenta de que Vicky solo era una vía de escape para su dolor. Al revisar la información que, pese a su terquedad, Sean había salvado de la basura, entendió parte de los motivos por los que ella había sospechado de Mark y pensó que, como mínimo, merecía una oportunidad de explicarse. Más tarde, en cuanto supo que la policía le imputaba a él la agresión sufrida por Vicky, tuvo claro que la había hecho sufrir sin merecerlo y aumentó su sensación de culpabilidad.

Aquel día, cada vez más recuperado, esperó en una de las sillas de la habitación, pensando en ella y en cómo reaccionaría a su nueva receptividad. Cuando Sean abrió la puerta y le hizo un gesto de que ya había llegado, dio un brinco por el sobresalto y fue consciente de las partes de su cuerpo que aún permanecían lastimadas. En cuanto Vicky entró en la habitación y Sean los dejó solos, se dispuso a hablar, pero la emoción le cerró la garganta.

—Hola, Josh —se animó a decir ella, con timidez, al ver que él era incapaz.

Él trató de acercarse, pero, debido a sus dificultades físicas, fue ella quien corrió a rodearlo con sus brazos.

—Siento lo que ha pasado —le dijo él una vez se separaron—. Lo de estos días, pero también haberte descubierto ante Mark. —Vicky se extrañó—. En la despedida de soltero se me escapó que preparabas un regalo para la boda. Estaba un poco pedo y… ¡Joder! ¡Casi mueres por mi culpa!

Ella negó con la cabeza.

—Con los recursos que Mark tenía a su alcance, tarde o temprano me habría pillado. O la hubiera cagado yo, así que quítate esa idea de la cabeza.

—Me ha costado mucho entender que lo que decías era cierto. Tenía que conectar con un dolor que no estaba dispuesto a afrontar.

—Lo sé, y por eso admiro tu capacidad para darle la vuelta. De verdad, no te guardo ni el más mínimo rencor.

Josh sonrió, agradecido. Después, suspiró.

—Me cuesta asimilar en quién se había convertido Mark tras haber compartido la infancia con él. No obstante, justo por lo que vivimos en aquellos primeros años, puedo entender que para él era cuestión de supervivencia. Su mayor miedo era tener que volver a esa vida de la que tanto luchó por salir, así que, cuanto más alto llegara y más dinero y poder acumulara, más distanciado de ese origen se sentiría y, por descontado, más seguro.

Vicky asintió, pero no dijo nada. Encontraba un placer especial en ver hablar a Josh. La estancia en el hospital le había dado una

profundidad que no había visto hasta ese instante. Y si de normal ya le parecía atractivo, aquel cariz reflexivo lo potenciaba.

—Quizá podría hablarlo con Laura —le propuso él—. Tratar de explicarle lo que yo he terminado comprendiendo.

Vicky le apretó la mano con cariño.

—Aunque intentaras ayudarla, cosa que te honra, primero tendría que querer ella, y ahora mismo no estoy segura de que esté muy dispuesta. Necesita tiempo para digerirlo. Si para nosotros está siendo duro, imagínate para ella.

Josh aceptó su punto de vista y sonrió. Ella lo imitó y no hablaron durante unos segundos en los que, sin embargo, no dejaron de mirarse. Preso de un impulso que ni él mismo entendía, Josh acercó sus labios a los de Vicky, que apartó su rostro y desvió la mirada hacia otro lado.

—No creo que sea la mejor idea.

—Tienes razón, perdona. Me he dejado llevar. —Suspiró—. Desde hace un tiempo siento algo especial por alguien, pero tú siempre has estado ahí y es la primera vez en muchos días que tenía una conexión así. Creo que estoy falto de afecto. Y no, pese a que pueda sonar raro, no hablo de sexo.

Vicky no pudo esconder su incomodidad al escucharlo. Tras lo ocurrido en la discoteca, cualquier contacto físico que fuera más allá de un abrazo le generaba rechazo, pero, en ese instante, se dio cuenta de que no solo era eso. Aunque siempre había sido reacia a profundizar en las relaciones con los hombres, ahora todo iba un poco más allá: no se fiaba de ellos. Y no era una elección meditada. Su cuerpo se retraía sin que ella pudiera impedirlo.

—Sé que solo me quieres como amigo. Y no te juzgo, no eres la única. En parte, creo que yo mismo me lo he buscado. El gracioso, dicharachero e independiente Josh.

Vicky le sonrió con compasión.

—Todo esto es por Sean, ¿verdad?

—¿Te ha dicho algo él?

—No ha hecho falta. Es evidente, Josh. Pero siento que te equivocas. ¿Crees que si solo te quisiera como amigo pasaría tantas horas aquí?

Josh se encogió de hombros.

—Yo cada día me pillo más y él, como si nada. Sé que me aprecia, pero poco más.

—Tengo bastantes dudas sobre eso, pero, si es como tú dices, con el tiempo se lamentará de perder a un chico como tú.

—A ti no te importó perderme.

Vicky acompañó una sonrisa con un suspiro de tristeza.

—Intentaba protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué?

—De mí. —Él torció el gesto. No entendía nada—. ¡Soy una persona tóxica, Josh! Cualquiera que se atreve a confiar en mí termina mal parado. No quería que te ocurriera lo mismo.

—Vicky, por favor, no digas eso. —La agarró de las manos. Al sentir la presión de sus dedos, algo se rompió en ella.

—Sonia, Laura, Jeff… Incluso tú mismo, ¡mira dónde has acabado! ¡Solo provoco desgracias!

Josh intentó calmarla con una caricia, pero Vicky se apartó de él y caminó por la habitación.

—Dime, ¡¿qué culpa tenía Jeff?! ¡Yo debería haber muerto ese día! ¡No él! —gritó, llena de dolor—. ¡No puedo aguantar más esta culpa! ¡Me ahoga, Josh! ¡Me ahoga!

Él se puso de pie y se acercó a Vicky con cierta dificultad. Aunque deseaba abrazarla, se limitó a secar las lágrimas de su rostro.

—Tú no eres culpable de nada, Mark era una persona horrible, ahora lo sé yo también. Todo fue por su culpa. ¡Todo! —exclamó él antes de unirse al llanto.

Vicky sintió unas ganas irrefrenables de consolarlo, por lo que no tardaron en fundirse en el cariñoso abrazo que Josh anhelaba. Lloraron durante varios minutos en los que, abrazados, se regalaron pequeñas caricias de alivio en la espalda y en el cabello, y se serenaron poco a poco. En cuanto los sollozos dieron paso a una cálida calma, ambos separaron sus cuerpos a la vez.

—¡Uf! Qué intensos nos hemos puesto, ¿no? —dijo Vicky, avergonzada. Secó las lágrimas que aún mojaban su rostro y buscó un espejo en el que retocarse el maquillaje.

—Te prometo que no saldrá de aquí —bromeó Josh con los ojos todavía algo enrojecidos.

Vicky empleó los siguientes minutos de aquella visita en el baño. Josh lo hizo reposando sobre la cama. En cuanto volvieron a reunirse en un mismo espacio, un repetitivo sonido en la puerta interrumpió aquel encuentro.

—¡Tenemos visita sorpresa! —anunció Sean en cuanto entró. Tras él, aparecieron Theressa, con una sonrisa enorme, y Nita, con una curiosidad todavía mayor.

-3-

—Aunque acordamos que se marcharía hoy, ya sabe que puede alargar su estancia si cree que le vendrá bien —le recordó la psicóloga a Laura antes de dar por terminada la última sesión que tendrían en aquel centro—. Su habitación estará disponible unos días más por si fuera necesario.

Laura asintió, agradecida, y le mostró un libro escrito por Theressa. Con su permiso, leyó un texto subrayado en uno de sus capítulos.

—«Fue entonces cuando supe que tenía que romper el muro que me mantenía en la oscuridad, para dejar que la luz de la vida volviera a iluminarme. Y, sí, puede que esa luz en algún momento me deslumbre, pero ahora sé que…».

—Es cuestión de ajustar la mirada —completó la psicóloga, lo que provocó una sonrisa de sorpresa en Laura.

—¿Lo ha leído?

—Sí, y ese pasaje me gustó en especial. No conocía el libro hasta que usted me habló de él, pero ha sido una lectura muy amena. Yo también lo haré cuando la vea, pero felicite a Theressa de mi parte.

Laura sonrió, orgullosa de su hermana, pero no tardó en ponerse seria de nuevo. Sabía que la escritora iba a enfadarse con ella en cuanto conociera los planes por los que había decidido apostar al final.

—Entonces, ¿lo tiene claro? —planteó la psicóloga.

—Presiento que va a ser duro, pero, sí, es el momento.

—Genial. Va a emprender un nuevo camino en el que se le presentarán dudas y dificultades, es normal. Pero sé que tiene las herramientas necesarias para recorrerlo y yo estaré a su lado durante todo el proceso. —Laura asintió con timidez. Había algo en esa frase con lo que no estaba para nada de acuerdo—. Por cierto, ¿ya ha decidido dónde se instalará? Comentó que, al no encontrarse su madre en casa en la actualidad, esa podía ser una opción, pero no la vi muy convencida. Supongo que ya lo habrá hablado con sus hermanas, pero, como no lo ha mencionado, quería asegurarme.

—Por ahora he decidido quedarme en un hotel unos días. Theressa me ha ofrecido que busquemos algo juntas, pero prefiero pensarlo bien antes de tomar una decisión. Podríamos hablarlo en la próxima sesión si le parece bien.

—¡Fantástico! —celebró la psicóloga.

Laura sonrió y se sintió satisfecha de una manera desconocida para ella. Debía ser parecido a lo que Mark experimentaba cada vez que ella se tragaba una de sus mentiras. Aunque la profesional no lo sabía, no tenía intención de volver a verla.

-4-

—¡Te lo prometo! Ya han pasado unos cuantos años, pero estoy seguro de que era ella —le explicaba Sean a Theressa mientras señalaba a Nita. Ella, ajena a la conversación, disfrutaba mostrando el folleto de la exposición que tanto le gustaba a Josh y Vicky.

—¿Que se escapó de casa? ¡No me suena de nada! —se extrañó la escritora.

—Tiene razón —le dijo Vicky a su hermana—. Creo que Laura y tú estabais en una fiesta de pijamas o algo así, pero recuerdo ver a papá muy afectado porque no la encontraba. Cuando Nita regresó, me contó que un chaval la había ayudado a volver.

Sean no dudó en señalarse a sí mismo. Nita, atraída por aquel gesto, se deshizo del folleto y lo observó con detalle. ¿De verdad era él?

—¿Te acuerdas del susto que me diste? —intentó recordarle Sean—. Estabas escondida en unas escaleras, abrazada a tu gato.

—¡Gato! —gritó Theressa con una sonrisa.

Nita sonrió y se lanzó sobre él. Sean no dudó en responder al abrazo.

—Y así, a lo tonto, Nita me acaba de quitar la exclusiva de haberte conocido el primero —se quejó Josh.

Todos rieron con aquel comentario que sirvió para aligerar parte de la carga que Josh y Vicky habían compartido aquella tarde. Aun así, la mayor de las hermanas no tardó en verse arrastrada a una dura realidad en la que Mark había sido asesinado, según la policía, por mediación de su propia madre.

—Amanda, dime —contestó al ver la llamada—. ¿Me lo puedes reproducir? —Salió de la habitación al saber que la abogada había tenido acceso al audio con el que incriminaban a su madre—. Sí, escucho.

—*¿Has encontrado algo?* —preguntaba Angela a Stanton.

—*Hay algo raro en su lugar de trabajo, parece peligroso* —le explicó el investigador.

—*¿Estás seguro? Se casan en unos minutos*.

—*Su hija corre peligro. Si me da la aprobación, activo todo*.

—*De acuerdo. Llegados a este punto, no quiero dejar ningún cabo suelto* —añadió Angela antes de colgar.

Vicky torció el gesto; eso no era lo que su madre le había relatado.

—¿La llamada fue así? ¿O se trata de un corte? —quiso confirmar Vicky.

—Es el bruto que encontraron en el ordenador del investigador privado. Es decir, la llamada completa —le informó la abogada.

Lo primero que Vicky pensó fue que su madre le había vuelto a mentir. Después, prefirió centrarse en encontrar algo que restara valor a esa prueba.

—No sé, Amanda. En ningún caso acuerdan asesinar a Mark, podrían estar hablando de otra parte de la investigación. Algo sobre su pasado, sus cuentas bancarias…

—Estoy de acuerdo. Me parece demasiado ambiguo y fácil de desmontar en caso de que lleguemos a juicio. Sin embargo, no es la grabación lo que más me preocupa ahora.

—¿A qué te refieres?

—La policía acaba de encontrar una pistola que coincide a la perfección con la usada para matar a Mark en el coche de tu madre.

—¡¿Cómo?! Pero ¿no lo registraron el mismo día de la detención? ¿A qué viene esto ahora?

Amanda resopló, hastiada.

—Que si el primer registro no fue tan exhaustivo como acostumbran, que si tienen nuevos indicios… Depende de a quién le preguntes te dan una respuesta distinta. En lo que sí coinciden es en que, al volver a revisarlo, han dado con un escondite que estaba muy logrado, pues era de difícil acceso. No sé, Vicky: o tu madre miente descaradamente o alguien se la está jugando.

Vicky se tomó unos segundos antes de contestar.

—En cuanto me lo permitan, iré a la cárcel a hablar con ella. Si me está mintiendo, quiero que lo haga a la cara.

-5-

La psicóloga fue la única persona con la que Laura habló sobre su intención de marcharse del sanatorio. Sin embargo, hubo algo que no compartió con nadie: si no tenía ninguna intención de continuar con la terapia, mucho menos de permanecer en Edmonton.

Se deshizo de parte de las pertenencias que había acumulado en su estancia en el hospital psiquiátrico y abandonó las instalaciones, decidida, pero con algo de vértigo. Acompañada de una pequeña maleta, se desplazó en taxi hasta Churchill Station, la estación de autobuses más cercana, en la que adquirió un billete cuya hora de partida estaba estimada en menos de quince minutos.

A punto de ocupar su asiento, se planteó echarse atrás al pensar en Theressa y en lo que le había prometido, pero, después de la muerte de Mark y lo que esa carta había removido en su interior, era lo que necesitaba hacer.

Unos minutos más tarde de tomar aquella decisión que cambiaría su vida para siempre, el autobús emprendió el viaje. Su destino: el aeropuerto internacional de Edmonton.

Capítulo 31:
Bajo la superficie (III)

-1-

El día posterior a la boda, Dos acudió a Violet para ponerla al día. Como él filtraba la información que le llegaba a su jefa, no dudó en contarle lo que mejor se adaptaba a su plan.

—Aunque Jerry tiene bastante claro que Rita fue la responsable, parece que la policía se ha centrado en Vicky.

—¿Y tú qué piensas? ¿Crees que fue alguna de ellas o tienes otro sospechoso?

Dos se tomó un instante para pensar en lo que debía responder.

—Todo apunta a Rita, pero lo cierto es que, tras aparecer por allí, se esfumó. —Violet asintió, pero no dijo nada al respecto—. Le he pedido a Jerry que busque cualquier detalle con el que podamos incriminar a Vicky. En caso de que lo hiciera Rita, será mejor tener otro candidato para mantener a la policía lo más lejos posible de la organización.

—Bien pensado. Yo estoy dándole una vuelta al nuevo plan para las hermanas. Creo que lo mejor será seguir alimentando esa estúpida amistad con Theressa. Me permitirá acercarme a Laura y, aunque las dos me aburren soberanamente, tendré más control sobre esa familia si me gano la confianza de ambas. —Dos se mostró de acuerdo. Teniendo en cuenta que lo programado para Laura se había venido abajo con la muerte de Mark, no quedaba otra que reformular la misión—. También se me ha ocurrido pedirle a Jerry que me prepare un móvil con micrófono integrado. Voy a intentar colárselo a Vicky aprovechando que Mark se llevó el suyo. No creo que Theressa se resista mucho a la idea. Seré la amiga amable que quiere tener un detalle con su accidentada hermana mayor.

En cuanto Violet lo invitó a dejarla sola, Dos se encargó de varias tareas sin importancia y regresó a su casa para confirmar que la sedación que administraba a Rita no la ponía en peligro.

Se sentó a su lado y observó que descansaba profundamente. Con la mirada fija en ella, pensó en lo que estaba haciendo y en las consecuencias que le acarrearía un solo paso en falso. Tenía a Violet de su parte, pero estaba seguro de que no dudaría en volverse en su contra ante el más mínimo indicio de que la había traicionado.

-2-

En los siguientes días, Dos continuó trabajando a espaldas de su

superiora y, de nuevo, tuvo la suerte de su lado.

Al revisar las pertenencias que Rita tenía en el bolso, encontró dos objetos que llamaron su atención: un teléfono distinto al que la organización le había facilitado y una llave con un número impreso.

En el móvil, que desbloqueó con facilidad con el dedo índice de la inconsciente secretaria, descubrió que había organizado su huida a Vancouver, a casa de una amiga de la que había recibido varias llamadas perdidas y decenas de mensajes al ver que no llegaba a su destino el día acordado. Temió que la amiga hubiera alertado a la policía, pero enseguida pensó que, si aquella chica se parecía en algo a la secretaria, no estaría muy interesada en llamar la atención.

En el último mensaje que le había enviado, Rita le contaba que había perdido el vuelo y que al final tomaría un autobús en cuanto solucionara un tema, por lo que Dos le escribió haciéndose pasar por ella. Sentía mucho si la había preocupado, pero una serie de contrariedades la habían retenido en Edmonton. Por suerte, todo se había solucionado y había decidido quedarse en la ciudad. Tras recibir una escueta contestación de la amiga, Dos eliminó las últimas llamadas y parte de la conversación para que pareciera que Rita, aunque con algo de retraso y en autobús, había llegado a su destino.

Con aquel asunto resuelto, se centró en la llave. De nuevo, gracias a la ayuda de Tom, supo que pertenecía a un trastero, al que no dudó en desplazarse en cuanto el informático le facilitó la ubicación exacta. Una vez allí, además de un montón de bártulos que no servían para nada, se topó con dos regalos: la ropa que Rita había usado para colarse en el despacho de Mark y el arma que le robó. Dos nuevas piezas con las que podría continuar haciendo y deshaciendo a su antojo.

-3-

El siguiente hallazgo de Dos se produjo gracias a Tom. Según le contó, el llamativo coche por el que había preguntado abandonó el club de campo poco después de que asesinaran a Mark y se dirigió a un hangar cuya propietaria era una empresa pantalla tras la que se escondía una segunda y, bajo esta, una más.

Al sospechar que la maraña de empresas en la que Tom había caído tenía alguna relación con Violet, Dos le propuso encargarse él mismo de esa parte de la investigación. Al informático le pareció un poco extraño, pero no dijo nada por no estropear el nuevo vínculo que parecía haber creado con el segundo de la organización.

Mientras navegaba en un mar de negocios con nombres exóticos y firmas de testaferros, Dos pensó en Violet y en cómo habría llevado a cabo el asesinato en caso de que fuera ella la responsable.

Por un lado, lo tuvo que hacer muy rápido o con ayuda externa, pues, para cuando él regresó a la organización, ella ya se encontraba en las instalaciones. Sin embargo, Cuatro, Cinco y Seis estaban centrados en atrapar a Richard, por lo que, salvo Siete o los informáticos, nadie más podría haberla ayudado en la misión. Por otro, ¿para qué molestarse en emplear un coche, un hangar y un avión para escapar? ¿O es que nunca los había usado y solo era una manera de despistarlo?

Con aquella amalgama de dudas rondando su cabeza, no paró hasta encontrar la empresa matriz. Analizó a cada uno de sus accionistas hasta que, al final, una pequeña participación lo llevó a dar en el blanco. Su dueña era una adorable anciana que, con toda probabilidad, desconocía ser la titular y que resultó ser la tía abuela de una mujer que tenía motivos de sobra para querer ver muerto a Mark.

Se sintió terriblemente estúpido por no haber pensado antes en ella y más aún por haber sospechado de su jefa. La marca del coche era una pista que había tenido delante de sus narices todo el tiempo, pero no había sido capaz de relacionarla.

-4-

Hipnotizado por la tranquila y acompasada respiración de Rita, que permanecía sedada en una de las habitaciones de su casa, Dos consideró que, ahora que conocía la verdadera identidad del asesino de Mark, tocaba mover ficha. Más cerca de los sesenta que de los cincuenta, ya estaba cansado de tanta desgracia y sed de venganza. Y lo más importante: había cumplido con creces sus promesas, tanto a su jefa como a su mujer.

Cuando Violet acordó con Richard fingir su muerte y se trasladaron a aquella lujosa casa americana, fantaseó con la idea de cumplir su deseo, pero la huida del padre de las hermanas lo complicó todo.

Al atraparlo en el club de campo y comprobar que la muerte de Mark no había afectado a su jefa como él había previsto, tuvo la esperanza de tener otra oportunidad. Pero Violet estaba concentrando su odio en un plan que pretendía cocinar a fuego lento para que el impacto fuera mayor. Tal y como ella decía: «El placer que uno siente al saborear un guiso que se ha elaborado con los ingredientes, el mimo y el tiempo justo y necesario es muy superior al que se prepara con rapidez y con lo primero que uno se encuentra».

Sin embargo, Dos ya no estaba por la labor de volver a adaptarse a los ritmos de su jefa. Debía aprovechar la ventaja y los recursos de los que disponía: había llegado la hora de abandonar la organización.

Capítulo 32:
Érase una vez un chico (III)

-1-

Varias semanas después de llegar a su nuevo hogar, el pequeño Sean se había acostumbrado al ambiente y, pese a los elementos religiosos que tanto lo inquietaban, encontró comodidad, seguridad y afecto en sus cuidadores.

Aquella tarde, en un rincón del salón, él y su padre de acogida disfrutaban de lo lindo jugando con bloques de colores con los que intentaban levantar un edificio lo más alto posible.

—Salgo a hacer unos recados —les sorprendió la madre. Ellos la ignoraron, inmersos en la construcción—. Os dejo solos. Voy a la iglesia a ayudarlos con la limpieza y al supermercado. He dejado la merienda lista.

El padre levantó su mirada y asintió.

—Solo lo que he preparado. No quiero que le des nada más que eso. No hay que malacostumbrarlos.

El hombre lo aceptó, aunque algo molesto. Sean, ajeno a la charla, sonrió al ver que la torre era muy grande. En cuanto ella se marchó, su marido miró por la ventana del salón para asegurarse de que se había alejado lo suficiente.

—¿Qué te parece si descansamos de las construcciones y jugamos a un juego nuevo? —le propuso al niño, despertando su interés—. Es un juego muy especial solo para ti y para mí, así que no se lo puedes contar a nadie, ¿vale?

Sean asintió, aunque no estaba muy convencido, ya que no sabía de qué se trataba. El padre de acogida salió y regresó enseguida con un pequeño pastel de chocolate.

—¿Me prometes que lo guardarás en secreto?

Sean dudó si aceptar, pero terminó comiendo al ver que él hacía lo mismo. Tras devorar el pastel, el padre alargó su mano.

—Vamos, ya es hora de que conozcas el sótano
—lo invitó con una sonrisa.

-2-

Todo permaneció oscuro durante unos segundos. Cuando su padre de acogida encendió la luz, descubrió que un variado grupo de objetos decoraba aquella extraña estancia.

Mientras el pequeño exploraba el lugar, el hombre aprovechó para cerrar la puerta con llave. Luego lo condujo hacia uno de los

laterales de la habitación, en la que los esperaba una mesa de ajedrez y una silla de plástico a cada lado, y lo invitó a sentarse. A escondidas, revisó dos cubiletes para confirmar cuál era el que debía darle al pequeño, pues uno contenía dos dados normales y el otro, uno normal y un segundo en el que las caras marcaban seis puntos.

—Tu mamá nos dijo que las matemáticas se te daban muy bien. ¿Es verdad? —El pequeño Sean asintió, orgulloso—. ¡Genial! ¡Entonces podrás jugar a este juego sin problema! —Le entregó uno de los cubiletes.

Sean sonrió, pero después frunció el ceño, tratando de adivinar en qué consistiría aquel juego.

—¡Bienvenido a la guerra de dados! Quien saque la mejor puntuación gana un punto y el otro… —sacó una pequeña correa de una bolsa cercana— se lleva un azote.

El pequeño Sean lo miró, aterrado. El hombre rompió a reír.

—¡No te asustes! ¡Que no hacen daño! Mira —le dijo, dispuesto a pegar a Sean, que no dudó en protegerse—. Probaré conmigo para que te quedes tranquilo. Mira.

Sean se dio cuenta de que le decía la verdad, pues apenas parecía haberlo rozado, así que, en cuanto su padre de acogida se lo ofreció, decidió probarlo consigo mismo. Aunque cerró los ojos por si se equivocaba, enseguida se dio cuenta de que no tenía nada que temer.

—¿Ves? Prueba más fuerte, ya verás como no duele. ¡Con todas tus fuerzas!

Sean lo confirmó. Por mucha fuerza que usara no le hacía daño, era asombroso.

—Tienes que confiar en mí. Nunca te haría daño.

El chico asintió con timidez.

—Pues…, ¿jugamos?

Sean aceptó el reto y se preparó. Parecía sencillo, aunque dependía de tener buena suerte.

—A la cuenta de tres, tiramos los dados, ¿sí? Uno, dos tres… ¡Ya!

Ambos agitaron el cubilete y dejaron caer los dados sobre la mesa. Los de Sean marcaron tres y seis: en total, nueve. Los del padre de acogida dos y cuatro: en total, seis. Sean sonrió feliz al contar los puntos. El padre de acogida se hizo el sorprendido.

—¡La primera vez y ya me ganas! Pues, hala, me llevo un azote —le recordó.

El niño se dispuso a coger la correa, pero el padre de acogida lo detuvo.

—¡Se me olvidaba! ¡Cada uno debe tener la suya! —Sacó de una bolsa una correa similar a la que le había mostrado antes.

Sean notó algo raro, pues parecía más pesada y el material tenía un tacto diferente, pero no tuvo tiempo de pensárselo.

—¡Ya sabes! ¡Con todas tus fuerzas! A la cuenta de tres, ¿sí? —El padre de acogida se sentó de espaldas, preparado para recibir el azote —. Uno, dos, tres… ¡Ya!

Sean tomó impulso y lo golpeó con fuerza, pero el ruido del impacto lo sobrecogió y se retrajo. El padre gimió de placer.

—¿Ya? Creo que no me he enterado. ¿A ver, otra vez?

El niño dudó, pero, al ver que no le había hecho daño, probó de nuevo. Él volvió a gemir.

—Buen chico. Vamos, otra tirada. —Sean no se mostró muy convencido—. ¿Qué pasa? ¡Ya has visto que se te da muy bien!

—No quiero jugar a esto. No quiero hacerte daño.

—¡No te preocupes! ¡Ya has visto que no duele! A la cuenta de tres, ¿sí? Uno, dos, tres… ¡Ya! —El padre de acogida tiró los dados. Su combinación fue esta vez de cuatro y tres: en total, siete.

Sean se lo pensó, pero también los lanzó. Sus dados marcaron cinco y seis: en total, once.

—¡Qué suerte la tuya! ¡Pues nada! ¡Otro azote para mí! —Le entregó la correa y le dio la espalda de nuevo—. ¡Vamos! ¡Con todas tus fuerzas! Uno, dos, tres…

El chico tiró la correa al suelo y corrió hacia la puerta, pero se dio cuenta de que estaba cerrada con llave.

—Por favor, quiero salir. ¿La abres?

El padre caminó hasta él y lo invitó a volver a la mesa.

—No hemos terminado de jugar. Tienes que cumplir tu parte.

Sean se dispuso a golpearlo con intención de salir de allí, pero se dio cuenta de que la camiseta del hombre tenía manchas de sangre. Preocupado, se la levantó y comprobó que la espalda estaba marcada con todo tipo de heridas y cicatrices. El padre se apresuró en cubrirse, pero el pequeño, impactado por lo que había visto, tiró la correa al suelo.

—¡Has ganado el juego, así que te toca pegarme! —Sean negó con la cabeza, pero solo consiguió que el hombre le abriera la mano con brusquedad y lo obligara a sujetar la correa—. O me pegas tú o te pego yo. Tú eliges. Y no usaré la suave.

El niño comenzó a sollozar. El padre se preparó para recibir los azotes.

—Uno, dos, tres… ¡Ya! —gritó.

Sean lo golpeó al tiempo que sus ojos se humedecían. El hombre gimió de placer.

—¡Otra vez!

Con las lágrimas rodando por su rostro, el chico lo volvió hacer.

—¡Otra vez! —escuchó a los pocos segundos—. ¡Otra! —poco

después.

Sean le pegó hasta que el hombre quedó satisfecho y se estremeció al ver que, pese a que la camiseta estaba empapada de sangre, su rostro irradiaba una inquietante satisfacción.

Capítulo 33:
Arenas movedizas

-1-

Vicky se despertó con una llamada de Theressa en la que le pedía que se pasara por casa lo antes posible. Norine había hablado con Angela por teléfono y quería contarles algo.

—¡Norine! ¡Ya ha llegado! —gritó Theressa en cuanto Vicky entró en el salón—. Me ha dicho que quería terminar unas tareas que tenía pendientes, pero que la avisara en cuanto llegaras.

—¿Y Nita? —preguntó la periodista al no verla.

—Ha convencido a Charlie para que la acompañara a una exposición.

Vicky puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez a lo de la realidad aumentada?

—No, no. A otra que parece especialmente creada para ella —contó Theressa, risueña—. ¡La pasión que tiene por esos bichillos! —Vicky arrugó la frente—. ¡Una exposición sobre mariposas! ¿Qué otro bichillo iba a ser? *El arte de las mariposas* o *Las mariposas en el arte*… No recuerdo el título, pero era algo así. No sabes lo que me costó meterla en la cama anoche. Por si no tenía bastantes ya, estaba entusiasmada creando nuevas ilustraciones. Según ha entendido Charlie, pretende que elijan alguna para la exposición. ¡No sé de dónde ha sacado tanto morro!

Vicky sonrió y pensó que quizá era lo que el destino tenía reservado para Nita: ¡se convertiría en la ilustradora especializada en mariposas más talentosa de Canadá!

—¿Vas a ir a ver a mamá? —se interesó Theressa, devolviéndola a la cruda realidad—. A mí se me hace cuesta arriba pensar en visitarla en un sitio así. Dile que lo siento, pero no podría dejar de llorar.

—No te preocupes, lo entenderá.

La llegada de Norine, con una maleta a cuestas, interrumpió la conversación.

—Me marcho —les anunció con gesto serio.

—¿Mamá te ha dado unos días libres? —creyó adivinar Theressa.

—Algo así. —Una lágrima se escapó de sus ojos.

—Norine, ¿qué ocurre? —preguntó Vicky.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿No me digas que te ha despedido?! —se adelantó Theressa.

—Me ha pedido que recoja mis cosas y no vuelva a acercarme ni

a esta a casa ni a vosotras —les contó entre lágrimas.

Theressa no dudó en acercarse y abrazarla.

—No le hagas caso, Norine, se le pasará en cuanto todo esto se aclare —aventuró Vicky.

La criada negó con la cabeza e intentó mantenerse entera, pero, en cuanto Theressa se apartó, otra lágrima surcó su rostro. Se la limpió con rapidez y forzó una sonrisa.

—No pasa nada, hace tiempo que necesitaba unas buenas vacaciones. Me vendrá bien descansar. Mi cuerpo ya no aguanta tanto como antes. —Guardó el pañuelo con el que secaba sus lágrimas—. Dale un beso a Laura cuando la veas —le dijo a Theressa—. Y despedidme de Nita y Charlie, ¿vale? —les pidió a las dos—. Visto cómo me he puesto, ha sido una suerte que no estuvieran aquí; voy a echar mucho de menos a esa pequeña granuja. —Se emocionó y rompió a llorar de nuevo.

Theressa, sobrepasada por la situación, les pidió con un gesto que la disculparan y corrió al baño de la planta baja. Vicky pensó en abrazar a Norine, pero temía repetir su escena con Josh y venirse abajo por completo, por lo que simplemente se acercó y acarició su hombro.

—Lo siento mucho. Parece que todo se está derrumbando. Cuando crees que la cosa se ha tranquilizado, hay una nueva réplica.

Norine se mostró de acuerdo.

—Ojalá todos tuviéramos tu entereza —le dijo con una sonrisa —. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero eres una de las personas más fuertes que conozco. Aunque el mundo entero se viniera abajo, serías capaz de crear otro desde cero. ¡Estoy tan orgullosa de ti…!

A Vicky le conmovieron sus palabras y esta vez no dudó en abrazarla con fuerza. Norine se separó con rapidez al notar que volvía a emocionarse.

—Bueno, que me voy. Tengo muchas cosas que planear a partir de ahora.

—Tómate unos días, pero no te vayas con otra familia, ¡¿eh?! —le advirtió Vicky con cariño—. Estoy segura de que mi madre recapacitará, y si no… Mira… ¡En cuanto me mude a una casa propia te contrato! ¡Te lo prometo! —Norine sonrió, agradecida—. Lo digo en serio. ¡No tardaré mucho! —le aseguró al tiempo que Theressa regresaba del baño con los ojos hinchados y limpiándose la nariz con un pañuelo.

Norine les lanzó un beso con la mano antes de marcharse. En cuanto se quedaron solas, Vicky se sentó en el sofá y animó a su hermana a que hiciera lo mismo. Theressa se recostó sobre ella y cerró los ojos con intención de tener un instante de calma. Mientras acariciaba el cabello de su hermana, la periodista echó un vistazo a

aquel salón en el que, a decir verdad, no había pasado demasiado tiempo, pero que echaba mucho de menos desde que ya no vivía allí.

El silencio de la casa quedó roto por el aviso de un mensaje entrante en el teléfono de Vicky. Theressa se apartó; podía tratarse de Amanda con algo relacionado con su madre.

—¿Todo bien? —le preguntó al ver que su rostro languidecía.

Vicky negó con la cabeza y rompió a llorar, desconsolada. Theressa se fijó en la imagen que mostraba su teléfono: era la esquela de Jeff.

-2-

Varias fotografías en las que aparecían Josh, Vicky, Theressa, Sean y Nita en la visita al hospital, que habían hecho el día anterior, se deslizaron por la pantalla del móvil que Sean acercó a Josh, quien, nada más verlas, alegró su rostro.

—Pese a lo de Mark, ha sido una suerte conocerlas, ¿no crees?

—Cada día lo tengo más claro —contestó Josh con una sonrisa.

Sean asintió, se guardó el teléfono en uno de los bolsillos del pantalón y se sentó en aquella silla desde la que tantas veces había observado a su amigo, sobre todo los días en los que había permanecido inconsciente. Antes de hablar, emitió un pequeño suspiro.

—Bueno…, ahora que van a darte el alta y podrás cuidarte solito, hay algo que tengo que contarte —adelantó—. Tiene que ver con que no haya estado tanto por aquí estos últimos días.

—Pero ¿es bueno o malo? —se preocupó Josh.

—No, no. ¡Muy bueno! Hasta que no consiga una titulación no me pagarán un sueldo completo, pero… ¡he encontrado trabajo!

—¡Joder, Sean! ¡Enhorabuena!

—¡Y no queda ahí la cosa! En el empleo va incluido un sitio donde dormir, así que ya no tendré que quedarme en la calle ni gorronearte.

A Josh eso no le hizo tanta gracia.

—Vaya, pues sí que has tenido suerte. ¿Y qué trabajo es?

—En una casa de una pareja de ancianos. Se desenvuelven bastante bien para su edad, pero necesitan que les echen una mano con algunas tareas. Me han dicho que puedo comer de lo que les cocine y que tienen una habitación libre donde quedarme a dormir, pero que no tengo ninguna obligación. ¡La verdad es que son encantadores!

—Pero ¿y cómo has contactado con ellos? ¿A través de la oficina de empleo?

—Sí y no. —Se levantó de la silla y se explicó mientras

caminaba por la habitación—. Es muy curioso, porque justo salía de allí, frustrado por los mismos problemas de siempre, ya sabes, mi falta de formación y experiencia. Total, que me fijé en una señora mayor que parecía mareada. Llegué a tiempo para sujetarla y la acompañé a una silla libre que encontré en la terraza de un restaurante cercano. Llamamos a su hija y esperé hasta que llegó a por ella. Al contarle lo que había ocurrido, se mostró muy agradecida e incluso me quiso dar algo de dinero cuando se enteró de que estaba desempleado. Como lo rechacé, me preguntó si tenía experiencia en el cuidado de personas mayores, le pareció que tenía buena mano.

Josh sonrió al ver lo feliz que era Sean contando lo ocurrido. Se imaginaba el resto de la historia, pero lo dejó terminar. No solía hablar mucho y le gustaba escucharle.

—Total, que al final me ha hecho la propuesta y le he dicho que sí. Ha sido genial, Josh, ¡parece cosa del destino! Así que, en cuanto vuelvas a casa, me mudo. Pero, tranquilo, que hasta entonces te la cuido, ya lo he hablado con ellos.

—No hace falta que te quedes si no quieres.

—Si no me importa, estoy muy a gusto; pero por fin he conseguido algo por mí mismo y me siento orgulloso. Y, además, así podrás tener intimidad para tus… cosas. —Josh asintió con timidez—. ¡Qué? ¿No te alegras por mí?

—¡Claro que me alegro! Pero pasaremos menos tiempo juntos. Sé que es algo bueno para ti, pero me fastidia.

—Tú también volverás a trabajar en breve y, bueno, seguiremos en la misma ciudad. Podremos vernos de vez en cuando.

—Eso no está del todo claro… Me han ofrecido un trabajo en Vancouver.

—¡Vaya! Parece que hoy es el día de las sorpresas. ¿Y cuando te marchas?

—Todavía no he aceptado.

—¿Y eso? ¿Hay algo que no te convenza?

Josh negó con la cabeza.

—El trabajo es perfecto. El problema eres tú. —Sean frunció el ceño—. No me quiero alejar de ti.

Sean no fue capaz de decir nada. Josh, aprovechando su desconcierto, se acercó a él y lo besó con suavidad en los labios. Sean se dejó llevar hasta que su cuerpo reaccionó y lo apartó con brusquedad.

—Lo siento. Me tengo que ir. —Huyó de la habitación como si estuviera en llamas.

Josh suspiró, resignado, y pensó en lo que implicaba aquella reacción: lo malo era que estaba claro que no había nada que hacer con Sean. Lo bueno, que ya no perdería más tiempo en decidirse. En

cuanto se recuperara, se marcharía a Vancouver.

-3-

Angela fue el centro de atención de su módulo de presas desde el mismo instante en el que llegó. Primero, por su actitud altiva y desafiante. Más tarde, porque descubrieron que estaba forrada de pasta y que, al parecer, había encargado el asesinato de su futuro yerno.

Al principio se mantuvo al margen y se centró en los libros y las actividades individuales, pero varias de las compañeras la reclamaron enseguida con el fin de que las ayudara cuando saliera de allí, algo que daban por descontado teniendo en cuenta sus recursos económicos.

Angela recibió el aviso de que tenía visita mientras estaba acorralada por un grupo de presas deseosas de saber cómo era disfrutar de una vida llena de lujos y si ocultaba dinero en algún paraíso fiscal que quisiera compartir con ellas.

Separadas por un cristal muy rayado, pero sólido, emplearon los primeros instantes en observarse y saludarse. Después, Vicky no dudó en ir al grano.

—Tanto Amanda como yo haremos lo que haga falta, pero no nos mientas más, por favor. ¿Pagaste a ese hombre para que matara a Mark?

—¡No he tenido nada que ver con su muerte! ¡Me parece ridículo ya solo tener que negarlo! —contestó Angela con firmeza—. ¿En serio me crees capaz de algo así? Tengo muy mala hostia, Vicky, pero no soy una asesina.

La periodista valoró las palabras de su madre. Estaba de acuerdo con ella, pero seguía convencida de que le ocultaba algo. Angela se dio cuenta.

—Pensaba que, a estas alturas, habrías encontrado la manera de sacarme de aquí, pero ya veo que tú también te crees esta farsa.

—No es que me la crea, pero he escuchado la grabación y no se oye lo que tú me contaste. Y, para rematar, el arma del crimen ha aparecido en tu coche. Tienen motivos de sobra para tenerte aquí.

—Respecto al dichoso audio, yo también lo he escuchado y, tal y como le he dicho a Amanda, es evidente que está manipulado. Respecto al arma, la misma persona que se ha tomado las molestias de grabarme y alterar el audio ha debido colocarlo en mi coche. Te juro por mi vida que no te miento.

—Pero ¿quién querría hacerte algo así? ¿Crees que ha podido ser el investigador? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—El día de la boda —mintió—. Pero no tiene ningún sentido

que haya sido Stanton. Lo único que contraté fue una investigación. Si no hizo nada más que eso, no tiene nada de qué preocuparse.

Vicky se tomó unos segundos para observar a su madre. Confiaba en encontrar algo en su lenguaje no verbal.

—No me crees, ¿verdad? Pensaba que las cosas habían cambiado entre nosotras, pero ya veo que sigues empeñada en llevarme la contraria.

La periodista suspiró.

—No es eso, mamá. Intento creerte, pero cada día recibo una sorpresa que me lleva a dudar de nuevo. No me habías hablado del arma ni de Stanton hasta que salieron a la luz la grabación y la pistola. Eso me hace pensar que ocultas más cosas, y es lo que más rabia me da: como no seas completamente sincera, será más fácil creer que lo hiciste tú a que no tuviste nada que ver.

—Eso ya queda en tu conciencia. Pero si me conocieras un poco, sabrías que no soy capaz de hacer algo así.

—Tampoco te creía capaz de despedir a Norine y lo has hecho.

—¿Qué otra opción tenía? ¡Estoy encerrada por su culpa!

Vicky negó con la cabeza.

—Sabes de sobra que hay más pruebas en tu contra.

—Sí, pero para mí es la más dolorosa de todas.

Su hija no se lo rebatió. Bastante hacía reconociéndolo.

—¿No crees que deberías reconsiderarlo? No lo hizo a posta y está muy arrepentida.

—Ves dónde estoy, ¿verdad? Pues no hay nada más que decir.

Vicky decidió no insistir, al menos de momento. Angela cambió de estrategia, consciente de que no le servía de nada discutir con una de sus pocas aliadas.

—Entiendo tus dudas, hija, pero eres la única que puede ayudarme. Amanda parece una abogada peleona y seguro que lo hace bien, pero no es de la familia. No se va a implicar de la misma manera que tú. Nunca pensé que diría algo así, pero te necesito.

Vicky se sobrecogió al oír esas palabras en boca de su madre. Después, sintió que ponía demasiada responsabilidad sobre ella.

—Haré lo que esté en mi mano, pero prométeme que no nos ocultarás nada más y harás caso a Amanda. Nos ha sacado de muchos líos en la redacción, pero necesita conocer todos los datos para saber cómo manejarlos.

—No os oculto nada. Te lo juro. Mi único crimen ha sido contratar a un investigador privado porque no me fiaba de Mark, pero ya está. ¿Merezco estar encerrada por intentar proteger a Laura? —se preguntó—. Nadie mejor que tú sabe lo que es estar en la cárcel injustamente.

Capítulo 34:
Bajo la superficie (IV)

-1-

Dos accedió al depósito de pruebas usando una tarjeta que pasó por un sensor. Localizó con facilidad el antiguo teléfono de Vicky y lo sustituyó por uno idéntico que Tom había preparado para él y cuyo contenido había clonado del original. En caso de que su plan no saliera bien, podría volver a necesitar el que iba a sustraer y ya se había expuesto demasiado entrando en la sala. Como última medida, pidió a Tom que borrara de su tarjeta la marca de acceso temporal al depósito.

Como sabía que Vicky tenía el número de aquella mujer entre sus contactos, y seguía sin teléfono hasta que Theressa le entregara el que Violet le había ofrecido como regalo ese mismo día, no dudó en aprovechar el lapso de tiempo que las circunstancias le brindaban. La asesina estaría más receptiva si creía que era la propia Vicky quien contactaba con ella.

Aunque era una mujer que disfrutaba de una vida desahogada y Dos estaba seguro de que, si se lo propusiera, podría sacar tajada con facilidad, el principal motivo del chantaje estaba relacionado con que lo ayudara a dejar la organización: era esencial que esa mujer gestionara por él lo necesario para empezar su nueva vida fuera del radar de Violet. Por lo que sabía de ella, era capaz de eso y de mucho más, y, si se veía acorralada, estaba seguro de que no dudaría en aceptar.

Consideró pedirle ayuda a Tom para que cambiara la localización del envío de los mensajes, pero, al final, optó solo por cifrarlos y se trasladó a los alrededores del hospital en el que Vicky seguía ingresada para mandarlos. Si la policía detectaba que habían encendido el móvil, no tardarían en situarlo allí y recaerían sobre ella nuevas sospechas.

Tras reescribir el primer mensaje en más de una ocasión, echó el anzuelo desde el móvil de Vicky.

> **Dos:**
> Sé que has sido tú. Yo también lo odiaba, pero nadie debe tomarse la justicia por su mano. Si no quieres que te denuncie, tendrás que ayudarme con un asunto que podría traerme problemas. Te espero pasado mañana a las 6:00, en el parking de Hawrelak Park.

La respuesta no tardó en llegar.

Receptora:
¿De qué estás hablando?

Sonrió ampliamente.

Dos:
Había cámaras en el club de campo y el resto lo he conseguido tirando de contactos. Ya me conoces.

Adjuntó al mensaje unas imágenes que había preparado: una captura de vídeo en el que se veía el coche que había mandado investigar a Tom, una imagen del hangar al que se había desplazado aquel vehículo y el nombre de la empresa matriz que le permitió relacionarlo todo con ella.

Esta vez no obtuvo contestación, por lo que mandó un tercer y definitivo mensaje.

Dos:
Ven sola. Si me ayudas, nadie más lo sabrá.

Receptora:
De acuerdo. Allí estaré.

Borró la conversación del móvil, lo apagó y condujo de vuelta a la organización. Su habitual seriedad se ausentó de su rostro durante todo el camino. El plan iba según lo previsto y estaba eufórico.

-2-

Al día siguiente del encuentro de Laura con el inspector Thompson, Jerry le había pedido a Dos que acudiese a la oficina. El informático parecía más inquieto de lo normal.

—¿Qué ocurre?

—Creo que he metido la pata —reconoció Jerry—. He tenido tanto trabajo que…

—¿A qué te refieres?

—En el servidor de la policía he encontrado un vídeo de la paliza que propinó Rita.

—¿Me estás diciendo que alguien lo ha filtrado? Creía que te habías encargado de hacerlo desaparecer.

—Y así lo hice. Sustituí la parte problemática con un trozo de ese mismo día en el que no ocurría nada. La cosa es que no es la

misma fuente, las imágenes parecen tomadas desde otro ángulo. Tiene que haber alguna cámara que se me ha pasado.

Dos suspiró.

—Con esto, nuestra querida Rita va a subir unos cuantos peldaños en el *ranking* de culpabilidad de la policía.

Jerry se lamentó.

—¿Ha aparecido algún otro asunto relacionado con ella? —preguntó Dos para asegurarse de que no se había dejado ningún cabo suelto al secuestrarla.

El informático negó con la cabeza y Dos torció el gesto, tal y como hubiera hecho de no haber sabido dónde se encontraba Rita en realidad. Necesitaba que Jerry siguiera creyendo que estaba tan perdido como él.

-3-

Con el asunto de Rita bajo control, pues la policía, aunque sospechara de ella, no tenía ninguna posibilidad de localizarla, Dos organizó el encuentro con la mujer que él tenía claro que era la asesina de Mark. Entre otras cosas, contrató a una prostituta con un aspecto muy similar al de Vicky. Además de para la farsa, le serviría de señuelo por si, en lugar de aparecer la mujer, esta mandaba a algún matón.

Su cita apareció por allí pocos minutos después de que la mujer que simulaba ser Vicky se colocara en su posición. Dos se unió a ellas con un móvil en la mano.

—Gracias, tú ya te puedes marchar —le dijo a la prostituta.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde está Vicky? —preguntó la mujer.

—Disculpa el engaño, pero temía que, si te decía la verdad, no aparecieras.

—¡Dios mío! Trabajas para ellos, ¿no? —Miró a su alrededor, temerosa de que Dos no fuera el único que hubiera acudido al encuentro.

—Si quisiera matarte, ya lo habría hecho. Vengo para hacer un trato —le aseguró él—. Dile a ese que tienes escondido ahí que se relaje —señaló a un hombre que estaba un poco alejado—, no tienen ni idea de que estoy aquí.

—¿Y por qué tendría que creerme nada de lo que me dices si me has traído hasta aquí con un engaño?

Para ganarse su confianza, Dos le desveló una información que solo Violet y su mujer conocían.

—Lo hago por mi hijo. —Le mostró un vídeo en el que se los veía juntos en su última visita—. Tiene una enfermedad degenerativa que requiere de muchos cuidados y los tratamientos que lo mantienen con vida son muy caros. Es la única razón de que me metiera en esto.

Quiero regresar junto a él, pero, como imaginarás, no dejarán que me marche así como así. Te juro que lo que te digo es cierto. Todo lo que hago es por él.

Dos se emocionó al contarlo. Aunque había ganado dinero suficiente como para afrontar los gastos derivados de la dolencia de su hijo y mantener a la familia durante muchos años, siempre que le había planteado a Violet la posibilidad de dejar la organización ella se había negado. Insistía en lo mucho que todavía tenía que aportar y le prometía una jubilación holgada si aguantaba unos pocos años más. Si insistía más de la cuenta, le daba varios días libres para que pudiera ver a su hijo y daba el tema por zanjado.

La mujer se conmovió al escuchar el sincero testimonio de Dos, pero se obligó a mantenerse firme.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Que me ayudes a marcharme de la organización: un sitio en el que esconderme junto a mi familia durante un tiempo, nuevas identidades… Ya sabes, lo necesario para comenzar una nueva vida sin que sean capaces de encontrarnos.

—Que conste que no he admitido haber hecho nada de lo que se me acusa. He venido porque estaba preocupada por Vicky. Aun así, si me planteara colaborar contigo, debería tener la certeza de que nunca se me relacionará con nada de lo que has encontrado.

—Necesito el arma con la que mataste a Mark. A cambio, implicaré a otra persona y me desharé de las pruebas en tu contra.

Ella sonrió.

—Si tuviera esa supuesta arma de la que hablas, sería un suicidio por mi parte entregártela así como así. Es la pieza más valiosa en un caso de asesinato. Por el momento, estás lejos de convencerme.

Dos se estremeció al pensar que aquello no iba a salir bien.

—Lo tengo todo estudiado. Si me permites que te explique mi plan, verás que ambos saldremos beneficiados —le contó—. Tengo un documento en el bolsillo derecho de la chaqueta. Si no te fías de mí, puedes decirle a tu ayudante que lo saque él mismo.

La mujer pidió a su guardaespaldas que se acercara y hurgara en el bolsillo de Dos. Tal y como él le había asegurado, encontró un documento en el que se detallaba el plan en caso de que ella accediera a colaborar: quiénes cargarían con la culpa, los motivos y coartadas, los plazos en los que se haría cada cosa…

—Podría haberte vendido a la organización cuando descubrí que habías sido tú. Sé que te es difícil confiar en mí, pero la vida nos ha puesto en esta encrucijada por un motivo. Es hora de que todo por lo que hemos pasado tenga algo de sentido. Mark ya no volverá a hacer daño a nadie más, y yo podré disfrutar de mi hijo el tiempo que le quede.

La mujer acercó su mano a un bolsillo, por lo que Dos alcanzó su arma con rapidez. La guardó al ver que sacaba un teléfono móvil que le entregó.

—Contactarás conmigo desde este número a partir de ahora. Respecto al móvil de Vicky, confío en que borraras la conversación y el envío de las imágenes con las que conseguiste esta cita. —Dos asintió. Ella también—. Dame unos días para estudiar tu plan. En caso de que lo vea factible, me pondré en contacto contigo.

-4-

Cuatro días después de su encuentro con la asesina, y tras haber comprobado que el teléfono que ella le había dado no había sufrido ningún tipo de manipulación, Dos recibió la ubicación en la que debía recoger la pistola. Tomó muchas de las medidas preventivas que había aprendido durante los años que llevaba trabajando para Violet por si se les ocurría tenderle alguna trampa, pero todo resultó muy fluido y encontró el arma sin dificultad.

En cuanto llegó a casa, introdujo el cuerpo sedado de Rita en su coche, le hizo una foto y se la envió a Violet al tiempo que le relataba que la había encontrado en Vancouver gracias a sus concienzudas averiguaciones.

Mientras esperaba que pasara la noche, en la que se suponía que él viajaba desde Vancouver a la organización, se preparó un gran termo de café y se deshizo de cualquier rastro que indicase que Rita había estado en su domicilio.

Un bostezo lo invitó a acostarse, pero se mantuvo firme. Por mucho que su cuerpo se lo pidiera, no era momento de dormir. Necesitaba parecer cansado para no levantar sospechas.

-5-

Dos se dirigió a la organización en torno a la hora que estimó en que debía llegar si hubiera conducido desde Vancouver. Ya allí, ocultó en un lugar estratégico el arma que Rita se había llevado del despacho de Mark. Aunque no le servía para incriminar a nadie, podía venirle bien en caso de que lo descubrieran.

Avisó a Cuatro de su llegada y, con su ayuda, trasladó a Rita a una celda que habían preparado para ella. En cuanto Violet se unió a ellos, les mostró lo que había encontrado en su bolso. Por un lado, el teléfono móvil con el que Rita había estado preparando su escondite y en el que hallaron sus conversaciones con una antigua amiga. Al parecer, había viajado en autobús en lugar de en avión, tal y como Dos había sospechado. Por otro, la llave del trastero en el que había

dejado todo listo para incriminar a Rita: el arma que la asesina de Mark le había facilitado, junto al traje con el que la secretaria se había colado en el despacho y que ella misma había guardado allí.

Dos se ofreció a llevar a cabo el interrogatorio cuando Rita despertara. Si decía algo que pudiera incriminarlo, podría intervenir y llevar la conversación hacia donde él quisiera.

Como dieron por hecho que lo del viaje en autobús era cierto, Cuatro y Jerry no tardaron en confirmar que la llave pertenecía a un trastero y que el arma que escondía allí coincidía con el modelo usado para matar a Mark. Horas después, todo volvió a jugar a su favor durante el interrogatorio a la secretaria, pues Violet estaba convencida de su culpabilidad y prefería hacerla sufrir que cuestionarse que algo de lo que Dos hubiera planteado no fuera cierto.

Sin embargo, las súplicas de Rita, que insistía en que, aunque había destrozado el despacho de Mark, no tenía nada que ver con su muerte, sí tuvieron efecto en Cuatro. Y es que, pese a las evidencias, no entendía cómo alguien como ella se había atrevido a retar a Violet de esa manera. Acudió al despacho de Dos.

—¿Crees que Rita dice la verdad? ¿Que no ha tenido nada que ver con la muerte de Tres?

A Dos le inquietaron aquellas repentinas dudas, pero mantuvo la calma.

—Todo parece apuntar a ella, a tenor de lo que habéis encontrado en el trastero. Además, ya sabes lo que le hizo a Sonia en público, sin importarle las consecuencias que podría acarrearle a la organización. Está claro que es capaz de cualquier cosa.

Cuatro asintió, pero seguía sin convencerse.

—¿Y eso de que se siente rara?

—Le he estado dando vueltas mientras la interrogábamos y acabo de consultarlo. —Dos señaló su ordenador—. La amnesia y cierto grado de paranoia forman parte de los posibles efectos secundarios de lo que le administré. Quizá me pasé con la dosis.

Cuatro volvió a asentir, pero había algo más que no le cuadraba.

—Pero ¿y el arma del trastero?

Dos lo miró sin saber de qué hablaba.

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que, aunque coincide con la del crimen, es un modelo distinto al que usamos en la organización. Si robó el arma de Mark, ¿qué sentido tenía usar otra para matarlo?

—Puede que se manejara mejor con esa y la pistola de Mark la tenga escondida en otro lugar. Creo que le estás dando demasiadas vueltas.

Cuatro afirmó con la cabeza, pero no terminaba de verlo claro. Había algo que se les estaba escapando.

Capítulo 35:
Érase una vez un chico (IV)

-1-

Sean se vio obligado a abusar físicamente de su padre de acogida a lo largo de los siguientes años que permaneció bajo su tutela. Además de azotes, le pedía que le quemara con colillas o que le realizara pequeños cortes, y unos años más tarde, que le presionara el cuello hasta que él dijera basta.

Tuvo que guardar aquel oscuro secreto ante la amenaza de que haría daño a su madre, pero cuando cumplió los diez años y la ingresaron en un hospital debido al empeoramiento de su enfermedad, consideró que había llegado el momento de acabar con aquella tortura.

Aquel día, esperó en una sala contigua a la oficina del director de su colegio mientras la asistenta social que había llevado su caso hablaba con el responsable de la escuela. Al terminar el encuentro, ella no dudó en acercarse a Sean y pegarle una bofetada que el director no tuvo tiempo de evitar.

—¡¿Cómo te atreves a blasfemar así sobre tu padre de acogida?! ¡Si no fuera por ellos, estarías en casa de la yonqui de tu madre, tropezando con jeringuillas y contagiado de sida o de cualquier otra enfermedad que tenga! —le gritó llena de rabia.

El director intentó calmarla.

—Por favor, aquí no toleramos ningún tipo de violencia. Conténgase. Ya se ha pasado con la bofetada.

La asistenta social lo miró, sorprendida, pero después lo ignoró y siguió su cruzada contra Sean.

—¿No sabes que a Dios no le gustan los niños mentirosos? ¡Vas a recibir un castigo en toda regla!

Sean no aguantó más.

—¡No estoy mintiendo! ¡Me obliga a hacerle daño! ¡Decidle que os enseñe la espalda! ¡La tiene llena de cicatrices! —le explicó al director.

—¡¿Encima eres capaz de aprovecharte de las desgracias de los demás para contar tus mentiras?! —le recriminó aquella mujer—. ¡Son heridas de guerra! ¡¿Cómo puedes ser tan malo?!

Sean negó con la cabeza; decía la verdad.

—¿Quieres marcharte de esa casa? De acuerdo. Te marcharás hoy mismo —lo sorprendió ella, alegrando a Sean—. Veremos si te gusta el centro para chicos problemáticos. A los pocos días, si es que aguantas más de una noche, me suplicarás para volver a casa de tus

padres, pero ya será tarde. Entonces te arrepentirás de haber dicho esas cosas tan horribles de unos buenos cristianos que han dado lo mejor de ellos para que tengas un futuro infinitamente mejor del que te esperaba. A ver quién quiere acogerte cuando sepan que eres un mentiroso.

—¡Digo la verdad! Si tengo que ir a ese centro, iré; prefiero ir allí que seguir en casa de ese monstruo —le explicó al director.

La trabajadora de servicios sociales se dispuso a darle otra bofetada, pero el director del centro la detuvo. Sean, harto de sus agresiones, se enfrentó a ella.

—Como me vuelvas a tocar, te pego un puñetazo.

—Vuelve a clase. En un rato paso a buscarte y hablamos —le indicó el director al ver que aquello podía volver a descontrolarse. Sean asintió y abandonó la sala.

—Pero ¿ha visto lo que ha dicho? ¡Ese niño lleva el demonio dentro! ¡De unos padres así, qué otra cosa cabía esperar!

El director negó con la cabeza.

—Ese niño es de los mejores alumnos que he tenido en este centro. Sea verdad o mentira lo que cuenta, está claro que algo pasa y que está sufriendo. Haga su trabajo y averígüelo. Hasta entonces, sáquelo de allí.

-2-

—No hace falta que me mientas. Sé que vas a ver a tu madre y me parece bien —le dijo el director a Sean al ver que se marchaba del colegio, aunque, en una charla anterior, le había prometido que esperaría allí—. No les diré nada, pero no quiero problemas. En dos horas pasarán a buscarte para llevarte al centro. Sin retrasos, ¿eh?

Sean asintió, agradecido, y corrió hasta la parada del autobús que lo llevaría al hospital en el que su madre estaba ingresada. Una vez allí, consiguió que su enfermera favorita le permitiera colarse, pero se entristeció al encontrar a su madre cada vez más deteriorada. Al verlo, ella se apartó la mascarilla de oxígeno.

—Sean, ¿qué haces aquí? Pensaba que ya no te dejaban visitarme —susurró con la voz rasgada y débil. Él le sonrió y le besó la mano—. No te habrás escapado, ¿no? —Volvió a ponerse la mascarilla.

—El director me ha dejado. Esta noche me llevan a un centro.

—¿Estás seguro de que será mejor? No quiero que otros chavales te hagan daño. —Tomó otro poco de oxígeno—. Sé que dices que a veces tienes que pegarle, pero por lo menos no te pegan a ti, ¿no?

Sean negó con la cabeza; puede que su madre no se diera cuenta, pero para él era prácticamente lo mismo.

—No quiero estar allí, mamá, ¡los odio! —gritó entre lágrimas de rabia.

—El odio no es bueno, Sean, lo único que trae es sufrimiento. —Tosió con dificultad—. Siempre has sido un niño lleno de amor, no quiero que te dejes arrastrar por esas emociones. Tú no eres así.

Sean se dispuso a contestarle, pero la tos recuperó el protagonismo. Su madre se puso la mascarilla de oxígeno y le pidió que esperara unos segundos.

—Sabes que no me queda mucho tiempo. Y no sé si te dejarán volver a verme, pero… —se detuvo unos instantes.

Sean la cogió de la mano y se la volvió a besar. Limpió la lágrima que cayó sobre ella.

—Quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado y que… —se detuvo para coger aire— todo el sufrimiento que he tenido que pasar en esta vida ha merecido la pena solo por poder conocerte —le explicó antes de tomar aire de nuevo. —Sean se emocionó—. Sé que he sido un desastre de madre, pero…

—Calla, mamá. ¡Yo te quiero! —le dijo convencido.

Ella dibujó una sonrisa en el rostro.

—Lo sé. Por muy difícil que te lo haya puesto, me lo has demostrado siempre. —Alargó su mano para limpiar las lágrimas que inundaban el rostro de su hijo—. ¿La sigues teniendo?

Él asintió y corrió con rapidez a su mochila, de la que sacó la pelota que su madre le había regalado y cuyo dibujo estaba ya algo desgastado. Ella la tomó con delicadeza y la observó con pena y nostalgia.

—Siento no poder cumplir la promesa de llevarte a mi país.

Sean le quitó importancia con un gesto y volvió a besar la mano de su madre.

—Sé que todavía le hablas. —Volvió a toser—. Nunca dejes de hacerlo. Aunque no oiga las palabras, tu cariño siempre me llega.

Él suspiró y se esforzó para no llorar más.

—Eres un ángel. Siempre lo he sabido. Desde el mismo instante en que naciste. Mi ángel… Mi Sean… —le susurró antes de lanzar un suspiro tras el cual sonrió y cerró los ojos. La máquina a la que estaba conectada emitió un pitido agudo y repetitivo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡¿Qué te pasa?! —gritó Sean, asustado, lo que llamó la atención de la enfermera que lo había dejado pasar.

Lo apartaron de su madre, pero se las ingenió para ser testigo de que los intentos por reanimarla eran en vano. Después, el doctor dijo algo que nunca olvidaría.

—No hay nada más que podamos hacer. Hora de la muerte, 17:17.

Capítulo 36:
Demasiado tentador

-1-

De vuelta en el apartamento de Adam, y tratando de asumir la carga que su madre había puesto sobre sus hombros, Vicky se tomó unos instantes para pensar en los pasos que debía dar si quería tener una oportunidad real de sacarla de la cárcel. Confiaba en Amanda y en su trabajo, pero su madre tenía razón: siempre te esfuerzas más si quien está en peligro es alguien de tu propia sangre.

El tema del investigador la traía de cabeza y, probablemente, era por donde debía empezar, pero, al pensar en el trabajo que se le acumulaba en la redacción, comenzó a agobiarse. Aunque regresó al periódico lo antes posible, para tener centrada su cabeza en otra cosa que no fuera lo ocurrido con Mark, tuvo que enfrentarse a la noticia del hallazgo del cuerpo de Jeff y, desde aquel día, hacía ya más de una semana, no había vuelto a pisar la oficina.

Llevada por un impulso, se hizo con el ordenador portátil y consultó el saldo de su cuenta de ahorros. Al ver que la cifra era superior a la esperada, respiró hondo. Pese a que se consideraba bastante derrochadora, gracias a la paga extra y a no haberse dado caprichos en las últimas semanas, tenía un colchón suficiente como para seguir adelante con una idea que le rondaba la cabeza desde el día después a Navidad, pero que acababa de decidir llevar a cabo.

A la mañana siguiente, Vicky entró en el despacho de Jeff dispuesta a hablar con Malcom, el sustituto temporal que la empresa propietaria del periódico había designado. Ver a otra persona ocupando el lugar de su antiguo jefe le revolvió el estómago y temió no ser capaz de afrontar la conversación, pero las ganas de acabar con aquello le sirvieron de motor.

—Lo he meditado mucho y lo tengo claro. Dejo mi puesto —reiteró Vicky, pues ya lo había comunicado formalmente la noche anterior a través de un correo electrónico.

Malcom asintió, pero no estaba dispuesto a aceptarlo sin más.

—Entiendo la situación en la que te encuentras y lo que te ha motivado a tomar esta decisión, pero te pido que consideres la propuesta que te voy a hacer: si cuando termine sigues pensando que marcharte es la mejor opción, lo respetaré.

Vicky accedió. Lo menos que podía hacer por él, que acababa de aterrizar allí en una situación tan delicada, era escucharlo.

—Gracias. Entiendo que no estés preparada para volver ya, y puede que no sepas con certeza si llegará ese día, pero tenemos claro

que no te queremos perder. Aunque hay ciertos aspectos en los que creemos que hay margen de mejora, consideramos que tienes un potencial enorme.

Vicky sonrió, agradecida, y se dispuso a contestar, pero Malcom la detuvo.

—Escucha lo que tengo que decir antes de rechazarlo. Te propongo que te tomes el tiempo que necesites para estar bien. Cuando te sientas con fuerzas, nos llamas y buscamos la mejor manera de que te reincorpores. Discutimos tus funciones, un nuevo puesto en la redacción en caso de que no te sientas cómoda en el actual… Y no vamos a ponerte una fecha límite. Te esperaremos lo que haga falta.

Vicky quiso confirmar que ya había terminado para que no la interrumpiera de nuevo. Malcom asintió.

—No sabes cuánto te agradezco tus palabras y, de verdad, me siento muy valorada como profesional, pero no volveré a estar cómoda aquí. Da igual lo que cambiemos por fuera, por dentro seguiré sintiéndome responsable de la muerte de Jeff, y cada vez que vuelva a pisar este despacho será una pequeña punzada más en un corazón que ya está muy tocado. Lo único que quiero es que me finiquitéis lo que quede pendiente y firmar lo que haga falta. Necesito empezar una nueva etapa cuanto antes.

—De acuerdo —aceptó él, resignado—. Gestionaremos todo lo más rápido posible y podrás firmar telemáticamente o por mensajería los documentos. Me encargaré de que no tengas que pasarte por aquí.

Vicky se lo agradeció. Hacerlo así le ahorraría tiempo y mucho sufrimiento.

—Me da pena que haya sido tan breve, pero ha sido un placer conocerte, Vicky. Aunque sea en estas circunstancias. Te deseo lo mejor en tu nueva etapa.

—Lo mismo digo. Me voy tranquila, porque sé que Adam y el resto del equipo se quedan en buenas manos. —Malcom se lo agradeció—. Te deseo la mayor suerte del mundo. Jeff tenía sus cosas, pero todos y cada uno de los que trabajan aquí lo apreciaban.

Tras un breve apretón de manos, Vicky abandonó el despacho de su antiguo jefe y regresó a la redacción en busca de Adam. Lo encontró tomando café con otros compañeros.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó en cuanto la vio.

Vicky le hizo un gesto para invitarlo a hablar en privado.

—La verdad es que bien. Me he sentido muy valorada. —Adam sonrió, esperanzado—. Pero he dimitido igualmente. No podía hacer otra cosa.

—¿Tienes claro que esto es lo mejor para ti? —Vicky asintió, convencida—. Pues, entonces, tienes todo mi apoyo.

Ella le sonrió.

—Hay otra cosa que tengo que comentarte. —Adam agachó la mirada: llevaba esperándolo varios días—. Han sido unas semanas increíbles y te estaré siempre agradecida, pero Nita y Theressa me necesitan. Sin Laura, Norine y mi madre, la casa está muy vacía y tenemos que apoyarnos entre nosotras lo máximo que podamos.

—¿Cuándo te marcharás?

—En cuanto recoja mis cosas. —Adam se lamentó con un gesto; no esperaba quedarse solo tan rápido—. Pero intentaré dejarme algo para tener una excusa y pasarme a verte. No creas que te vas a librar de mí tan fácilmente.

Él sonrió, esperando de corazón que fuera cierto. Vicky se despidió con un guiño cómplice y se dirigió hacia la salida de la redacción mientras revisaba su móvil. Tenía varios mensajes de Theressa y, junto a ellos, una captura de imagen de una conversación.

> **Theressa:**
> ¡Ha mandado eso y ha apagado el teléfono! Que se marcha un tiempo y que no sabe cuándo volverá, pero que está bien.

Vicky revisó la captura de pantalla. Eran unos mensajes que Laura había mandado a Theressa hacía menos de una hora. Siguió leyendo.

> **Theressa:**
> ¡¡¿Bien?!! ¡Laura no está para nada bien! ¡Y, para colmo, ahora no tenemos ni idea de dónde está!

Vicky suspiró profundamente. Aunque trataba de poner de su parte, la vida parecía dispuesta a no darle respiro. Localizó a su hermana en la pestaña de contactos favoritos de su teléfono y la llamó.

—Hola, guapa… Sí… Lo sé, pero es adulta y nos ha avisado, no podemos hacer mucho más… Lo sé, Theressa, pero… —consiguió decir antes de verse atropellada por más quejas.

-2-

Con un sonoro «¡Ahora no!», Nita tuvo claro que no era el momento de molestar a Theressa. Parecía agobiada por algo que no quería contarle y, cuando su hermana se ponía así, era mejor darle su espacio.

Aunque fue algo más amable que la escritora, Charlie tampoco se mostró muy dispuesto a pasar el rato con ella. Habían compartido

varias mañanas en la exposición de las mariposas y se le había acumulado el trabajo. Nita pensó que, ya que su madre llevaba unos días fuera y, por lo tanto, nadie iba a echarle la bronca si se retrasaba o descuidaba parte de su tarea, ella se habría relajado, pero el jardinero parecía tomarse muy en serio su labor.

Como nadie ponía mucha atención en lo que ella hacía, salió de casa sin dificultad. No lo hizo sola, pues Gato siempre se apuntaba a cualquier aventura a la que ella lo invitara. Al poco, se encontró, en una parcela cercana, a Sophia y Helen, dos adolescentes a las que Laura había cuidado cuando eran algo más pequeñas y con las que había compartido alguna que otra tarde de juegos.

—¡Nita! ¿Qué haces tú sola? —le preguntó Sophia.

—¡No está sola! ¡¿No ves que va acompañada de esa pequeña monada?! —destacó Helen antes de intentar acariciar a Gato, que, como de costumbre, se mostró arisco con cualquiera que no fuera Nita.

—No cambia, ¿eh? —señaló Sophia—. Bueno, Nita, otro día nos vemos. Hemos quedado con unas amigas en la piscina. Si te animas, algún día podríamos ir las tres juntas. ¿Cómo lo ves?

Nita asintió algo contrariada. Con todos los planes que existían en el mundo, el único que le proponían era una de las cosas que más le aterrorizaba. Todavía no había olvidado a aquel monstruo que había tratado de devorarla al intentar bucear.

Las dos chicas desaparecieron antes de que se le ocurriera una alternativa que proponerles, por lo que continuó su camino con Gato, pensando en si habría alguna manera de que superara aquellos miedos de una vez. Enfrascada en su mente, no se dio cuenta de que habían llegado al acceso a un bosque cercano a su urbanización hasta que perdió a su acompañante entre algunos matorrales.

Nita corrió tras él, pero no lo encontró hasta llegar a un lugar que tenía un especial significado para ella. Se trataba de una pequeña caseta que había construido con su padre cuando tenía diez años, pero que nunca terminaron al enredarse con otros divertimentos. Estaba invadida por la naturaleza y tenía partes muy deterioradas a causa de la humedad.

Mientras Gato exploraba dentro, ella la observó apenada desde el exterior, pues, ahora que su padre ya no estaba, habría sido maravilloso usarla como refugio o como homenaje a él.

Un chispazo recorrió su mente al pensar que eso era justo lo que podía hacer. Tendría que convencer a alguien de que le echara una mano, pero sería maravilloso terminar el proyecto. Su padre se sentiría muy orgulloso de ella y la caseta podría convertirse en un lugar único y especial en el que dibujar sus queridas mariposas, ver películas en su portátil o, simplemente, pasar tiempo recordándolo.

Tras apartar varias ramas y hierbajos, se introdujo en la caseta y la inspeccionó de arriba abajo. Tendría que trabajar muy duro para crear algo especial, pero estaba segura de que el esfuerzo merecería la pena.

-3-

Aprovechando que Nita estaba entretenida en preparar una serie de ilustraciones con las que quería decorar su nuevo proyecto, Vicky y Theressa encontraron un momento de privacidad para charlar con calma, acompañadas de una taza de té y sentadas en el sofá del salón. La situación de su madre, la relación de Theressa con Enver, a qué se podría dedicar Vicky tras haber dejado el periódico… La conversación fluyó entre dudas, deseos y temores, pero con la sensación de que hacían lo que estaba en su mano.

En cuanto salió el tema de que la decoradora se hubiera marchado, Vicky trató de convencer a Theressa de que estaba bien y que no tardaría en volver, pero su hermana la sorprendió con un relato de lo más retorcido: antes de ser internada, Laura había afirmado que su padre seguía vivo y que se había presentado en la boda. Pero eso no era todo: al parecer, en los días previos a verlo en el club de campo, había recibido unas fotos de él en la actualidad. Por desgracia, nunca pudo verlas ni encontró nada en su teléfono.

—Theressa…, ¿qué quieres que te diga sobre algo así? —le respondió Vicky con cierta compasión—. No sé qué me preocupa más, que Laura lo dijera o que tú le sigas dando vueltas.

Ella bajó la mirada y asintió, avergonzada.

—Ya, si sé que es una locura. De hecho, he hablado con la psicóloga de Laura y, aunque se ha sorprendido cuando le he contado que se ha marchado, me ha asegurado que había avanzado mucho y que ya no seguía pensando en aquello. No sé, creía que debías saberlo.

—Y yo te agradezco un montón que me lo cuentes, ¿eh? —matizó Vicky al sentir que había sido demasiado dura con su hermana —. Nita no tiene ni idea, ¿verdad? —preguntó en voz baja y sin perder de vista la puerta del salón. Theressa negó con la cabeza.

Al día siguiente, mientras la escritora ayudaba a Nita a restaurar su caseta, Vicky se encerró en su cuarto y se sumergió en su nueva misión: averiguar lo máximo posible sobre el misterioso investigador que su madre había contratado y que ahora permanecía desaparecido.

Gracias al contacto de Adam en la policía, supo su apellido y, tras un arduo trabajo de campo, logró contactar con varios de sus clientes. Sin embargo, nadie reconoció haberlo contratado y, mucho menos, hablar sobre en qué había consistido el encargo. A punto de que otro de sus posibles clientes le colgara, el timbre de la casa sonó

varias veces, por lo que Vicky finalizó la llamada.

—Sabía que me echarías de menos, pero no ha pasado ni un día… —bromeó al ver a Adam tras la puerta.

—Y yo pensaba que me habías dicho que te dejarías algo tuyo, no que te llevarías mis cosas. —Vicky arrugó la frente—. ¿A que si miro en tu maletín del portátil encuentro dos cargadores?

Vicky se dio cuenta de que Adam tenía razón al comprobar, por el rabillo del ojo, que había uno en el salón, pese a que acababa de conectar el suyo en su cuarto.

—No sé si es el tuyo o el mío. ¿Te importa? —le dijo tras recuperar el que tenía en el salón.

—Son iguales. Mientras funcione, me da igual —se conformó Adam—. Oye, por cierto, ¿has hablado con mi contacto de la policía? No estaba muy por la labor, pero al contarle lo que ha ocurrido con tu madre, y prometerle que cenaré con él —se hizo el interesante—, ha cedido.

—Es que eres muy mono. Yo también habría dicho que sí a lo que fuera —le dijo ella con una sonrisa—. Ha contactado conmigo, pero por ahora solo me ha facilitado el nombre completo. Estoy a la espera de que me diga algo más. La cita no será hoy, ¿no? Vas más guapo de lo normal.

—El negro siempre me sienta bien, pero para lo de hoy ningún color resulta reconfortante. —Ella se extrañó—. Hoy es el funeral de Jeff, Vicky. ¿Lo habías olvidado?

Se sorprendió de que se le hubiera pasado algo así.

—No, no, pero es que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿No vas a ir?

—Uf, no creo, es que tengo mucho lío.

Adam asintió, pero sabía de sobra que esa no era la razón.

—Sé que tú lo crees, pero nadie más piensa que tengas la culpa, Vicky. Y si alguien se atreve a sugerirlo, lo pongo en su sitio en un pispás.

Ella le sonrió con dulzura.

—Te lo agradezco, de verdad, pero no me sentiría cómoda. Y su familia tampoco. Me dejaron clara su postura la vez que los llamé para darles el pésame. —Adam se mostró apenado—. No pasa nada. Yo habría reaccionado igual. Tienen la suerte de poder culpar alguien y, además, con razón. Es una carga que tendré que aprender a gestionar si quiero seguir adelante.

Él negó con la cabeza.

—Pero y tú, ¿qué? Tú también lo has perdido. ¿Quién piensa en ti?

A Vicky se le escapó una carcajada.

—Tú.

Adam sonrió, pero insistió:

—¡Después de lo que tuviste que soportar aquella noche! ¡De todo el tiempo en el hospital! De verdad, ¡qué injusto es!

Vicky le acarició el rostro.

—Eres un encanto, pero estaré bien. ¡Venga! ¡Mueve el culo si no quieres llegar tarde!

Adam comprobó la hora y afirmó con la cabeza.

—Me da rabia que no puedas despedirte de él.

—No te preocupes. Ya encontraré la manera de hacerlo.

Adam le dio un beso en la mejilla y se marchó. Vicky cerró la puerta, se apoyó en ella y suspiró.

Un mensaje llegó a su teléfono. El contacto de Adam le acababa de mandar la ficha policial de Stanton. Entre sus datos aparecía una dirección como domicilio habitual.

Vicky se mordió el labio al darse cuenta de lo que se le acababa de pasar por la cabeza, pero las cosas se le podían complicar mucho si volvían a pillarla colándose en un lugar ajeno. «No, esta vez haré las cosas bien», se repitió.

Sin embargo, en cuanto regresó a su habitación y vio lo poco que había progresado con sus pesquisas, no tardó en replanteárselo: era demasiado tentador como para dejarlo estar.

Capítulo 37:
Bajo la superficie (V)

-1-

Violet fue clara con su consigna: Rita tenía que estar lo más fuerte posible. De ese modo, mayor sería su resistencia al sufrimiento que tenía pensado infligirle. Cuatro fue el encargado de que se alimentara bien, pero, para Rita, comer era una de sus últimas preocupaciones.

—¡Empieza ya si no quieres que te lo meta con una manguera! —la amenazó él, acercándole la cara a un plato de arroz que había sobre una mesa.

Atada de pies y manos a una silla, Rita consideró que sería mejor que se obligara a comer si quería tener alguna posibilidad de que la ayudara, así que agachó la cabeza para ingerir algo de comida y sorbió con una pajita el agua de un vaso de plástico.

—Sé que he metido la pata, pero, si me dais una oportunidad, lo puedo arreglar.

—¿Llamas «meter la pata» a cargarte a Mark por celos?

—Lo del despacho es cierto y también que me llevé su pistola para protegerme, pero al final la dejé en el trastero, junto a la ropa. ¡No la he vuelto a tocar y te juro que no he matado a Mark! —contestó entre lágrimas.

—¿Cómo quieres que te crea si ni siquiera eres capaz de mentir en condiciones? El arma de tu trastero no es la misma que Mark tenía en su despacho. No sé ni por qué me molesto en escucharte.

—¡Eso no puede ser! Te prometo que la pistola que yo dejé allí es la que encontré en su despacho. Es la única que he tenido. ¿Por qué guardaría el arma del crimen si lo hubiera matado yo? ¡Es absurdo! Me están tendiendo una trampa, alguien ha tenido que ponerla allí. ¡Por favor, tienes que creerme!

Cuatro percibió cierta verdad en aquella argumentación, por lo que buscó en su móvil el modelo del arma con el que habían asesinado a Mark y, luego, el que usaban en la organización.

—Te voy a mostrar dos pistolas. Dime cuál es la que dejaste en el trastero.

Rita asintió, esperanzada, pero al observar las imágenes se angustió.

—Son muy parecidas a simple vista. No sé qué decir.

—Fíjate bien. Tienen sus diferencias.

Rita tomó aire e intentó calmarse antes de volver a mirarlas. Entonces se dio cuenta de que había un detalle que le podía servir.

—Creo que es la segunda. Acabo de recordar algo que me llamó

la atención del arma: tenía un número tres impreso en ambos lados de la culata. Pensé que tenía que ver con su apodo en la organización.

Cuatro abandonó la celda sin aclararle a Rita si lo había convencido o había vuelto a fracasar. En una sala que compartía con Cinco y Seis, sacó su arma y miró a ambos lados de la culata, consciente de que ella había dicho la verdad. Él mismo se había encargado de prepararlas y había sido idea suya imprimirles ese pequeño detalle antes de entregarlas. Mientras acariciaba el número cuatro impreso en uno de los laterales de su arma, llegó a la conclusión de que, si Rita decía la verdad, alguien mentía y, teniendo en cuenta quién la había llevado hasta allí, Dos tenía todas las papeletas.

-2-

Cuatro no dudó en seguir su intuición y averiguar si había algo raro en los pasos que Dos había dado o en lo que les había contado. Con la ayuda de Jerry, que no tuvo más remedio que colaborar con él al sentirse amenazado tanto por su actitud como por sus palabras, repasaron la investigación y la cotejaron con los informes que la policía actualizaba a medida que realizaba su trabajo.

—Las balas encontradas en el cuerpo de Jeff se corresponden con la munición que consta en el registro de armas de la organización, por lo que Mark tenía el mismo modelo de arma que todos —le confirmó Jerry—. Bueno, los mismos modelos, en plural. Parece que un día antes de la boda se le entregó otro.

Cuatro asintió.

—Correcto. Cuando vio que le habían robado la pistola del despacho, acudió a mí. Le di una del mismo modelo. Tuvo que ser con la que se quitó de en medio a Jeff.

Jerry mantuvo la compostura, pero no acostumbraba a escuchar cosas así. Se topó con un detalle inesperado al revisar el sistema de seguridad.

—Hay algo raro en el depósito. —Señaló un aviso en la pantalla —. Aunque no hay cámaras dentro, la sala dispone de un sistema de pesos que deja un registro informático si se retira el objeto que hay en cada bandeja. Alguien sacó el móvil de Vicky hace unos días.

—¡¿Y eso?! ¿De quién se trata?

—Ese es el problema. Aunque consta la manipulación del objeto, no hay ningún registro de que nadie entrara en la sala ese día.

Cuatro entornó los ojos.

—¿Se lo han llevado o de qué demonios me hablas?

Jerry negó con la cabeza.

—Parece que lo revisaron y lo volvieron a dejar. Como ves —le

indicó en su pantalla—, tanto el peso como las dimensiones del objeto que vuelven a depositar sobre la bandeja son exactamente las mismas. Lo que me extraña es que, teniendo en cuenta que extrajimos toda la información del dispositivo el mismo día de la entrega y que con venir a preguntarme habría sido suficiente, se hayan tomado tantas molestias en consultar algo disponible para todos y borrar el acceso al depósito. —se dijo a sí mismo—. ¿Tiene algún sentido para ti?

—Puede ser —contestó Cuatro.

-3-

—Nos la está jugando —apuntó Cuatro—. Estoy casi seguro de que fue él quien mató a Mark y que Rita no es más que un chivo expiatorio.

—Esa es una acusación muy grave, ¿no crees? —señaló Violet.

—Lo sé, pero el tema de las armas, lo ocurrido en el depósito… A nada que indago me encuentro más cosas fuera de lugar.

—Lo de las armas puede deberse a lo que Dos te dijo: Rita pudo usar una diferente y tener la otra en algún lado como plan b. Con eso no me vas a convencer.

—¿Y lo del móvil?

—No sería la primera vez que el sistema informático da problemas. Tú mismo sabes que, a raíz de la jugarreta de Tom, hemos tenido que actualizar parte de los servidores y renovar más de un equipo. Por si se te ha olvidado, soy yo quien paga las facturas.

Cuatro asintió, frustrado.

—Anda, márchate a ver si nuestros huéspedes siguen vivos. Estás haciendo muy buen trabajo con Rita, pero Richard está al borde del colapso. Si es necesario intubarlo o alimentarlo por intravenosa, no tengas ni el más mínimo reparo. Pero no se os ocurra utilizar ningún tipo de anestesia. Tendrá que dejar esa rebeldía atrás antes o después. Nunca he tenido un perro, pero he visto adiestrar a más de uno y parece que el dolor suele ser bastante efectivo.

Después de que Cuatro saliera del despacho, Violet, agitada por las dudas que su ayudante le había planteado, introdujo en su ordenador la contraseña de seguridad y accedió a un programa en el que visualizó la trayectoria que habían realizado los vehículos de la organización en los últimos días: si creían que se iba a fiar de ellos, iban listos. Aunque no encontró nada raro en los trayectos realizados por Cuatro, Cinco y Seis, frunció el ceño al ver los movimientos que Dos había llevado a cabo desde el día de la boda: tras marcharse del club de campo, en lugar de regresar a la organización había pasado primero por su casa; había estado en el trastero de Rita antes de que ella mandara a Cuatro; y, lo peor de todo, no había ido a Vancouver, pero ese mismo día sí que había hecho un viaje a un destino que no

había comunicado.

Violet se tomó unos minutos para digerir aquella traición. Después, convocó a Cuatro. Le contó lo que había descubierto y ataron cabos: Dos tuvo que encontrar a Rita en el recinto de la boda y haberla retenido desde entonces. La secretaria parecía decir la verdad.

—Dile a Jerry que revise el móvil de Vicky para ver si descubre qué hizo Dos con él —le ordenó Violet, que además le entregó un papel—. Ponte en contacto con este tipo y pídele que compare la pistola que encontraste en el trastero de Rita con el análisis de balística que ha hecho la policía. Quiero saber si es el arma del crimen o se trata de otro de sus engaños. No hay dos idénticas. Si nos la ha intentado colar, lo descubriremos.

-4-

Jerry se sorprendió al conocer, a través de una comunicación interna, que, a partir de ese día, reportaría exclusivamente a Cuatro cualquier dato o avance relacionado con las investigaciones en curso. Poco después, en cuanto el propio Cuatro le explicó que, si Dos iba a verlo, debía darle largas, se preocupó.

A unos metros de distancia, Tom, que había recibido el mismo aviso, se tomó unos instantes para pensar a qué se debía aquel cambio. En un principio, se decantó por una posibilidad práctica: Dos había recibido una nueva misión y el equipo se había reorganizado. Pero, al poco, concluyó que aquel asunto personal con el que lo había ayudado podría haberle jugado una mala pasada.

Intranquilo, pues aquellos cambios podían tener graves consecuencias para él, pensó que lo mejor era buscar a Dos y preguntarle directamente, pero en cuanto salió de la sala en la que trabajaba se encontró con Cuatro.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—Al… al baño —improvisó.

Al recibir un gesto de asentimiento por parte de Cuatro, Tom desechó sus planes iniciales y se dirigió hacia el único aseo de aquella parte del edificio, pero un ligero escozor en la pantorrilla derecha detuvo su marcha y se desplomó en medio del pasillo. El secuaz de Violet le había disparado un dardo tranquilizante.

-5-

Aunque no era tan inocente como para creer que Rita saldría airosa del lío que había montado, Cuatro pensó que le reducirían el castigo, ya que los indicios apuntaban a que ella no había matado a Mark. Sin embargo, Violet mantuvo sus intenciones de torturarla. Según le

contó, quería usarla para mostrarle a su equipo lo que era capaz de hacerle a cualquiera que se atreviera a traicionarla, incluido Dos, que aún no sabía que lo habían descubierto. Sin embargo, aquel acto de crueldad desproporcionada tuvo un efecto muy diferente en otro de sus colaboradores.

—No te imaginas la cantidad de terminaciones nerviosas que tiene el cuerpo humano. Es increíble… —le explicó Violet a Rita, en el centro de aquel pabellón. Dos le acercó un carro repleto de cuchillos y artilugios puntiagudos. Eligió uno de ellos y lo acercó al rostro de Rita, que comenzó a gemir de terror—. ¡Que empiece la fiesta!

Pese a que iba puesto de cocaína hasta arriba, Enver solo fue capaz de mirar cómo le hacía el primer corte. Después, apartó la vista y trató de pensar en otra cosa, pero los lamentos de Rita impactaron en él como dagas emocionales que destrozaban su estómago una y otra vez hasta que lo dominaron las náuseas y se vio obligado a abandonar el pabellón.

Tras vaciar su cuerpo y apaciguar así parte de la creciente angustia, Enver llegó a la conclusión de que haber aceptado trabajar para Uno no solo había sido una mala decisión: probablemente había sido la peor de todas las que había tomado.

Azotado por un torrente de temblores y sudores fríos, se dispuso a subir en su moto y largarse cuanto antes, pero Cuatro se interpuso en su camino.

—¿A dónde crees que vas?

—A casa. No pienso seguir formando parte de esta locura. —Trató de arrancar la moto, pero Cuatro impidió que girara la llave.

—Pero ¿eres tonto? ¿Tienes idea de la pasta que vas a llevarte en cuanto termine la misión? ¿Crees que vas a encontrar otra oportunidad como esta?

—Me da igual el dinero. Prefiero acabar en la calle y tener la conciencia tranquila. ¡No sé cómo pude aceptar participar en algo así!

Cuatro sonrió, irónico.

—Sí que lo sabes. Estabas hasta el cuello de deudas con tus camellos. El adelanto que recibiste fue tu salvación, pero, ahora, sin deudas y con barra libre de droga, te vienen los remordimientos.

Enver apartó la mirada.

—No es solo por el dinero, ¡van a matar a una mujer ahí dentro! ¡Y la siguiente en sufrir puede que sea Theressa! —Sus ojos se empañaron.

Cuatro lo miró, incrédulo.

—No te habrás enamorado de ella, ¿no? —Enver resistió a confesarlo y negó con timidez. Su superior se llevó las manos a la cabeza—. ¡Pero ¿cómo eres tan estúpido?!

Enver sintió una ráfaga de terror al darse cuenta de que aquella

confesión podía jugar en su contra y en el de la propia Theressa.

—Dile a Uno que… que lo he pensado mejor y que lo dejo —se atrevió a verbalizar—. Que… ¡que le devolveré todo el dinero que me ha dado! —dijo nervioso, pero convencido—. Eso es, que me salgo y como si no hubiera pasado nada, ¿de acuerdo?

Cuatro no cabía en su asombro.

—¿Pero tú sabes de quién estás hablando? ¿Crees que va a ser tan fácil como devolver la pasta?

—¡Os juro que no diré nada y me marcharé! ¡Mañana mismo si lo desea! Me esfumaré. Como si nunca hubiera existido. —Cuatro negó con la cabeza—. Por favor, no puedo seguir más con esto. Necesito que pare.

—Creo que no te has dado cuenta de que no eres tú quien decide eso. Seguirás colaborando con nosotros hasta que Uno quiera. Así que más te vale hacerte a la idea. —Enver se dispuso a arrancar el motor, pero Cuatro volvió a detenerlo—. Date una ducha y duerme un poco, pero, en cuanto se te convoque, te quiero aquí de vuelta. Si llamas la atención o te vas de la lengua, tu chica podría sufrir algún desafortunado accidente. Quedas avisado.

-6-

Después de que el cuerpo de Rita terminase en el mismo tanque de ácido que el de Jacob, Dos continuó adelante con sus planes para abandonar la organización. Aunque había conseguido que sus compañeros se tragaran lo de Rita, debía entregar un culpable a la policía. Solo así cumpliría su trato con la asesina y podría marcharse con la certeza de que había hecho cuanto estaba en su mano para no perjudicar a Violet. Era una de las pocas personas que había apostado por él, pese a que, con el tiempo, se hubiera convertido en un obstáculo para su felicidad.

—Con Rita fuera de juego, deberíamos usar las imágenes en las que se ve a Vicky entrando en el despacho de Mark —le propuso a su jefa—. Si a eso le sumamos un chivatazo en el que encuentren el arma del crimen en su coche, creo que la policía tendría suficiente para cerrar el caso. Necesitan un culpable y, a falta de Rita y Jeff, Vicky parece la opción más evidente.

Violet escuchó su sugerencia, y midió lo que le iba a decir, consciente de que él quería acelerar los acontecimientos para que el asunto se olvidara lo antes posible.

—Te estás precipitando. Tener las mejores cartas no implica que haya que usarlas todas a la vez. Al contrario: un buen jugador sabe que la paciencia y una buena estrategia son fundamentales para ganar la partida —le explicó—. Filtra las imágenes, pero no hagas nada con

el arma. Si vamos demasiado rápido, podrían sospechar.

Dos aceptó, resignado. Por mucho que lo deseara, su marcha tendría que retrasarse unos días.

Capítulo 38:
Érase una vez un chico (V)

-1-

Sean, a sus quince años, lidiaba con la adolescencia en un centro para menores en el que había hecho amistades con más facilidad de la que esperaba y en el que se sentía cómodo y seguro.

Aquel día, de camino al instituto y acompañado por dos compañeros del centro, sufrió un escalofrío al pasar cerca de su antiguo colegio. En la acera de enfrente, un hombre que se despedía de un niño le llamó poderosamente la atención: se parecía mucho al padre de acogida del que, por suerte, había logrado librarse tiempo atrás. Sobrecogido, se detuvo unos instantes para observarlo, pero como no le quedó del todo claro, pues, si era él, estaba muy desmejorado, continuó su marcha.

—¡Chaval, el jersey! —gritó aquel hombre desde el otro lado de la calle, ya que a uno de sus dos amigos se le había caído la sudadera al suelo y ninguno se había dado cuenta.

Le agradecieron el gesto levantando la mano, pero, cuando él les correspondió y cruzaron sus miradas, Sean confirmó sus sospechas. El hombre lo reconoció y aceleró el paso. Sean, sin embargo, se quedó paralizado. Aquella repentina actitud llamó la atención de sus amigos.

—Eh, tú. Que te has quedado tonto.

—¿Qué te pasa, tío?

—Es él. —Lo señaló.

—Él, ¿quién? —preguntó uno de ellos mirando a aquel hombre —. No dirás el que…

—¿El cabrón masoca?

Sean asintió, por lo que sus amigos se lanzaron a por él.

—¡Eh, tíos! ¡No! —les gritó mientras trataba de alcanzarlos.

El hombre, al verse acorralado por los amigos de Sean, se puso muy nervioso.

—Chicos, no quiero problemas. Me esperan… Me esperan en un sitio.

—¿Que no quieres problemas? Pues es una pena, porque tú has creado muchos —le señaló uno de los chavales.

—¿Qué? ¡Puto mierda! ¿Creías que te ibas a librar? —le dejó claro el otro antes de pegarle una patada que lo hizo gemir de dolor.

—¿De qué te quejas? ¡Si te gusta que te zurren! —le gritó el primero, imitando el gesto de su amigo.

Ambos rieron al ver su cara de susto y pasaron de las patadas a los puñetazos hasta que lo tiraron al suelo.

—¡Dejadlo, tíos! ¡No quiero que encima os jodan a vosotros! —les pidió Sean.

Sus compañeros de centro, que a través de la experiencia de su amigo batallaban con sus propios demonios, lo ignoraron y siguieron desquitándose.

—¡Vamos! ¡Dale tú! Ahora ya no te puede hacer nada, es un viejo de mierda.

—Dale, Sean, ¡dale!

Sean, que hasta ese momento había pensado que era una mala idea, miró fijamente al hombre y los recuerdos de lo que le había hecho pasar regresaron de golpe. Le pegó una patada con la que rompió el hielo. Como lo hizo sentirse bien, le dio otra. Y otra más. Cerca de allí, una mujer era testigo de la paliza.

—¡Estoy llamando a la policía! ¡Más vale que paréis! —les advirtió con el teléfono sobre la oreja.

—Sean, colega, ¡vamos! —le gritó uno.

—¡Sean, mueve el culo! —insistió el otro al escuchar las sirenas de la policía de fondo.

Aunque sus amigos salieron corriendo, Sean, que había abierto las compuertas de una presa que contenía mucho dolor, no paró de golpearlo hasta que la sangre lo impresionó. Después, se alejó lo más rápido posible. Para cuando la policía llegó no había ni rastro de él.

-2-

Sean permaneció escondido el resto del día. No sabía si habían cazado a sus amigos y temía que la policía lo estuviera esperando en el centro de menores.

Revisó su mochila. Además de un estuche y los libros del instituto, tenía una botella de refresco, varios aperitivos, el móvil, un cargador y la pelota que le había regalado su madre. La tomó entre sus manos y se fijó en que el dibujo cada vez era menos visible. Mientras jugaba con ella, se le ocurrió algo.

—¿Tienen mapas? —preguntó nada más entrar en una tienda de ultramarinos que aún permanecía abierta.

El encargado le señaló la zona donde se encontraban y Sean se dirigió hacia allí. Consultó el precio y comprobó el dinero que tenía en el bolsillo del pantalón: no era suficiente. Miró la puerta con intención de salir corriendo, pero el responsable se dio cuenta.

—Si no te llega, no pasa nada; dame lo que tengas —le propuso, pues prefería perder algo de dinero a tener problemas.

Sean asintió, agradecido, pero también avergonzado de que hubiera descubierto sus intenciones con tanta facilidad. Aprovechó la luz que los carteles luminosos de la tienda le ofrecían para memorizar

el trozo del mapa que había seleccionado. Lo guardó en la mochila y se desplazó hasta una zona que le permitiera hacer autoestop.

Gracias a la amabilidad de un camionero, que decidió creer que había perdido el último bus de vuelta a casa, acortó en varios kilómetros la distancia que lo separaba de su objetivo. Cuando ya no pudo avanzar más por carretera, se adentró en una zona boscosa en la que se orientó gracias al mapa y la luz que le brindaba su teléfono móvil. Consciente de que la batería no era infinita, decidió que lo mejor era esperar a que pasara la noche y retomar su camino de día. Se refugió en un lugar que le pareció seguro, apagó su móvil e intentó descansar un poco.

Durante los siguientes días, Sean caminó a través de la naturaleza salvaje de aquella zona orientándose con el mapa en cada punto crítico de su recorrido. Racionó el refresco, los aperitivos y el uso de la batería del móvil, y descansaba cuando no podía más, pero caminó sin cesar.

Aunque le pareció la experiencia más dura que había vivido hasta entonces, nunca se planteó abandonar. Si sentía que sus fuerzas flaqueaban, sacaba la pelota y le prometía a su madre que lo lograría.

Una mañana, entre aquella vegetación que ya se había acostumbrado a atravesar, encontró un claro que enseguida lo condujo hasta una zona poblada. Un cartel lo hizo sonreír de felicidad al darse cuenta de que había alcanzado su objetivo.

Disfruta de las cataratas del Niágara.
¡Estamos muy cerca! ¡Visítanos!

Merodeó por la zona hasta que localizó a una pareja de la Real Policía Montada de Canadá. Se acercó a ellos con decisión.

—¿Me pueden ayudar? Soy menor de edad y me he colado por la frontera —les dijo, emocionado.

Capítulo 39: Viento a favor

-1-

A cierta distancia y mientras esperaba su oportunidad para colarse en el edificio en el que se situaba el apartamento de Stanton, Vicky echó la vista atrás para analizar los eventos de las últimas semanas. El incidente en la discoteca y las noches que había pasado en la cárcel fueron lo primero que vino a su mente y, de nuevo, una violenta angustia revolvió su estómago. Después pensó en Jeff, en Sonia, en Laura y en Josh, y la emoción bloqueó su garganta, pero el nudo se deshizo al acordarse de una mujer con la que había tratado de contactar semanas atrás y de la que no había tenido ninguna noticia.

Era muy extraño. Una vez que la policía había demostrado que Mark la agredió y que mató a Jeff, esperaba que la llamara exultante para celebrar que por fin había algo importante con lo que reabrir el caso de su hermana. Sin embargo, no había vuelto a saber nada de Cynthia Becker.

Decidida a saber qué era de ella, y al igual que la última vez que la contactó, se vio obligada a hablar con parte de su equipo, pues nadie contestaba al número directo que le había dado en San Francisco. Aunque se mostraron herméticos en un primer momento, tras mucha insistencia y algo de picardía, Vicky consiguió que una de sus ayudantes compartiera con ella una inquietante información: Cynthia se había marchado de viaje y nadie era capaz de localizarla.

Una nueva ráfaga de culpabilidad la embargó al imaginar que se podría haberse convertido en otro daño colateral más de sus actos. Mark sabía del encuentro que había tenido con ella en San Francisco, pues lo mencionó en el coche, antes de que la agrediera en el parque, así que pudo solicitar a la gente para la que trabajaba que se encargara de ella.

Ese razonamiento la inquietó en extremo y consideró que lo mejor era volver a casa y dejar de meterse en líos, pero luego trató de encontrar otra posible causa para su desaparición. Quizá, al conocer que Mark había muerto, y desconfiando de que la justicia sí se pusiera de su lado en esta ocasión, había preferido dejar todo eso atrás y comenzar una nueva vida. O, por lo menos, darse un tiempo para desconectar. Sí, eso debía ser. Cynthia ya había sufrido amenazas e intentos de agresión previos y el equipo de seguridad con el que contaba era extenso y muy eficiente. Seguro que estaba sana y salva en algún lugar paradisíaco repleto de comodidades.

Convencida de que ese segundo argumento era el correcto, observó que un hombre dejaba abierta la puerta de entrada al edificio

para facilitarse el transporte de una serie de paquetes pesados. La invitación a entrar era clara.

-2-

En su momento, Vicky se había colado en las oficinas de Mark tras estudiar su sistema de seguridad y usando el duplicado de las llaves que Sonia había conseguido arrebatarle a la secretaria, pero, esta vez, todo fue más impulsivo. Solo llevaba una llave estándar cubierta con un trozo de lana, con la que pretendía rellenar los agujeros y muescas necesarios para mover los pernos de la cerradura; un sencillo truco que ya había usado en su adolescencia para recuperar las pertenencias que los profesores le requisaban, pero que ahora emplearía para obtener alguna prueba que le sirviera para sacar a su madre de la cárcel.

Frente al número 3 de aquel segundo piso, se alegró de que, aunque había sido registrado por la policía, no permaneciera precintado. Reforzó la llave, dispuesta a introducirla en la cerradura del apartamento, pero, a punto de hacerlo, unos ruiditos muy cercanos captaron su atención. Al apoyar la oreja izquierda sobre la puerta, confirmó que provenía del interior del piso y enseguida lo relacionó con las pisadas de algún pequeño animal.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —la sorprendió una mujer. Vicky, por su tono de voz autoritario, dedujo que era una agente de policía.

—Eh…, hola, sí…, mire… —Trató de inventarse algo en cuanto comprobó que, si era una agente, no iba uniformada.

—Si eres una periodista buscando morbo o alguien fascinado con la desaparición de mi hermano, siento decirte que no eres la primera persona en aparecer por aquí. Tengo el número de la policía memorizado, así que lárgate o los llamo inmediatamente —la amenazó, con el móvil en la mano. Vicky le rogó que no lo hiciera.

—Soy periodista, pero no vengo por eso. Soy la hija de la mujer que está en la cárcel por las llamadas que encontraron en el ordenador de Stanton. Sé que es una locura, pero siento que ahí dentro hay algo que puede ayudarnos a demostrar la inocencia de ambos.

Ella la miró con desconfianza y buscó en su teléfono. Se sorprendió al ver que decía la verdad.

—¡Vaya! Eres Vicky Holt, ¿no? La foto que publicaron en la prensa no te hace justicia. —Le mostró la imagen. Vicky asintió, avergonzada.

—Imaginaba que antes o después acabaríamos encontrándonos —le dijo la hermana de Stanton, con apatía, al tiempo que introducía su copia de la llave en la cerradura y abría la puerta—. Soy Lea, pasa

—la invitó—. Lo único interesante aquí es ese hurón que acaba de esconderse bajo la mesa y que consiguió zafarse de la policía el día del registro. Venía a intentar atraparlo. Si quieres echarme una mano, eres bienvenida. Bueno, y si tienes alguna teoría que me ayude a encontrar a mi hermano, no voy a negarme a escucharla.

Vicky accedió sin dudarlo y entró en el apartamento. El viento parecía soplar a su favor por una vez.

-3-

Repartieron montones de pienso por todo el apartamento para intentar atraer al hurón. Más tarde, lo intentaron diseminando algunos objetos brillantes que la hermana de Stanton había traído en una bolsita, pues sabía que solían fascinarles a aquellas pequeñas criaturas. Aunque ninguno de los trucos parecía funcionar, aprovecharon para hablar sobre el caso.

—Mi hermano nunca desaparecería por voluntad propia y tampoco se metería en nada que no fuera capaz de mantener bajo control, por lo que alguien se lo ha llevado o está muerto en alguna cuneta —relató Lea en un tono neutro y frío que erizó la piel de Vicky —. Somos unos supervivientes, pero no somos infalibles. Se lo he repetido desde el día en que se quemó nuestra casa con nuestros padres dentro y tuve que hacerme cargo de él. Por suerte, nosotros estábamos en la calle, jugando a detectives. —Sonrió—. Parece que en el caso de mi hermano era algo vocacional. Yo me dedico al control de plagas. Irónico, si tenemos en cuenta lo que me está costando hacerme con este hurón, ¿verdad?

Vicky esbozó una sonrisa y le preguntó con un gesto si podía husmear en los cajones del único dormitorio de aquel escueto apartamento que, además de aquella estancia y un diminuto baño, contaba con una cocina unida a un pequeño salón-comedor.

—La policía lo inspeccionó a fondo y se llevaron todo lo que les pareció importante —le advirtió Lea—. Lo habrán analizado, clasificado y supongo que descartado, pues, salvo la detención de tu madre, no he tenido conocimiento de nada más.

—¡Joder! —gritó Vicky al encontrarse al hurón en uno de los cajones.

—¡Mierda! —se quejó Lea, pues, al intentar cazarlo, se le volvió a escurrir y desapareció de su vista. Miró su reloj—. Creo que será mejor que lo deje por hoy. Entro a trabajar en media hora y voy a tener una tarde muy intensa. Dos manzanas más allá —señaló desde la ventana—, hay un brote de salmonelosis por culpa de una plaga de cucarachas que nadie se ha molestado en controlar hasta que se ha ido de madre. Divertido, ¿verdad? —Vicky forzó una sonrisa. Aquella

extraña mujer la desconcertaba—. Si descubro algo de interés, te llamo, ¿de acuerdo? —le prometió invitándola a salir.

Vicky asintió y se dirigió hacia la puerta, pero después se dio cuenta de que se le olvidaba algo importante.

—Me iba sin darte mi número. —Recuperó el móvil para hacerle una llamada perdida.

—Ya te he dicho que de pequeña jugaba a los detectives. En el caso de que tenga que hablar contigo, sabré cómo encontrarte. —Le dio un pequeño empujón con el que la dejó fuera del apartamento, cerró la puerta con llave y se marchó sin despedirse.

Vicky la observó alejarse sin saber muy bien si aquello había sido un éxito o un rotundo fracaso. Al menos no se había vuelto a meter en problemas con la policía.

-4-

Cinco días más tarde, después de pasar más tiempo allí que en el apartamento que había alquilado el día anterior a la boda, Josh se preparaba para abandonar el hospital. Antes de dar por terminada la maleta, echó un vistazo a su alrededor, pues tenía la sensación de que se olvidaba de algo.

—Tranquilo, bombón. Si te dejas algo, yo te lo hago llegar. Así tengo una excusa para llamarte —lo sorprendió su enfermera favorita.

Josh sonrió y pensó en ella al mismo tiempo que cerraba el candado de la maleta. Era una mujer de mediana edad, muy diligente y profesional, que siempre lucía una sonrisa, pero a quien no le temblaba el pulso en imponer su autoridad si alguien se pasaba de la raya, tal y como había hecho el día que él discutió con Vicky.

—¿Pasará Sean a buscarte?

Josh se sintió culpable de que ella supiera sus nombres y él solo conociera la inicial y el apellido que aparecían grabados en su uniforme. Negó con la cabeza y se sentó en una de las sillas situadas al lado de la cama.

—Viene una amiga —le contó con algo de pena—. Por cierto, me acabo de dar cuenta de que no sé tu nombre. ¡Soy un maleducado!

La enfermera rio con ganas.

—La mayoría se marcha sin ni siquiera darse cuenta de eso. Te acabas de convertir en uno de mis favoritos.

—Pero ¿no lo era ya? —dejó caer Josh con picardía.

Ella le devolvió una sonrisa.

—Pensaba que vendría Sean. Daba por hecho que era tu pareja, pero cada vez lo veo menos por aquí. No habrá pasado algo, ¿no? —cotilleó.

—Somos amigos. No es porque yo no quiera tener algo más con

él, pero no está por la labor. —La enfermera se sentó dispuesta a escucharle, pero sin perder de vista la puerta de salida por si había alguna urgencia—. Lo conocí nada más aterrizar en Edmonton y, no sé, le he cogido tanto cariño… Pero cometí el error de hacérselo saber.

—¿Error? ¿Cómo podrías guardarte algo así? No, no; has hecho bien. En el amor hay que apostar fuerte, aunque a veces se pierda.

—Es raro lo que me ha pasado con él. Desde la primera vez que lo vi sentí una conexión, la necesidad de ayudarlo… Aunque, al final, ya ves, ha sido él quien ha estado aquí todo el tiempo.

—Pues por algo será, ¿no? No sé si querrá ser tu pareja o no, lo que está claro es que te aprecia mucho. Incluso diría que te quiere.

—Pero no de la manera en que me gustaría.

—Dale tiempo. Nunca se sabe. Igual es que no se lo esperaba y lo está asimilando.

Josh se encogió de hombros.

—Oye, que todavía no me has dicho cómo te llamas.

La enfermera se puso de pie con una sonrisa.

—Si te lo digo, no pararás de reírte. De todos modos, tendrá que ser en otro momento. —Él la miró, extrañado—. Tienes visita… —le anunció ella en voz baja, al ver que Sean estaba a punto de entrar—. ¡Vamos, campeón! ¡Que de esta te lo llevas contigo! —le susurró. Saludó a Sean con cariño antes de marcharse.

—¡Veo que he llegado por los pelos! —se apuró el joven al ver la maleta cerrada sobre la cama.

—Pensaba que ya no te vería por aquí —le dijo Josh, algo nervioso. Sean le enseñó unas llaves de casa que no tardó en identificar como suyas. Las lanzó y Josh las atrapó al vuelo.

—Ya me he trasladado. Me alegro de verte cada vez mejor.

Josh asintió y permanecieron en silencio unos instantes.

—Venía Vicky a buscarte, ¿no?

—Sí, si quieres quedarte a saludar…

—Qué va, tengo que hacer algunos recados para los abuelos, pero dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Gracias. Pues… Me marcho. Hablamos algún día, ¿vale? —Señaló el móvil que Josh le había regalado unas semanas atrás y se dirigió hacia la puerta.

—Antes de que te vayas, hay algo que te quiero decir. —Sean se paró en seco y se giró hacia él—. Siento algo por ti desde el primer día. Creo que a ti te pasa lo mismo, pero tienes miedo, así que estoy dispuesto a esperarte el tiempo que haga falta. Si quieres, podemos seguir como amigos un tiempo, pero estoy seguro de que, si te dejas llevar…

—No sigas —lo interrumpió—. Eres una de las mejores personas

que he conocido y te agradezco de corazón todo lo que has hecho por mí, pero, lo lamento, no siento lo mismo.

Josh se dejó caer sobre la cama. Se sentía decepcionado, pero orgulloso de haberse atrevido.

—Amigos, ¿sí? —le propuso Sean, consciente del dolor que había provocado—. Nos vemos antes de que te traslades a Vancouver. —Le guiñó un ojo y se marchó definitivamente.

Josh se acarició las piernas y suspiró. Unos pasos nerviosos irrumpieron en la habitación.

—Este chico es tonto… ¡Pero tonto de remate! —se quejó la enfermera.

Josh trató de dibujar una sonrisa que quedó a medias. La sanitaria se sentó en la cama, junto a él.

—¿Sabes? Él se lo pierde.

—No, el que se lo pierde soy yo.

La enfermera lo miró en silencio pensando en qué podía decirle para que se animara. Enseguida se le ocurrió la palabra perfecta.

—Josie —le dijo. Josh la miró, confuso—. ¡Que me llamo Josie! —le desveló entre risas.

—¿Josie? —La enfermera sonrió y asintió—. ¡¿Josh y Josie?! ¡¿En serio?! —repitió antes de romper a reír con ganas.

—¡Te lo dije! ¡Sabía que te ibas a reír! ¡Parece hecho a posta! —señaló ella entre carcajadas.

Josh rio cada vez con más ganas hasta que, de pronto, se desató un repentino y angustioso llanto. A Josie no le sorprendió. Una emoción había liberado la otra. Acababan de rechazarlo y tenía que gestionarlo de alguna manera. Le acarició la espalda hasta que se calmó.

—Uf, menudo bajón de repente.

—¿Estás bien? Puedo llamar al psicólogo si lo necesitas. Sé que te está ayudando mucho y lo he visto en su despacho hace un rato.

Josh negó con la cabeza.

—Gracias, pero no hace falta. Estoy bien, solo que deseando dejar este hospital de una vez. ¡No sé por qué Vicky tarda tanto! —se quejó, pese a que aún faltaban unos minutos para la hora acordada.

—Seguro que está al caer. Anda, ven aquí. —La enfermera abrió sus brazos, dispuesta a acogerlo entre ellos. Josh pensó en decirle que no con educación, pues tampoco la conocía tanto, pero era absurdo rechazar algo que necesitaba tanto—. Ven a visitarme de vez en cuando, ¿vale? —le pidió mientras lo estrechaba con fuerza.

Josh no dijo nada. Se mudaba en pocos días y, por muy encantadora que fuera, no quería volver a pisar ese hospital en su vida.

—Igual ya lo sabes, pero tienes a todas las enfermeras loquitas

—le contó Josie con una sonrisa traviesa al apartarse de él—. Pero ya les he dicho que tú solo tienes ojos para mí. ¡Están que rabian de envidia!

Josh le regaló una de sus mejores sonrisas.

—Gracias, Josie. De verdad.

Ella le dio un suave beso en el rostro.

—Para eso estamos —le dijo de camino a la puerta—. Por cierto, al final parece que sí que te dejabas algo. —Señaló debajo de la cama y salió de la habitación.

Josh adelantó su cuerpo para comprobarlo. No sabía cómo había ocurrido, pero en algún momento, mientras hacía la maleta, la carpeta que le había llevado Vicky para que entendiera lo ocurrido con Mark se había caído al suelo.

Ordenó los papeles y les echó un vistazo mientras esperaba a Vicky. Primero, a los artículos de prensa y los hallazgos que la mayor de las hermanas había relatado en varios folios. Después, a un montaje en el que, a través de distintas flechas, aparecían relacionadas varias fotos de Mark; de su antigua mujer y la familia de esta; de Rita, Sonia, Jeff, Laura, Angela y de la propia Vicky. ¡Cuánto se había resistido y lo mucho que aún le quedaba por sanar y entender!

Abrió la maleta para guardar los documentos, pasada ya la hora en la que había quedado con Vicky. Algo molesto, decidió entretenerse con el móvil y revisó los mismos mensajes que ya había leído esa mañana. Luego se perdió en la galería de fotos.

Una montaña rusa de emociones recorrió su cuerpo al recordar lo vivido en las últimas semanas a través de varias fotos de su viaje en avión, del reencuentro con Mark, del hotel en el que se hospedó e intimó con Vicky y de la visita de las hermanas al hospital. Pero en las que más tiempo se detuvo fue en las que salía Sean. En la mayor parte aparecía ajeno al objetivo de la cámara o quejándose al descubrirlo, pero también había algunas protagonizadas por los dos juntos. Josh se quedó atrapado en una en la que, vestido con la camiseta de fútbol que tanto quería, abrazaba a Sean «tontamente enamorado», tuvo que reconocer. Frustrado por cómo había salido todo, bloqueó el teléfono, se tiró sobre la cama y cerró los ojos.

Una tranquila oscuridad lo acompañó hasta una especie de sueño en el que regresó al club de campo. En concreto, hasta el instante en el que, a punto de que Mark y Laura se dieran el sí quiero, alguien irrumpió a tiros.

Enseguida se dio cuenta de que no era un sueño, o por lo menos no del tipo que acostumbraba, pues podía moverse por la escena y manipularla a su antojo. Detuvo una imagen que en la realidad había constado de pocos segundos y fijó su atención en la única parte del cuerpo del asesino que el pasamontañas no escondía. Aquellos ojos le

resultaban familiares. De hecho, los acababa de ver en la carpeta.

—Siento el retraso, pero ha habido… —escuchó que decían cerca de él—. ¿Josh? ¿Estás bien? —insistió aquella voz, que adjudicó a Vicky en cuanto abrió los ojos.

—Sí, me he quedado dormido sin querer. —Se incorporó y forzó una sonrisa.

—¿Listo para huir de este horrible hospital?

—Claro, aunque… —dijo, todavía algo sobrecogido.

—¿Seguro que estás bien?

—Solo dame un segundo.

Abrió la maleta y recuperó la carpeta que ella le había entregado semanas atrás. En cuanto encontró la imagen que buscaba, miró a Vicky con temor.

—Josh, ¿qué ocurre?

—Cuando has llegado había entrado en una especie de estado meditativo. Me he visto en la boda y he recordado un detalle que hasta ahora permanecía en mi subconsciente. —Vicky, cada vez más nerviosa, lo animó a continuar—. Sé quién mató a Mark —soltó él.

—¿Tú también escuchaste la conversación?

Josh la miró, confuso, y dejó la fotografía que había seleccionado sobre la carpeta.

—¿Qué conversación?

—La de mi madre con Mark. Tú también crees que fue ella, ¿verdad?

Josh torció el gesto.

—¿Qué tiene que ver tu madre con todo esto? No, no… Vicky, ¡sé quién mató a Mark! ¡Tú misma me has dado esa información! —Al ver que ella no entendía nada, recuperó la foto y se la entregó—. Fue tras el primer disparo. Pude sostenerle la mirada y ver los ojos de la persona que disparaba.

Vicky observó atónita aquella foto de Mark en su antigua vida en San Francisco.

—Fue ella, Vicky, ella mató a Mark —le dijo, señalando el rostro de Cynthia Becker.

Capítulo 40:
Bajo la superficie (VI)

-1-

Dos nunca tuvo indicios de que algo en su plan pudiera ir mal. Aunque encontró a Jerry más seco de lo normal, ejecutó sin dificultad su orden para que filtrara a la policía el vídeo de la irrupción de Vicky en la oficina de Mark y lo informó en cuanto conoció que habían encontrado el cuerpo de Jeff.

Un día después de que Violet acudiera al funeral de Mark, se sorprendió al no encontrar a Tom en su área de trabajo. No habían vuelto a hablar desde que lo había ayudado a borrar su acceso al depósito, pero solían coincidir en las instalaciones.

—¿Has visto a Tom? —preguntó a Cuatro, al que encontró en la sala de armas, revisando parte de la munición.

—Está de vacaciones. Parece que negoció bien su regreso —añadió, al ver el gesto de extrañeza de Dos.

—¿Vacaciones? ¿Desde cuándo tenemos vacaciones en plena misión?

Antes de que Cuatro pudiera decir nada, el familiar sonido de unos tacones los interrumpió.

—¿Detecto cierta insatisfacción? —preguntó Violet desde lejos.

Dos negó con la cabeza y trató de justificarse, pero ella se le adelantó.

—Vicky no tardará en ser detenida. Al parecer, el inspector Thompson está extrañamente obsesionado con ella. ¿Me equivoco? —preguntó a ambos.

—Eso es lo que Jerry ha deducido de la lectura de los informes, pero sin el arma no creo que pueda retenerla durante mucho tiempo —señaló Dos.

—No te preocupes. Ya nos encargaremos de que vuelva a entrar. Además, hay algo que tenemos descuidado y que merece nuestra atención. —Le entregó un dosier—. Quiero que dediques los próximos días a revisar y mejorar el nuevo plan que he creado para las hermanas. Tómate tu tiempo, ya sabes que no me conformaré con cualquier cosa.

Dos no puso ninguna pega y dejó la sala con una sensación agridulce. Su marcha de la organización seguía dilatándose en el tiempo, pero, por lo menos, Violet todavía confiaba en él.

Mientras Dos se esmeraba en diseñar una venganza que cumpliera con las expectativas de su jefa, Cuatro recogió el fruto de una de las investigaciones que había puesto en marcha.

—He estado revisando el móvil de Vicky y, aunque en un principio todo parecía normal, me he dado cuenta de que no es el mismo —le trasladó Jerry—. Lo he descubierto por detalles con los que no pretendo aburrirte, pero tengo claro que ha tenido que clonarlo.

—¿Ha? —preguntó Cuatro.

—Bueno, que alguien ha tenido que clonarlo —matizó Jerry, que, aunque tenía sus sospechas, no quería tener que decir su nombre pese a que todavía no le había perdonado la jugarreta del virus.

—¿Alguien? Ambos sabemos de quién estás hablando. No sé qué le prometió Dos, pero, si la otra vez se libró por los pelos, en esta ocasión no va a tener tanta suerte —señaló refiriéndose a Tom.

—Hace días que no lo he visto por aquí. He llegado a pensar que podría haberle sucedido algo.

—De momento, no. Pero es cuestión de tiempo
—le desveló Cuatro—. Más te vale no despistarte mucho, no vayas a ser el siguiente. —Jerry tragó saliva y su piel palideció—. Era broma, hombre. —Le dio una palmada en el brazo, lo que le provocó una risa nerviosa—. No, no lo era —añadió, muy serio, antes de marcharse.

-3-

A la mañana siguiente, tras pasar adormecido lo que a él le pareció una eternidad, Tom despertó con la sensación de que lo observaban. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de Cuatro, que había dejado de administrarle más dosis con el fin de interrogarlo. Aunque en un principio se mostró esquivo y poco concreto, en cuanto el secuaz de Violet lo hizo degustar el sabor metálico de la sangre en su boca, confesó al dedillo todo lo que había hecho para Dos.

Horas después, Cuatro acudió al despacho de Jerry a petición de este. Lo encontró con unas ojeras pronunciadas y trabajando en varios ordenadores a la vez. El ritmo con el que desplazaba el ratón era frenético.

—Han detenido a Vicky. No por el asesinato, sino por ocultarles información y colarse en el despacho de Tres —le resumió, nervioso, antes de dar otro trago a su taza de café—. Pero eso no es todo, parece que también han empezado a investigar a Angela. Ha aparecido un testigo que la vio fuera de una galería de tiro hablando con un hombre y tienen previsto investigarlo en cuanto obtengan una orden judicial.

—¿Hay alguna manera de saber si es cierto que estuvo allí? —quiso saber Cuatro.

—No hay cámaras en el exterior, pero sí un sistema de grabación en las instalaciones. Ahí está. —Señaló a Angela en unas imágenes en las que practicaba con una pistola en un cubículo de la galería.

—¿Qué sabemos sobre los hombres que hay al lado? Apostaría a que uno de los dos es con quien la vieron hablar.

—El de la derecha es un policía retirado, según he podido ver en sus redes sociales. —Le mostró varias capturas—. El otro tiene licencia de investigador. Se lo conoce como Stanton, pero su verdadero nombre es Jason Pollock.

—Encuentra el modo de evitar que la policía acceda a la galería. Intentaré encontrar a ese tipo antes de que se pongan a husmear por allí. Y no le comentes nada de esto a Dos. ¿Queda claro?

Jerry asintió con contundencia y, en cuanto Cuatro salió de su despacho, se dejó caer sobre la mesa. El miedo a terminar como Tom lo había mantenido despierto casi toda la noche. Su cuerpo le suplicaba unas horas de sueño, pero para descansar tranquilo primero necesitaba seguir vivo.

-4-

—A pesar de que son idénticas, las estrías de las balas extraídas del cuerpo de Tres no coinciden con esa arma —le contó Cuatro a Violet nada más recibir el estudio realizado por el experto en balística.

—Vaya, parece que no nos equivocábamos: era otro de sus trucos —señaló Violet refiriéndose a Dos.

—Sí, pero hay otro tema que me preocupa. Si ahora han empezado a investigar a Angela puede que lo de Vicky no se sostenga demasiado tiempo —apuntó Cuatro—. La detuvieron para aplacar a sus superiores y a la prensa, pero un abogado medianamente competente debería sacarla de allí en breve —reflexionó, adivinando lo que pasaría días después. Violet se mostró de acuerdo.

—Confío en la animadversión que el inspector siente por ella, pero, sí, tenemos que aprovechar ese hueco que se nos ha abierto con Angela. Lo que daría por verla en las duchas de su módulo, sin tinte y a merced de un grupo de chicas que no dudarán en pelearse por desplumarla.

Cuatro asintió. No podía imaginar mayor humillación que esa para alguien como ella.

—Encuentra al investigador, confirma si Angela ha tenido algo que ver con el asesinato y pídele a Jerry que se encargue de corroborar lo que Tom te ha contado. Sobre todo, lo del hangar. Necesitamos saber qué encontró Dos para querer jugárnosla así.

Violet hizo una pausa, removida por la traición de su segundo.

—Dile a Dos que Vicky ha sido detenida y que he convocado una

reunión para mañana por la tarde con el fin de decidir dónde plantarle el arma. Ese parecía ser su plan, por lo que, si se siente confiado, quizá haga algún movimiento. Una vez tengamos la información, la confrontaremos con él.

A los pocos minutos de que Cuatro comunicara a Dos lo que Violet le había pedido, Jerry interceptó una comunicación enviada desde la organización a través de un dispositivo no registrado en el sistema.

> **Dos:**
> Ya tengo una parte y la otra está a punto; actívalo todo. Estaré allí mañana por la noche.

-5-

Con el engaño a Dos en marcha, la única tarea que Cuatro tenía pendiente era encontrar al hombre con el que Angela se había reunido fuera de la galería de tiro. Consciente de que no tenía mucho tiempo, puesto que la policía también tenía pensado investigar ese asunto y Jerry no podía bloquear el sistema de acceso a la galería eternamente sin levantar sospechas, esta vez contó con la ayuda de Cinco y Seis. Vigilaron los lugares que Stanton solía frecuentar y no tardaron en encontrarlo, meterlo en una furgoneta y llevarlo a la organización. Mientras sus ayudantes lo interrogaban, Cuatro se coló en su domicilio y registró sus pertenencias. Entre ellas, un ordenador al que Jerry se conectó de forma remota para hacer una copia de los archivos.

Cerca de la hora límite que se habían marcado para desbloquear el sistema de la galería, el informático, haciendo uso de distintos programas de lectura y relación de datos, analizó todos y cada uno de los archivos que Stanton había guardado en su ordenador. Sonrió al hallar audios que correspondían a las llamadas del investigador con sus clientes. Entre las últimas, había dos en la que su interlocutora era Angela. Tras analizarlas en detalle y comunicarle a Cuatro lo que había en ellas, tuvieron claro lo que debían hacer.

-6-

La misma mañana en la que Vicky salió de prisión y el inspector Thompson registró la galería de tiro y los domicilios de Angela y Stanton, Violet recibió una noticia que calmó parte de su ansiedad: Jerry estaba muy cerca de confirmarle la identidad de la persona que se ocultaba tras aquel hangar en el que Dos había estado curioseando y con la que, muy probablemente, habría acordado traicionarlos. Por lo que le contaba, parecía confirmar sus sospechas.

Dos, por su parte, ajeno a que el cerco era cada vez más estrecho, se extrañó de que todo estuviera tan tranquilo en la organización, pero lo cierto era que, aunque últimamente estaban a tope, también solía haber días así.

Horas más tarde, la actividad se aceleró como consecuencia de la reunión organizada por Violet. Aunque Vicky había sido puesta en libertad, todavía se guardaban un as en la manga para incriminarla: la pistola encontrada en el trastero de Rita y que, pese a que un experto en balística había identificado como falsa, Dos consideraba como la usada para matar a Mark. Acordaron esconderla en un compartimento oculto de su vehículo y dar un chivatazo a la policía.

Mientras Dos organizaba la logística con Cuatro, Violet revisó los mensajes que Jerry acababa de enviarle: los audios manipulados habían funcionado y Angela se encontraba bajo custodia policial; y, tal y como la líder sospechaba, el hangar estaba relacionado con una mujer que le había dado muchos quebraderos de cabeza en el pasado.

—La policía acaba de realizar una nueva detención y, esta vez, con pruebas concluyentes —les contó Violet, aparentemente tranquila —. Por lo visto, Rita no era la asesina.

Dos se sorprendió. ¿De qué estaba hablando? Jerry no le había dicho nada.

—Pero tú ya sabías eso, ¿verdad? —acusó a Dos con una mirada fulminante—. Has estado colaborando con la verdadera responsable todo este tiempo.

—No sé qué está pasando aquí, pero se trata de un tremendo error.

—Después de lo que has hecho, ¡¿vas a insistir en mentirme?! —le recriminó Violet, que le mostró imágenes del hangar y una imagen de su propietaria, Cynthia Becker.

Dos negó con la cabeza al tiempo que desplazaba una de sus manos por debajo de la mesa.

—Al final, parece que sí que ha llegado la hora de tu jubilación —le dijo Violet antes de hacerle un gesto a Cuatro, que le quitó el seguro a su arma con intención de dispararle. Dos, en un movimiento rápido, se puso de pie y les mostró una pistola con la que apuntó a la cabeza de Violet. Se trataba del arma que Rita había robado en el despacho de Mark.

—Eso o un cambio de liderazgo —les dijo.

Violet rompió a reír.

—Cuatro es mil veces más rápido que tú. Suéltala, no tienes nada que hacer. —Dos se negó y mantuvo el órdago—. ¿No tienes suficiente dinero con lo que te pago? ¿Tanto te ha ofrecido como para arrastrarte de esta manera?

—Sabes que llevo tiempo deseando regresar con mi familia. Han

sido tus constantes negativas las que me han traído hasta aquí.

—Baja el arma o dejaré que Cuatro dispare.

—Lo haré si me prometes que, pase lo que pase, dejarás en paz a mi familia.

—¿Crees que estás en condiciones de exigir algo?

—Es en lo único que te he mentido en todos estos años. Solo quiero que me prometas que mi familia estará a salvo.

—¡Nunca he pensado en hacerle nada a tu familia! ¿A qué viene esa obsesión?

—¿Es un sí? ¿Dejarás a mi familia fuera?

En cuanto Violet asintió, Dos giró la pistola hacia su propia cabeza.

—¡¡No!! —gritó ella, tratando de evitarlo.

Un disparo atravesó el cráneo de Dos, que se desplomó contra el suelo. Sabía que su destino sería acabar en el tanque de ácido junto a Jacob, Rita y Stanton, y quiso ahorrarse la tortura previa. Aunque era imposible saber si cumplirían con sus promesas, confiaba en las palabras de Violet y en el trato que había hecho con la asesina.

-7-

Violet no tuvo más remedio que posponer la venganza para las hermanas debido a los enredos de la organización. Al desastre que suponía la pérdida de Mark y la traición de Dos, se le sumó una enorme frustración por no ser capaz de encontrar a Cynthia Becker, que había desaparecido de forma inquietante.

La combinación de esos hechos la torturó durante varios días en los que se planteó abandonarlo todo, pero, tras lamerse las heridas, fue consciente de que sus ansias de venganza permanecían intactas y que tenía recursos y motivación de sobra para continuar. Aunque de momento no podía vengar a Mark, sí podía desquitarse de lo que su padre le había hecho. Pero, para que esta vez saliera a la perfección, incorporaría una importante novedad en su plan: en lugar de confiárselo a otros, sería ella misma la encargada de ejecutarlo.

Días después de tomar aquella decisión, Violet convocó a su equipo para ponerlos al día. Aunque estaba disfrutando de lo lindo al escuchar la conversación que mantenían Ángela y Vicky en la cárcel, a través del micrófono integrado en el teléfono móvil de la periodista, abandonó su despacho y caminó unos metros hasta un espacio diáfano situado en un lateral del pabellón.

Los primeros que llamaron su atención fueron Cuatro, Cinco y Seis, algo impacientes y en un corrillo. Después se fijó en Siete, apoyado en una pared cercana y con cara de pocos amigos; y en Jerry, sentado en una de las sillas dispuestas para la reunión y trabajando en

un ordenador portátil. Al observarlo, recordar el terror que encontró en sus ojos cuando sus miradas se cruzaron por primera vez le sacó una sonrisa. En cuanto la vieron, ocuparon los asientos libres.

Lo primero que les comunicó Violet fue que, pese a la pérdida de Tres y la marcha de Dos (del que dijo que se había jubilado), todos mantendrían sus números. A partir de ese momento, Cuatro sería su segundo en la organización, y Jerry seguiría a cargo del departamento informático. No se mencionó a Tom. Nadie tenía duda alguna de cuál había sido su destino.

A continuación, obviando el error que había cometido con Rita al responsabilizarla del asesinato de Mark, les explicó que, con el fin de proteger los intereses de la organización, y gracias al trabajo de Jerry y Cuatro, habían conseguido controlar la información que tanto Tres como su secretaria habían comprometido con sus descuidados comportamientos.

Para terminar, les anunció que ya tenía un nuevo plan para las hermanas. Pero lo que más disfrutó fue desvelarles quién sería la primera en caer.

Capítulo 41:
Érase una vez un chico (VI)

-1-

—¿Tienes pruebas para demostrarlo? —le preguntó a Sean el trabajador social canadiense al que asignaron su caso.

—Puedo decirte lo que había en ese sótano y las marcas que tiene en la espalda. Si han pasado más niños antes o después de mí, seguro que cuentan lo mismo —le respondió él con mucha seguridad.

—Haremos lo que podamos, pero lo vas a tener complicado si las lesiones derivadas de la paliza han sido graves. Una vez recabemos los datos, sabremos con qué posibilidades cuentas. —Sean se mostró conforme, no esperaba que fuese sencillo—. Por el momento te quedarás en…

—Sí, en un centro de menores. No pasa nada, estoy acostumbrado.

—Bueno, nosotros preferimos llamarlo hogar compartido, pero, sí, convivirás con otros chicos hasta que tu situación se aclare.

-2-

—Y esta será tu habitación —le explicó el educador nada más entrar en la estancia—. La compartirás con Bonny…, esto… Billy. —Señaló a un adolescente que jugaba con una consola portátil. Levantó la cabeza y sonrió.

—Es que soy de Bonnyville —se justificó, y continuó jugando. Sean asintió por educación, pues no tenía ni idea de dónde estaba ese lugar.

—Y con Justin. —El educador señaló a otro adolescente que leía una novela gráfica tumbado en su cama.

—¿Qué pasa, estadounidense? ¿Tan mal te trataban allí? —le preguntó sin despegar su mirada del cómic.

Sean sonrió y vio que Justin le guiñaba un ojo de forma amigable. Bonny, sin embargo, siguió enfrascado en su partida.

—Te dejo que te acomodes —le dijo el educador a Sean—. Y vosotros, curráoslo un poco, que ya sabéis lo que es ser nuevo.

Bonny y Justin dejaron sus entretenimientos y observaron a Sean con atención. Él, que hubiera preferido pasar desapercibido, se centró en colocar sus objetos personales en el cajón y la parte del armario que le habían asignado.

—Bueno, así, sin rodeos: yo estoy aquí por zurrar a la novia de mi padre. La hija de puta le robaba dinero —reconoció Justin.

—En mi caso, el ladrón era yo. Mi madre trabajaba para unos ricachones que no se molestaban mucho en esconder la pasta. Pensé que no se darían cuenta, pero a la tercera me pillaron —contó Bonny.

Ambos se rieron al escucharse contar sus historias.

—¿Y tú? ¿Por qué te has colado por la frontera? —quiso saber Justin.

—Prefiero no hablar de eso —contestó Sean mientras ordenaba sus cosas.

—No será peor que lo nuestro, ¿no? —insistió Bonny.

Como intuía que no lo iban a dejar en paz si no contaba algo, cedió.

—Si no ha muerto, supongo que no —les soltó sin inmutarse.

Se dejó caer sobre la cama, cerró los ojos y sonrió debido al placer que le provocaba el colchón. Por muy básico que fuera, era un lujo después de la dura travesía en la que había estado inmerso.

-3-

A los dos años de su llegada a aquel centro, que se suponía temporal, pero que terminó convirtiéndose en su hogar, a Sean solo le preocupaba una cosa: qué pasaría con él en cuanto cumpliera la mayoría de edad. Lo que menos necesitaba era otro cambio, pero, según las normas, ese era el límite establecido para su estancia.

Aquel día, mientras esperaba su turno, se entretuvo viendo a Bonny, Justin y el resto de sus compañeros en su particular batalla por ganar un campeonato de videojuegos que habían organizado con permiso de los educadores. El pique surgido entre ellos lo divertía, pero había algo que no le dejaba disfrutarlo. Alan, un chico que le había llamado la atención desde que había llegado al centro, parecía mirarlo de vez en cuando, pero, en cuanto él le correspondía, apartaba la mirada. Un gesto de su educador de referencia lo sacó de aquel confuso juego.

—Sígueme. Tenemos varios asuntos de los que hablar.

—¿Vamos a estar mucho rato? Me toca en breve —se quejó Sean mientras lo seguía a su despacho.

—El que haga falta. Siéntate, es importante —se impuso el educador antes de cerrar la puerta.

Sean se acomodó en la silla. A los pocos segundos, se lamentó al escuchar decir a Justin que jugaría por él, pues había llegado su turno.

—Tengo una noticia muy buena, una que no te va a gustar y otra que era esperable —le avanzó el educador.

—La mala siempre primero. No quiero que me amargue el resto.

El educador sonrió, era un clásico de Sean.

—Hemos organizado un torneo de *soccer* con otro centro y esta

vez no te libras. Algunos chicos tienen varias visitas acordadas ese día y, si no participas, no llegamos al mínimo.

Sean resopló de manera exagerada.

—Pero, en serio, ¡¿qué tiene de educativo jugar a eso?! ¿Por qué estáis tan obsesionados? ¿Me lo puedes explicar?

—Al resto de los chicos les gusta. Haz un esfuerzo por una vez.

—¿Por una vez? ¡Sabes que lo odio! ¿Por qué no juegas tú?

—Yo estaría encantado, pero es una actividad para vosotros. Venga, que seguro que no lo pasas tan mal como te imaginas. —Sean puso los ojos en blanco—. Bueno, eso por una parte, ahora viene lo bueno. —El chaval lo miró, expectante—. Tu caso se ha cerrado. Con lo que hemos hecho estos dos últimos años, has quedado libre de cargos. Enhorabuena, Sean.

—¿En serio? ¿Ya está? ¿No tengo que volver a declarar o enviar más papeles?

Al ver que el educador asentía, Sean se levantó de la silla y lo abrazó con fuerza. El educador, sorprendido, le correspondió.

—Joder, ¡gracias por todo! —gritó, muy emocionado.

—Te lo mereces. Lo has pasado mal, pero ha valido la pena. —El educador lo reconfortó con varias palmadas en la espalda—. Ya está, campeón, lo has logrado.

Sean soltó una lágrima de liberación, pero se la limpió antes de separarse de él.

—Uf, ¡estoy que no me lo creo! Ah, espera, que había otra cosa. ¿Seguro que no te has dejado la peor para el final?

El educador hizo una mueca en la que le dejó claro que no le iba a hacer gracia.

—Te prometo que lo he intentado, pero no van a dejar que sigas aquí una vez cumplas los dieciocho. Hay chicos esperando tu plaza. Tenemos que seguir buscándote otro sitio.

—¡Pero si no llevo ni dos años aquí! ¡Estoy harto de tanto cambio!

—Sé que es una mierda, pero es lo que hay. Cuanto antes lo aceptes, menos sufrirás.

-4-

—¡Sean, vamos, que empieza el partido! —le advirtió el educador al ver que era el único del equipo que aún permanecía en el banquillo.

Él respondió con un gesto de resignación y corrió al campo. Era de hierba artificial y lo había cedido una entidad deportiva para que los dos centros de menores pudieran disputar una competición amistosa. El árbitro dio inicio al partido y Sean se movió por el campo intentando no entorpecer, pero sin ningún ánimo de participar en el

juego. Sin embargo, a causa de un tiro mal calculado por Justin, el balón llegó a sus pies.

El poco tiempo que dedicó a pensar qué tendría que hacer con la pelota fue suficiente para que un jugador del equipo contrario se la quitara. En un intento de demostrarse que no era tan malo, intentó recuperarlo, pero aquel chico no tuvo demasiada dificultad en marearlo y alejarse de él con una sonrisa satisfecha que, en lugar de enfadarlo, lo cautivó de un modo inesperado. Un fortuito codazo de otro miembro de su equipo lo sacó del estado de hipnosis que le produjo aquella sonrisa y se vio obligado a volver al odioso juego. Para su desgracia, el balón no tardó en regresar a sus pies.

Con la intención de, por lo menos, mantenerlo en posesión de su equipo, se dispuso a pegarle una patada en dirección a uno de sus compañeros, pero un jugador del otro centro se lanzó hacia él y recuperó el balón al mismo tiempo que lo tiraba al suelo. Aquella agresiva entrada sorprendió a Sean y se quedó paralizado, pero después se dejó llevar por el enfado y corrió detrás del chico hasta que lo alcanzó y lo hizo caer.

Se enfrascaron en una pelea en la que Sean se exponía a salir muy mal parado, pues el otro estaba más musculado que él y no parecía tener problemas para conectar con su rabia. Por suerte, con el partido en pausa por aquella trifulca, el chico de la sonrisa encantadora medió entre ellos.

—¡Pero ¿eres idiota?! ¿Qué cojones haces? —le gritó a su compañero.

—¿No has visto que ha venido por detrás y me ha tirado? —le recriminó él.

—Joder, tío, porque te lo has llevado por delante primero.

Su compañero resopló, harto de la reprimenda, y se alejó de ellos.

—¿Estás bien? A veces se le va la olla, pero no es un mal tío —le contó aquel amable chico a Sean, que aún permanecía en el suelo comprobando el efecto de los golpes en su cuerpo—. Lo siento.

Sean le quitó importancia con un gesto y el chico le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse. Él la tomó, pero, a medida que se incorporaba, una sensación que desconocía creció en su interior. Era como una alegría nostálgica, un picor divertido, una emoción contenida que ahora era libre.

Ajeno a aquel sentimiento, el árbitro —un chico que había pasado por uno de los centros años antes y que ya lamentaba haber accedido a participar en aquel torneo— fue firme en su cometido y mostró la tarjeta roja tanto a Sean como a su agresor. Ambos se quejaron y acusaron al otro, pero fue en vano. El partido continuó con un jugador menos en cada equipo.

Sean pasó el resto de la competición pendiente de los movimientos de aquel dulce chico que le había despertado sensaciones tan especiales. Primero lo hizo en compañía del educador. Después, junto a Bonny y Justin, que corrieron la misma suerte que él debido a otras dos trifulcas, aunque no fue consciente de que llegaban ni de que se estaban dando cuenta de cómo admiraba al amable jugador.

Aunque el premio se lo llevó el otro centro, Sean se sentía eufórico. En cuanto el partido terminó, decidió acercarse a aquel jugador tan amable para agradecerle, esta vez con palabras, lo atento que había sido con él. Pero, a medio camino, una llamativa joven a la que el resto de los chavales no quitaron ojo, se le adelantó y se abalanzó sobre el chico de la dulce sonrisa.

Sean sintió que su estómago se encogía al ver que ella lo besaba en los labios y él le correspondía con agrado. Su gesto, que reflejaba una mezcla de envidia y pena, no pasó inadvertido para Bonny, que no dudó en hacérselo ver a Justin. Primero se quedaron sorprendidos. Luego sonrieron con malicia.

Los comentarios jocosos sobre lo buena que estaba aquella chica o lo que la habrían hecho disfrutar en el caso de haber sido los elegidos, obligaron a Sean a reaccionar y se dirigió a recoger su mochila. Minutos después, debido a una improvisada ceremonia de reconciliación que los educadores de ambos centros promovieron, tuvo que hacer las paces con el chico con el que se había peleado. Tras aquello, por fin llegó el momento de regresar al centro.

-5-

Sean se percató de que sus compañeros de habitación estaban más raros de lo habitual, pero, todavía conmovido por el encuentro con el chico de la dulce sonrisa, pasó el resto del día imaginándose todo lo que no había ocurrido pero que le habría gustado vivir.

En el caso de que aquella chica no hubiera aparecido, se habría acercado a él y, nada más darle las gracias, alguna broma lanzada por uno de los dos les habría sacado una sonrisa. Ese habría sido el inicio de una animada conversación que los hubiera llevado a quedar en otra ocasión.

Ese día, ya a solas, habrían paseado por el pueblo, refresco en mano, charlando sobre el partido, para terminar en las afueras en busca de tranquilidad. Y allí, sin que Sean pudiera evitarlo, el chico lo habría besado por primera vez.

—¿Sean? ¿Estás dormido? —le preguntó Justin, ya de noche, cuando regresaron a sus cuartos.

—No. ¿Qué pasa? —preguntó molesto. Lo habían sacado de un nuevo bucle de fantasía en el que estaba dispuesto a recrearse hasta

que el sueño lo invadiera.

—¿Eres maricón? —le soltó sin ningún preámbulo.

A Bonny se le escapó una pequeña risa.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué dices?! —le devolvió Sean con el corazón a mil por hora.

—Hemos visto cómo mirabas a uno del otro equipo —le confesó Bonny—. Que si te van los tíos, pues, oye, es lo que hay.

—Sí, pero nos gustaría saberlo —añadió Justin.

—Quiero dormir, así que dejadme en paz —consiguió decir Sean, disimulando el miedo.

—Si hay que ponerse un tapón en el culo, avisa. A ver si vas a ser sonámbulo y… —soltó Justin sin reparos. Bonny se rio con ganas.

—¡¿Os calláis de una puta vez?!

Sean aguantó sus bromas hasta que uno de ellos se durmió y el otro pensó que no era tan divertido si nadie le reía las gracias. Sean pudo regresar entonces a su fantasía y recrearse en aquel beso imaginario que lo hacía sentirse tan bien.

Capítulo 42: Mariposas

-1-

El día anterior, Nita notó que tanto Theressa como Vicky querían contarle algo, pero que se obligaban a morderse la lengua. Aunque se le pasó por la cabeza que estuviera relacionado con Laura, de la que no sabía nada desde hacía tres semanas, se esforzó en no mostrarse interesada: si a su hermana le importaban tan poco como para marcharse sin despedirse, no merecía la pena que malgastara su tiempo preocupándose por ella.

Aquella mañana, Theressa la sacó de la cama antes que de costumbre y estuvo especialmente encantadora con ella mientras la llevaba a la ducha. Nita, todavía algo adormilada, no fue muy consciente de lo que ocurría hasta que ya no hubo marcha atrás.

Una vez seca, la escritora le sugirió un conjunto de ropa que ella descartó por otro más de su agrado. Luego le propuso maquillarla un poco y, esta vez sí, accedió encantada. Al ver el resultado final pensó que su hermana había pecado de discreta y, en cuanto volvió a distraerse con el teléfono, pues los constantes mensajes de Enver la despistaban, se añadió una nueva capa de maquillaje.

Ya listas, bajaron a la cocina y disfrutaron de un té caliente. Para su sorpresa, Theressa lo sirvió en tres preciosas tazas que no había visto hasta entonces y en las que destacaban coloridas mariposas pintadas a mano. Y, por si fuera poco, Vicky irrumpió en la cocina con unos ricos bollos de su pastelería favorita para acompañar la bebida. Mientras desayunaban, Theressa retocó el maquillaje de su hermana pequeña algo extrañada del resultado final.

Nita no sabía qué ocurría, pero, teniendo en cuenta lo acontecido en las últimas semanas, sintió que se lo merecía. No obstante, cuando sus hermanas le comentaron que, si le apetecía, podía desayunar algo más, pues se avecinaba un día intenso, suspiró al pensar en otra de esas interminables jornadas de compras en las que rara vez encontraba algo que le encantara.

En cuanto las tres abandonaron la casa, Charlie, que esperaba escondido en el jardín, se coló y observó el recibidor y el salón. Si quería que todo estuviera listo a tiempo, debía ponerse en marcha.

-2-

Aunque se desplazaron al centro de la ciudad juntas, Theressa no tardó en dejarlas solas, pues había quedado con Enver. A Vicky no pareció hacerle demasiada gracia, pero a Nita no le importó. De

hecho, agradeció la oportunidad de pasar tiempo con ella. Vicky siempre había sido la más independiente y estaba acostumbrada a verla poco, pero la había echado mucho de menos durante el tiempo que había vivido en casa de Adam.

Sus anhelos se disiparon con rapidez al ver que, en lugar de interesarse por los rincones y detalles de la ciudad que ella había coleccionado con el tiempo y que se moría por enseñarle, Vicky seguía enredada en sus propias historias.

—Sí, ya está hecho —le contó a Amanda, su abogada, por teléfono—. No ha sido fácil, pero era lo que debíamos hacer. Sí, esperemos que vaya bien y tengamos noticias pronto.

Al colgar, Vicky suspiró y se esforzó en hacer caso a Nita, que insistía en mostrarle una pequeña y antigua fuente que pasaba desapercibida para los viandantes y que ella había encontrado un día por casualidad. Vicky trató de mostrarse interesada e incluso le regaló una sonrisa, pero su mente no dejaba de repasar lo ocurrido los días anteriores en un intento de convencerse de que habían hecho lo correcto.

—Fue ella, Vicky, ella mató a Mark —le había dicho Josh, en la habitación del hospital, señalando en una fotografía el rostro de Cynthia Becker.

—Pero ¿estás seguro? Es una acusación muy seria, podríamos hacer mucho daño —insistió ella sujetando aquella imagen de Mark, Cynthia y el resto de la familia Becker. Josh asintió con rotundidad.

—En cuanto vi la foto por primera vez, algo se despertó en mí, pero no he conseguido hacer la conexión hasta hoy. —Vicky apartó la maleta de Josh y se sentó sobre la cama, junto a él, para tomar algo de aire. Se llevó las manos a la frente y la masajeó con calma—. ¡Es una buena noticia! ¡Podremos exculpar a tu madre!

—Cynthia no sabía nada de Mark hasta que fui a verla a San Francisco. ¡¿No te das cuenta de lo que eso implica?! —Josh no terminaba de entenderla—. Por muy despiadado que fuera, por mucha rabia que sintiera hacia él, yo no soy así. Nunca busqué su muerte. Ni la suya, ¡ni la de nadie! —exclamó antes de que una lágrima se abriera paso por su rostro.

Josh le apretó el hombro con cariño, pero no sirvió de nada.

—¡Yo la traje aquí, Josh! ¡Ha sido por mi culpa! —gritó, llena de dolor—. ¡Laura tenía razón! ¡Mark ha muerto por mi culpa!

Al ponerlo en palabras, Vicky fue consciente y su respiración se entrecortó. Josh la acarició hasta que el llanto tomó protagonismo.

—No, Vicky, no ha muerto por tu culpa. Solo intentabas salvar a tu hermana. —Ella, que permanecía con la mirada fija en el suelo, lo observó con sus brillantes ojos—. Si eres culpable de algo, es de quererla con todo tu corazón. Ojalá condenaran a todo el mundo por

eso.

La periodista rompió a llorar de nuevo y se abrazó a Josh. Él se mantuvo lo más entero que pudo hasta que ella recuperó la calma suficiente como para salir sin llamar demasiado la atención.

Hicieron el viaje de vuelta del hospital en completo silencio, y eso les permitió asimilar lo que suponía que Cynthia Becker fuera la verdadera asesina de Mark. En cuanto se acomodaron en el piso de Josh, retomaron la charla.

—¿Crees que habrá huido? —planteó él.

—Eso parece, pero hay algo que no me encaja. —Hizo una pausa —. De la policía se libró, pues, según tengo entendido por el contacto de Adam, el único interrogatorio que consta es en el que trataban de confirmar que lo que yo les había contado sobre San Francisco era cierto. Y, salvo tu recuerdo, no hay nada más que apunte hacia ella, por lo que tiene que haber sospechado que alguien iba a delatarla. La cuestión es quién y por qué.

Josh resopló. Estaba igual de perdido que ella.

—Sea como sea, creo que debería ir a declarar lo antes posible —le explicó a Vicky—. Si se está escondiendo, cuanto antes emprendan la búsqueda, más posibilidades habrá de encontrarla.

Vicky se mordisqueó el labio inferior.

—Sé que es lo correcto y te acompañaré a comisaría en cuanto decidas ir, pero no puedo evitar empatizar con ella. —Josh la miró, asombrado—. Entiéndeme. Sé que nadie debe tomarse la justicia por su mano, pero, al conocer su historia, puedo comprender qué la llevó a hacer algo así.

—Mark nos ha hecho mucho daño, pero no estaba en su mano decidir si debía seguir viviendo o no… Creo que no tiene justificación alguna.

—Lo sé, lo sé. No la estoy justificando.

Josh asintió.

—¿Tienes algo que hacer ahora? Estoy cansado, pero creo que es mejor que me quite este rollo de la cabeza cuanto antes.

—No tengo ningún problema en acercarte, pero creo que será mejor que entres tú solo. Si te ven conmigo, podrían pensar que te he manipulado.

—Tampoco sé si servirá de mucho si no encuentran a Cynthia, pero habrá que intentarlo, ¿no?

Vicky estaba de acuerdo. De momento, no tenían nada mejor para ayudar a su madre.

El pitido de un coche la hizo regresar de sus recuerdos. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que Nita había desaparecido.

Como Vicky permanecía absorta en sus pensamientos, Nita exploró por su cuenta, deseando encontrarse con algún otro tesoro que la ciudad ocultara a simple vista. Caminó durante un rato, pero no parecía ocurrir nada interesante y no tardó en decepcionarse. Dispuesta a reunirse con su hermana, un hombre al otro lado de la calle captó su atención.

En primer lugar, lo reconoció por una antigua gabardina que ella lo había ayudado a elegir en una tienda un día que un chaparrón los pilló en pleno paseo y sin paraguas, dejándolos completamente empapados. Después, por su sombrero: el que se ponía en ocasiones especiales y cuando salían juntos solo los dos. ¡Era su padre!

Emocionada, no dudó en cruzar la carretera sin importarle provocar el caos entre los coches, a los que no les quedó otra que frenar para no atropellarla. Una vez llegó a la otra acera, se quedó paralizada al ver que Richard bromeaba y reía con alguien muy conocido para ella: ¡Charlie!

Nita avanzó, sonriente, hacia ellos, que charlaban apoyados sobre el ventanal de una agencia de viajes espaciales. Se angustió al pensar que pudiera ser una de sus fantasías, pero, en cuanto los alcanzó, ambos le sonrieron con cariño y tomaron sus manos.

Las observaron con interés antes de acariciarlas y ejercer cierta presión en su parte central con los dedos índices. Richard lo hizo en la mano izquierda. Charlie, en la derecha. A los pocos segundos, un punto de luz apareció en cada una de sus palmas y no dejaron de crecer hasta que se convirtieron en espirales luminosas de preciosos colores que se transformaron en diferentes imágenes. En la de su mano derecha predominaban los colores verdes y amarillos y los dibujos se asemejaban a flores y pequeños animales. En la de su izquierda, los blancos y los azules se unían para crear notas musicales, instrumentos y curiosas obras de arte.

Nita permaneció hipnotizada hasta que ambos se colocaron sus palmas en el pecho y la invitaron a hacer lo mismo. Muy nerviosa, acercó aquellas espirales a su corazón y sintió un repentino bienestar que disfrutó con los ojos cerrados.

Al volver a abrirlos, Charlie le señaló el ventanal de aquella novedosa agencia de viajes espaciales y Richard la invitó a mirarse. Nita se negó, pues, salvo en sus fantasías, no le gustaba observar su reflejo, pero ellos se colocaron a ambos lados e insistieron, por lo que accedió. Para su sorpresa, la joven que apareció era distinta a la habitual. No era la extraña chica con gesto raro de la que siempre huía, pero tampoco la preciosa muchacha que creaba en sus fantasías. Era como si ambas se hubieran fundido en un nuevo ser.

—¡Joder, Nita! ¿Qué haces? ¡Pensaba que te había perdido! —le

gritó Vicky deshaciendo aquella ensoñación.

Nita se miró las manos y, después, el ventanal. No había nada mágico en ellas y el reflejo volvía a mostrarle a aquella desagradable chica de siempre. Tampoco había ni rastro de la agencia espacial.

—¿Estás bien? —se preocupó su hermana al ver que su gesto se entristecía. Nita se encogió de hombros—. ¡Venga, anímate! ¡Que ya verás qué bien lo vamos a pasar hoy! De hecho —se detuvo para mirar el reloj—, como no nos apuremos, ¡vamos a llegar tarde a un sitio que te va a encantar! ¡Vamos! —insistió al ver que no reaccionaba.

Nita decidió seguirla. Aunque aquella ensoñación dominó sus pensamientos unos instantes más, enseguida se vio seducida por los intentos de su hermana de crear expectación. Estaba deseando saber qué había pensado Vicky para ella.

-4-

Theressa torció el gesto al comprobar que Enver ya no iba a llegar puntual, pues pasaban diez minutos de la hora fijada. Una vez más, en la plaza del Árbol, se acordó de su amiga Elena y de la explicación que ella le había dado sobre el origen del nombre de ese lugar. Su mirada se perdió en el solitario árbol que, sin embargo, acompañaba a todo el que esperaba allí.

Un mensaje en el móvil la sacó de su meditación. Se trataba de un aviso de su aplicación bancaria, pero, por suerte, no era ningún cobro. El Gobierno de Canadá le había ingresado el último pago del proyecto en el que había ejercido como traductora durante unas semanas. Aunque al final había sido menos trabajo de lo que esperaba, estaba muy bien pagado, por lo que se sintió orgullosa de sí misma.

Ya que Laura la había dejado tirada en su idea de compartir piso, se planteó que quizá podría dedicar parte de esos recursos a relanzar su carrera de escritora. Claro que, si Enver se animara a que viviesen juntos… No, era demasiado pronto.

La silueta de un chico que corría hacia ella alegró su rostro al pensar que era él, pero enseguida se dio cuenta de que estaba equivocada. Con la paciencia cada vez más al límite, echó un vistazo al perfil que había creado en una red social hacía poco, pero suspiró decepcionada al ver las pocas interacciones que había tenido.

—¡Ya estoy aquí! —la sorprendió Enver.

—¡Joder, qué susto!

—¡Perdona! ¡Había muchísimo tráfico! ¡Y eso que me muevo en moto!

—Ya sabes que es mejor venir en transporte público, pero como nunca me haces caso… —le recriminó ella, aunque se dejó besar.

—¿Te has enfadado?

—No, pero ya sabes que odio la impuntualidad.

Enver intentó ablandarla poniéndole morritos y haciéndole carantoñas. El rostro serio de Theressa no tardó en cambiar de expresión.

—¡Que sepas que eso no te servirá siempre! —le advirtió, tratando de contener una sonrisa. Él la miró muy serio, pero luego rompió a reír. Theressa, al ver su reacción, lo imitó, pero después le dio un golpe en un hombro, molesta por haber caído en su trampa.

—Bueno, ponme al día, ¿cómo va la organización del evento? —La invitó a caminar.

—Lo necesario ya está en casa, pero falta montar las mesas, decorar y todo eso. Así que, por la tarde, si te parece, he pensado en ir algo antes para echar una mano. Vicky se quedará con ella.

—¿No le importa?

—Se ha quejado, pero la he convencido de que era bueno para ambas. Nita la ha echado mucho de menos y a ella le vendrá bien desconectar de sus rollos.

—Y, al final, ¿habéis decidido cuál va a ser la temática?

—Charlie nos ha dicho que tiene algo en mente. ¡Espero que no meta la pata! —Dudó un momento—. Aunque no lo creo, la conoce bien. —Enver asintió, pero después frunció el ceño y se enredó en sus pensamientos. Theressa lo observó con preocupación—. ¿Y tú, qué tal estás? Te noto un poco ausente estos días. ¿Una mala racha en el trabajo?

Él se detuvo antes de contestar.

—Sí. Algo así.

Theressa asintió con timidez y, por unos segundos, ninguno dijo nada. Al mismo tiempo que ella lo miraba, de reojo y con cierta inquietud, él se perdió en lo único en lo que podía pensar desde que había sido testigo de la tortura a Rita: cómo alejar a Theressa y a sí mismo de las garras de Uno.

La situación era muy paradójica. Si no hubiera sido por la líder de la organización, nunca se habrían conocido, pero el único fin con el que se había iniciado aquella relación era hacer sufrir a Theressa. Debía lograr que se enamorara de él para abandonarla, sin darle ninguna explicación, en cuanto Uno lo exigiera. Algo que, pese al riesgo que suponía, él ya no estaba dispuesto a cumplir.

—Enver, pero ¿de verdad que estás bien? —insistió Theressa al ver que no contestaba a lo que ella le acababa de preguntar.

—Sí, sí. Lo siento, guapa. Estaba pensando en lo chulo que va a ser lo de esta tarde. Estoy seguro de que a Nita le va a encantar. ¿Te apetece un café? ¡Yo estoy congelado! —Se frotó las manos, señaló una cafetería cercana y le sonrió.

Theressa accedió y esbozó una leve sonrisa, pero su

preocupación creció. Era experta en boicotear sus relaciones basándose en meras sospechas, por lo que no sabía cómo reaccionaría si Enver le ocultaba algo importante.

-5-

En una pequeña academia de baile, un grupo de adolescentes, de edad similar a la de Nita, estiraba antes de la actuación; mientras, ella, sentada en el suelo, junto a Vicky y un pequeño grupo de gente, se aseguraba de que no había espejos por ningún lado.

—Te he dicho que he pensado en todo —insistió Vicky—. Quiero que lo disfrutes.

Nita asintió, agradecida. Lo ocurrido en la academia de baile a la que asistía con doce años todavía la hacía sentirse mal a veces y no quería verse atrapada de nuevo en una situación así, pero sus preocupaciones se disiparon en cuanto el espectáculo comenzó.

Con el tema *The Moment I Said It*, del grupo Imogen Heap, de fondo, los bailarines permanecieron inmóviles durante unos segundos hasta que, de repente, extendieron sus extremidades en diferentes direcciones y se dejaron caer como fichas de dominó. Después, desplegaron una coreografía repleta de matices que la sedujo hasta que se vio a sí misma en el espectáculo, convertida en la líder que guiaba al resto. Creaban dibujos con las manos, realizaban pausas inesperadas en las que se tapaban los ojos y, de pronto, movían los brazos sin descanso al ritmo de aquella canción, que resultaba triste y emocionante al mismo tiempo. Mientras Nita se recreaba en la danza, Vicky rememoró parte de lo ocurrido días atrás.

A solas en la cocina, bebió de una generosa taza de café para aliviar parte de la frustración que sentía. Por más vueltas que le daba, no encontraba ningún hilo más del que tirar para ayudar a su madre. Amanda había presentado varios recursos, pero Angela seguía en aquella prisión en la que, probablemente, permanecería por tiempo indefinido.

Unos golpecitos en la puerta que daba al patio lateral la sacaron de sus pensamientos.

—¡Lea! ¿Qué haces aquí? —preguntó, muy sorprendida, al reconocer a la hermana de Stanton, el investigador contratado por Angela. Ella, en lugar de explicarse, le hizo un gesto para que la siguiera. Vicky salió de la casa con lo puesto y se alejaron de la vivienda varios metros.

—Perdona por tanto misterio, pero no me extrañaría que, si han implicado a tu madre, haya algún micrófono en tu casa. —A Vicky le pareció una locura, pero prefirió dejarlo y centrarse en averiguar lo que aquella extraña mujer había descubierto—. He atrapado al hurón.

No me lo puso fácil, pero ambos sabíamos que tarde o temprano le ganaría la partida.

Vicky se alegró por ella, pero se sintió descolocada. ¿Semejante puesta en escena para contarle que había cazado a un animal?

—Sé lo que crees —la sorprendió—, pero te prometo que no hubo armas de por medio. Está sano y salvo, en manos de una protectora de confianza.

La mayor de las hermanas asintió, pensando en alguna excusa para finalizar aquel singular encuentro, pero Lea volvió a romperle los esquemas al agitar un juego de dos llaves.

—Lo atrapé gracias a otro de los secretitos de Jason. Sé que lo llaman Stanton por el jugador ese, pero a mí me parece un apodo ridículo. No se le parece en nada.

—¿Dices que atrapaste al animal con esas llaves? —intentó reconducirla Vicky. Lea asintió, satisfecha, y adoptó una posición más relajada.

—Al ver que ninguna de las tácticas habituales servía para capturar al bicho, opté por dejarlo sin sitios donde esconderse en lugar de seguir persiguiéndolo. Como parecía especialmente atraído por cajones y armarios, fue lo primero que vacié y desarmé. Al desmontar un mueble de la cocina, unas llaves cayeron al suelo y acapararon tanto mi atención como la del animal. Primero atrapé al hurón y lo encerré en una pequeña jaula que llevaba conmigo. Después, me hice con ellas. —Volvió a agitar las llaves.

—¿Son para abrir algo que tu hermano tenía en el piso?

Lea no dijo nada y, por un instante, Vicky concluyó que se había detenido a pensar qué contestar, pero enseguida se dio cuenta de que estaba más pendiente de que no hubiera nadie vigilándolas.

—¿Lea? Las llaves…

—Ah. Sí, sí. Lo primero que hice fue probar en la puerta principal, pero, como ninguna encajaba, busqué otras cerraduras por el apartamento. No encontré nada y me marché a casa hasta que se me ocurriera algo. —Vicky escuchó, paciente—. No tuve que esperar mucho. Esa misma noche, a través de un extraño sueño en el que aparecías tú, señalándome un mueble de mi habitación, obtuve la respuesta: tenía una llave similar a la más grande de ese juego en uno de los cajones de mi cuarto, y sabía muy bien qué era lo que abría.

Vicky arqueó las cejas. No sabía si la inquietaba más lo ocurrido con las llaves o que hubiera aparecido en el sueño de aquella estrambótica mujer como una señal divina.

—No dudé en vestirme y salir de casa. Quería saber qué ocultaba mi hermano. Tenía que ser algo importante, si no, no habría escondido las llaves en un lugar tan poco accesible.

—¿Qué era ese sitio? ¿Encontraste algo? —preguntó Vicky, cada

vez más impaciente.

Lea contestó con un gemido de asentimiento y señaló la llave de mayor tamaño.

—Esta sirve para acceder a un diminuto trastero que ambos recibimos como herencia de un familiar lejano que no llegamos a conocer. Esperábamos algo de pasta, pero nada. Ni dinero ni ninguna otra propiedad. Aun así, como estaba pagado y no suponía apenas gasto, lo aceptamos y acordamos usarlo para guardar los trastos que no nos entraban en casa. Yo enseguida lo llené de cachivaches y me olvidé del lugar, pero, al parecer, mi hermano le encontró una utilidad extra.

Vicky la animó a continuar.

—Aunque la humedad de ese maldito agujero casi me deja sin respiración, observé que Jason había respetado la división que pactamos en su momento. Su parte estaba ordenada y parcialmente usada. La mía, tal y como la dejé: caótica y abarrotada.

—¿Había algo allí en lo que usar la segunda llave?

—Sí. Y esta vez no tuve que desmontar nada para encontrarlo. No estaba a simple vista, pero tampoco demasiado escondido: se trataba de una caja fuerte portátil que contenía minicasetes. Estaban etiquetadas y ordenadas cronológicamente, por lo que enseguida las relacioné con la grabadora que las acompañaba. Junto a ellas, y con una fecha más reciente, también encontré varios lápices de memoria. Estuve algo más de una hora escuchando trozos de aquellas cintas. Después, en cuanto llegué a casa, conecté los *pen drive* a mi ordenador y los revisé uno a uno. Ambos formatos registraban la misma información: las llamadas de Jason con sus clientes.

—¿Has encontrado alguna en la que aparezca mi madre? —preguntó Vicky, nerviosa.

—Dos —le confirmó ella, con mucha tranquilidad—. En la primera solo hablan de reunirse, pero la segunda se trata del audio con el que la policía ha acusado a tu madre. He traído la grabadora por si quieres escucharlo tú misma.

Vicky le arrancó el aparato y se dispuso a apretar el botón, temiendo que Lea la enredara con otra de sus historias.

—¡Espera! —la detuvo ella, con la mayor carga emocional que había mostrado hasta ese momento. Sacó unos auriculares y se los entregó—. Por si hay espías —le advirtió, mirando a ambos lados.

Vicky reprimió una sonrisa y se puso los cascos. En cuanto escuchó el fragmento, respiró profundamente y no se esforzó en contener su alegría. La llamada había sido manipulada y su madre le había dicho la verdad.

Los vítores que siguieron al final de la actuación sacaron a Vicky de sus recuerdos y se fijó en Nita. No necesitó preguntarle si había

sido de su agrado. Su enorme sonrisa y el ruido de sus aplausos le dejaron muy claro que sí.

En cuanto salieron de la academia de baile, Vicky le comunicó a su hermana el siguiente plan de ese día tan especial. Intuyó cierto nerviosismo en ella: había llegado la hora de conocer a Enver.

-6-

—Está claro que siempre me toca esperar. No sé ni por qué me preocupo en llegar puntual —se lamentó Theressa, una vez más, al comprobar que eran sus hermanas quienes llegaban tarde a la cita en esta ocasión. Enver le dio un beso y le sonrió. Ella lo imitó: por lo menos, esta vez, esperaba acompañada.

—¿Cómo lo llevan? ¿Hay algo de lo que sea mejor no hablar? —quiso saber él para no meter la pata.

—¿A qué te refieres? ¿A la muerte de Mark? ¿A la huida de Laura? ¿Al despido de Norine? ¿O a la detención de mi madre? —respondió Theressa, algo borde.

Enver se quedó cortado y no añadió nada más. Quizá lo mejor era permanecer en silencio hasta que sus hermanas llegaran.

—Lo siento. A veces salto sin querer. Pues, veamos… Delante de Nita mejor no nombrar a las ausentes. Le hemos dicho que mi madre y Norine tenían que hacer un viaje largo y, que, de momento, Laura tampoco iba a volver. Está mosca, pero como lo de la caseta la entretiene, no se queja mucho. Con Vicky no hay problema. Se está recuperando muy bien y se puede hablar de todo con ella.

—Estás siendo muy fuerte. Estoy muy orgulloso de ti.

—Tampoco es que pueda hacer otra cosa. Aunque sigo molesta con Laura, entiendo que necesite tiempo. Por lo demás, la abogada de mi madre hace lo que está en su mano y confío en que Norine vuelva a casa cuando la situación se calme. Estoy enfocada en no caer y estar para Nita. Ahora, con Vicky en casa, será más fácil.

Enver asintió y pensó en ella. No tenía ni idea delo que le esperaba a su familia si los planes de Uno salían como ella había previsto.

—Pero hoy quiero olvidarme de los problemas y disfrutar de un día muy especial con alguien todavía más especial que… ¡ya viene por ahí! —anunció al ver a sus hermanas en la distancia.

—¡A ver qué le parece el plan!

—¡Va a flipar! —aventuró Theressa.

—¿Qué te parece? No está mal, ¿no? —preguntó Vicky a Nita, refiriéndose a Enver.

Nita se tapó los ojos con las manos y Theressa negó con la cabeza. Enver se acercó a Vicky, sonriente, y la saludó con un beso al

tiempo que la escritora apartaba las manos de Nita de su rostro y le restaba importancia a la broma de su hermana mayor.

—¿Eso era un piropo? —le preguntó Enver a Vicky.

—Hmm… puede ser —le correspondió Vicky, lo que hizo rabiar a Theressa, que prefirió ignorarla y centrarse en las presentaciones.

—Encantado —le dijo Enver a Nita antes de acercarse a darle un beso. Ella no tardó en ponerse colorada y se ocultó tras su larga melena, lo que desató las risas de sus hermanas.

Una llamada al teléfono de Enver interrumpió aquel vergonzoso momento. Al ver de quién se trataba, se vio obligado a responder.

—¡Os alcanzo enseguida! —Las invitó a que se adelantaran—. Dime —contestó mientras se alejaba de ellas.

Theressa torció el gesto al pensar que pudiera tratarse de algo relacionado con lo que no le contaba, pero decidió caminar junto a sus hermanas. Vicky le apartó a Nita el pelo de la cara.

—Así que te ha gustado, ¿eh? —señaló con una sonrisa pícara. Como respuesta, recibió un codazo—. ¿Tan guapo te parece? —insistió, por lo que tuvo que esquivar una patada—. No te enfades, que es genial que un chico te guste. ¡Ya era hora!

Nita se tapó los oídos. Theressa le hizo un gesto para que la escuchara.

—Me alegro de que te guste, pero tendrás que buscarte a otro, ¡que este es mío! —le advirtió antes de romper a reír y provocar lo mismo en Vicky.

Nita se paró en seco y se cruzó de brazos. Bastante mal lo había pasado poniéndose colorada como para que encima siguieran metiéndose con ella.

—Vale, perdona —le dijo Vicky algo más seria—. Estábamos bromeando, pero ya veo que no te está sentando bien, así que ya está. Se acabó. —Nita no se fiaba—. Pero está bien que te guste alguien. Ya sea chico o chica, lo que quieras.

Nita la miró, confusa. Theressa temió que Vicky la volviera a liar.

—Lo que Vicky quiere decir es que algún día tú también encontrarás a alguien especial.

Nita la miró con interés.

—¡Incluso puede que yo lo haga! —la sorprendió Vicky—. Hay que estar abierta al amor. Siempre abierta al amor. ¡A veces lo tienes delante y ni te enteras!

—¿Me he perdido algo? —quiso saber la escritora. Vicky la ignoró y Nita permaneció pensativa—. Aunque no sé de dónde le sale tanto amor hoy…, Vicky tiene razón —añadió Theressa. Al intuir que Nita seguía bastante perdida, se le ocurrió algo—: ¿Quieres saber cómo descubrirás que estás frente a esa persona especial?

Nita disimuló su entusiasmo, pero al ver que esperaba una respuesta, asintió levemente. Vicky sonrió.

—¡Lo sabrás cuando sientas un montón de mariposas en el estómago! —Nita torció el gesto. Le encantaban las mariposas, pero imaginárselas en su estómago le daba mucho asco—. ¡A mí me pasa con Enver!

Vicky le dio una colleja.

—Pero ¿por qué me pegas?

—¡Parece que no la conozcas! Ya sabes que se lo toma todo al pie de la letra —le explicó—. ¿Mariposas en el estómago? —señaló en voz baja.

Theressa reformuló su discurso.

—Bueno, no tiene por qué ser en el estómago, pueden aparecer, pues, no sé… ¡Volando a tu alrededor! —improvisó.

Vicky sonrió y negó con la cabeza; lo había salvado de aquella manera. Nita las miró, pensativa, pero después se puso nerviosa al ver que Enver corría hacia ellas.

—¡Todavía aquí! ¡Vamos! ¡Nos esperan en el…!

Theressa le tapó la boca antes de que desvelara la sorpresa y el gesto de angustia de Enver desató una sonrisa en Vicky. Nita, que seguía interesada en lo que acababan de contarle, decidió ahondar en qué significaba para ella el amor, pero, en lugar de obtener una respuesta, se vio arrastrada por su imaginación.

Caminaba por un bosque que, a su paso, se llenaba de colores a medida que las flores se abrían y mostraban su interior. A su vez, el sol se reflejaba en las hojas y creaba efectos luminosos que la hipnotizaban. Entusiasmada por lo que veía, corrió a través de los árboles para comprobar la interminable variedad de plantas que allí crecía, pero, de pronto, un claro se abrió ante ella y llegó a un prado inmenso. Mientras lo observaba, se dio cuenta de que alguien corría hacia ella. Se trataba de un chico que la saludaba con insistencia desde la distancia. Nita trató de identificar su rostro, pero una margarita gigante creció ante ella y lo ocultó. Aquella interrupción la molestó, pero, en cuanto vio que el centro de la flor tenía el rostro de Theressa, esbozó una sonrisa.

—¡Sorpresa! —gritó su hermana, que recuperó su verdadero rostro y la devolvió a la realidad.

Nita tardó en reaccionar, pero cuando vio que su hermana le señalaba algo con una amplia sonrisa, no dudó en mirar. Un grupo de gente que se acercaba hacia una carpa fue su primera pista. Los enormes carteles bajo los que los artistas deslumbraban con sus destrezas se lo dejaron claro: ¡el circo había llegado a Edmonton!

-7-

Josh golpeó con insistencia la puerta de acceso a la cocina de la casa esperando que, esta vez sí, alguien le abriera. A los pocos segundos, Charlie apareció en su ayuda.

—Josh…, ¿pasa algo? —le preguntó, extrañado, tras confirmar la hora en su reloj de pulsera.

—He llamado al timbre, pero como no me oíais… —Intentó avanzar sin éxito, pues el jardinero seguía sin entender por qué había llegado tan pronto—. Vengo a lo de Nita. Era a las cinco, ¿no?

Charlie sonrió y negó con la cabeza.

—A las siete…

Josh revisó en su móvil la información que Vicky le había facilitado; le pareció raro que fuera tan pronto, pero estaba convencido de que había leído las cinco.

—Pues nada. En dos horas vuelvo —le dijo al ver que tenía razón.

—Ya que estás aquí, podrías echarme una mano. Hay cerveza fría en la nevera.

—Si hay refrescos, mejor. Todavía sigo con las drogas.

El jardinero se sorprendió.

—Los medicamentos… Por lo del disparo. —Señaló la parte en la que había sido herido.

Charlie lo invitó a entrar. Solo había coincidido con él en una ocasión, pero parecía simpático.

-8-

Ya en el exterior de la carpa, tras más de dos horas repletas de acrobacias, espectáculos de fuego, magia y humor, que acompañaron de perritos calientes, patatas y refrescos, Enver, Nita y sus hermanas charlaron animadamente sobre lo que más les había gustado. Cada uno mencionó algo diferente, pero todos se mostraron satisfechos con la experiencia. Después, para sorpresa de Nita, Theressa anunció que Enver y ella tenían que marcharse.

—¡Nos vemos por la noche, chicas! ¡Pasadlo bien! —Les guiñó un ojo, y Enver se despidió con la mano.

Vicky respiró hondo, pues no le apetecía nada lo que venía a continuación. Por suerte para ella, Nita no se dio cuenta.

—¿Preparada para la última sorpresa? —le preguntó. Nita asintió, emocionada. No tenía ni idea de por qué no paraba de recibir regalos, pero debía aprovecharlo—. ¡Pues allá vamos! —se forzó a decir Vicky con alegría, antes de caminar en dirección contraria a la que habían tomado Theressa y Enver. Mientras caminaban, siguió recordando.

A la llamada de Lea, en la que le habló de aquella caja fuerte llena de grabaciones, le siguieron un encuentro con Amanda y una visita a la comisaría, en la que la defensora fue la única que habló con la policía. Vicky y Lea esperaron, pacientes, para conocer si la estrategia había funcionado.

—¿Y bien? —preguntó Vicky en cuanto la abogada salió de la reunión.

—Todavía tiene que pasar por el juez para que tenga algún impacto relevante, pero el inspector Thompson, en parte gracias al cable que nos ha echado el agente Wells, ha aceptado analizar la grabación para verificar su autenticidad. En caso de que la certifiquen como real, estará abierto a considerar la posibilidad de que alguien haya implicado a tu madre y, por ende, que el arma que apareciera en su coche sea fruto de la misma estrategia.

Vicky miró emocionada a Lea que, como de costumbre, permaneció bastante calmada.

—Si lo sumamos al testimonio que dio Josh sobre la posible implicación de Cynthia Becker, y pese a que tu hermano sigue desaparecido —miró a Lea—, es muy probable que tu madre salga de la cárcel en los próximos días —le contó a la periodista—. Buen trabajo, chicas.

Vicky se llevó las manos a la boca, incapaz de creerse que lo hubieran conseguido, pero no encontró en ninguna de ellas la receptividad suficiente como para abrazarlas o mostrarse más eufórica, por lo que se conformó con apretar los puños como símbolo de victoria.

De camino a casa, se alegró de haberse contenido. No era la primera vez que algo que había dado por hecho se venía abajo de forma repentina.

-9-

—¡Yo creo que ya lo tenemos! —anunció Charlie al revisar las tareas que Josh le había ayudado a terminar en el comedor, el vestíbulo y el salón de la casa de las hermanas—. Ahora me queda el trabajo más delicado. Descansa y tómate otro refresco si quieres.

Josh señaló su bebida a medio acabar en una mesita cercana.

—No hace falta, todavía estoy peleándome con eso —reconoció, pues era la primera vez, desde hacía unos cuantos años, que no tomaba un refresco sin que formara parte de un combinado.

Charlie aceptó la negativa e invitó a Josh a que lo siguiera a la cocina. Mientras disfrutaba del primer trago de una lata de cerveza fría, observó a Josh con interés.

—¿Dónde te dispararon?

Josh se levantó la camisa y bajó parte de su pantalón para mostrarle la cicatriz. Charlie se acercó y la miró con atención.

—¿Puedo tocarla? —pidió para sorpresa de Josh.

—Sí… Sin problema —accedió, un poco desconcertado. El jardinero acarició la cicatriz con detenimiento. Parecía querer entenderla o encontrar en ella algo que a simple vista no localizaba—. Si es una excusa para meterme mano, tengo que decir que eres ingenioso.

Charlie dejó de acariciarla y rompió a reír.

—¡Ya te gustaría! Solo comparaba. —Se levantó la camiseta y le mostró la que él tenía en la parte baja del abdomen. Josh acercó su mano, dispuesto a tocarla.

—¿Puedo? —Charlie asintió, pero Josh retiró la mano—. No hace falta. Era para ver qué me decías.

El jardinero sonrió y volvió a cubrirse.

—¿Qué te pasó a ti? —quiso saber Josh.

Charlie respiró hondo.

—¿Intento de suicidio? ¿Autocastigo? No sé cómo definirlo. Fue tras la muerte de mi hermana pequeña. Me sentía culpable. Agarré un cuchillo y… Por suerte, no me hice gran cosa.

—Joder, Charlie, si hubiera sabido que era algo así… Siento mucho lo de tu hermana. La verdad es que no sé si me sorprende más lo que pasó o que me lo estés contando.

—A veces nos abrimos más con gente desconocida que con los más cercanos.

—A mí ya me conocías —afirmó Josh antes de dudar que fuera cierto—. En la boda hablamos algo, ¿no?

—Más o menos. Formé parte de un «hola» colectivo que dijiste cuando llegué con la familia. Aparte de eso, hasta hoy, nada.

—Te estuve esperando en el hospital, pero… —bromeó Josh—. Sí, vale, tienes razón, no me he molestado demasiado en conocerte.

Al jardinero se le ocurrió algo.

—Hay una técnica muy chula que ayuda con eso. Cuéntame algo que no sepa casi nadie. ¡Ya! ¡Rápido! ¡Sin pensar!

—¡Me marcho a Vancouver! —dijo él en un impulso. Charlie se sorprendió. Josh suspiró y se encogió de hombros—. Es por una oferta de trabajo, pero, sobre todo, porque siento que ya no hago nada aquí. Pensé que este podría ser mi lugar, pero creo que solo ha sido una etapa más en mi camino. Soy de allí, de Vancouver. Puede que en mi origen estuviera mi propio destino y solo haya estado perdiendo el tiempo hasta ahora.

El jardinero pensó en lo que decía.

—¿Y qué pasa con tu amigo? ¿Y con Vicky…? —soltó de pronto, lo que causó sorpresa en Josh—. No es que vaya cotilleando sobre tu

vida, pero estas no callan y, aunque no lo crean, me entero de casi todo.

—Ya, tranquilo. Mi amigo… Pues eso, un amigo. Y con Vicky… no funcionaría. Somos demasiado parecidos en algunos aspectos.

—¿Y eso es malo?

—No estoy seguro, pero creo que sí. De todos modos, tampoco es que ella quiera nada más allá de una amistad.

—¿Y si eso cambiara? Si Vicky se decidiera, ¿qué harías?

—Joder, con el jardinero. ¡Qué habilidad para hacerme soltar prenda! —Charlie sonrió, se encogió de hombros y terminó su cerveza de un trago—. Venga, ahora te toca a ti, que yo ya he largado bastante.

El jardinero miró la hora y se apuró al ver que era más tarde de lo esperado.

—Creo que vas a tener que conformarte con lo de mi intento de apuñalamiento. —Señaló el reloj—. ¡Vamos! ¡Última fase!

Josh asintió y se apresuraron a salir de la cocina. Charlie subió las escaleras de dos en dos hasta la primera planta. Josh se lo planteó, pero tuvo que ser realista: aunque se estaba recuperando bastante bien, no tenía la misma agilidad que de costumbre.

—¡Última fase, Josh! —oyó que Charlie repetía desde arriba mientras él subía a su ritmo.

-10-

Tras varios intentos de localizarla, y una vez la policía analizó los testimonios obtenidos tanto de su personal en San Francisco como los de los trabajadores del hotel en el que se hospedaba cuando fue vista por última vez, Cynthia Becker fue declarada oficialmente como desaparecida.

Un accidente en una montaña cercana al complejo fue la primera causa de desaparición que se consideró al saber que había solicitado información sobre las rutas que recorrían el paraje. Más tarde, al no hallar indicios claros, se inclinaron a pensar que todo encajaba más con una astuta y bien diseñada huida.

Mientras pensaba en ello, y de camino hacia el siguiente plan con el que pretendía sorprender a Nita, un mensaje de texto llegó al teléfono de Vicky.

> **Amanda:**
> ¡Por fin puedo confirmártelo! ¡Tu madre volverá a casa en cuestión de días!

La periodista no pudo contener la emoción y pegó un grito que

alertó a Nita. Ambas se detuvieron.

—¡Es mamá! ¡Dice que volverá muy pronto! ¡¿No te parece genial?!

A Nita le extrañó aquel derroche de alegría por alguien con quien, de normal, no hacía más que discutir, pero concluyó que eso podía haber cambiado debido a los eventos de las últimas semanas. Respondió con una sonrisa a la pregunta de su hermana, pero no tardó en cambiar de expresión.

—¡Laura! ¡Has venido! —gritó una chica cerca de ella.

Al escuchar el nombre de su hermana, la buscó sin descanso, pero solo encontró a un grupo de cuatro adolescentes que se abrazaba y reía de forma escandalosa. Decepcionada, se dejó caer en el primer banco vacío que encontró en el paseo.

—¿Estamos andando demasiado? Había pensado en tomar el autobús, pero los médicos me han recomendado que… —comentó Vicky, antes de darse cuenta de que no se trataba de eso. Nita seguía con la vista fija en aquel grupo de chicas—. Te han hecho acordarte de Laura, ¿no?

Ella, con la mirada baja, asintió. Luego rompió a llorar. Vicky se sentó a su lado.

—Yo también la echo de menos, pero sabes que está bien, ¿verdad?

Nita levantó la mirada y negó con la cabeza. No había leído la carta que Laura había dejado, pero tenía claro que nadie en esa casa sabía dónde ni cómo se encontraba.

—Es ma-la —se obligó a decir para que Vicky tuviera claro lo que sentía por ella.

—No, no lo es. Si no ha vuelto, no es porque no nos quiera. Después de lo de Mark, necesitaba estar sola un tiempo.

—¡No! ¡No! ¡No! —insistió Nita, con rabia, lo que provocó que varios viandantes se giraran hacia ella.

—Sé que lo que más te duele es no estar con ella, pero no se ha ido para siempre. Volverá. —Nita volvió a negar—. Sí, lo hará y te prometo que haré lo que esté en mi mano para que, cuando vuelva, se quede para siempre. ¿De acuerdo?

A Nita aquella promesa no la convenció, pero si había alguien con la cabezonería suficiente como para lograrlo, esa era Vicky, por lo que tendría que confiar en ella.

—Venga, ¿seguimos? ¡Estamos ya muy cerca!

Nita no se movió ni un ápice, por lo que Vicky tuvo que hacer uso de un as en la manga que rara vez fallaba.

—Me acabo de dar cuenta de que hoy no hemos tomado postre… —Obtuvo una inmediata atención de su hermana—. He visto que había una heladería con muy buena pinta cuando veníamos hacia

aquí, pero no te veo muy animada. Supongo que no te apetecerá tomar un helado, ¿no?

Nita se planteó decirle que sí, que lo estaba deseando, pero, consciente del chantaje, se obligó a mantenerse firme en su negativa.

—¡Oye! ¡Dame un poco de tregua! ¡Que además hoy es un gran día! ¡Nunca más volverás a vivir otro igual! ¡Tienes que estar contenta!

Nita se encogió de hombros, apática. Vicky no se rindió.

—¿De nata y vainilla? —le dijo despertando su curiosidad—. ¿Con chocolate derretido por encima? —subió la apuesta.

Incapaz de resistirse a algo así, Nita asintió con timidez al mismo tiempo que se le escapaba una sonrisa. Vicky suspiró, aliviada.

—¿Me acompañas o me esperas aquí? Te dejo elegir. —Nita miró a su alrededor antes de decidir. En una calle cercana había una tienda de instrumentos musicales que ya había visitado alguna vez. Se la señaló a su hermana—. Vale. Nos vemos allí. ¡No tardaré!

Mientras Vicky deshacía sus pasos hasta la heladería, Nita corrió, esta vez sin provocar ningún caos en el tráfico, hasta aquel templo de la música. Observó maravillada los instrumentos expuestos en el escaparate de la tienda antes de entrar.

Tras atravesar la zona de flautas, la de guitarras y la de baterías, llegó hasta el espacio más increíble de aquel lugar: una planta dedicada en exclusiva a los pianos. Al principio, tecleó un par de notas en cada modelo que encontraba. Después, una melodía muy conocida para ella la sedujo hasta el lugar en el que un hombre deleitaba a su hija con su maestría, con el beneplácito del personal de la tienda. Se trataba de *Mr. Moustafa*, de Alexandre Desplat, una canción que la fascinaba desde la primera vez que la había escuchado.

Aquella escena, que le recordó a Richard, provocó en Nita un estado de gozo que iluminó su rostro al instante. Luego se sorprendió al ver que el rostro de aquel hombre cambiaba hasta transformarse en el de su padre y que, al mismo tiempo, ella ocupaba el lugar de su hija.

Sin dejar de escuchar aquellas notas, se percató de que la tienda era ahora el salón de su casa, en el que Richard seguía tocando para su disfrute. Pero, al poco rato, las teclas del piano comenzaron a crecer sin descanso hasta que se vieron obligados a apartarse de él y, más tarde, a subirse y caminar sobre ellas. Al principio, el cambio le dio miedo, pero después la maravilló ver que con cada pisada se emitía la nota necesaria para que la melodía continuara.

Las teclas se aferraron al suelo y formaron un cuadrado con forma de ajedrez sobre el que Richard le propuso bailar al tiempo que la música seguía sonando. Nita se dejó llevar y disfrutó de la compañía de su padre durante unos mágicos instantes, pero, de

pronto, un conjunto de brillos giró en torno a él y los obligó a separarse.

Cuando su vista se acostumbró a aquellas luces, fue testigo de algo increíble: transformaban a su padre en otra persona. En alguien que, de alguna manera, había ocupado su lugar y se había convertido en fundamental para ella en las últimas semanas. Charlie le tendió la mano para que retomaran el baile. Nita dudó, pero la sonrisa del jardinero deshizo sus temores y volvió a dejarse llevar por la música.

-11-

Vicky llegó a la tienda con los helados en la mano y la firme intención de localizar a Nita antes de que se le desparramaran encima, pero no la encontró en la primera planta. La lógica la llevó hasta la sección de los pianos y no tardó en localizarla sola, girando la cabeza de un lado para el otro, frente a un piano que nadie tocaba, pero que ella parecía escuchar.

La imagen del helado frente a sus ojos devolvió a Nita a una realidad que, por una vez, era dulce y deliciosa. Vicky sonrió al ver que su hermana disfrutaba del helado y la imitó. Observó el piano que había hipnotizado a la pequeña: se parecía tanto al que tenían en casa… A ella nunca se le olvidaría la primera vez que lo vio.

Al advertir que su padre corría a la calle, la pequeña Vicky de tres años no dudó en alcanzar una silla, subirse y apoyar sus delicadas manos sobre el cristal de la ventana del salón. Deseaba descubrir qué podía ir en un vehículo tan grande y por qué le ilusionaba tanto.

En cuanto las puertas del camión le permitieron ver aquel enorme piano, Vicky abrió la boca al pensar que era el más grande que había visto en su vida. Sin duda, de mayor tamaño que los pianos con los que su padre solía practicar cuando, yendo de paseo con él y Laura, hacían una parada en su tienda de instrumentos preferida.

Buscó por el salón a su hermana pequeña, que permanecía ajena, disfrutando de sus juegos, y a Angela, que al ver su emoción se acercó a la ventana. La reprendió por las marcas que había dejado en el cristal y suspiró al ver de qué se trataba.

—¡La que nos espera! —soltó, refunfuñona.

Vicky no entendió su reacción, pero le dio igual. Prefería disfrutar de la enorme sonrisa con la que Richard, desde la calle, le señalaba el piano. Ella no dudó en devolvérsela. Ver a su padre tan feliz le parecía maravilloso.

-12-

Tras casi dos meses de encierro, temiendo por la vida de cuatro de sus

hijas y a merced de la sed de venganza de la primogénita, Richard se encontraba cada vez más deteriorado. Aun así, el hecho de que Violet no lo hubiera visitado para regodearse le permitía mantener la esperanza de que no hubiera cumplido sus amenazas.

Haber vivido de manera austera en los meses que había permanecido oculto le ayudó a conservar parte de la cordura. Pese a que en aquella celda sus posibilidades se habían reducido drásticamente, intentaba mantener cierto orden en su día a día orientándose por la luz que entraba por la diminuta ventana que había en lo más alto de la habitación, lejos de su alcance. Se alimentaba con los restos que le ofrecían, se lavaba siempre que le daban la oportunidad y llevaba la cuenta de su encierro mediante unas muescas en la pared.

Aquel día, consciente de que era uno muy especial, rasgó su piel con una pequeña piedra que había conseguido a base de golpear contra el suelo el vaso de aluminio del que bebía la poca agua que le servían a diario. Una vez levantó la primera capa de piel, insistió hasta que la herida se hizo más profunda y brotó un pequeño hilo de sangre. No se detuvo hasta que consiguió la necesaria para crear su particular homenaje a Nita.

Pasó el resto del día observando aquel lúgubre e imperfecto corazón rojizo que tenía el nombre de su hija en el centro. Desconocía si volvería a verla, pero leer su nombre tenía un efecto calmante.

Con la llegada de la noche, Richard fue devorado por una completa oscuridad y aquel dibujo desapareció de su vista. Sin embargo, no se inquietó. Sabía que, por la mañana, cuando el sol iluminara de nuevo ese trozo de pared, volvería a encontrarse con su pequeña.

-13-

Pese a que el cielo ya se había oscurecido por completo, a Nita todavía le esperaban algunas sorpresas en aquel día tan especial. La primera consistió en una nueva visita a la exposición centrada en realidad virtual que no parecía cansarla nunca. Siempre encontraba algún matiz que la sorprendía y los trabajadores que pululaban por allí, y que ya la consideraban como una más del equipo, se esmeraban en descubrirle nuevos trucos con los que ella seguía alucinando.

Vicky se dio cuenta de que había llegado la hora de marcharse al notar la vibración de su móvil. Se sorprendió al sentir pena, pues se había imaginado aburriéndose de lo lindo. En cambio, en cuanto se dejó llevar por el juego de ilusiones que habían creado, experimentó el momento de mayor paz que recordaba desde aquella cena, más de dos meses antes, en la que se había desatado la tormenta.

—¡Nita! ¡Hacía tiempo que no disfrutaba tanto! —reconoció de camino a la parada del autobús que las llevaría de vuelta a casa—. ¡Ahora entiendo que no te canses de venir! ¡Es hipnótico!

Nita esbozó media sonrisa de satisfacción y su hermana no pudo evitar hacerle cosquillas para ver cómo se completaba.

—¡Me encanta cuando sonríes! ¡Tienes una sonrisa muy bonita, pero nos la regalas muy poco!

La pequeña negó con la cabeza. Su imagen sonriendo no le parecía nada digno de ser valorado así. Vicky leyó sus pensamientos.

—Yo no sé por qué te ves tan mal siempre. Mira qué guapa sales aquí. —Le mostró en su teléfono una fotografía de la exposición que Nita apartó de un golpetazo, lo que obligó a Vicky a alcanzar el dispositivo al vuelo. Aunque la molestó, lo que más sintió fue lástima —. El día que te des una oportunidad, verás lo guapa que eres. ¡Todos lo vemos! ¡Todos menos tú!

Nita ignoró el comentario y corrió para ocupar el único espacio libre que había en la parada.

Ya en la urbanización, Vicky abrió la puerta, pero invitó a Nita a que entrase primero. Ella se extrañó, pero no puso ninguna pega. Al principio, todo estaba a oscuras y en silencio y se inquietó un poco, pero enseguida comprobó que había una razón:

—¡Sorpresa! —gritaron varias voces al mismo tiempo.

En cuanto las luces se encendieron, Nita observó a un grupo de gente que la miraba con atención. Entre ellos, encontró a Theressa, Enver, Josh y Charlie que, emocionados, no dudaron en acercarse a ella.

—¡Feliz cumpleaños, Nita! —le deseó Enver.

—¡Felices dieciocho! —se sumó Theressa.

—¡Ya eres mayor de edad! ¡Felicidades! —señaló Josh. Abrumada, miró a Vicky.

—¡Feliz cumpleaños! ¡Quedaba la sorpresa más grande!

Nita no supo cómo reaccionar, pues no tenía demasiado claro qué le sorprendía más: aquella inesperada fiesta o que se hubiera olvidado de su propio cumpleaños. ¡¿Cómo podía ser?!

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por los saludos de otros invitados, como las vecinas Sophia y Helen o algunos de los trabajadores de la exposición que libraban ese día y que se habían acercado al enterarse de que cumplía años. Nita miró a su alrededor y situó una mesa llena de dulces y tartas, otra de aperitivos y bebidas, e incluso una zona de regalos, entre los que imaginó que se encontrarían películas como *Mi novia es una extraterrestre* o *La maldición de las brujas*, pues Theressa llevaba hablándole de ellas desde Navidad y, conociéndola, estaba segura de que era para crearle expectativas y así acertar de pleno llegado el momento.

Pero lo que más llamó su atención fue que la casa estaba decorada con un sinfín de detalles: letras que componían su nombre, globos multicolores, corazones brillantes, fotomontajes de Gato tocando el piano o cantando ópera…

Nita se ilusionó cada vez más a medida que analizaba cada detalle de las recargadas paredes de la entrada de la casa. Sin embargo, su sonrisa se transformó en asombro en cuanto miró hacia el techo, del que colgaban un montón de mariposas de papel. Algunas parecían estar basadas en obras que ella misma había dibujado y le sorprendió verlas cobrar vida pues, debido a la pequeña corriente generada por el movimiento de los invitados, parecían volar.

Al ver la cara de asombro de Nita, Vicky sonrió feliz y se acercó a Josh, que la premió con un beso en la mejilla. Sin que él se diera cuenta, lo miró con un brillo especial: volvía a sentirse atraída por él, pero esta vez no era algo sexual, sino algo más profundo.

Theressa, que disfrutaba del evento abrazada a Enver, fue testigo de la actitud de su hermana y enseguida se preguntó si había algo que no le había contado. ¿Habrían retomado su relación?

Cerca de ellas, y ajena a todo, Nita se recreó en cada una de las mariposas, preguntándose quién habría hecho algo así por ella. Pero al bajar la mirada y encontrarse con Charlie, lo tuvo claro. Lo abrazó al mismo tiempo que Vicky y Theressa se miraban cómplices: había acertado de pleno con su idea.

Tras abrazarla, Charlie la felicitó y le preguntó qué le parecía la fiesta, pero la creciente emoción que Nita sentía le impidió entender lo que le decía. En medio de aquel derroche de felicidad, unas palabras de Theressa resonaron en su interior.

«Algún día tú también encontrarás a alguien especial. ¡Lo sabrás cuando sientas un montón de mariposas en el estómago! Bueno, no tiene por qué ser en el estómago, pueden aparecer, pues, no sé… ¡Volando a tu alrededor!».

Mientras Charlie trataba de que le contestara, Nita solo lo veía vocalizar y observaba, de reojo, aquellas mariposas que no cesaban en su contenido vuelo. Y, de pronto, en medio de las conversaciones y risas de los invitados, una película de imágenes cuyo principal protagonista era Charlie se desencadenó en su mente: el día que lo conoció y lo observó desde las escaleras de la casa; sus primeros contactos con él a través de Gato y sus dibujos; el baile en el jardín, vestida con el traje para la boda de Laura; preparando la cena a la que se sumó Angela; cuando le enseñó el telescopio; la fiesta de Navidad…

Una sensación nueva y vertiginosa, pero cálida y emotiva, se apoderó de Nita antes de que una lágrima se escapara de sus ojos. El jardinero, al verla emocionada, acercó su mano y se la secó con una leve caricia. Ella lo miró fijamente y le sonrió con todo el amor que él

le había regalado desde el día en que la había conocido.

Nita lo tuvo claro. Sabía que existía y había oído hablar sobre ello, pero ahora lo sentía en su propio corazón: se había enamorado por primera vez.

Capítulo 43:
Bajo la superficie (VII)

Cynthia Becker comenzó a preparar lo necesario para viajar a Edmonton en el mismo instante en el que Vicky regresó a casa.

Nada más conocerla, temió que se tratara de otra periodista entrometida, pero no tardó en darse cuenta de que estaba equivocada. Aquella valiente mujer, que se estaba jugando la vida para proteger a su hermana, le había hecho un regalo de valor incalculable: decirle el paradero de Marcus, el despreciable ser que había acabado con la vida de la suya.

Enseguida tuvo claro que perdería la oportunidad que el destino le brindaba para ajustar cuentas con él. Pensó en que otra persona lo hiciera por ella, pero, necesitaba apretar el gatillo por sí misma. Solo así comenzaría a aliviar el dolor y la tristeza acumulados desde el asesinato de su hermana.

Lo planeó a espaldas de Vicky, pero con el convencimiento de que aquella mentira escondía un propósito más beneficioso para la periodista: si acababa con Mark, Laura podría salvarse de acabar igual que su añorada hermana. En caso de que culparan a Vicky, haría lo que estuviera en su mano para mantenerla fuera de la cárcel.

Para que no sospechara, Cynthia se esforzó en sonar convincente respecto a su negativa a viajar a Edmonton para ayudarla. Nunca se atrevería a moverse de su ciudad, pues corría el riesgo de que los compinches de Mark ajustaran cuentas con ella debido a los intentos por que la policía reabriera el caso de su hermana.

Tampoco les dijo nada a sus padres ni a ninguna persona que trabajara para ella. De hecho, el único que supo de aquel viaje fue su piloto habitual, quien la trasladó hasta Edmonton en un *jet* privado de la familia y la llevó de vuelta después de la importantísima reunión de negocios con la que ella había justificado aquel repentino viaje. También condujo el coche, que la acercó hasta la ciudad, tras aterrizar en un hangar que la familia había puesto a nombre de su tía abuela y que les servía para transportar, desde San Francisco a Canadá, parte de los productos con los que comerciaban.

Nada más llegar a Edmonton, con un generoso bolso colgando de su brazo, se desplazó varias calles hasta una empresa de alquiler de coches en la que había reservado un vehículo antes de iniciar su viaje. Era de una marca no muy conocida que, sin embargo, a ella le encantaba.

Viajó hasta el club de campo, dejó el vehículo en el *parking* exterior y se coló en el complejo como una invitada más. Aunque a simple vista solo lucía un elegante vestido, conjuntado con varios complementos que evitaban que alguien pudiera reconocerla, debajo llevaba un ajustado traje negro que cubría varios metros de vendas con los que había aplanado su ya de por sí escaso pecho. Dentro del recinto, usó una habitación situada en la planta baja del club de campo para deshacerse de su vestido, ponerse un pasamontañas y correr hacia el arco bajo el que los novios estaban a punto de darse el sí quiero.

Asegurarse de que Mark moría era fundamental para que todo el riesgo tuviera sentido, por lo que, tras disparar varias veces, dedicó un par de segundos a confirmar que el cuerpo del asesino de su hermana dejaba de moverse y se desangraba con rapidez. En aquellos fugaces instantes se percató de que alguien la observaba detenidamente y cruzó su mirada con la de Josh, pero no lo consideró una amenaza para sus planes ni para su libertad.

En medio del caos que ella misma había provocado, regresó a la habitación, recuperó su vestido y se infiltró entre la multitud fingiendo ser otra aterrada invitada. En cuanto recuperó el coche, deshizo sus pasos hasta el mismo lugar en el que se había despedido del piloto, vestida con la misma ropa con la que él la había visto ir hacia aquel encuentro crucial para su empresa.

Cuando, cinco días después de aquel viaje, el inspector Thompson contactó con ella para que corroborara la versión que Vicky le había dado en el hospital, Cynthia ya estaba bastante segura de que, pese a ese instante con Josh, todo había salido según lo previsto.

Testificó tal y como había planificado. No le resultó difícil, al fin y al cabo, en ningún momento le preguntaron sobre su paradero aquel día y, sobre lo ocurrido con Vicky en San Francisco, solo se trataba de decir la verdad.

Unos días más tarde, unos inesperados mensajes de texto de Vicky la hicieron temer que todo se fuera al traste. No solo le contaba que sabía lo que había hecho, sino que la chantajeaba para que la ayudara con un asunto que podía traerle problemas a la periodista. Para que no tuviera dudas de lo que le decía, le envió una foto del hangar en el que había aterrizado y otra del coche que había alquilado para trasladarse al club de campo.

En la segunda visita a Edmonton, Cynthia viajó sola y en un vuelo comercial, pues disponía de algo más de margen. Ya en la ciudad, contrató los servicios de un empleado de una empresa de seguridad privada para que ejerciera de escolta antes y durante su encuentro con Vicky. Aunque a simple vista la notó algo cambiada, se

encontró con Vicky en el lugar indicado. Pero, cuando estaba a punto de saludarla, un hombre se acercó a ellas e invitó a aquella chica que se había hecho pasar por Vicky a que los dejara solos.

Como intuyó que se trataba de alguien relacionado con la banda para la que trabajaba Mark, Cynthia temió que fuera su fin, pero él le aseguró que la había citado para proponerle un trato: a cambio de las pruebas que la incriminaban en el asesinato, necesitaba que lo ayudara a marcharse de la organización. Para ello, el arma del crimen era un requisito indispensable.

Consciente del peligro que corría si no colaboraba, se vio forzada a llegar a un acuerdo con Dos, y se comprometió a poner a su disposición los recursos necesarios para que él y su familia estuvieran a salvo en cuanto se desentendiera de la banda criminal. Además, aceptó entregarle el arma para que pudiera hacer creíble su estrategia.

Sin embargo, Cynthia nunca tuvo intención de cumplir con la segunda parte del trato. Por muy convincente que hubiera sonado su discurso, no tenía garantías de que Dos no fuera a jugársela, por lo que le envió una pistola muy similar con el deseo de que su estrategia funcionara. La verdadera seguiría oculta bajo extremas medidas de seguridad hasta que el caso prescribiera.

Pasó los siguientes días organizando el traslado de la familia de Dos a un lugar seguro, por lo que, cuando él la informó de que casi estaba hecho, comunicó a su personal que se marchaba de viaje unos días y que los llamaría para decirles la fecha exacta de su vuelta. Reubicó a la familia de Dos, tal y como habían pactado, pero él nunca se reunió con ellos.

Temerosa de que lo hubieran descubierto y de las posibles consecuencias, dedicó una larga caminata a reflexionar en sus próximos pasos, ya que, a partir de ese momento, se abrían dos escenarios ante ella: en el primero, la organización encontraba las pruebas que Dos había recabado y ella tenía que defenderse de ellos o de la policía; en el segundo, no encontraban nada y ella empezaba una nueva vida con la satisfacción de haber vengado a su hermana.

Sonrió al ver que sus pensamientos se habían materializado. Tras un largo paseo por un sendero de la montaña más cercana al hotel en el que se hospedaba, observó que, además de haberse alejado más de la cuenta, se hallaba frente a un paseo que se bifurcaba. Uno de los caminos era pedregoso y empinado, así que lo relacionó con la posible lucha legal que tendría que iniciar si la acusaban de haber matado a Mark. El otro era algo descendente y estaba repleto de flores silvestres, por lo que estaba claro que simbolizaba su nueva vida.

No tuvo dudas de cuál escoger, sobre todo al ver que aquella agradable senda se dirigía a un precioso acantilado desde el que intuyó que podría disfrutar de unas hermosas vistas. Al llegar, esbozó

una sonrisa, cerró los ojos y aspiró tanto aire como su capacidad pulmonar le permitió.

Un repentino sonido enturbió aquella tranquilidad y se giró para ver de qué se trataba. Al ver a un pequeño ciervo mular que corría a su antojo por allí, sonrió tranquila, pero en cuanto trató de recuperar su postura anterior, una mala pisada la hizo perder el equilibrio y tropezó varias veces hasta el borde de seguridad de aquel mirador del que se precipitó al vacío.

Un alarido lleno de horror fue lo último que Cynthia Becker soltó antes de perderse en lo más hondo de aquel acantilado. Aunque había elegido empezar una nueva etapa, el destino tenía sus propios planes.

Capítulo 44:
Érase una vez un chico (VII)

-1-

Pese a que de vez en cuando sacaban el dichoso tema del chico al que tanto miraba en el partido, las siguientes semanas de Sean discurrieron sin grandes complicaciones.

Unos días después de cumplir su temida (y a su vez deseada) mayoría de edad, su educador de referencia interrumpió el desayuno que compartía con otros chicos.

—Toma. —Le entregó un sobre—. Ya tienes la documentación en regla y actualizada. Enhorabuena.

Sean abrió el sobre con impaciencia y la revisó con detalle. Sonrió, orgulloso.

—¿Te la guardo en el despacho o prefieres tenerla tú?

—No, no, me la quedo; gracias.

—¿Te has decidido por alguna de las últimas opciones que te comenté? Debemos tenerlo arreglado para la semana que viene. Ya sabes que no dejarán que sigas aquí mucho más.

—Joder, ¡es que no hay nada decente!

—Son las normas. No sirve de nada que volvamos a discutir sobre lo mismo. Dale una vuelta esta tarde y mañana me cuentas qué has decidido, ¿vale?

Sean asintió y, en cuanto el educador se marchó, se centró en terminar el desayuno y revisar aquella documentación que tanto había anhelado desde que se había colado por la frontera.

Tras pasar por agua su bol del desayuno e introducirlo en el lavavajillas, corrió a su cuarto para poner el sobre a buen recaudo. Empujó la puerta, que pese a la fuerza no se cerró, y metió la documentación en una pequeña caja fuerte que había recibido como regalo de cumpleaños hacía un año. Además de otros papeles y el dinero que había ahorrado de las pagas semanales, guardaba en ella la pelota que le había regalado su madre.

La apartó con cariño para situar el sobre detrás y cerró la caja. Al girarse para salir, una presencia lo sorprendió.

—Joder, ¡qué susto! —se quejó al ver a Alan, el joven al que había pillado mirándolo en más de una ocasión.

—Perdona, venía a ver qué hacías.

Sean se extrañó, pues era de los chicos con los que menos interactuaba. Aun así, intentó no ser demasiado brusco: sabía lo que suponía ser el nuevo en un sitio repleto de chavales que ya han hecho piña entre ellos.

—Guardar unas cosas —le explicó de forma escueta, confiando que fuera suficiente y lo dejara en paz. Alan asintió, pero, en lugar de marcharse o hacer algún comentario, cerró la puerta.

—¡¿Qué haces?!

El chico se tomó unos segundos antes de hablar.

—¿Serías capaz de guardarme un secreto? —Sean asintió, aunque aquello le parecía muy extraño—. Creo que eres el único que podría entenderme. De verdad, no lo puede saber nadie.

—Sí, tío. Tranquilo.

Alan dudó, pero, al final, lo soltó.

—Me gustan los chicos. —A Sean lo pilló tan desprevenido que solo fue capaz de abrir mucho los ojos—. Pero no solo es eso: me gustas tú.

Sean se sintió halagado en un principio, pero su lógica enseguida lo llevó a sacar una conclusión a la que le avergonzó no haber llegado antes.

—Vale, muy bien. Esto es cosa de Bonny y Justin, ¿no?

—¿Qué? ¿Qué tienen que ver ellos? —le devolvió Alan.

—Esta broma. Ha sido idea de ellos, ¿verdad? —reformuló Sean.

—No es ninguna broma. ¡Joder! Creía que tú también… No les digas nada, por favor.

Sean le apretó el hombro para tranquilizarle.

—Eh, tranqui, tío, que pensaba que estabas de coña. No voy a decir nada. De verdad.

Alan asintió, aliviado, y se aferró a él en un abrazo. Sean intentó resistirse, pero la presión del cuerpo de su compañero lo hizo ceder y decidió dejarse llevar.

—Quiero besarte —le susurró el chico al oído en cuanto sus cuerpos estuvieron unidos. Se separó y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Puedo?

Sean, preso de los nervios, tanto por aquellos ojos fijos sobre él como por la inesperada petición, dejó en manos de Alan el curso de los acontecimientos. En cuanto el chico acercó su rostro al de él, Sean cerró los ojos a la espera de experimentar algo que, hasta entonces, solo había practicado en su imaginación.

—¡Teníais razón! ¡Es un puto maricón! ¡Se iba a dejar besar y está empalmado! ¡Mirad! —oyó gritar a Alan, que había corrido a la puerta y la mantenía abierta de par en par.

Sean abrió los ojos de golpe y observó su erección. Se sintió arrepentido y avergonzado, sobre todo por haber caído en algo que ya había identificado desde el principio como una trampa.

Al ver a Bonny y Justin en el pasillo, se tiró sobre la cama para dejar fuera de su vista aquella excitación que esperaba que desapareciera lo antes posible. Bocabajo y con los ojos cerrados,

aguantó las risas y los lanzamientos de objetos con los que varios de los chicos acompañaron sus burlas.

En cuanto su cuerpo regresó al estado habitual, corrió hacia la puerta de su cuarto. Aunque tuvo que esquivar los intentos de varios de sus compañeros para que permaneciera allí aguantando las mofas, se zafó usando la fuerza que le daba la rabia que sentía. Corrió sin descanso para alejarse del centro lo máximo posible.

—¡Sean! ¡Espera! —escuchó que gritaban a lo lejos.

Al ver que se trataba de su educador de referencia, se detuvo. Se desahogó con una pared abandonada y llena de pintadas que había encontrado. Patadas, puñetazos… No le importaba hacerse daño, lo que quería era liberarse de esa vergüenza que no dejaba de crecer en su interior. Cuando las fuerzas le flaquearon, apoyó su espalda sobre la maltrecha pared y se dejó caer al suelo.

—Joder, Sean, ¡cómo corres! ¿A dónde narices vas? Sabes que no puedes largarte sin avisar —le recordó el educador, tratando de recuperar la respiración. —Sean, lleno de ira y frustración, lo ignoró —. ¿Te has peleado con alguien? ¿Estás bien?

El joven negó con la cabeza y se frotó la cara, angustiado. Tras un gesto cariñoso del educador, rompió a llorar como hacía tiempo que no recordaba. El profesional se sentó junto a él y esperó a que se desahogara y le explicase qué ocurría, pero Sean no articuló palabra. No podía hablar de algo que ni siquiera él mismo terminaba de entender.

-2-

Regresó al centro algo más tranquilo, gracias a la comprensión y los ánimos del educador, pero, nada más entrar por la puerta, fue consciente de que la calma había llegado a su fin.

—¡No quiero compartir cuarto con él, seguro que de noche nos viola! —escuchó decir a Bonny, en el centro de un grupo de chicos en el que también estaba Justin.

—¡O nos droga y nos viola! Que eso le pasó a un tío que un amigo de mi primo conocía. Iba con el culo roto todo el día hasta que se enteró de que su compañero de piso lo drogaba cada noche para beneficiárselo —dijo este.

Sean se detuvo frente a ellos hasta que fueron conscientes de su presencia. Roto de dolor, corrió a su habitación y se aseguró de que, esta vez, la puerta quedara bien cerrada. Tirado sobre la cama, escuchó que seguían hablando de él.

—No puede estar aquí, seguro que se mete en las duchas para mirarnos y pajearse por las noches. Si se queda él, que vengan un par de tías, ¿no? ¡Así nos pajeamos todos! —escuchó decir a Alan, antes

de que el resto de los chicos se rieran y jalearan la idea.

—¡Chicos! ¡Basta! —escuchó que gritaba su educador.

—¡Os estáis pasando un huevo! —entendió que decía otro de los profesionales.

Saltó de la cama y abrió con violencia su lado del armario. Sacó una mochila grande en la que introdujo parte de su ropa y el resto de sus pertenencias, incluida la caja fuerte. Reculó al considerar que era un peso innecesario y vació el contenido de la caja dentro de la mochila. Al observar que su pelota se perdía entre la documentación y el dinero que había ahorrado, se hizo con ella y la observó durante unos instantes en los que fue consciente de que apenas se distinguía ya el dibujo de la hoja de arce con el que contaba en su origen.

—Dame suerte, por favor.

La besó y la guardó en un bolsillo más accesible de su mochila. Luego usó una silla para alcanzar un saco de dormir que había guardado en la parte más alta de su armario compartido. Lo ató a la mochila y se acercó a la ventana de la habitación.

Al ver la altura a la que se enfrentaba, su corazón latió con fuerza, pero el eco de los comentarios que sus compañeros de centro seguían lanzando sin compasión le dio la motivación necesaria. Con cuidado, pero decidido, descendió por la parte trasera.

En cuanto aterrizó en el suelo, se aseguró de que nadie lo observaba, respiró profundamente para tomar el máximo de oxígeno posible y se lanzó a correr más rápido que nunca. No paró hasta llegar a la estación de ferrocarril más cercana, donde compró un billete para el siguiente tren que tuviera programada una salida. Le daba igual el destino. Solo necesitaba sentir que estaba a salvo.

-3-

La huida del centro fue el inicio de una nueva etapa en la que optó por vivir en la calle y cambiar de ciudad siempre que su instinto se lo pidiera. Aunque no fue fácil, aprendió a alejarse de los problemas y de las personas que intentaban crearlos, y se esforzó en mantenerse sano y cuerdo usando los servicios de ayuda que algunas asociaciones le ofrecían y de las que incluso formó parte como voluntario en algunas etapas.

Cada lugar nuevo tenía su encanto, pero Sean sintió algo especial al llegar a Edmonton. Allí se refugió en sus parques y callejones, en los que conoció a gente muy diversa: cada uno con una historia distinta, pero, en muchos casos, más parecida de lo que ellos mismos imaginaban.

En medio de una potente ola de frío que parecía no tener fin, decidió emplear parte de sus ahorros para desplazarse hasta el

aeropuerto y descansar allí. Sabía que varias personas sin hogar habían hecho lo mismo y no habían regresado, por lo que, quizá, el personal de seguridad estaba haciendo la vista gorda.

Horas después de haber acampado allí, embutido en un saco de dormir y con su pelota entre las manos, los gritos de varios agentes de seguridad del aeropuerto lo despertaron y tuvo claro que había sido una mala idea. No les discutió y se dispuso a recoger sus pertenencias, pero, un innecesario empujón con el que pretendían que avanzara hizo que su pelota se le escurriera de las manos y rodase hasta los pies de un chico que se la devolvió con una sonrisa.

—Perdona, ¿nos conocemos? —le preguntó Josh cuando Sean ya se había alejado de él.

Extrañado, se giró para ver si le hablaban a él. Se miró a sí mismo y después a aquel chico que, por su cuidado aspecto y la seguridad que derrochaba, parecía sacado de un catálogo de moda.

—¡Lo dudo! Pero gracias. —Señaló la pelota.

Sean retomó su camino con una sonrisa incrédula.

—Que si nos conocemos, dice…

En cuanto las puertas automáticas de salida del aeropuerto se abrieron, Sean se sorprendió al notar que, pese a que el interminable frío con el que llevaba lidiando varias semanas seguía presente, por fin había salido el sol. Unos pocos metros después, en una posición perfectamente calculada, cerró los ojos para disfrutar de la calidez que aquellos rayos de sol regalaban a su piel.

Mientras su rostro se calentaba, apretó su querida pelota y se imaginó atravesando una zona boscosa que culminaba en un claro en el que las cataratas del Niágara se mostraban en todo su esplendor. Se aferró con fuerza a la barandilla que lo protegía de aquel portento de la naturaleza y sonrió maravillado por tener la oportunidad de ver algo así. Dos manos, una a cada lado, se apoyaron en su hombro antes de acariciarlo. Sus padres, con la edad y el aspecto que tendrían si no hubieran fallecido, sonrieron a su hijo, felices de cumplir el sueño de regresar a Canadá.

Una nube cubrió el sol que calentaba su rostro, por lo que volvió a abrir los ojos, empañados por aquella ensoñación. Miró al horizonte y pensó en el camino que debía tomar. Como no se decidía, se encogió de hombros y avanzó por el lado menos transitado de gente. No sabía a dónde lo llevaría, pero la experiencia le había demostrado que eso no importaba. Siempre encontraba la manera de seguir adelante.

Capítulo 45:
Deseo concedido

-1-

«Aquella mañana me desperté con la sensación de haber dormido genial. Sin duda, mejor de lo esperado. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que iba a afrontar ese día. Sí, descansé increíblemente bien, y no sería la última noche en que lo hiciese».

-2-

Ese día, Theressa amaneció con una sensación extraña. Algo no iba bien, pero no comprendía el qué. Como Vicky volvía a estar en casa, se pasó por su habitación. Aunque permanecía en la cama, estaba despierta y hablaba por teléfono. Le pidió que esperara, por lo que se tumbó a su lado. En cuanto colgó, una sonrisa y un gesto de asentimiento le dejaron claro que lo habían conseguido: Angela salía de la cárcel en unas horas.

A pocos kilómetros de allí, Josh, con las maletas hechas y situadas junto a la puerta, observó aquel apartamento en el que, al final, solo había residido unos días. Le dio pena, ya que había puesto muchas ilusiones en él, entre ellas, compartirlo con Sean, pero pensó que la vida tiene sus propios planes y, rara vez, coinciden con los que tenemos en mente.

En ese mismo instante, Sean charlaba animado con la pareja de ancianos a la que ayudaba desde hacía unas semanas. Ellos deseaban contarle mil y una anécdotas, y él, que no había conocido a ninguno de sus abuelos, los escuchaba atento y con una sonrisa.

Nita sonrió, enamorada, al observar en el jardín, desde la ventana de su cuarto, las herramientas de trabajo de Charlie, pero un insistente timbre la sacó de su estado de felicidad. Al ver que nadie contestaba, bajó y abrió ella.

—Buenos días. Tengo un paquete para Anita Holt —se presentó el cartero con una sonrisa prefabricada. Nita se sorprendió tanto del tamaño como de que fuera para ella—. ¿Es usted?

Ella asintió, pero el cartero notó algo en su expresión que lo hizo desconfiar. Nita, consciente del reparo, torció el gesto y cerró la puerta.

—¿Oiga? —gritó el cartero antes de insistir con el timbre. Cuando la puerta volvió a abrirse, el empleado se encontró con Nita, pero esta vez tenía su carnet de identidad en la mano—. Está bien.

Firme aquí —le pidió al comprobar que todo estaba correcto.

Nita tomó el boli y escribió su nombre con claridad. Después, lo emborronó hasta que aquel garabato le pareció digno de ser llamado firma. Finalmente, se hizo con el paquete y cerró la puerta sin despedirse.

No lo abrió hasta que llegó a su habitación. Tiró con energía del precinto, deseosa de conocer qué escondía, pero sus expectativas se fueron al traste al ver que se trataba de su telescopio. Junto a él, había una nota.

> Gracias, Nita. Me ha servido de mucho. Nos vemos pronto. :)

Buscó más información en la otra cara de la nota y en el resto del paquete, pero no había nada más. Estaba claro que el mensaje era de Laura, a quien se lo había regalado, pero, después de dejarlas tiradas, esperaba que, si recibía alguna noticia de ella, fuera algo más elaborado que una simple nota de agradecimiento. Furiosa por la actitud de su hermana, estampó el telescopio contra el suelo y no dejó de pisotearlo hasta que la rabia dejó paso al llanto.

—¡Nita! ¡Pero ¿qué haces?! ¡Tu telescopio! —la sorprendió Theressa, que no dudó en apartarla de él, preocupada por lo que habría tenido que ocurrir para que hiciera algo así.

Nita observó desde cierta distancia su telescopio destrozado. Aunque contuvo el llanto, el enfado seguía latente. Bajo la mirada inquisitiva de su hermana, señaló la nota que había dejado sobre la cama junto a la caja que contenía el telescopio. Theressa resopló al leer el mensaje de Laura.

—Sé que no lo parece, pero cada vez queda menos para que vuelva. Ya lo verás, cuando menos te lo esperes, la tenemos aquí otra vez.

Nita intentó convencerse, pero lo cierto era que el tiempo pasaba y no sabían nada de Laura. Theressa, pese a lo que había dicho, pensó exactamente lo mismo.

-3-

—Bienvenido a tu última sesión. Por lo menos, en Edmonton —le dijo el psicólogo a Josh una vez se acomodaron en las butacas del despacho.

Josh le correspondió con una sonrisa nerviosa. Le gustaba más ese espacio que el que habían compartido en el hospital, pero era un día importante para él y estaba inquieto.

—Si te parece, se me ha ocurrido hacer un repaso de tus últimos

meses. Quiero ver cómo te sientes al recordarlos y si te encuentras preparado para el paso que vas a dar. ¿Qué opinas? —lo invitó el profesional. Josh asintió y esperó a que el psicólogo hablara—. No, no. Lo harás tú. Empieza por donde quieras.

Josh suspiró y se tomó unos segundos. Lo primero que le vino a la cabeza fue su encuentro con Vicky en Brasil. Después, la llegada al aeropuerto de Edmonton, donde conoció a Sean y se reencontró con Mark; los tira y afloja con Sean y Vicky en los días anteriores a la boda, y todo lo que pasó en el club de campo. Los cuidados de Sean, la bronca con Vicky y su posterior reconciliación, y la visita de Nita y Theressa. Para terminar, la charla con Josie y la revelación de quién había sido la asesina de Mark lo llevaron hasta el momento en el que, esa misma mañana, había observado las maletas, que esperaban viajar hacia su nuevo destino.

—Si te parece, empezaré por el final —propuso Josh—. Podría hacerte un análisis detallado de lo que he vivido y demostrarte que lo he superado a la perfección, pero creo que me entenderás mejor si te cuento cómo termina la historia. —El psicólogo, intrigado, le hizo un gesto para que continuara—. Sé que tengo mucho trabajo por delante, pero, por una vez, siento que todo va a ir bien. Veo con claridad el final de una etapa y el principio de otra, y no me preguntes por qué, pero tengo la certeza de que no hay nada que pueda interferir. —El profesional asintió, le gustaba lo que estaba escuchando—. Aunque lo que me espera de aquí en adelante esté lleno de incertidumbre, nunca he tenido tantas ganas e ilusión. Joder, ¡me siento muy bien conmigo mismo! No sé…, ¿en paz?

El psicólogo, pensativo, decidió interpelarlo.

—Y en esa sensación de paz y seguridad en ti mismo, ¿cómo encajan tus relaciones con Sean y Vicky?

—Son dos amistades, cada una a su manera, pero ambas especiales.

—Los dos sabemos que eso no es del todo exacto. Has sentido algo por ambos, motivo por el que decidiste, de forma consciente o inconsciente, asentarte aquí en un principio y, aunque sé que hay más factores en juego, también han contribuido en la decisión de marcharte. Si uno de los dos hubiera apostado por ti, ¿estarías igual de seguro de lo que vas a hacer?

—El amor no puede ser tan complicado. Si no estamos juntos, es porque no tiene que ser. A veces nos empeñamos en encajar piezas cuyas formas han sido incompatibles desde el principio.

—¿Podría ser que hayas idealizado tus relaciones con Vicky y Sean? ¿Una idea de lo que te gustaría tener, pero que no has conseguido sacar adelante porque, en el fondo, no son lo que tú necesitas?

—Creo que eso nunca se sabe hasta que se intenta, pero lo que sí tengo claro es que he sido lo más honesto que he podido tanto conmigo como con ellos. No dudé en decirles lo que sentía y, ante las negativas, me convencí de que el problema era yo, pero cada vez tengo más dudas sobre eso. Quizá no sea lo que ellos necesitan, pero tampoco descarto que no sea el momento o no tengan la suficiente claridad para verlo y apostar por mí. No quiero echar balones fuera, pero tampoco sería justo conmigo si no reconociera que, ante todo, he puesto de mi parte y lo he intentado. Tengo la conciencia tranquila.

—Entonces, ¿por qué no les has dicho que te marchas? ¿Qué temes?

Josh sonrió, pues sabía que el psicólogo lo tenía claro y que lo que buscaba era que él mismo se escuchara decirlo.

—Vas a aprovechar bien la última sesión, ¿eh? —El profesional sonrió y se encogió de hombros—. Temo a esa parte de mí que todavía sería capaz de quedarse si alguno de los dos me lo pidiera.

—¿Tienes claro que necesitas terminar tu etapa aquí? —Josh asintió, convencido—. Pues entonces no tienes nada que temer.

—Aun así, creo que me sentiría más seguro hablando con ellos una vez esté en Vancouver, con la mudanza hecha y con el nuevo trabajo en marcha.

—Si es lo que necesitas, adelante. Pero creo que eres capaz de hacerlo sin necesidad de poner distancia.

—He pensado en llamarlos o mandarles un mensaje, pero me parecía un poco cutre —reconoció con una sonrisa nerviosa—. ¿Crees que es buena idea?

—Si así lo sientes, estará bien. Confía en tu instinto. Has hecho una progresión enorme y no tengo ninguna duda de que te espera un futuro maravilloso. —Josh respiró hondo—. Si sigues enfocado en ti y en lo que de verdad necesitas, serás imparable. Ese Josh que se desmoronaba cuando llegaba el momento de profundizar o comprometerse está quedando atrás poco a poco y dejando paso a tu verdadera esencia. Te prometo que, si eres fiel a ti mismo, no tardarás mucho en reconocerla.

El discurso del psicólogo emocionó a Josh de un modo inesperado. No tenía claro si formaba parte de esa esencia de la que él le hablaba, pero sentía que algo cambiaba en su interior.

Un rato más tarde, ya fuera de la consulta, decidió pasear por las calles de Edmonton aprovechando que todavía quedaban varias horas para subirse al autobús que lo llevaría al aeropuerto. Como hiciera en sus primeros días allí, aunque esta vez con su teléfono móvil, fotografió distintas partes de la ciudad y descubrió detalles que le habían pasado desapercibidos. Cuando se sintió satisfecho, se sentó en un banco vacío que encontró en la plaza del Árbol.

Mientras disfrutaba de un café para llevar que había pedido en Café y Libros, desbloqueó su móvil y escribió varios mensajes. En cuanto les dio el visto bueno, los envió a dos de sus contactos, puso el dispositivo en modo avión y respiró tranquilo. Tras terminarse el café, caminó en dirección al apartamento por última vez. En cuanto recogiera sus maletas y dejara las llaves en el buzón, ya no habría nada que lo atara a aquella ciudad.

-4-

Sobre un fondo espacial, una media cubrió el pie de un ser con apariencia de mujer que se vestía en el interior de una nave, al mismo tiempo que hablaba con su compañero del lugar al que viajaban a toda velocidad. Se trataba del inicio de *Mi novia es una extraterrestre*, una película que, tal y como Nita había imaginado, se encontraba entre el montón de regalos de cumpleaños. No dudó en proponer que la vieran las tres juntas en su ordenador portátil, tiradas en la cama.

Aunque, en ocasiones, su vista se desviaba de la película hacia los restos del telescopio destrozado que aún permanecían en el suelo de su habitación, estaba feliz de compartir aquel momento con Vicky y Theressa. Pero, por desgracia, ellas siempre tenían algo entre manos. Lo supo cuando aquella nave espacial, que se hacía cada vez más grande y parecía a punto de salirse de la pantalla, se quedó congelada sin motivo aparente.

—Lo siento, chicas, pero me tengo que marchar —les contó Theressa—. Bueno, salvo que quieras ir tú —le propuso a Vicky—. Todo es mérito tuyo, me siento como si me estuviera aprovechando.

—Por mí no te preocupes. No se lo espera, así que va a ser una sorpresa muy chula. Está deseando verte.

Theressa asintió convencida, besó la cabeza de Nita y salió de la cama de un salto.

—¡Nos vemos en un rato! —les dijo antes de salir de la habitación.

Nita no tenía ni idea de a qué se referían, pero aquella película le intrigaba mucho y no dudó en retomar su visionado. La nave continuó navegando entre estrellas y planetas, mientras sus tripulantes hablaban de la velocidad a la que viajaban o de si Saturno era un lugar que podían visitar a la vuelta, pero ella no escuchó lo que decían. Esas imágenes espaciales habían desatado una explosión de ideas. Emocionada, agarró su portátil y salió de la cama de forma aparatosa y, sobre todo, molesta para Vicky.

—¡¿Qué haces?! ¿Ya te has aburrido de la película? ¡Si lo bueno empieza ahora!

Nita la ignoró y se centró en buscar algo en su ordenador. Su

hermana, resignada, se hizo con su teléfono para entretenerse un rato. Entre otras notificaciones, tenía varios mensajes de Josh.

> Hola, Vicky. Sé que habrías agradecido que te lo contara en persona, pero me han ofrecido un trabajo muy interesante en Vancouver y he decidido aceptarlo. Me marcho hoy mismo.

Vicky lo recibió como un puñetazo en el estómago. ¿Estaba intentando abrirse a él de nuevo y, de pronto, se largaba?

> Una vez instalado allí, espero que vengas a verme. No te enfades. No me gustan las despedidas. Un beso.

—¡Joder! ¡¿En serio?! ¡Pero ¿de qué va?! —gritó para sí, llamando la atención de Nita—. ¡Mierda! —volvió a gritar al tratar de llamarlo y escuchar que el móvil no se encontraba disponible.

Tras pensarlo unos segundos, lo tuvo claro.

—Tengo que salir a hacer una cosa urgente. ¿Quieres venir conmigo o prefieres quedarte en casa? —le propuso a su hermana.

Nita dudó. Saber cómo se construían las naves espaciales le interesaba mucho, pero Vicky parecía molesta. ¿Tal vez su hermana necesitara su ayuda?

—Josh dice que se marcha de Edmonton —le contó Vicky mientras se ponía el par de zapatos que se había quitado antes de tumbarse en la cama—. ¡Estoy harta de que todo el mundo nos abandone! ¿Me ayudas a detenerlo? —le pidió esta vez, directamente.

Nita echó un vistazo a los restos de su telescopio y se dio cuenta de que Vicky tenía razón. Se calzó unas zapatillas y cubrió su pijama con el primer abrigo que encontró. Laura se había largado sin decirles nada, pero con Josh aún estaban a tiempo.

-5-

Sean entró apresurado en la cocina de la casa de los ancianos. Deseaba deshacerse de aquellas bolsas repletas de alimentos que pesaban tanto que sus dedos apenas podían soportarlo más.

—¡Ya estoy aquí! ¡He aprovechado todos los vales descuento! —les comunicó en cuanto se deshizo de ellas—. ¡Voy a ver si preparo la comida! ¡¿De acuerdo?! —gritó, esperando una respuesta que no llegó —. Un poco de sordera, dicen… —se quejó para sí.

En cuanto se dispuso a vaciar las bolsas, una vibración en su pantalón lo sorprendió. Se trataba de una llamada de los abuelos.

—Hola. Pensaba que estaban en casa —contestó al mismo

tiempo que salía de la cocina para confirmarlo—. ¿Todo va bien? ¡¿Que si todo va bien?! —repitió al ver que no le escuchaban con claridad.

Sean subió el volumen de su teléfono para intentar entender lo que le decían, pero un grito hizo que se lo apartara de la oreja.

—¡Vale! ¡Pues les dejo la cena hecha, entonces! ¡Luego saldré a…! ¡Que digo que…! ¡Vale! ¡Sí! ¡Hasta la noche!

Nada más colgar, se dio cuenta de que también le había llegado un mensaje de Josh.

> Hola, Sean. En un rato me marcho a Vancouver. Si algún día te pasas por allí y te apetece que nos veamos, llámame. Un abrazo.

Sean se dejó caer en una de las sillas de la cocina, pues su corazón palpitaba descontrolado. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué sentía aquel repentino malestar?

Unas respiraciones profundas lo ayudaron a bajar algo las pulsaciones, pero no consiguió volver a su estado anterior. Recuperó el teléfono y releyó el mensaje. Después, revisó la galería de imágenes: necesitaba ver a Josh.

Entre las fotos, encontró varios paisajes que había fotografiado desde aquella casa y a los propios ancianos a los que cuidaba. Luego capturas de pantalla de algunas páginas en las que había encontrado datos de interés y, finalmente, entre las primeras, las que Josh le había enviado tras regalarle el teléfono.

Sonrió con nostalgia al ver a Josh haciendo el tonto o en alguna pose con la que pretendía hacerse el interesante, pero hubo una que le impactó más que el resto: era un selfi de ellos dos en el que Josh estaba vestido con la camiseta de fútbol de cuando era un chaval. Sean amplió el *zoom* al darse cuenta de un detalle que le había pasado inadvertido hasta ese instante y que, de pronto, parecía hablarle a gritos para que le hiciera caso. Para confirmar si estaba en lo cierto, su mente viajó unas semanas atrás en el tiempo.

—¿Cómo sabías que me hospedaba aquí? —quiso saber Josh al recibir una inesperada visita de Sean en su hotel.

—Coincidí contigo una tercera vez, pero no me viste. Observándote, me di cuenta de que tenías razón. La del aeropuerto no era la primera vez que nos veíamos. Así que te seguí hasta aquí con intención de hablarlo —reconoció Sean—. Luego me arrepentí y me largué, pero hoy he soñado contigo y me he empezado a rayar.

—¿Y sabes de qué nos conocemos? Porque yo sigo sin tener ni idea.

Sean negó con la cabeza.

—He pensado que, quizá, si hablamos, podríamos descubrirlo.

Sean regresó del recuerdo y llamó a Josh para contarle que por fin había resuelto la incógnita, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Sin pensarlo, buscó entre las bolsas de la compra e introdujo en el frigorífico las carnes y los congelados lo más rápido que pudo. Luego dejó lo que quedaba por guardar sobre la mesa para que los ancianos no tropezaran en caso de que regresaran antes que él. Se hizo con las llaves y salió de la casa como una bala.

Corrió tanto como el día en que huyó de la policía tras dejar malherido a su padre de acogida. Con tantas ganas como cuando sus compañeros del centro le tendieron la trampa para confirmar que era homosexual. Con el mismo ímpetu con el que, minutos más tarde, se escapó de aquel lugar para siempre.

Con el corazón a mil, esta vez por el esfuerzo físico, Sean regresó al pasado, a aquel día en el que se vio obligado a participar en un partido de *soccer*. En medio de una trifulca, un chico con el que seguiría fantaseando días después corrió para mediar entre ellos.

—¡Pero ¿eres idiota?! ¿Qué cojones haces? —le gritó a su compañero.

—¿No has visto que ha venido por detrás y me ha tirado? —le recriminó él.

—Joder, tío, porque te lo has llevado por delante primero.

Su compañero resopló, harto de la reprimenda, y se alejó de ellos.

—¿Estás bien? A veces se le va la olla, pero no es un mal tío —le contó aquel amable chico a Sean, que aún permanecía en el suelo comprobando el efecto de los golpes en su cuerpo—. Lo siento.

Sean le quitó importancia con un gesto y el chico le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse. Él la tomó, pero, a medida que se incorporaba, una sensación que desconocía creció en su interior.

Aquel recuerdo se fundió con uno más reciente, esta vez del aeropuerto de Edmonton, en el que Josh le devolvía su pelota. Después, volvió a visualizar la camiseta que este vestía en la foto que acababa de ver en el teléfono.

Sean no dejó de correr, pero esa vez no huía de nada ni de nadie. Sabía perfectamente de qué conocía a Josh y necesitaba que él también lo supiera antes de que se marchara a Vancouver.

-6-

Aunque llamaron una y otra vez al timbre del apartamento de Josh, no obtuvieron respuesta: estaba claro que habían llegado tarde.

Nita miró apenada a Vicky, que suspiró de frustración antes de

que su rostro se iluminara al notar que su móvil vibraba. Se decepcionó al ver que era Theressa.

—Hola, guapa. ¿Ya estás allí? ¿Todo correcto? —preguntó mientras Nita se desquitaba con el timbre: que no fuera por no llamar lo suficiente.

Vicky se apartó para alejarse del ruido. Al ver que varios vecinos se asomaban a las ventanas para ver quién era tan insistente, le hizo un gesto a su hermana para que parara y otro a los residentes, en señal de disculpa.

—¿Has oído el audio que te he enviado? Pues sí. Así, sin más —le explicó a Theressa—. No sé, yo creía que, con el tiempo, pues… Nada, que la he cagado. No le he dicho lo que debía —se lamentó—. Pues que… que me gustaría intentarlo y que…

Vicky detuvo su discurso al percatarse de que alguien más se había unido a aquel encuentro.

—There, te dejo. Sean está aquí y tengo que hablar con él. Sí, luego te llamo.

Sean flexionó las rodillas y apoyó las palmas sobre ellas para recuperar el aliento. Después, levantó una de las manos para saludarlas. Nita le sonrió, para ella siempre sería su rescatador de medianoche.

—Supongo que estamos aquí por lo mismo —le dijo Vicky.

—¿Tú también has recibido un mensaje? —quiso confirmar él, ya más recuperado.

—Sí, y parece que ya se ha marchado.

Sean suspiró.

—Supongo que lo tenía planeado. Probablemente nos los haya enviado ya desde Vancouver. Es lo que yo habría hecho.

Vicky pensó que podía tener razón, pero un vecino que salía del edificio los hizo cambiar de idea.

—¿Sois los que no dejáis de tocar el timbre?

Sean y Nita miraron a Vicky.

—Siento mucho si lo hemos molestado, intentábamos encontrar a un amigo —señaló ella.

—Insistentes habéis sido, eso, sin duda. Si buscáis al chico del tiroteo, ha salido de aquí, con un par de maletas, poco antes de que vinierais. Espero que no seáis de la mafia, me sentiría muy mal si lo siguiente que supiera de él es que ha aparecido tirado en algún callejón —bromeó provocando una sonrisa incómoda en Sean y Vicky y un gesto confuso en Nita.

—¡Muchas gracias! —se ilusionó la periodista, que no dudó en sacar su móvil para consultar algo.

—De nada, pero será mejor que os marchéis. Esta comunidad no es muy amiga de los merodeadores y la policía no suele tardar mucho.

—Sí, sí, claro —se excusó Sean, que animó a las chicas a caminar.

—El próximo autobús al aeropuerto es en treinta minutos —les contó Vicky, emocionada—. El tráfico en esta ciudad es imprevisible, pero tenemos que intentarlo.

Nita asintió muy convencida: estaba dispuesta a todo. Vicky dudó en proponerlo, pero al final se lanzó.

—¿Te apuntas? Tengo el coche aparcado ahí —le ofreció a Sean, señalando su vehículo. Él negó con la cabeza.

—¡Sean! ¡No podemos dejar que se vaya así! ¡Aunque no se marche a la otra punta del mundo, ya sabes lo que pasa con estas cosas! ¡Una vez se haya ido, ya no volverá!

Nita se disgustó al oír esas palabras en boca de su hermana. ¿Era eso lo que pasaría con Laura?

—Me he matado a correr para llegar a tiempo y hablar con él, no creas que me da igual que se marche, pero, si ha preferido despedirse así, será porque lo necesita. Creo que tenemos que respetarlo.

A Vicky le pareció una actitud muy cobarde.

—¿De verdad? ¿Después de todo lo que habéis compartido? ¡Joder, Sean! ¿No te das cuenta de que te lo estoy poniendo en bandeja? ¡No eres el único que siente algo por él! —Sean se sorprendió de que dijera eso. Nita sonrió: por fin había un chico que parecía interesarle de verdad a su hermana mayor—. Que decida él, pero por lo menos habrá que intentarlo, ¿no?

—Él ha optado por pasar página. Yo haré lo mismo.

—Como quieras, Sean. No voy a perder el tiempo intentando convencerte de algo que deberías tener claro. Cuídate.

—Igualmente —le contestó él, algo molesto.

—¡Vamos Nita! —Vicky señaló al coche—. ¡Puede que todavía lleguemos a tiempo!

Nita se planteó tirar de Sean, pero pensó en lo que podía sentir Vicky por Josh y le dijo adiós con la mano. No paró de correr hasta llegar al vehículo.

-7-

Al verla entrar, Richard se refugió en una de las esquinas de la celda.

—No temas, solo vengo a hacerte una visita —anunció Violet con una sonrisa, feliz de que su presencia lo aterrorizara así—. Como han pasado dos meses desde que llegaste, venía a comprobar si ya te has hecho a tu nuevo hogar o si sigues resistiéndote a la idea de que esto es lo que te mereces.

Richard evitó mirarla y decidió que no diría nada salvo que lo

obligaran. Violet se fijó en el dibujo de la pared en el que aparecía el nombre de Nita dentro de un corazón.

—¡Bueno, bueno! ¡Pero si has empezado a decorar las paredes! —Se acercó a esa parte de la celda. Richard se desplazó hasta otra esquina de la habitación—. A muchos seguro que les parecería tétrico o desagradable, pero creo que es una obra de arte muy comprometida. —Pasó uno de sus dedos por los restos de sangre que conformaban el dibujo—. Enhorabuena, me has vuelto a sorprender.

Richard insistió en ignorarla.

—En fin. No quiero robarte mucho de tu tiempo, pero sé que le has estado dando vueltas y quería decirte que no es que me haya olvidado de lo que te prometí, aunque reconozco que he incumplido mi palabra. Te dije que nos volveríamos a ver en cuanto me deshiciera de una de tus chicas y debo confesarte que todas siguen vivitas y coleando. —Él sí que la miró esta vez—. Al final, he pensado que sería más divertido pasarme por aquí unas pocas horas antes de que eso ocurra.

Richard se vino abajo. No solo no se había olvidado de aquello, sino que había estado pensando en cómo retorcerlo para hacerle más daño.

—Hoy es el principio del fin para tu familia —le aclaró ella con una frialdad que lo estremeció—. Ya he decidido quién de las cinco merece ser la primera en caer, y seré yo misma quien se encargue de ello.

Richard se puso de rodillas y juntó sus manos en señal de súplica.

—¡Violet, por favor! ¡No lo hagas!

—Ya hablamos de eso. Es inevitable. ¿Por qué te resistes tanto?

Richard se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar. Recogido sobre sí, apretó los puños llenos de rabia y miró de reojo a su cama. Si conseguía tumbarla sobre ella, quizá tendría una oportunidad de asfixiarla. Violet le mostró una pistola que ocultaba en la parte trasera de su pantalón.

—Eres tan previsible y patético… Cada día me recuerdas más a mamá. —Él se sorprendió de aquella mención. No habían sido pocas las veces que se había preguntado qué habría sido de Mary—. Sí, sigue viva. Bueno, es una manera de decirlo.

Richard temió que estuviera sufriendo la misma condena que él, pero no sintió lástima por ella: lo que estaba ocurriendo era por su culpa.

—Me marcho. Hoy tengo un día repleto de asuntos que resolver y luego salgo de viaje. ¡No sabes qué ganas tengo! —Richard, frustrado, volvió a ignorarla—. Ah, una última cosa. Esta noche recibirás una foto en la que descubrirás quién ha sido la primera en

caer. ¡Qué emocionante, ¿no?! Angela, Vicky, Laura, Theressa o Nita —enumeró con los dedos de una mano—. Ve pensándolo. Tienes un veinte por ciento de probabilidad de acertar.

-8-

Sentada en la butaca de una sobria habitación situada en una residencia de ancianos, Mary, visiblemente desmejorada y bajo una identidad distinta, hojeó con cariño un álbum de fotos con imágenes de su vida. Las primeras reflejaban su infancia y su adolescencia. Las siguientes, una época más adulta: ella con sus padres, su noviazgo con Richard, Violet recién nacida y algo más mayor…

Mary continuó hasta llegar a una nueva etapa en la que aparecía con un niño pequeño en brazos. Sonrió al recordar aquel momento, pero después cerró el álbum, enfadada.

Su enojo se transformó en sorpresa al verlo sobre sus piernas. Como si hiciera tiempo que no lo veía, volvió a recorrer sus páginas con la misma expresión de gozo de hacía un rato y terminó de la misma manera: cerrándolo de golpe. Y así una y otra vez.

—Margaret, es la hora de la ducha —le recordó la enfermera en cuanto entró en su cuarto. Mary no le hizo caso y siguió pasando páginas del álbum. La profesional, harta de que siempre le hiciera lo mismo, se lo quitó y lo guardó, lo que provocó que lloriquease—. Primero la ducha, luego te lo devuelvo. —Ella se negó a levantarse, por lo que la enfermera decidió usar otra táctica—. ¿No me dijo que su hija iba a venir a verla esta tarde? ¿Quiere que la vea así?

Mary reaccionó.

—Es verdad, mi hija viene esta tarde. Quiero que me vea guapa.

La enfermera asintió, desganada y, en cuanto ella se lo permitió, la acompañó hasta el baño y abrió el grifo de la ducha.

—Ahora el otro pie. Ya está. Venga, vaya frotándose un poquito, enseguida vengo a ayudarla —le indicó al observar que el gel de baño estaba vacío. En cuanto salió de la habitación, se encontró con otra compañera en el pasillo.

—¿Sigue con el álbum? —le preguntó ella.

—Sí, y convencida de que su hija vendrá a verla. Por lo menos, con eso la engaño un poco. Voy a por más jabón, no sé qué hace, pero se le ha acabado otra vez.

Su compañera asintió, pero después frunció el ceño.

—¿Tiene una hija? Creo que no la conozco.

—Sí, una hija y un hijo, pero nunca han venido a verla. Lleva encerrada en ese bucle desde que llegó. Me parece aterrador —le dijo antes de dirigirse al almacén.

En el cuarto, Mary salió de la ducha y caminó desnuda y

desorientada por la estancia.

—¡No tengo jabón, no tengo jabón! —se quejó empapando el suelo.

A varias horas de distancia, en un despacho situado en la planta más discreta de la organización, Violet fue testigo de esa escena a través de una app de su teléfono móvil. Las enfermeras lo desconocían, pero, a través de una cámara oculta en uno de los cuadros de la habitación, podía observar a su madre siempre que quisiera. Le gustaba ser testigo de cómo se iba degradando.

Aunque había considerado hacerle lo mismo que a Richard, el principio de alzhéimer que su madre desarrolló algún tiempo después de que ella la abandonara se lo puso fácil. Si Mary quería condenarse a vivir así, lo menos que podía hacer era alargar aquella agonía lo máximo posible.

-9-

Aunque el intenso tráfico de aquel día las hizo dudar de que fueran a conseguirlo, Nita y Vicky llegaron a tiempo a la estación de autobuses. Tras comprobar el número de andén, no tardaron en encontrar a Josh, pensativo. Sin embargo, y para sorpresa de ambas, Sean apareció y detuvo de golpe su carrera al localizar a su amigo entre los pasajeros.

Vicky se detuvo y los observó desde la distancia. Nita tiró de ella, pero su hermana negó con la cabeza y la invitó a quedarse junto a ella. Quería ver qué ocurría entre ellos antes de actuar.

—¡¿Sean?! ¿Qué haces aquí? —le preguntó Josh en cuanto lo vio.

—No te vayas —dijo, con la respiración entrecortada y a pesar de haberse tomado unos segundos para recuperar el aliento. Josh se extrañó. ¿A qué venía eso?—. Tenías razón, nos conocíamos de antes. Y también conocía a Mark. Creo que ya no estaba en el piso de acogida contigo, pero jugabais en el mismo equipo de *soccer*.

Josh intentó recordarlo.

—Lo he sabido al volver a ver la foto en la que sales con la camiseta de aquel equipo. Nos enfrentamos en un partido —le aclaró Sean, que hasta ese día nunca habría pensado que alguien como Josh podía haber vivido en un centro de menores. Daba por hecho que, si se conocían, debía ser de algo más reciente, y no habían hablado apenas sobre sus infancias.

—¿Fue cuando expulsaron a Mark? Espera, tú eras el otro sancionado, ¿no? —Sean asintió, feliz—. ¡Sabía que te conocía! ¡Pero no te imaginaba jugando a *soccer*! ¡No sé por qué!

—Es de los pocos partidos que jugué. No ibas desencaminado.

Ambos rieron hasta que los interrumpió el aviso de que el autobús partía.

—Ha sido genial como despedida, Sean. Y ya sabes que puedes venir a verme siempre que quieras, pero me toca subir al bus.

—¿No hay ninguna posibilidad de que te quedes?

—¿Quedarme? ¿Para qué?

Sean no supo qué decirle, pero un sentimiento más fuerte que él mismo lo obligó a reaccionar. Acercó su rostro al de Josh y lo besó en los labios.

—¡Pero ¿qué haces?! —se molestó Josh, apartándolo. Sean se sorprendió; no esperaba esa reacción—. ¡¿Ahora?! ¡¿Después de todas las veces que he intentado conectar contigo?! ¡¿Ahora que me voy te entran las ganas?!

—Lo siento mucho, Josh. No sé qué es lo que siento por ti, pero sí sé que me siento genial cuando estoy contigo.

Josh suspiró.

—Me encanta oírte decir eso, pero no pienso cambiar mis planes. —Sean asintió, resignado: lo tenía merecido—. Pero si es cierto lo que dices…, vente conmigo.

—¿A Vancouver?

—Sí. Te compro un billete y te vienes.

—¿Ahora, dices? ¡Es imposible! Acabo de encontrar un trabajo y…

—Todo es posible si uno quiere —insistió Josh—. ¿Podemos comprar el billete en el autobús? —preguntó al conductor, que negó con la cabeza, hastiado por la demora.

—Se compran en ventanilla o en las máquinas —le indicó—, pero yo tengo que salir ya, así que o mueves el culo o me marcho.

Sean seguía sin tenerlo claro.

—¿Es por los ancianos? —preguntó Josh—. Podemos solucionarlo de camino a Vancouver. Buscamos a alguien que pueda sustituirte y les pedimos con amabilidad que te manden tus cosas. Seguro que no ponen ningún problema. Es ahora o nunca, Sean. ¿Te vienes o no?

Como su mente no le daba una respuesta clara, Sean hizo caso a su corazón.

—¡De acuerdo! ¡Joder! ¡Me marcho contigo! —gritó.

A Josh se le iluminó el rostro: ¡no se lo podía creer! Le dio su billete a Sean, rogó al conductor que esperara a que adquiriera el suyo y corrió a una de las máquinas al ver que en la ventanilla había cola.

—Por fin te vas a permitir ser feliz —sorprendió una voz a Sean.

—¡Vicky! ¡Nita! —exclamó al verlas.

—No sé cómo has sido capaz de llegar antes que nosotras, pero

me alegro. Hacía tiempo que no veía a Josh tan feliz. Y no es que te conozca mucho, pero la ilusión que desprendes es digna de recordar. Me alegro mucho por los dos.

En cuanto logró el asiento extra, Josh regresó.

—Vicky… —verbalizó, algo desconcertado.

Ella le sonrió y le dio un abrazo.

—Venga, que el conductor se marcha sin vosotros. Espero que seáis muy muy felices. —Josh la miró, sorprendido. Sean no podía haberle contado lo ocurrido tan rápido—. Aunque en estos momentos no ejerza, sigo siendo periodista de vocación y no se me escapa nada, Josh. Parece mentira… —Los empujó hacia la puerta del autobús con una sonrisa.

Josh le correspondió y avanzó junto a Sean, pero, mientras el conductor verificaba los billetes, regresó a darle un intenso abrazo a Vicky. Luego estrechó la mano de Nita, como aquella primera vez en la que se conocieron.

Ya en el autobús, los chicos se despidieron agitando las manos desde el ventanal trasero del vehículo. Una vez se alejaron de la estación, no pudieron contenerse y se fundieron en un cálido abrazo y un cariñoso beso.

Vicky observó, con los ojos vidriosos, partir al autobús en el que se marchaba una de las pocas personas por las que se había permitido sentir algo más que deseo o amistad. Nita la agarró de la mano poco antes de que soltara una lágrima. Precedida por un pequeño mareo, Vicky se vio sorprendida por una visión.

Josh y Sean llegaban a Vancouver y se instalaban en una pequeña pero acogedora casa en la que disfrutaban de una convivencia repleta de bromas y gestos de amor. A continuación, observó a Josh en el exterior de lo que parecía una residencia de ancianos. Revisaba una nueva guía de viajes con su nombre en ella, mientras esperaba a que Sean saliera del trabajo. No tardó en verlo, uniformado y con una gran sonrisa.

Lo siguiente que se le mostró fue a ambos entrando en una sala decorada con motivos infantiles. Allí, una simpática mujer les presentaba a una niña que ambos saludaban con ilusión. Envejecían en una casa nueva y más grande que la anterior, en la que convivían con otros dos hijos. Josh, muy mayor, sonreía a un anciano Sean, que le daba un último beso antes de tumbarse junto a él y cerrar los ojos plácidamente.

Vicky salió de aquella ensoñación al notar que Nita tiraba de su chaqueta con insistencia. No había dejado de llorar y su hermana pequeña la miraba con preocupación.

—Tranquila, estoy bien. Es de felicidad. Sé que les irá bien.

De camino a la salida de la estación, Vicky revisó el móvil. Tenía un par de mensajes.

> **Theressa:**
> ¡Ya estamos en casa! Mamá está deseando veros.
> ¡Ah! Y he conseguido hablar con ella, pero no sé si vendrá. Espero que, si se anima, mamá esté por la labor.

-10-

Enver continuó acudiendo a las reuniones de la organización por miedo a que Cuatro, o la mismísima Uno, tomaran represalias contra Theressa, pero su mente cada vez estaba más centrada en encontrar la forma de escapar que en cumplir con su misión.

Cinco días antes, de camino al circo, recibió una llamada en la que le dieron la orden de ejecutar la siguiente parte del plan. Le daban una semana y, en caso de que no cumpliera o se fuera de la lengua, no solo Theressa pagaría las consecuencias. Sus padres, a los que la organización no tuvo demasiado problema en localizar, verían arder el pequeño negocio con el que apenas conseguían subsistir a pesar del dinero que su hijo les enviaba de vez en cuando.

Enver se limitó a escuchar lo que tenían que decirle, pero, en cuanto terminó la fiesta de Nita y se despidió de Theressa, en lugar de regresar a casa, se subió en su moto y viajó a la velocidad del rayo hasta la organización. Allí sacó una bolsita transparente de uno de los bolsillos de su chaqueta y aspiró con rapidez un par de rayas. Su objetivo era hablar con Uno a toda costa y, para ello, necesitaba algo que calmara sus nervios y le diera cierto empuje.

—Se ha marchado hace rato —señaló Cuatro desde la sala de armas, al verlo en las instalaciones.

Enver se sorprendió de que hubiera adivinado sus intenciones con tanta facilidad.

—Te dije que te vigilaríamos y, teniendo en cuenta cómo mirabas a tu chica esta noche, no parecías muy dispuesto a dejarla tirada; por lo que este impulso solo podía ser por todo lo contrario —le dijo con mucha calma y sin dejar de revisar parte de la munición que había dejado sobre una mesa en la que también se encontraban su teléfono móvil y un juego de llaves.

—Pues esperaré aquí hasta que regrese. Necesito hablar con ella. —Enver confiaba en que su determinación fuera suficiente para lograrlo. Cuatro soltó una risa contenida y le dio la espalda para ordenar según el calibre varias cajas repletas de balas. Enver, aprovechando que no lo miraba, se fijó en todo lo que había allí.

—Si te llevas cualquier cosa, por pequeña que sea, me daré cuenta, así que más te vale no hacer tonterías —le advirtió Cuatro mientras lo invitaba a salir de la sala—. Vamos, lárgate a casa y prepara las maletas. No te queda otra, no sé por qué eres tan cabezón. —Bostezó y buscó algo en sus bolsillos—. No me habrás quitado las putas llaves, ¿no?

Enver negó con la cabeza y levantó los brazos en señal de rendición.

—Regístrame si quieres, pero, como tú has dicho, si las hubiera pillado, me habrías visto.

Cuatro torció el gesto y entró de nuevo en el almacén dispuesto a buscar las llaves. Enver empujó la puerta y lo encerró desde afuera.

—¡No eres tan listo como te crees! —Agitó las llaves para que pudiera oírlas con claridad.

En los siguientes minutos, Enver exploró las zonas de la organización que desconocía. Entró en las salas que estaban abiertas y husmeó cada recoveco que encontraba a su paso. A medida que recorría las instalaciones, se dio cuenta de que Uno disponía de más recursos de los que él imaginaba. Sin embargo, aquellos pensamientos apenas tenían importancia. Lo que él necesitaba era encontrarla.

—¿Cómo demonios has accedido a esta zona? —le sorprendió la voz de Violet.

Al verse frente a ella, una sensación de ahogo se adueñó de su garganta, pero, gracias al amor que sentía por Theressa, encontró la valentía necesaria para seguir adelante.

—Que… quería hablar con usted —dijo algo inseguro—. Y tiene que ser ahora —añadió con la mayor contundencia que pudo.

Violet sonrió ante aquel arranque de seguridad y guardó silencio unos segundos. Enver temió que sacase un arma y acabara con él.

—Bueno, si tan urgente es, hablemos —contestó, juguetona. Lo invitó a pasar al despacho del que acababa de salir.

Enver seguía pensando que lo más probable es que se lo quitara de en medio en cuanto entraran en aquella habitación, pero, si tenía la más mínima oportunidad de explicarse, valía la pena intentarlo.

-11-

Tras despedirse de Josh y Sean, Vicky y Nita regresaron a casa. En cuanto aparcaron, la pequeña salió del coche y corrió hacia la entrada, pero, al abrir la verja, se detuvo al ver que Theressa llegaba acompañada de alguien que no esperaba ver ese día: Angela.

Mientras lo asimilaba, pensó en que sus hermanas no habrían dicho nada con el fin de darle una sorpresa. Aunque seguro que también sentían cierto temor a que no reaccionara bien, pues la

relación con su madre era un tanto compleja.

Todas se sorprendieron al verla correr y abrazarse a Angela, que ni de lejos esperaba un recibimiento así. Vicky la saludó después, aunque, esta vez, el gesto cariñoso fue a la inversa, pues fue su madre quien la abrazó.

—¿Os han acompañado hasta aquí? —quiso saber Vicky al ver una patrulla de la policía.

—Sí, harán rondas aleatorias de vez en cuando. Sé que ha sido cosa tuya —señaló Ángela.

—Han intentado incriminarte, cualquier precaución no está de más.

—No creo que sigan empecinados conmigo, ya me dirás tú qué importancia puede tener una señora como yo.

Vicky se rio.

—Pues la misma que cualquier otra persona. Si estás en peligro, tienen que protegerte.

Angela asintió, no quería discutir con ella el primer día de su salida de la cárcel.

—Muchas gracias por todo, Vicky. De verdad —le dijo, emocionada.

—No ha sido para tanto. Y no te pongas sentimental, ¡que no te pega nada! —le respondió, conteniendo su propia emoción.

Angela y Nita entraron en la casa. Aún en el jardín, Vicky se percató de que Theressa estaba preocupada.

—¿Estás bien?

La escritora negó con la cabeza y revisó su teléfono para confirmar lo que ya sabía.

—Es Enver. No contesta a los mensajes y, si lo llamo, me sale apagado o fuera de cobertura.

—Pero ¿desde cuándo no habláis?

—Desde ayer por la noche.

Vicky le quitó importancia y sonrió.

—Estará trabajando o se habrá quedado sin batería. Ya te llamará.

—La semana pasada me dijo que hoy libraba, pero, ayer, de pronto, me escribió para decirme que le había surgido una cosa. No me explicó de qué se trataba. Lleva semanas raro y no hemos quedado desde el cumpleaños. No sé, Vicky… Es que, además, desde esta mañana, tengo un mal presentimiento. —Su hermana se preocupó—. He pensado de todo: que no iban a dejar salir a mamá, que nos iba a pasar algo de camino a casa, en vosotras, en Laura… Pero ¿y si tiene que ver con Enver? —se preguntó—. Mira, me voy a acercar a su casa. Igual está enfermo y no me quiere decir nada para no preocuparme.

—¿No crees que te estás pasando un poco? Dale algo de margen

para que te conteste, ¿no? No hace ni un día que no habláis.

Theressa lo valoró, pero al volver a llamar y comprobar que su teléfono seguía apagado, tuvo claro que debía hacerlo.

—¿Me dejas tu coche? Así no tardaré tanto —le pidió a Vicky, que torció el gesto, pues no le emocionaba demasiado aquella idea.

—Venga, ya te llevo yo si quieres. Hace mucho que no conduces y no quiero que la líes. A ver si va a ser a ti a quien le pase algo.

—El temor que siento no tiene nada que ver conmigo. ¿Es que no confías en mí?

—No discutáis —las interrumpió Angela—. Puedes llevarte el mío. —Le dio unas llaves a Theressa—. ¿Me echas una mano? —le preguntó a Vicky—. Nita ha decidido preparar chocolate caliente para celebrar mi regreso y se me está agotando la paciencia al ver cómo está dejando la cocina.

Vicky accedió.

—Enseguida vuelvo, ¿vale? —les prometió Theressa—. ¡Y guardadme una taza de chocolate! —les pidió mientras corría hacia el coche de su madre.

Vicky no entró en casa hasta ver que Theressa se incorporaba a la carretera. Esperaba que los temores de su hermana no se cumplieran: ya habían tenido suficientes desgracias desde la boda de Laura.

-12-

Cinco días antes, y pese a los temores de Enver, Violet lo invitó a sentarse frente a ella y escuchó con paciencia el discurso que había preparado. Él desplegó, con la mayor calma y consistencia que pudo, todas las propuestas que se le habían ocurrido en las últimas semanas.

—¿Ya has terminado? —preguntó ella, aprovechando que Enver se había detenido para beber de la botella de agua que ella le había ofrecido. Solo se animó a probarla tras comprobar que estaba bien cerrada y no tenía ningún orificio sospechoso.

Enver afirmó con timidez. Tenía alguna que otra idea más, pero estaba deseando saber hasta qué punto Violet estaba receptiva respecto a lo que le había contado.

—El acuerdo lo establecía con claridad. Tu misión se extendía hasta que ella estuviera enamorada de ti. ¿Crees que lo está? —Enver no contestó—. Si es que sí, es hora de pasar a la siguiente fase, después conseguirás lo que deseas: marcharte con mucho dinero, sin pasado y sin deudas. ¿Sabes la de gente que estaría dispuesta a hacer lo que fuera para conseguir lo que tú estás a punto de alcanzar?

Enver se frotó la nariz y parte de las mejillas. Luego negó con la cabeza con insistencia.

—Cuando acepté no sabía que iba a sentir esto. Lo que le estoy haciendo es horrible y lo que siento por ella no es fingido, quizá lo fue al principio, pero ahora es real —le contó angustiado e intentando despertarle algo de empatía.

—Nadie te obligó a meterte en este juego. Sabías que podía tener consecuencias y las aceptaste. Tienes que cumplir con tu parte. Chicas como ella hay a patadas, pero no tendrás otra oportunidad como esta.

Enver apretó los puños y la miró fijamente.

—¡No la conoces! ¡No es una chica cualquiera! —gritó al borde del llanto—. ¡Lo que estamos haciendo está mal! Estamos a tiempo de no ir más allá. ¡Ya ha muerto demasiada gente! —exclamó al pensar en Rita. Violet puso los ojos en blanco.

—Lo que para unos está mal, para otros supone justicia. ¿Crees que ahora, porque te has enamorado de esa estúpida, eres mejor persona que cuando aceptaste el dinero para enamorarla? —Enver no fue capaz de decir nada—. Para ser un gigoló de tercera y con adicciones bastante caras no creo que te haya ido nada mal con este trabajo.

—¡Pero ¿no lo entiendes?! ¡Amo a Theressa! ¡No puedo hacer nada que la haga sufrir!

Violet suspiró, hastiada.

—No solo puedes, sino que lo harás. Sé que prefieres marcharte a verla muerta, así que dejémonos de pataletas innecesarias. Ha llegado el momento de que la abandones.

-13-

Obviando que la cocina seguía patas arriba tras la incursión culinaria de Nita; Angela, Vicky y la joven cocinera disfrutaron de un empalagoso chocolate caliente en el comedor mientras ponían al día a la recién llegada. Aunque Vicky tomó la iniciativa, Nita no tardó en aparecer con su portátil para compartir con su madre las fotos de su dieciocho cumpleaños.

—Siento habérmelo perdido, pero ya veo que os arreglasteis muy bien. Qué bien estaba organizado todo, fíjate… —alabó antes de torcer el gesto—. Solo espero que no hayan quedado marcas en el techo, porque tanta mariposa colgando…

Nita se molestó por el comentario.

—Está perfecto —intervino Vicky—. Charlie hizo un gran trabajo y tuvo mucho cuidado con los preparativos. No le pagamos lo suficiente, con lo que nos ayuda —señaló mientras echaba un vistazo por uno de los ventanales del comedor—. Sobre todo ahora que ya no está Norine —añadió a continuación.

Angela asintió con timidez y sonrió al ver una bonita foto de Nita abrazada a Charlie. Al escuchar el timbre, levantó la mirada del portátil.

—¿Será Theressa?

—No, no es ella —negó Vicky—. Me acaba de escribir para decirme que ya ha aparcado y que va de camino al apartamento de Enver —le contó dirigiéndose a la puerta—. Es otra persona a la que queremos mucho. Espero que no te enfades por la encerrona, lo hacemos con buena intención.

Angela frunció el ceño.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? —escuchó decir a su hija mayor.

Se levantó para ver de quién se trataba. Antes de que pudiera llegar a la puerta, se encontró con Vicky y, tras ella, a Norine.

—¡Uy…! Hola, Norine —la saludó con timidez.

—Hola, señora Holt —respondió ella, con cierta contención. Nita corrió emocionada y abrazó con fuerza a la criada—. ¡Vale! ¡Vale! ¡Que me vas a romper!

—Nita, cariño, ¿me ayudas con una cosa arriba y así las dejamos hablar tranquilas? —le pidió Vicky.

Angela y Norine permanecieron calladas, pero el rostro de Nita dejó claro que estaba muy perdida. Según lo que le habían contado, ambas se habían marchado juntas de viaje para realizar unas supuestas compras que necesitaba su madre. Sin embargo, no había visto nada nuevo por la casa y tampoco entendía de qué tenían que hablar con tanta urgencia y privacidad si habían estado juntas hasta ahora. Por si fuera poco, Vicky, que no acostumbraba a necesitar la ayuda de nadie, era la segunda ocasión que recurría a ella ese día. Estaba claro que cada vez entendía menos a su familia, pero como estaba encantada de volver a ver a Norine y no quería crear ningún problema, se encogió de hombros y siguió a su hermana.

De camino al piso superior, Vicky escuchó que volvían a llamar al timbre y esta vez se extrañó. Antes de abrir, se acercó al comedor y, al ver que la conversación fluía, cerró la puerta para darles mayor intimidad.

—¡Charlie! —exclamó al abrir la puerta principal.

Nita, que ya se encontraba arriba, corrió escaleras abajo. Todo el mundo parecía querer estar allí aquel día. Bueno, todos, salvo Laura.

—¡Hola, chicas! —las saludó el jardinero con una gran sonrisa. Vicky lo imitó, al tiempo que Nita se abrazaba a él y cerraba los ojos para concentrarse en los latidos de su corazón. Charlie le correspondió con un gesto cariñoso, ajeno a esos sentimientos tan profundos.

—¿No te tocaba librar hoy? —se interesó Vicky.

—Sí, pero Theressa me ha avisado de que tu madre ha vuelto y

quería saludarla.

Vicky echó un vistazo al comedor.

—Pues creo que va a estar liada un rato. —Charlie no la entendió—. Hemos invitado a Norine. Ya sabes…, para que hablen —recalcó con disimulo para no destapar la mentira que le habían contado a Nita.

El jardinero asintió e intentó terminar el abrazo con la joven, pero ella no parecía tener ninguna intención de separarse de él.

—¡Nita! ¡Un poco de aire, mujer! —le pidió Vicky.

Se soltó, algo avergonzada, en cuanto se dio cuenta de que podía haberlo molestado. No pasaba nada, en lugar de abrazarlo, se deleitaría con su bronceado y precioso rostro.

—¿Te apuntas a cenar? —lo invitó Vicky—. Si todo sale bien —señaló hacia el comedor—, Theressa y yo hemos pensado en celebrar el regreso de mamá y que las cosas vuelven poco a poco a la normalidad. ¿Te apetece?

Charlie tuvo claro que debía decir que sí al ver que Nita le suplicaba con la mirada.

—De acuerdo. Me apunto. ¿Hay que comprar algo?

—Falta alguna cosilla, pero, si no te importa quedarte con ella —le propuso mirando a Nita—, ya me encargo yo. Tengo que llenar el depósito del coche y, de paso, aprovecharé para hacer un par de recados. Tampoco creo que Theressa tarde mucho.

—Por mí, sin problema —se ofreció él—. Vete tranquila. ¿Hay algún dibujo nuevo que hayas hecho estos días? —le preguntó a Nita mientras subían las escaleras—. Por cierto, ¿y las mariposas de tu cumple? ¡Espero que las hayas guardado!

Vicky sonrió al ver la felicidad que desprendía el rostro de Nita. Después, le preocupó pensar que pudiera sentir algo por el jardinero, pero llegó a la conclusión de que Charlie sabría manejar el asunto en caso de que fuese un problema para él.

Tras abrigarse y comprobar que las llaves del coche estaban en el bolsillo, se dirigía hacia su coche, repasando mentalmente los recados que debía hacer, cuando una imagen en el interior de la casa llamó su atención. No solo habían conversado con calma, sino que aquel malentendido que tanto había dolido a su madre parecía haberse resuelto con facilidad: Norine y Angela se acababan de dar un abrazo. Se alegró de ser testigo de aquel momento, sin embargo, un súbito desasosiego la hizo detenerse.

En cuanto identificó el motivo, se sintió mejor y retomó su camino. Apoyó el bolso en el asiento del copiloto y se hizo con el móvil, buscó una imagen en la galería de fotos, acarició la pantalla con cariño y asintió convencida. Era algo que tenía pendiente ya demasiado tiempo.

-14-

Aquella tarde, cinco días después de que Enver recibiera el ultimátum de Violet, Theressa entró en el bloque de apartamentos de su chico aprovechando que una vecina salía del portal. Tocó el timbre y, al oír pisadas dentro de la casa, su rostro se iluminó, pero no dejaba de estar nerviosa: presentía que algo malo la esperaba. En cuanto la puerta se abrió y vio quien se encontraba tras ella, frunció el ceño.

—Hola, ¡qué pronto llega! —la sorprendió un hombre desconocido, pero que parecía muy contento de verla.

—Ho… Hola, uy… ¿Me he equivocado? —se preguntó. Tras comprobar que el piso era el correcto, pensó que podía haberse confundido de edificio, pero luego se convenció de que era una locura. Conocía a la perfección aquel lugar.

—Depende, ¿viene a ver el piso? —le preguntó el hombre con amabilidad. Theressa solo fue capaz de asentir—. Adelante —la invitó él, haciéndose a un lado.

Nada más entrar, sintió que algo no encajaba y, en cuanto llegó al salón-comedor, tuvo claro por qué: todas las cosas de su chico habían desaparecido.

—Pero…, ¿y Enver?

—Disculpe, ¿quién? —quiso confirmar el agente inmobiliario encargado de alquilar el piso.

—El chico que vivía aquí —insistió Theressa, cada vez más nerviosa.

—¡Ah! ¡Sí! Un joven muy simpático. ¿Lo conocía? Dejó el piso hace unos días.

—¿Dejó el piso? ¡Pero ¿a dónde se ha ido?! —preguntó al borde del colapso.

—No dispongo de esa información, señorita, pero, si quiere, le puedo mostrar el resto de las estancias. Es un apartamento pequeño pero muy completo. —Se acercó a una de las habitaciones—. Como verá, tiene muchas posibilidades —señaló antes de darse cuenta de que se había quedado solo.

-15-

En una rápida parada en un área de servicio, Vicky llenó el depósito del coche y compró lo que faltaba para la cena, además de un ramo de flores. Luego condujo hasta las afueras de la ciudad, en dirección al Northern Lights Cemetery, el lugar en el que la familia de Jeff había enterrado sus restos. Aparcó sin dificultad, pues el lugar estaba prácticamente desierto aquella tarde.

Sosteniendo el ramo con ambas manos, atravesó el cementerio buscando la tumba de su antiguo jefe. Una vez la encontró, puso las

flores sobre la lápida, pero no tardó en cambiarlas de lugar. Tras un largo suspiro, se sentó en el suelo.

—Hola, Jeff. No sé si me escucharás a través de alguna aplicación celestial —bromeó, mirando la tumba—, pero por fin vengo a verte. —Suspiró de nuevo—. Sí, lo sé, pero no he tenido fuerzas hasta ahora —se justificó antes de verse invadida por una repentina angustia.

Trató de calmarse limpiando con las manos los restos de hierba y flores secas de la lápida.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte enviado aquel mensaje de socorro. ¡¿En qué narices estaba pensando?! Si no lo hubiera mandado, seguirías vivo y yo… ¡Yo debería estar enterrada aquí, no tú! —gritó entre lágrimas—. Tú no tenías nada que ver con todo esto. No merecías acabar así.

Al ver que la nariz comenzaba a moquearle, sacó un pañuelo de papel y se limpió.

—No puedo hacer nada para cambiar lo ocurrido, pero espero que, estés donde estés, te sientas en paz. Cuando pienso en ti, te imagino como una luz tan grande que seguro que deslumbras al resto de las que haya junto a ti. —Sonrió al imaginarlo y acarició el nombre de Jeff, grabado sobre el mármol—. ¿Sabes cómo lo sé? Porque siempre me has iluminado en mis días más oscuros.

Una lágrima se abrió paso por su rostro.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —repitió con los ojos cerrados —. ¡Lo siento con toda mi alma! —insistió mientras secaba su rostro, que volvió a humedecerse con rapidez.

Se levantó dispuesta a marcharse, pero, ya de pie, se encontró con fuerzas para hablar con él un poco más.

—Espero no haberte cabreado por dejar el trabajo —le dijo con una pequeña sonrisa—, pero no tenía la motivación suficiente para seguir en la redacción sin ti. No sé qué pasará conmigo a partir de ahora, ni cuánto tardaré en volver a verte, pero quiero que sepas que, hasta entonces, vaya a donde vaya, haga lo que haga, siempre te mantendré en mi recuerdo. Te quiero y siempre te querré, Jeff. Quizá no como tú deseabas, pero lo hago a mi manera, de verdad. —Observó la lápida unos instantes más—. Adiós, Jeff. Nos vemos en el otro lado.

Caminó hacia el coche muy emocionada, pero con la sensación de haber descargado parte del dolor que arrastraba. A punto de cruzar la carretera que la separaba de su coche, una llamada interrumpió sus pensamientos. Se trataba de la hermana de Stanton.

—¿Lea? ¿Pasa algo? —le preguntó, sorprendida—. ¿Algo más sobre mi madre? ¡Pero si revisamos todo hasta la extenuación!

La hermana del investigador le contó que, decidida a poner orden en el trastero en el que había hallado las cintas, había

encontrado un disco duro que su hermano ocultaba en el lado destinado a ella.

—Seguro que pensó que pasaría mucho más desapercibido entre tanto trasto mal amontonado que en su ordenada parcela —le contó, muy convencida. Vicky no comentó nada, así que Lea continuó con su explicación—. Aunque me costó identificar que era de Jason, pues en un primer momento pensé que era algún cacharro mío que no recordaba. Pero al ver la marca del dispositivo me acordé de una charla que tuve con él a cuenta de un ordenador que yo quería comprar. El me insistió en que me hiciera también con un disco duro externo para realizar copias de seguridad, pero no lo vi necesario y terminé bromeando con él sobre si se llevaba alguna comisión, pues siempre adquiría productos de aquella marca y no paraba de insistirme con que comprara el disco.

—¿Y qué es lo que has encontrado? ¡Vamos, Lea! ¡Que me tienes en ascuas!

Lea fue mucho más concreta esta vez.

—Intrigada por lo que pudiera haber en él, dejé mis trastos a medio ordenar y regresé a casa. En cuanto vi un montón de archivos de audio, pensé que debían ser una copia más de las llamadas telefónicas, pero, al reproducirlos, me di cuenta de que se trataba de otro tipo de conversaciones. Por el ruido que tenían de fondo, parecían grabaciones de sus encuentros en persona. Entre ellas, había una con tu madre.

Vicky soltó un gemido de sorpresa.

—Quiero que te prepares, porque si es cierto lo que se dice en esa grabación, va a ser algo muy gordo para ti —le previno.

—¡Lea! ¡Por favor! ¡Suéltalo ya!

En lugar de contárselo, le reprodujo parte de aquella conversación. Vicky escuchó que su madre le confesaba a Stanton que Richard seguía vivo y que lo habían fingido todo. Después, le pedía ayuda para encontrarlo.

—¿Qué clase de broma es esta, Lea? —preguntó con el corazón a mil por hora.

—No es ninguna broma. Te juro que no he tocado la grabación —afirmó ella con su habitual calma.

Vicky sintió que le faltaba aire y su mente regresó a la conversación en la que Theressa le había hablado sobre Laura y las sospechas de que su padre seguía vivo. Fue en lo último en lo que pudo pensar antes de que alguien la sorprendiera.

—¡Vicky! —gritó una voz femenina tras ella.

Se giró para descubrir de quién se trataba, pero solo vio un coche que circulaba a gran velocidad y que lanzó su cuerpo con violencia contra la carretera. Su teléfono cayó a unos metros.

Mientras se esforzaba en escupir parte de la sangre que le salía por la nariz y que le llegaba a la boca, quiso alcanzar el móvil, pero fue incapaz de moverse. Aunque lo intentó, cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos.

A unos metros de altura, un dron sobrevoló el cuerpo de Vicky antes de realizar una fotografía que, poco después, Richard recibiría como prueba de que Violet había cumplido con su palabra. Su venganza se había cobrado a la primera víctima.

-16-

«Aquella mañana me desperté con la sensación de haber dormido genial. Sin duda, mejor de lo esperado. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que iba a afrontar ese día. Sí, descansé increíblemente bien, y no sería la última noche en que lo hiciese. Me esperaban muchas otras en las que descansaría profundamente. En las que descansaría en paz.

El castigo que mi sentimiento de culpa reclamaba al universo impactó contra mí de manera instantánea. Tan rápida e inevitable como el flechazo que une para siempre a dos enamorados. Fue así como la vida, tal y como la había vivido hasta entonces, se acabó para mí».

Epílogo:
Lo que hice por amor

Varios meses después, en una habitación de una casa de campo ubicada en el sur de un país extranjero, un bebé rompió a llorar para obtener la atención de su exhausta madre. Aunque ella resopló en un primer momento, pues acababa de quedarse dormida, se acercó, lo sacó de la cuna y lo meció con amor entre sus brazos.

—¿Qué pasa contigo? ¿No pretendes dormir hoy? —El bebé le respondió con una sonrisa que ella no dudó en imitar. Después, volvió a resoplar—. Nunca había estado tan cansada… Pero tampoco había querido a nadie tanto como te quiero a ti —añadió Laura al recibir una segunda sonrisa de su pequeño.

Agradecimientos

A Itziar, por enseñarme el valor de la amistad durante más de dos décadas llenas de crecimiento, compañía, libertad y afecto. *Eskerrik asko, potxola.*

A Asun, por el cariño y el buen rollo que siempre me regalas.

A Angela, por tu apoyo y generosidad. ¡Gracias, vecina!

Y a todas y todos los que seguís ahí (tanto por redes sociales como en persona), ilusionados y apoyando la historia sin descanso. Millones de gracias.

Sobre el autor

Jon Hernández Quintana (Zumárraga, Guipúzcoa, 1983). Diplomado en Educación Social y Licenciado en Comunicación Audiovisual.

Siempre me pareció mucho más interesante cualquier realidad que yo me inventara que la propia en la que vivía. Esos mundos imaginarios en los que jugaba me ayudaron a sobrellevar una infancia y una adolescencia difíciles. Con el tiempo, algunos se transformaron en historias de ficción que ahora puedes conocer. Espero que encuentres algo entretenido, curioso o motivador en ellas. Sería un gran regalo.

Nota del autor

¡Hola! ¿Cómo estás? Espero que hayas disfrutado de este segundo bloque de la historia. Cada vez estamos más cerca del final y me hace muy feliz que sigas acompañándome en este viaje por la vida de las hermanas Holt.

Si te ha gustado, te agradecería muchísimo que dejaras un comentario en Amazon o Goodreads. También que recomendaras la colección a quien creas que pueda gustarle tanto como a ti. Como autor que está empezando, me ayudaría muchísimo.

Para cualquier duda, o por si te animas a saludarme, me encontrarás en:

- Instagram: jonhernandezq
- Facebook: hernandezquintanajon
- Correo electrónico: lashermanasholt@gmail.com

¡Muchísimas gracias! ¡Un abrazo enorme!

Colección 'Las hermanas Holt':
Partes 1&2 – Secretos
Partes 3&4 – Fantasmas
Partes 5&6 – Latidos